

Grito de Independencia

16 de septiembre de 1810

INTRODUCCIÓN.

Con la abdicación de Carlos IV, al trono de la corona española, a favor de los franceses, en 1808, se generó en la Nueva España un sentimiento de vacío de poder, al desaparecer la autoridad legítima del rey español. Este hecho hizo que las autoridades de la Nueva España, como el Ayuntamiento de la Ciudad de México, declararan que correspondía al pueblo la formación de un gobierno temporal y provisional, que ante la falta de monarca y de gobierno, la soberanía residía en la propia Nueva España, principalmente en los cuerpos que llevaban la voz pública, como el mismo Ayuntamiento.

Sin embargo, la Audiencia de México no fue de ese parecer; ésta estaba a favor de que se declarara al Virrey como la autoridad suprema, en lo necesario, y se creara una junta permanente que contrapesara su poder. El Ayuntamiento solicitó se formara la junta con todas las autoridades, y el Virrey Iturrigaray la convocó; a esta reunión asistió el propio Virrey, la audiencia, los alcaldes de corte y fiscales, el Arzobispo, la Inquisición y el Ayuntamiento. Se discutió la necesidad de un gobierno provisional y el desconocimiento de las Juntas Peninsulares. Iturrigaray simpatizó con las ideas del Ayuntamiento, lo que derivó en la convocatoria de un Congreso Nacional.

Radicalizadas las ideas y polarizadas las fuerzas, el Ayuntamiento estaba integrado en



Rey Carlos IV

su mayoría por criollos que aspiraban que la Nueva España se gobernara libremente, a través de un congreso que representara a la nación y designara a las autoridades que fueran necesarias. Esta propuesta alarmó a los sectores más conservadores del Ayuntamiento, principalmente a los peninsulares, quienes, por medio de la violencia, impidieron que esta propuesta se llevara a cabo. Los miembros de la Audiencia, temerosos de perder sus posiciones políticas y socio-económicas, decidieron no dejar gobernar a los americanos y dieron el primer golpe de estado, autorizando a Gabriel Yermo, rico hacendado y comerciante español, a liderar el citado golpe. Se aprehendió al Virrey Iturrigaray y a algunos de los miembros del Ayuntamiento, entre los que destacaban criollos prominentes, de formación jurídica moderna y reacia, de influencia social y de sentimientos nacionalistas, como Francisco Primo de Verdad y Ramos y Juan Francisco Azcárate, Síndico y Regidor de la Ciudad de México, respectivamente. El Virrey Iturrigaray fue enviado a España acusado de traición, delito del que resultó absuelto, y de prevaricación (por haber faltado a las obligaciones que su autoridad y cargo le imponían), por el cual se le condenó a pagar una considerable multa. Azcárate fue sentenciado a prisión, consiguiendo su libertad tres años después, y a Primo de Verdad se le encontró muerto en su celda del Arzobispado de México, en octubre de 1808.

LOS NOVOHISPANOS SE ORGANIZAN

Las ideas y los anhelos de los miembros del Ayuntamiento de México, no fueron privativos de ellos, sino que estaban difundidos por todo el virreinato, y anidaban, tanto en grupos numerosos de letrados, como de eclesiásticos. Era palpable la discriminación de criollos y mestizos en los puestos directivos, la inmovilidad social de grandes núcleos y el aumento de poder de los funcionarios españoles, amantes de privilegios y de prebendas, mientras que el pueblo padecía la mala distribución de la riqueza, la escasez y el hambre, el mal trato, las duras jornadas de trabajo y el mísero jornal, el despotismo de mayordomos y capataces y la indiferencia de las autoridades ante sus males.

El ámbito novohispano en el año de 1809, estaba preparado para una transformación radical. Altos funcionarios civiles y eclesiásticos eran partidarios de la modificación de las estructuras administrativas



Junta subversiva, en pro de la Autonomía.

coloniales. El cambio se dio por la vía de las armas, mediante la revolución que desalojara del poder a los españoles, para darlo a los novohispanos y mejorara la situación social y económica de la Nueva España. En este sentido, el gran mérito del Cura Hidalgo fue haber hecho partícipe de la lucha por la Independencia, a los sectores sociales más desprotegidos, convirtiendo el movimiento emancipador en un movimiento social, no sólo político.

En toda la colonia se organizaron núcleos de descontentos y centros de conspiración, ligados entre sí por una tupida trama que tendían eclesiásticos, comerciantes medianos y pequeños, militares, funcionarios y campesinos. En Valladolid (hoy Morelia) y Querétaro residían los principales grupos de conjurados, ligados por diversos vínculos en Celaya,

San Miguel, Dolores, etc. Para 1809, en varias ciudades se conspiraba abiertamente. Se sabe que militares criollos como el Capitán del Regimiento de Caballería de la Reina, Ignacio Allende y otros, realizaban viajes por diversas regiones, propagando sus planes, en espera del momento oportuno de actuar.

La primera conspiración se dio en Valladolid, en 1809; su objeto fue lanzarse a la lucha contra las autoridades virreinales y continuarla hasta alcanzar la independencia interina del dominio español, en tanto ocuparan las tropas francesas el territorio de la metrópoli hispana. No obstante, este movimiento fracasó. Frustrada la conspiración de Valladolid, se llevaron a cabo juntas subversivas en la ciudad de Querétaro, con los mismos planes y aspiraciones que la de Valladolid. De este nuevo movimiento revolucionario, los principales implicados fueron Miguel Hidalgo y Costilla, y los Capitanes Ignacio Allende, Mariano Abasolo y Juan Aldama, así como el Corregidor de la ciudad de Querétaro, Miguel Domínguez y su esposa Josefa Ortiz de Domínguez.

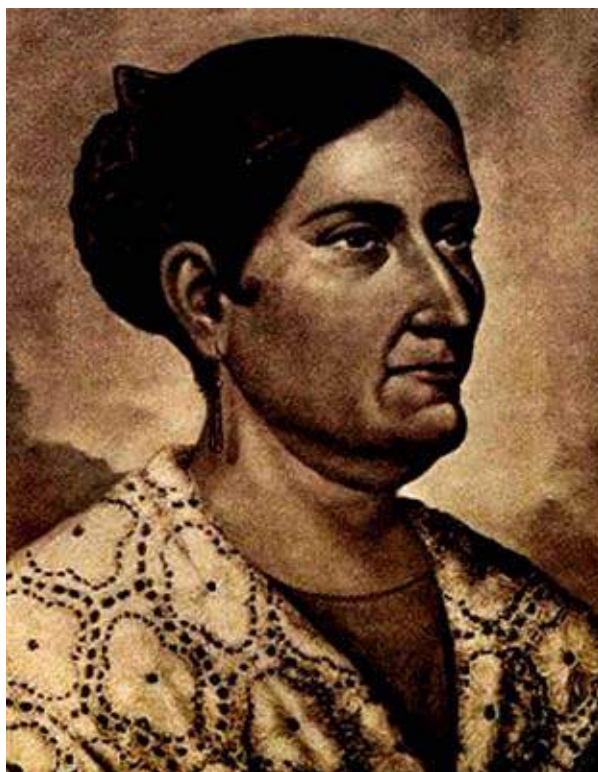
La conspiración de Querétaro también fue denunciada, y sus integrantes se vieron en la necesidad de adelantar los planes y lanzarse a la lucha en la madrugada del 16 septiembre de 1810. Josefa Ortiz logró enviar un mensaje a Juan Aldama, quien se encontraba en el pueblo de San Miguel el Grande (hoy San Miguel de Allende), informándole que había orden de detener a todos los conjurados. Aldama partió a Dolores, en donde, reunido con Hidalgo y Allende, decidieron lanzarse a la rebelión. Sabían que contaban con 36 hombres de milicia del Capitán Mariano Abasolo, y con más de 500 milicianos comandados por Allende, así como algunos dependientes, tanto del cura como de sus compañeros y reos de la cárcel de la localidad. Dicha fuerza era el embrión del movimiento, pero era preciso convocar al pueblo y crear un amplio movimiento popular.



Francisco Primo de Verdad propuso se integrara una Junta que gobernara la Nueva España.

SITUACIÓN MILITAR EN LA NUEVA ESPAÑA.

En la Nueva España no existía un poderoso ejército; esto fue resultado de la política militar, que la metrópoli española impuso a sus colonias americanas. La corona española, hasta 1776, año en que los ingleses atacaron Cuba, no había tenido la necesidad de instalar en sus colonias americanas un ejército fuerte, sólo existían pequeños destacamentos encargados, principalmente, de la defensa de los fuertes y de las luchas en las fronteras, con los indios bárbaros; por otra parte, no se promovió la creación de milicias cívicas, por temor a que las colonias se insurreccionaran.



Josefa Ortiz de Domínguez, esposa del entonces Corregidor de Querétaro, Miguel Domínguez (1810).

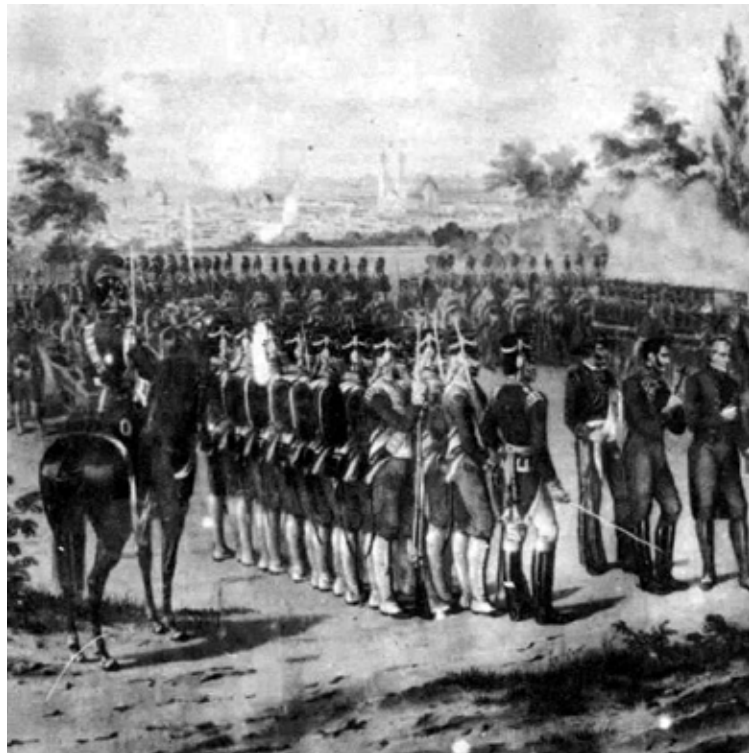
Los cambios en la organización militar en la Nueva España, al igual que en otras colonias americanas, tuvieron que ver con la necesidad de fortalecer el sistema defensivo de la corona española. Con motivo de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), librada entre España e Inglaterra, por primera vez se había demostrado un dominio naval inglés y su capacidad para la ocupación permanente de territorios españoles. La caída de la provincia francesa de Québec (1759-1760), y la invasión y caída de La Habana, iniciadas el 6 de junio de 1762, mostraron una realidad estratégica que exigía reformas básicas, pues España había recibido un duro golpe a su hegemonía en el Océano Atlántico.

La corona española empezó, a partir de 1769, un proceso de replanteamiento de la defensa de sus posesiones americanas. A partir de esa premisa, las colonias americanas tendrían un núcleo de regimientos y batallones regulares, de infantería y de caballería de línea. En sus territorios, el ejército de España reforzaría estas unidades coloniales, con la rotación temporal de regimientos, y con cuadros de oficiales y tropas europeas, a fin de mantener un nivel aceptable de lealtad, disciplina y organización. Estas fuerzas dirigirían regimientos, batallones y compañías de milicianos provinciales. En la Nueva España, el Capitán General de Andalucía, Teniente General Juan de Villalba y Angulo, fue nombrado Comandante General e Inspector General del Ejército, quien estableció la estructura del Ejército en la Nueva España; sin embargo, durante décadas, la institución militar no encontraría un periodo tranquilo de crecimiento y desarrollo, para establecer tradiciones y reputación militar.

Las realidades políticas y económicas o el potencial militar, impidieron el establecimiento de un ejército fuerte en la nueva España. *“En vez de enviar regimientos, y cuadros de oficiales y de soldados, para animar a los novohispanos, el Ejército de Nueva España entraba en un periodo de mexicanización o acriollamiento, con pocos reemplazos de la madre patria”*.¹ Hoy, la historiografía señala que la Guerra de Independencia fue una guerra de “mexicanos”, diferenciados sólo por la causa que defendieron, es decir, la insurgente o la realista, puesto que la oficialidad española que luchó contra la insurgencia, en realidad fue muy reducida y sólo ocupó los altos mandos.

El Virrey Juan Vicente de Guemes, Segundo Conde de Revillagigedo, promovió un proyecto militar, que daría más importancia al ejército regular, con un cuadro fuerte de europeos, y suprimía las milicias provinciales. El plan disminuyó el papel de los ayuntamientos y tenía aspectos muy racistas, que representaban la oposición del virrey a las castas y a armar a los criollos. Por su parte, Francisco Crespo ofreció a los criollos influyentes, las jerarquías de coroneles, tenientes coroneles, capitanes y tenientes, con los privilegios del fuero de guerra en los tiempos de servicio activo. Con su sed de influencia, posiciones y honores, muchas veces los criollos pagaban todos los costos de armas, uniformes, utensilios y cuarteles, de las compañías, batallones y regimientos que dirigían. El ingreso de miembros de las clases ricas a la milicia, favorecía la influencia que ejercían éstas sobre los trabajadores y labriegos que con ellas se relacionaban, lo cual, por un lado, beneficiaba el reclutamiento de soldados, y por el otro, propiciaba el dominio socio-político de los oficiales sobre sus subordinados.

El Virrey Miguel Grúa Talamanca y Branciforte (1794-1798), se preocupó por la defensa del Virreinato, reforzando los puntos neurálgicos-costeros, como Veracruz, y reorganizó el ejército. Por su parte, el virrey José de Iturrigaray (1803-1808), fortificó a la Nueva España y mejoró la milicia. En el año de 1808, éste había acantonado en Jalapa a buena parte de la milicia novohispana. Este hecho mostró a los criollos, que ellos constituían la fuerza militar de la Nueva España, y que su defensa y el poder estaban en sus manos.



Pequeños cuerpos formaron el Ejército de la Nueva España.

Desde el momento de su creación y reorganización, en tiempos de Branciforte, el ejército novohispano había crecido y se había fortalecido, y constituía ya, en ese año, un grupo coherente, y contaba en la primera década del siglo XIX, con poco más de 40,000 hombres. De éstos, alrededor de 10,000 pertenecían a las tropas permanentes, que se mantenían continuamente en servicio activo; 22,000 hombres formaban los cuerpos o milicias provinciales, la mayor parte de los cuales conservaban, en tiempo de paz, únicamente sus cuadros de oficiales y clases, y algunos soldados, a los que incorporaban, al iniciarse operaciones militares de guerra, sus miembros restantes, quienes habían recibido instrucción bélica en fechas determinadas.

EL GRITO

El movimiento insurrecto conocido como el “Grito de Independencia”, no es propiamente una acción armada, en el sentido estrictamente militar; no obstante, es necesario destacar su importancia, no sólo por ser el inicio del movimiento emancipador, sino también por ser el momento de la gestación, de lo que vendría a ser las fuerzas armadas mexicanas, con características propias, que respondían a la naturaleza de las condiciones sociales, políticas, económicas y geográficas del futuro país.

Las primeras noticias sobre el “Grito de Dolores”, las proporciona Pedro García, Justicia Mayor Subdelegado de la Real Hacienda del Partido de Santa María del Río, quien dice (sic):²

“[...] la tarde de este día se me presentó a un hombre nombrado Anacleto Moreno (según expresó el mismo verbalmente) Español casado con María Antonia Gonzales de quarenta y seis años, originario de la jurisdicción de Dolores en la Hazienda de Santa Barbara propia de Don Bernardino Gutierrez arrimado en dicha hazienda y de oficio labrador. Ygualmente doy fé que registrado escrupulosamente todo su vestuario no se le halló mas que sigarrera del Rey y veinte pesos en reales, exponiendo q.e se los dio el Cura del pueblo de Dolores, su compañero Don José de la Luz Gutierrez en esta forma: Que el Señor Cura el Viernes próximo



Escultura de Miguel Hidalgo, iniciador del movimiento insurgente.

*pasado, le dio quince, y diez Don Bernardino para que en compañía de este viniese á la jurisdicción de Tierranueva á convidar algunos Amigos de Satisfaccion para que fueran el día veinte y ocho á Dolores para el veinte y nueve aprehender á los Españoles Europeos: Que igualmente le mando á su Criado dho. Cura Hidalgo que le sacara un terciado de los que estaban allí, y que el que luego le entregó y se vino con dho. su compañero hasta la Norita donde se separó”.*³

El mismo Anacleto Moreno continúa dando datos sobre el suceso:

*“en la Hazienda de Santa Barbara cerca del Pueblo de Dolores hai porción de lansas mandadas hacer y pagadas por el Cura Hidalgo en casa de un herrero Compadre del reo llamado José Martin Arroyos, que Ygnacio Allende es uno de los convocadores y que según oyó decir á el Cura mismo el Viernes porque lo platicava con un Capitan de Guanaxuato que dicho Allende havia sido delatado, y respondió el Cura eso esta malo es menester agitar el negocio con presision, y siguió el Capitan de Guanaxuato parlando del Plan de que formavan de cómo habían de coger á los Gachupines en dicho Guanaxuato y es una noche como a las ocho y media que estaban todos en sus casas con un coete ó bomba á una seña y para cada un tres ó cuatro Soldados o convocados: Que no sabe quien es el tal Capitan pero que es mosito: Que el capitán Don Mariano de Abasolo de Dolores le parece que esta también convocado por que el Domingo en la noche que llegó el reo de vuelta de Tierranueva á allá fué á para al Curato y alli estuvo dicho Abasolo con un Soldado que esta cuidando la Casa del Sr. Cura y le dixo el Soldado que viera el papel que escrivia Armijo á que produjo Abasolo estas palabras, es Gachupin ese? Y respondió el reo no Señor, es criollo y reproduxo entonces Abasolo, pues escrivele y que vaya por remuda á mi Casa, y que en efecto fue y traxo una mula del corral de la Casa de Abasolo, y donde havia porción de Cavallada enserrada: Que tambien otros dos mosos estaban detenidos é iban para San Miguel y se les dio remura: Que el Domingo en la noche salió para San Miguel otro troso de Cavallada que llevaba un cabo que entró ál curato y se le dio parte á Abasolo. Que su compañero José de la Luz Gutierrez pasó para el Peñasco á convidar gente de orn. del Cura y lleva unos Sesenta pesos y quedaron de verse en el Puerto del Temascalillo en el Rancho el día diez y ocho ó dies y nueve y que si no á mas tardar el dia veinte y seis para estar el veinte y ocho en Dolores”.*⁴

En el mismo documento el propio Pedro García se refiere a los acontecimientos del 16 de septiembre de 1810, de la siguiente manera:

*“En diez y seis de Septiembre han sido presos todos los Gachupines de este Lugar es la facigae no há sido menester maltratarlos ni lastimarlos po que há sido tanto el gentio que alcanso el numero á 31, y tantos de á pie y 400 a cavallo aviendolos puesto en la Carcel fueron puestos en libertad todos los presos y fueron pensionados á tomar las armas de sus intereses no se ha hechado mano hasta oi mas de los Reales para Sueldos de toda esta gente repartiendo en trosos cada troso con su Comandante según el Numero de Gachupines en cada Lugar hay, esto es reducido á quitar esta vil canallada de estos mostros antes que se execute la Ruin que se espera de que se entroduzca la eregia en este Reyno y asi considero U. hace lo mismo en ese Partido pues no vamos en contra de la lei”.*⁵

Lo anterior describe a groso modo, los planes para iniciar la insurrección y el ambiente que se vivía en aquella época. Como ya se dijo, la conspiración de Querétaro fue denunciada, y los conjurados tuvieron que adelantar y cambiar los planes.

Al anochecer del 15 de septiembre de 1810, Miguel Hidalgo se encontraba en la Casa Cural de Dolores, en compañía de Ignacio Allende, cuando fue notificado por Juan Aldama, que se había descubierto

la conjura, y que estaban detenidos sus aliados de Querétaro. Hidalgo y los demás conspiradores que vivían en Dolores, sabían que se enfrentaban a decisiones críticas. Hidalgo entendió el inminente peligro que eso significaba, por lo que decidió, aún en contra de la opinión de Allende, dar inicio al movimiento emancipador, pues consideró que, de esperar a comunicar a los demás conspiradores, como era la opinión de Allende, las autoridades virreinales tendrían tiempo para aprehenderlos y encarcelarlos. Allende entendió las razones de Hidalgo y junto con éste y Aldama, salieron del curato en las últimas horas del día 15 de septiembre, para dar inicio al movimiento de independencia.

El primer Ejército Insurgente encabezado por Hidalgo, Ignacio Allende y Juan Aldama, tuvo su gestación con 8 sirvientes de Hidalgo, a los que se unieron sucesivamente unos 70 presos liberados de la cárcel de Dolores, entre los cuales se distribuyeron lanzas y espadas del depósito de armamento del Cuartel de Dragones de la Reina, que se mantenía en la plaza; así mismo, se unieron algunos soldados de este Regimiento; en suma, poco más de 80 individuos mal armados, y carentes de toda organización y disciplina militar. Esa misma noche, Luis Gutiérrez reunió unos 200 hombres a caballo, de la hacienda de Santa Bárbara, decididos a emprender de inmediato la revuelta.

Una de las primeras acciones que tomaron los líderes insurgentes, fue la aprehensión de los españoles. *“A eso de las once comenzó la aprehensión de los españoles, el primero fue Don Nicolás Fernández del Rincón, Subdelegado de aquel pueblo, [...] [pues] así convenía a la patria”.*⁶

Alrededor de las 05:00 hrs. del día 16, Hidalgo procedió a convocar a la comunidad, a unirse a la lucha; cuenta la tradición que éste hizo tocar la campana del curato de Dolores, *“al oír los repiques de la campana los vecinos de Dolores, los indios, los rancheros de toda la comarca, que aquel domingo habían acudido al pueblo para ir a misa y al mercado, se congregaron en el atrio del templo, alarmados o curiosos al oír aquel toque de rebato que tan inusitadamente los llamaba”.*⁷

Una vez congregados los vecinos, en el atrio de la parroquia, Hidalgo les habló; sus palabras fueron un discurso político, sermón y arenga *“tenía el don que ahora se llama carisma”*⁸; ello contribuyó a que se convirtiera en la figura principal del inicio de la insurgencia, aun no siendo militar. Hidalgo proclamó su oposición a los peninsulares y a los gobernantes franceses de España, a la vez que declaraba su lealtad a Fernando VII, a la sazón cautivo en Francia. Proclamó estar dispuesto a dirigir la insurrección en pro de mayor autonomía local, sin dejar de sostener la lealtad al monarca español. No obstante, dicho discurso ocultaba los verdaderos objetivos perseguidos por los insurgentes: la independencia jurídico-política, la autodeterminación administrativa y la organización acorde a las necesidades de los novohispanos. Así mismo, la superación de la crítica situación social y económica que afligía a la Nueva España.

Después de las 5:00 hrs. del día 16, y tras el discurso libertario de Hidalgo dirigido a la multitud, que se había reunido en el atrio y los alrededores de la parroquia de Dolores, la fuerza ascendió a unos 600 hombres que portaban viejos fusiles, machetes, lanzas, hondas, palos e instrumentos de labranza, montados unos y sin cabalgadura los más de ellos: campesinos, empleados y artesanos, que vitoreaban enardecidos

por las palabras del cura a sus caudillos y a la Independencia. Del pueblo de Dolores, resolvieron Hidalgo y Allende dirigirse a San Miguel el Grande, población de importantes recursos, en la que residían varios partidarios de la rebelión. A las 11:00 hrs. salía de Dolores la tropa insurgente, a la cabeza Hidalgo y al centro los españoles aprehendidos en las primeras horas de ese día. Poco tiempo tardaron en llegar a la hacienda Erre, donde los principales jefes del movimiento, a quienes acababa de unírseles Abasolo, fueron recibidos espléndidamente por Luis Malo, propietario de la citada finca y quien había sido miembro de las juntas secretas establecidas por Allende, en San Miguel. Después de descansar, el pequeño ejército insurgente continuó su marcha con dirección a Atotonilco (Gto.).

Allende fue partidario de remontarse a la sierra con el primer grupo de seguidores, para armarlos debidamente, instruirlos en la guerra y luego, con más hombres, igualmente bien pertrechados y diestros, comenzar la lucha en forma organizada. Hidalgo no fue de esta opinión, y decidió iniciar la lucha inmediatamente, confiando en que más se conseguiría movilizándolo a una enorme cantidad de hombres, cuyo peso inclinaría la balanza a favor de la insurgencia. *“El número nos dará la victoria”,*⁹ declaró Hidalgo.

A medida que fueron avanzando, las filas insurgentes se engrosaban con innumerables voluntarios. Los gritos *¡Viva la independencia! ¡Viva la América! ¡Mueran los gachupines!*, arrojados por la tropa que salió de Dolores, *“sorprendieron a los trabajadores de los campos vecinos, que suspendieron sus faenas para ver pasar a la multitud desordenada y ruidosa”*.¹⁰ Cuadrillas enteras de peones, se unieron a las tropas insurgentes; de las haciendas y ranchos, salieron hombres a caballo a incorporarse también, formándose así una fuerza de caballería, armada de machetes y lanzas, pues muy pocos llevaban carabinas y pistolas. *“Los indios, al pasar por el río, surtían sus costales con piedras; otros se aproximaban un arma cualquiera, y todos deseaban combatir”*.¹¹ Los hombres de a pie, reunidos en grupos, precedían a los capitanes de cuadrillas. Estas fuerzas formaron la infantería del improvisado ejército, cuyas armas consistían en palos, flechas, hondas, lanzas y los mismos instrumentos de labranza. Muchos hombres

llevaban consigo a sus mujeres e hijos; otros con sus hermanos y parientes. Las tropas insurgentes, *“engrosando a cada momento, en medio de nubes de polvo y ensordeciendo los contornos con sus gritos y sus vivas”*,¹² llegaron al santuario de Atotonilco. Precisamente del santuario de Atotonilco, Hidalgo tomó la imagen de la Virgen de Guadalupe pintada al óleo, utilizándola como elemento unificador y de identificación del movimiento insurgente.



Rebeldes que formaron el pie veterano del Ejército Libertador.

Tradicionalmente, se ha dicho que esta acción fue una idea genuina de Hidalgo y un acertado acto político. Estudios recientes han demostrado, que por la importancia de la Virgen de Guadalupe, como patrona de los novohispanos y representación de la nacionalidad mexicana, como se concebía hasta ese momento, los conspiradores determinaron utilizar dicha imagen en el movimiento; incluso se mandaron a elaborar diversas banderas con la imagen de la Virgen de Guadalupe, para que abanderaran la causa insurgente. La imagen de la Virgen de Guadalupe se convirtió en el lábaro de la fase inicial del movimiento libertario; indígenas, mestizos y criollos unieron sus gritos de guerra al de ¡Viva la Virgen de Guadalupe!

Durante su marcha a San Miguel el Grande, los insurgentes aumentaron sus efectivos, con multitud de hombres que se les agregaron durante la marcha, en cantidades mayores, al pasar por ranchos y haciendas. Ya era de noche cuando los insurgentes, con alrededor de 5,000 hombres, entraron en San Miguel el Grande; allí se les unieron dos Compañías del Regimiento de la Reina, a las órdenes de los Capitanes Juan Cruces y José de los Llanos, y muchos lugareños más, que así mismo, llevaban consigo todo instrumento o artefacto capaz de herir a cualquier futuro adversario.

El entusiasmo patriótico, irreflexivo, espontáneo y súbito, de los insurgentes, fue reconocido por las mismas autoridades realistas. El Intendente Riaño escribiría al virrey Venegas lo siguiente: *“los pueblos se entregan voluntariamente a los insurgentes: hicieronlo ya en Dolores, San Miguel, Celaya, Salamanca, Irapuato [...]”*.¹³

Hidalgo, contra la opinión de Allende, persistió en reconocer el grado de coronel, a quien se presentaba con 1,000 individuos o más, y asignarle tres pesos diarios de haber, a la vez que prometía un peso diario al que se incorporara montado y cincuenta centavos a quien llegara a pie; estos incentivos, agregados a la esperanza de obtener algunos beneficios con el saqueo de las poblaciones tomadas, influían poderosamente en la llegada incesante de hombres a las filas independentistas, en cuyos pechos se inflamaba, sin embargo y como principal impulso motriz, el anhelo de libertarse del yugo y la miseria en que el pueblo novohispano se encontraba.

Los pobladores de San Miguel, mezclados con los soldados del improvisado Ejército Insurgente, asaltaron algunas casas de comercio de los españoles, dándose por iniciado el saqueo, que oportunamente los jefes insurgentes acudieron a



Fachada principal de la iglesia de Dolores, donde inició el movimiento emancipador.



Estandarte de la virgen de Guadalupe, mudo testigo del movimiento insurgente.

detenerlo, y sólo se permitió la extracción de hierro y acero existentes en las tiendas, como material indispensable para reparación y construcción de armas. Allende hizo conducir a los españoles aprehendidos en Dolores al Colegio de San Francisco de Sales, para resguardarlos de todo atentado por parte de la excitada multitud. Por su parte, los españoles residentes de San Miguel, entregaron sus armas.

La noche resultó tormentosa para los moradores de San Miguel: aquella reunión de gente extraña, armada en su mayor parte de palos y de lanzas; los gritos de la plebe excitada que recorría las calles y las plazas, después de libertar a los presos de la cárcel; gran número de españoles aprehendidos, y ellos y sus familias sumidos en una profunda consternación; los jefes del levantamiento lamentaron tal desorden, pues sus fuerzas consistían y estribaban en aquella entusiasta,

pero indisciplinada multitud. El día 17, los líderes del movimiento insurgente convocaron a los notables de la villa, con el triple objeto de nombrar autoridades y acordar cuantas medidas fueran necesarias, para establecer el orden y la tranquilidad pública, y auxiliar y fomentar la revolución.

Los líderes del movimiento se dieron a la tarea de organizar del mejor modo posible, el numeroso Ejército que tenían bajo sus órdenes. El Regimiento de la Reina, como fuerza regular y disciplinada, se convirtió en el núcleo de la nueva organización, pasando muchos de sus soldados a los otros cuerpos que se formaron con el carácter de oficiales y sargentos; los del Regimiento recibieron la graduación de tenientes coroneles y coroneles; los 5,000 hombres reunidos hasta ese momento, fueron divididos en batallones y escuadrones, y se mandó a construir un gran número de armas a todos los herreros de la villa, en cuyo trabajo se ocuparon éstos sin descanso, en los días 17 y 18 de septiembre.

Los líderes insurgentes sabían que el éxito de su empresa consistía en la rapidez de sus movimientos; así es que, terminados los precisos preparativos, salieron de San Miguel el día 19, no sin antes haberse apoderado de una gran cantidad de pólvora. El Ejército Insurgente emprendió la marcha llevando a vanguardia la infantería, formada por 2,000 hombres (principalmente indígenas), armados con hondas, garrotes y machetes; seguida de la caballería formada por

4,000 mil rancheros, armados en su mayor parte con lanzas y espadas; los jefes venían enseguida y a retaguardia quedaron colocados el Regimiento de Dragones de la Reina, y los españoles aprehendidos en Dolores y en San Miguel.

Rodearon la sierra de Guanajuato con dirección aparente hacia Querétaro; los insurrectos, al llegar a Chamacuero, cambiaron bruscamente el rumbo, enderezándolo a Celaya, y pernoctaron en la hacienda de Santa Rita. Durante el nuevo trayecto se les fueron agregando voluntarios en número considerable. Para la mañana del día 20, al llegar a Celaya, el Ejército Insurgente contaba con 20,000 hombres; la plaza fue entregada sin combatir, y las autoridades civiles, jefes militares y españoles huyeron. Hasta este momento las fuerzas insurgentes no se habían enfrentado a las fuerzas realistas.

Como se observa, al momento del estallido de la insurrección, los líderes rebeldes no contaban con un ejército operacional efectivo y tenían que controlar a la multitud que se habían adherido a la causa insurgente, antes de que ésta pudiera adquirir legitimidad popular y extenderse a otras partes de la Nueva España. Los oficiales de milicia regional, Mariano Abasolo e Ignacio Allende, entre otros, y las compañías de batallones milicianos y diversos partidarios criollos, eran el único grupo con disciplina militar, pero con escasa instrucción.

Los mandos superiores de las fuerzas insurgentes los desempeñaron, Hidalgo como Capitán General y más tarde Generalísimo, Ignacio Allende en calidad de Capitán General y Mariano Abasolo con la jerarquía de Teniente General; *“tanto en estos mandos superiores cuanto en los subalternos, la capacidad de sus poseedores en la conducción de las tropas y la ejecución de las operaciones fue limitada”*.¹⁴ El General en Jefe carecía de conocimientos militares y los de sus inmediatos inferiores se reducían a evoluciones reglamentarias de unidades como el escuadrón y la compañía, el tiro de armas de fuego y el empleo de armas blancas, particularmente de las cargas de caballería; en condiciones similares se hallaba un corto número de sargentos y cabos, integrantes del Regimiento de la Reina, destacados en San Miguel el Grande, clases que serían habilitadas como jefes y oficiales de las corporaciones insurgentes, con el escaso rendimiento resultante de la separación de sus pequeñas unidades, cuyo manejo habían practicado, para dirigir unidades mayores de gente carente de conocimientos en materia castrense.

A pesar de las conspiraciones y tumultos de 1808-1810, la gran insurrección vino como una sorpresa espantosa para el Ejército Virreinal. Aunque la posibilidad de una invasión extranjera presentaba un peligro claro, que requería planes concebidos por los virreyes y las juntas de oficiales generales, hasta 1808, nadie investigó la amenaza de una insurrección o movimiento masivo revolucionario. Hasta 1810, los comandantes del Ejército Novohispano concentraron sus atenciones contra la amenaza de una invasión desde el Golfo de México. Con las tropas regulares esparcidas para guarnecer las ciudades y rutas de las costas, en el momento de la insurrección, no existía un ejército de operaciones, disponible para controlarla.¹⁵

La atracción de la población a la convocatoria de los líderes insurgentes y sus cientos de seguidores, amenazaba con una revolución popular, que sumergiría a la Nueva España y extinguiría al viejo ejército. Para esta guerra, el Ejército de la Nueva España tuvo que renovarse o morir; muchos de los viejos oficiales de avanzada edad y de ideas del ejército sedentario colonial, no pudieron hacer la transformación necesaria para sobrevivir en la nueva lucha.¹⁶ *“Para los militares y oficiales administrativos del régimen español, el mundo tal como ellos lo habían conocido, terminó el 16 de septiembre de 1810, con el relámpago deslumbrador provocado por el padre Hidalgo”.*¹⁷

Es interesante observar que, en general, los oficiales y soldados criollos, respondían mejor a los desafíos de un conflicto tan confuso, que muchos de los comandantes y oficiales españoles, con mucha experiencia en las guerras de Europa y África.

El principal líder del Ejército Realista, el cual combatió al Ejército Insurgente, fue el Brigadier español Félix María Calleja del Rey, quien aprovechando los múltiples errores de los insurgentes, infligió importantes derrotas a la causa insurgente. En San Luis Potosí, a las 10:30 de la mañana del 19 de septiembre de 1810, Calleja, Comandante activo de la 10/a. Brigada de Milicias en San Luis Potosí, *“tuvo la primera noticia de la conmoción del pueblo de Dolores; trasladándose luego al Valle de San Francisco [...] donde se acabó de confirmar en lo que le había instruido por el parte que dio al mismo jefe D. José Gabriel de Armijo por mano del Capitán D. Pedro Meneso y del Subdelegado del pueblo de Santa*

*María del Río, Pedro García”.*¹⁸ No obstante del fuerte liderazgo de Calleja en dicha región, no le fue posible iniciar de inmediato las operaciones militares ofensivas. La cosecha anual de trigo ocupaba a muchos milicianos de los Regimientos de Dragones de San Luis y de San Carlos, y otros estaban lejos atendiendo el ganado y prosiguiendo sus ocupaciones normales. Lejos de tener libertad para dirigir a su ejército contra la rebelión, Calleja tuvo que combatir la inercia diseminada de los comandantes, sin comprometer fuerzas realistas, que adoptaban preparaciones puramente defensivas, para proteger sus territorios específicos, en lugar de concebir estrategias más amplias.

Calleja, ordenó la movilización de los Regimientos Provinciales de Dragones de San Luis Potosí y San Carlos, un proceso lento porque las compañías estaban distribuidas por muchos pueblos y haciendas, y los caballos repartidos por las haciendas que los mantenían. Faltando otras tropas, comenzó el reclutamiento de 1,000 paisanos, incluyendo indios flecheros para las compañías nuevas de



caballería e infantería. Sin arma, con la excepción de los fusileros de los Dragones, Calleja tuvo que reunir a los artesanos de la provincia para construir y fundir cañones. Aunque Calleja ganaría su reputación como comandante del Ejército del Centro, al principio encontró muchas dificultades, y expresó dudas a propósito de si podría seguir las órdenes del Virrey Venegas, para marchar a Querétaro e incorporar sus fuerzas a las de Cadena. Sin artesanos de alta habilidad técnica, el plan de fundir cañones que suponía mayor esfuerzo, tuvo que ser abandonado.

A pesar de su campaña para reclutar tropas en su provincia, Calleja había reunido solamente 1,500 hombres a pie y 2,600 de caballería, la mayor parte de gente del campo armados con lanza, que además de las carencias de su precipitada reunión, tenían la desconfianza que inspiran por su intermediación al contagio. Muchos de los lanceros desertaron para volverse a sus familias e intereses o como se quejó Calleja, resultó del “[...] carácter de incontinencia tan dominante en estos países... gozaron del placer de la victoria tan lisonjero al soldado y no obstante olvidan estas ventajas y prefieren la vida errante o fugitiva de un criminal [...]”.¹⁹

Hasta este punto, los comandantes realistas no habían elaborado un plan de operaciones ni una estrategia para contener y terminar la rebelión. Desde varias provincias, los militares expresaron el gran miedo de Calleja por la falta de confianza en los soldados novohispanos o en la población en general.²⁰ La mayor parte de los oficiales de la ciudad se sentían indefensos, frente a lo que parecía ser un movimiento masivo invencible. El pánico realista frente a lo desconocido, ofreció a los desorganizados rebeldes, ventajas psicológicas y varias victorias.

La victoria insurgente en Guanajuato sirvió para acelerar la propagación de la rebelión. Calleja expresaba dudas acerca de la calidad de su pequeño ejército, y le preocupaba la escasez de artillería, de fusiles y de buenos oficiales. Aun cuando era profundamente receloso de las lealtades hacia el pueblo mexicano, Calleja reconoció que las unidades del ejército realista debían ser retiradas de sus guarniciones, divididas y aisladas, y unirse en fuertes ejércitos operacionales. A pesar de los obstáculos, Calleja ordenó a Cadena iniciar acciones ofensivas desde Querétaro, en los distritos a manos de los rebeldes. Sin ocupar en realidad ciudades rebeldes ni comprometer fuerzas enemigas superiores, tanto los ejércitos de San Luis Potosí como el de Querétaro iniciaron una serie de ataques ofensivos.

Desde el inicio del movimiento, surgieron diferencias entre sus líderes, lo que provocaría a la postre la fractura y debilitamiento del movimiento. Los graves errores tácticos de Hidalgo condujeron al fracaso la insurrección, sumados al desprestigio del movimiento causado por los desmanes de la muchedumbre. En esta etapa de la lucha armada, sólo raras veces pudieron los insurgentes, ligeramente armados y mal entrenados, afrontar al Ejército Realista en combates convencionales. Carecieron de la potencia de fuego de los fusiles y artillería masivos, o de la disciplina marcial para enfrentar las cargas de bayonetas. El desprestigio del movimiento fue hábilmente aprovechado por Calleja. Muchos de los que en un inicio apoyaron el movimiento, al ver el desorden de éste y los

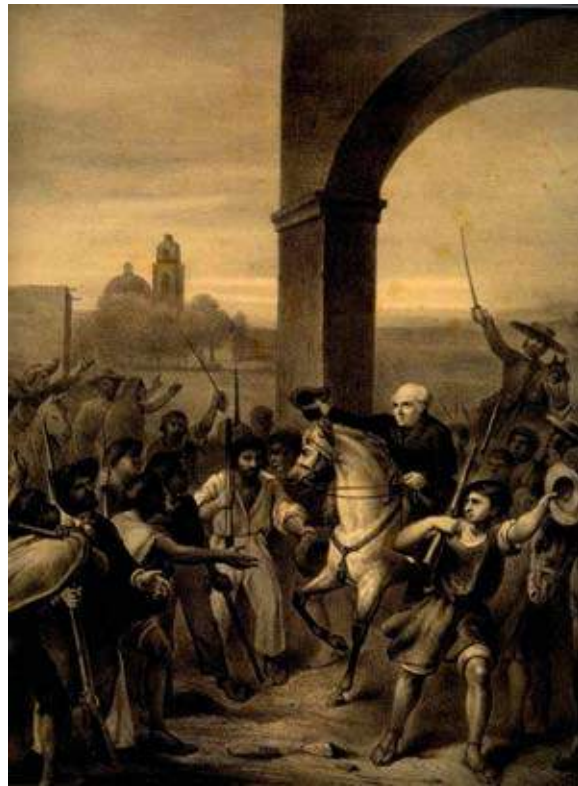
males que estaba causando, pasaron a apoyar la contrarrevolución; Calleja prometió restablecer el orden y con ello sus intereses materiales; a cambio, pidió el apoyo de las milicias cívicas; el general realista, con inteligencia y su fuerza armada, se apoyó principalmente en éstas.

CONCLUSIONES:

El inicio del movimiento armado, liderado por Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Mariano Abasolo, entre otros, en la madrugada del 16 de septiembre de 1810, fue el preámbulo de una lucha armada, que se prolongaría por un periodo de diez años, en pro de la independencia de la Nueva España de la corona española. Los iniciadores del movimiento libertario lo hicieron sin haber concebido un adecuado plan político-militar, ni contar con los suficientes recursos materiales necesarios. No obstante, tuvieron un objetivo claro: romper los vínculos que los sujetaban a España, pues consideraron que ellos eran los causantes de dicha situación. De tal manera que la insurgencia se impuso para las mayorías, como medio de alcanzar una transformación política, pero fundamentalmente socio-económica.

La emancipación de México, se diferenció de otros movimientos puramente políticos ocurridos en Hispanoamérica, por aspirar a una transformación transcendentalmente social. Lo anterior se constata por la participación masiva campesina, que le imprimió al movimiento insurgente un carácter notablemente rural. Este elemento distintivo, hizo de nuestra Guerra de Independencia, la primera revolución social de los tiempos modernos. El movimiento insurgente mexicano tuvo tres elementos clave, que lo diferenciaron de los movimientos sudamericanos: el liderazgo del clero rural, la amplia participación de las masas rurales y la elaboración de una ideología nacionalista.

En cuanto al ámbito militar, el movimiento iniciado por Hidalgo, transformó, de manera radical, la forma de concebir la guerra por parte de la sociedad. Las fuerzas armadas asumirán un papel protagonista en la vida nacional. El uso de las armas se convertirá en una manera habitual de hacerse del poder político; las provincias, a través del uso de ellas, reclamarían su autonomía administrativa y económica. Los pronunciamientos armados serán de uso común, para quitar y poner gobernantes. Surge irremediamente la figura del caudillo, aquél que, por su carisma, atrae a la gente a su causa.



Miguel Hidalgo, ante la multitud de rebeldes.

Bibliografía:

- Anna, Timothy E., *La caída del gobierno español en la Ciudad de México*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1995.
- Archer, Christon I., “En busca de una victoria definitiva: el ejército realista de Nueva España, 1810-1821”, en Terán, Marta y Serrano Ortega, José Antonio, *Las guerras de independencia en América española*, El Colegio de Michoacán, México, 2006.
- Arteaga, Benito A., *El héroe olvidado. Rasgos biográficos de D. Ignacio Allende*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1993.
- Brading, David A., *Orígenes del Nacionalismo Mexicano*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1994.
- García, Pedro, *Con el cura Hidalgo en la Guerra de Independencia*, Honorable Congreso de la Unión, LVIII Legislatura, México, 2002.
- León Toral, Jesús de, *El Ejército Mexicano*, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979, p. 91.
- Riva Palacio, Vicente, *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre, S.A., México, Decimo quinta edición, 1979.
- Villoro, Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, Universidad Autónoma de México, México, 1967.
- Young, Eric Van, “Hacia la insurrección: orígenes agrarios de la rebelión de Hidalgo en la región de Guadalajara”, en Katz, Friedrich, *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al XX*, ERA, México, 1990.

Citas:

1. Archer, Christon I., “En busca de una victoria definitiva: el ejército realista de Nueva España, 1810-1821”, en Terán, Marta y Serrano Ortega, José Antonio, *Las guerras de independencia en América española*, El Colegio de Michoacán, México, 2006, p. 424.
2. Ídem, p. 425.
3. Las citas se transcribieron del documento de manera textual con el objeto conservar su originalidad.
4. *Un testimonio inédito del inicio de la independencia mexicana*, reproducción en facsímile de un manuscrito relativo a los sucesos de la madrugada del 16 de septiembre de 1810, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, México, 1988. p. 7-8.
5. Ídem, pp. 8-10.
6. Ídem, p. 4
7. Arteaga, Benito A., *El héroe olvidado, rasgos biográficos de D. Ignacio Allende*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1993, p. 78.
8. Fuentes Aguirre, Armando, “La otra historia de México”, en *El Sol de México*, México, lunes 20 de febrero de 1989.
9. Ídem.
10. Riva Palacio, Vicente, *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre, S.A., México, Tomo III, p. 365.
11. Ídem, p. 106.
12. García, Pedro, *Con el cura Hidalgo en la Guerra de Independencia*, Honorable Congreso de la Unión, LVIII Legislatura, México, 2002.
13. Riva Palacio, Vicente, Op. cit., p. 106.
14. Ídem.
15. León Toral, Jesús de, *El Ejército Mexicano*, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979, p. 91.
16. Archer, Christon I., Op. cit., p. 427.
17. Ídem, p. 428.
18. Ídem.
19. *Texto inédito...* Op. cit., p. XV.
20. Ídem, p. 429.
21. Ídem.

Toma de la Alhóndiga de Granaditas

28 de septiembre de 1810

INTRODUCCIÓN

A inicios del siglo XIX, el territorio de la Nueva España no era ajeno a los preceptos e ideologías que se gestaban en el mundo. Una clase ilustrada, criolla en su mayoría, con adeptos entre los demás grupos sociales de la estructura colonial, buscaban y esperaban cambios y cualquier pequeño espacio que se les presentase, para expresar sus ideas, entre las que ya se hablaba de autonomía, libertad, emancipación e independencia.

Una de las muestras de este ideario sucedió en 1808, en la Ciudad de México, donde el Síndico del Ayuntamiento de la Ciudad de México, el abogado Francisco Primo de Verdad y Ramos, junto a otros funcionarios de la Colonia, como el Regidor Juan Francisco Azcárate, propusieron que el Virrey José de Iturrigaray convocará a los Ayuntamientos de la Nueva España, a una junta en la que se formaría un gobierno provisional.



Diversas clases de la Nueva España.

El argumento fue la delicada situación en España, que tras la invasión francesa y el encarcelamiento del monarca, ocurrió un vacío de poder; ante esa falta de soberanía, de la que era depositario el Rey, el pueblo era el encargado de ejercerla. Por lo tanto, era necesario la formación de un gobierno provisional.

Los planes de autonomía fallaron, por la intervención de ricos españoles que detuvieron a los involucrados, incluso al mismo Virrey, y nombraron nuevas autoridades; poco después, en su celda, perdió la vida Primo de Verdad.¹

Estos hechos sólo fueron el prelude de grandes conflictos; la efervescencia política continuaba, aunque en el terreno de la clandestinidad; la oposición y sobre todo, el espíritu libertario se respiraba en el territorio colonial.

En el ámbito ideológico, la situación socioeconómica de indígenas, esclavos, castas y en general de toda la sociedad novohispana, era condicionada por el carácter de colonia, lo que contribuyó a albergar cierto descontento, aunado a la falta de movilidad social.

Los indígenas ya habían realizado varias rebeliones de carácter local, las causas giraban en torno a los abusos de los dominadores españoles y se enmarcaron en épocas de crisis agrarias y económicas. De la misma manera, los esclavos se insurreccionaron en 1609 en Orizaba, Veracruz, en 1612 en el Puerto de Veracruz y en 1735 nuevamente en Orizaba.

La mayoría de esas rebeliones demandaron justicia a la autoridad colonial; la crisis y la explotación laboral generaban descontento en este sector y pugnaban por adoptar, de una manera razonable, una modificación de las medidas de la Corona y su forma de dominio, pero las razones que el Estado español imponía, estaban por encima de todo reclamo de la sociedad novohispana y el principal de ellos: la creciente necesidad de disponer de recursos económicos para las arcas de la metrópoli.

Una de las motivaciones que propiciaron el descontento y las ideas de autonomía, fue el cambio del régimen fiscal, que comenzó a partir de 1786, y se le conoce como las Reformas Borbónicas. Este periodo inició con el ascenso de la dinastía de los Borbones al trono español. El Rey Carlos III se rodeó de personajes ilustrados, que llegaron a su corte y fueron, indirectamente, los que propiciaron las reformas administrativas de finales del siglo XVIII.

El impacto inicial en los territorios de ultramar, fue la reorganización de la recaudación fiscal y de los empleos públicos, que fueron tomados por españoles, dejando fuera de la escena administrativa a los criollos. Dichas reformas consistían en que *“el establecimiento del aparato de intendencias, tendía a reforzar y controlar mejor*



Francisco Primo de Verdad y Ramos, Síndico del Ayuntamiento de la Ciudad de México.



El movimiento convocado por Hidalgo reunió a todos los sectores de la sociedad novohispana.

el sistema impositivo. Los impuestos pesaban sobre todo en el sector con menor capacidad de acumulación de capital: hacendados, clero y la elemental industria manufacturera. La reforma impositiva dio enormes dividendos a la corona, cerca de 10 millones de pesos llegaron a embarcarse anualmente a España por concepto de impuestos. A principios del siglo XIX, la Nueva España suministraba a la Metrópoli las tres cuartas partes del total de sus ingresos de las colonias.²

En 1808, España fue ocupada por el ejército francés. El Rey fue tomado prisionero y llevado a Francia. Los Ayuntamientos, ante el vacío de poder, decidieron tomar el control político administrativo y organizaron la defensa; para ello convocaron a juntas donde, hasta la llegada del Rey, se decidieran los destinos de España.



La toma de la Alhóndiga de Granaditas por fuerzas insurrectas.

Se nombraron delegados de toda España y de las colonias de ultramar; en esas circunstancias, se presentó la oportunidad a los criollos, para concretar sus planes de autonomía.

Las conjuras en el territorio de la Nueva España no terminaron, en parte porque la administración estaba en manos de españoles y de algunos criollos comprometidos con el orden colonial.

Después de los sucesos en el Ayuntamiento de la Ciudad de México y de la muerte de Primo de Verdad, las tertulias fueron el escenario donde los americanos planearon la manera de terminar con la condición de colonia. Estas reuniones se desarrollaron en la clandestinidad, y entre sus asistentes participaron desde militares, eclesiásticos, propietarios, hasta algunos empleados de la administración pública. Las autoridades coloniales sólo esperaron un error que delatara sus intenciones.

A dichas tertulias asistían el Cura Miguel Hidalgo y Costilla, y el Capitán de Milicias Provinciales, Ignacio Allende. La conspiración que se gestaba en la ciudad de Querétaro fue descubierta; una vez informados los instigadores, optaron por anticipar el inicio de la lucha armada.

Finalmente, el 16 de septiembre de 1810, Hidalgo, del Curato de Dolores, Guanajuato, encendió la chispa que provocó el movimiento social que nos dio libertad y patria. Con el repique de las campanas, convocó a la población a levantarse en armas, en contra de los españoles y del mal gobierno establecido en la Nueva España.

Esta fecha marcó el principio de un movimiento de masas; la población estaba iracunda, pero los estratos sociales disfrutaron el momento en que se les otorgaba la libertad de reclamar a sus verdugos sus

maltratos y su arrogancia. Los criollos se postularon como el grupo que, en su momento, necesitaba erigirse como clase dirigente, para poder delegar derechos al resto de los habitantes. Los planes primarios de Hidalgo dejaron de concordar con los de su grupo social, cuando las exigencias sociales que él había despertado, lo rebasaron. En adelante, se pronunció por la igualdad social, sin distinción de sangre, todos unificados bajo una misma identidad. Otorgó derechos políticos y emprendió reformas fiscales a favor de aquéllos que habían sufrido los agravios de las autoridades virreinales: indios, castas y negros.

Las características que adquirió la lucha de Hidalgo, no diferían de los reclamos de los distintos grupos de la sociedad novohispana, que en esencia, pugnaba por la disminución de la carga tributaria y de los impuestos; por otro lado, existía la agitación que generaba el movimiento de independencia, dentro de las castas y los negros, quienes condicionados por su origen y su nacimiento, se veían a sí mismos, como parte de una estructura social que los sumía en la ignorancia y la pobreza.

Al convocar a la multitud, a esa gran masa de castas, indios y negros, Hidalgo pretendía obtener un numeroso apoyo, para combatir al ejército colonial, aunque detrás de esa gran masa estuviesen los criollos, de mediana posición económica e intelectual; muchos de ellos, que simpatizaban con los fines de las conspiraciones, no estaban de acuerdo con el medio elegido por Hidalgo.

El primer efecto de esa convocatoria, y que definió en mucho el curso de los acontecimientos, fue el asalto y toma de la Alhóndiga de Granaditas. La noticia se divulgó en todo el territorio colonial y se matizó según el lugar, donde criollos y castas, en muchas ocasiones, combatieron a Hidalgo, al ser tratados como bandoleros y en otros lugares como libertadores.³

La toma de la Alhóndiga de Granaditas fue la primera acción de armas librada entre fuerzas insurgentes y tropas españolas, durante la Guerra de Independencia de México. El movimiento de la lucha insurgente, propiamente se definió como su fase armada, el 16 de septiembre de 1810. Miguel Hidalgo y Costilla e Ignacio Allende, después de salir del pueblo de Dolores y al llegar a la ciudad de Guanajuato, intimidaron, por tres ocasiones, a rendición, al Intendente Juan Antonio Riaño, quien se negó a entregar la plaza y se dispuso a defenderla. Hidalgo y Allende decidieron tomarla por asalto, el día 28 de ese mes.

LOS CAUDILLOS

¿Quiénes fueron los hombres que dirigieron las grandes masas, en la primera fase de la lucha por la libertad? En este texto se resalta la figura de dos grandes personajes, que plagaron nuestra historia nacional con sus sobresalientes acciones: Miguel Hidalgo y Costilla e Ignacio Allende.

En resumen, señalaremos que Hidalgo nació en una familia de medianos ingresos, originario de la Hacienda de Corralejo, Jurisdicción de Pénjamo, Gto., en la que su padre era el administrador. Fue un ilustrado de su tiempo, estudió retórica en el Colegio de los Jesuitas de San Francisco Javier de Valladolid (actual Morelia); posteriormente, estudió filosofía en el Colegio de San Nicolás de Valladolid (1767-1770); presentó su examen para obtener el grado de Bachiller en Filosofía, en 1770. Finalmente, realizó un curso de teología, y obtuvo el grado de Bachiller en Teología, en 1773.

Una vez que concluyó sus estudios, incursionó en la docencia, en el mismo Colegio de San Nicolás, en el cual llegó a ocupar el cargo de Rector, en 1792. Se puede inferir que dicho personaje, a pesar de ser culto, no se le veía con mucho talento militar, pero desde que éste compromete su vida al asistir a las reuniones que tenía con los conspiradores, *“Hidalgo va dejando de ser el representante de los criollos reformistas, para convertirse en el líder de una rebelión campesina, anárquica y violenta, y que le dio a la revolución de independencia las características que no tuvo ninguno de los otros movimientos de independencia de América Latina”*.⁴

Ignacio Allende era parte de esos criollos, que buscaban un lugar en la difícil estructura colonial, donde una de las profesiones, para todos aquéllos que no tenían una propiedad que les proveyera de una renta, era el servicio en las Milicias Provinciales; otras opciones eran ser abogado, administrador, eclesiástico o médico. En todo caso, el mando de un batallón o regimiento, y la jefatura, estaban ocupadas por españoles, dejando a los criollos, como máximo, el mando a nivel de compañía.

Allende se desempeñaba como Capitán del Regimiento de Dragones de la Reina. Era afecto a las tertulias y a la conspiración para el cambio de régimen. Originario de San Miguel el Grande (hoy San Miguel de Allende), nació en 1769; muy joven optó por el servicio de las armas, y en 1801 participó, a las órdenes del General español Félix María Calleja, en una expedición a Texas; posteriormente se incorporó al Regimiento de Dragones de la Reina.

El adiestramiento que recibió fue proporcionado por los oficiales españoles que llegaron a la colonia, al implementarse las Reformas Borbónicas, con la intención de formar un ejército colonial que defendiera el territorio de las intromisiones de otra potencia, y el hecho que lo provocó, fue la toma del puerto de La Habana, por los ingleses.

Las unidades que se formaron, se destinaron a los principales poblados del interior, en los puertos, y algunos de ellos en la frontera norte. Incluyeron en sus filas a criollos, mestizos y castas. La fuerza colonial se componía de fuerzas de línea o permanentes, de los cuerpos provinciales y de las compañías fijas de los puertos. Una de las características del ejército colonial, fue que sus corporaciones pocas veces se trasladaban a otro lugar; por ello, sus integrantes, a excepción de los españoles, realizaron operaciones regionales.⁵



LOS REALISTAS

El grupo que defendió al sistema establecido y la inmovilidad de las autoridades coloniales, después de la abdicación de Fernando VII, fue representado por el Virrey de la Nueva España, el Teniente General Francisco Javier Venegas, quien llegó a la ciudad de México el 14 de septiembre de 1810. Como algunos de los peninsulares enviados de España, al enterarse de la conspiración de Hidalgo, minimizó el asunto y se limitó a ofrecer una recompensa para el que diese muerte a los ‘traidores’.

“A sus órdenes estaba el ejército del Rey. En teoría, sobre el papel, podía disponer de poco más de 20 mil hombres, casi 10 mil de tropas veteranas o de línea, y el resto de milicias. Salvo los altos mandos que eran españoles, los demás eran criollos y las tropas estaban formadas por mestizos y por castas”.⁶

Venegas puso al mando de las operaciones militares al Brigadier Félix María Calleja del Rey; se decía de él, que poseía: *“conocimientos demasiado raros en aquella época, así es que gozaba de la mayor reputación e influjo en aquel distrito. Dábase Calleja el tono de un gran jefe”.⁷*

Otro de los militares realistas que sobresaliera por su lucha contra los insurgentes, fue el Coronel Manuel de Flon, Conde de la Cadena, quien fungía como Intendente de Puebla en 1810; era uno de los hombres públicos de reputación bien sentada en todas líneas. Se ignora cuál fue su pericia militar, pero eran universalmente reconocidas su integridad y su honradez; Flon echó un borrón eterno sobre su reputación adquirida a tanta costa, por el

carácter bárbaro y sanguinario que desplegó con tanta ferocidad, en clase de segundo jefe del ejército español del centro.

LOS INSURGENTES

El Ejército Insurgente se formó con la naturalidad y explosión de una rebelión, lo que permitió que cualquiera se uniera a sus filas. Sus armas fueron los utensilios de labranza, las herramientas de las haciendas, piedras y palos, y no faltaron hondas, arcos y flechas. Algunas armas de fuego y lanzas fueron obtenidas del Regimiento de la Reina, que se incorporó al Ejército Insurgente.

El 16 de septiembre de 1810, al convocar al pueblo a la rebelión y con ello al inicio de una revolución, los caudillos iniciaron su marcha en dirección a la ciudad más importante de la región, Guanajuato, y después hacia la meta final, que era la capital de la colonia, la ciudad de México. Primero se dirigieron a San Miguel el Grande, luego ocuparon Celaya y no siguieron hacia el sur, dieron vuelta hacia Irapuato y Salamanca. El 28 de septiembre llegaron a las inmediaciones de



Ruta de los Insurgentes de Dolores a Zacatecas entre 1810 y 1811.



La caballería insurgente fue integrada por gente de las rancherías y haciendas.

Guanajuato. En el transcurso de la marcha, se unió cada vez más gente, y se estimó que el efectivo era de 20,000 personas.

La Toma de Guanajuato, capital de la Intendencia, se consideró necesaria por los beneficios económicos, sociales y políticos para la causa insurgente, entre ellos contar con el dinero suficiente para financiar la guerra, aprovechar las extensas zonas de siembra que caracterizan a Guanajuato y la adhesión de los habitantes de la región; de esa manera podía consolidarse y estar en condiciones de dirigirse a otras importantes poblaciones, como Valladolid y Guadalajara, y finalmente, a la sede de la administración colonial.

LA DEFENSA DE GUANAJUATO

Las noticias de la rebelión pronto se conocieron en Guanajuato, además de la toma de las dos poblaciones, San Miguel el Grande y Celaya. El Intendente Juan Antonio Riaño, informado de las actividades de Hidalgo y sus intenciones de tomar Guanajuato, decidió defender la plaza a todo trance.

El Intendente era un español ilustrado, que nació en 1857, en Santander, España; sirvió en la marina española y se retiró del servicio como Capitán de Fragata. Por sus méritos, fue investido como Caballero del Hábito de Calatrava. Participó en las expediciones españolas en África, y posteriormente obtuvo distinguidos empleos en el ramo administrativo, en España. Se caracterizó por ser un hombre íntegro, ilustrado y activo como magistrado, dedicado a la literatura y a las bellas artes. Hombre de gran carácter y apego al deber; al momento de dirigir la defensa de Guanajuato contaba con 53 años de edad, y se desempeñaba como Intendente, Corregidor y Comandante de las armas de Guanajuato.⁹

Por lo tanto, el 18 de septiembre, fecha en que se enteró de la aproximación de los insurgentes, Riaño ordenó el toque de “Generala”, alertando a la población de los peligros que amenazaban su tranquilidad.

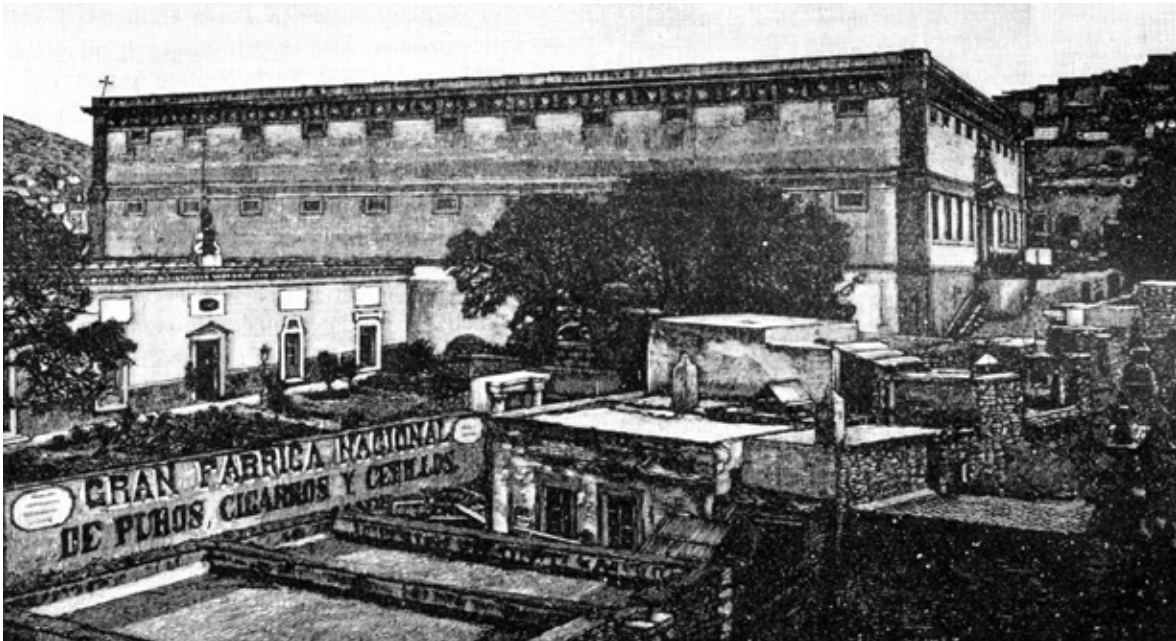
Una de sus primeras acciones fue reunir a los notables y ricos de la ciudad, con los cuales coordinó la defensa; el resto de la población volvió a sus actividades normales, pero atento al llamado de las armas. Su confianza plena estaba en los españoles y en las unidades de la Milicia Provincial que tenía bajo su mando.

Las posibilidades de una defensa exitosa de la ciudad, eran muy pocas, en el sentido de que la plaza, rodeada por montañas, desde las cuales se observaba todo lo que sucedía en ella, representaba una ventaja para el oponente, y en el caso de que la fuerza enemiga se apoderara de esas alturas, el intento de una salida era imposible.

Las noticias de la aproximación de una hueste, con miles de individuos sin ningún tipo de orden militar y del control efectivo de sus líderes, sin ideología que diera sentido a sus acciones, que más se semejaba a una horda que destrozaba todo a su paso, y en el camino se nutría cada vez más de la gente común, de los estratos desdichados de la colonia, en una región donde la población era considerable, significó un gran problema.

Para los españoles, era muy probable que el populacho se uniera a los rebeldes, lo que significaría una gran desventaja, por el mayor número de individuos a enfrentar, además del conocimiento de la ciudad y sus puntos débiles. En caso de que tomaran la ciudad, sus habitantes y sus riquezas estarían a merced del populacho, que nada respetaría; las vidas y las posiciones sociales de los españoles no valdrían, y el desorden reinaría; el temor de los españoles no era infundado, ya que posiblemente Hidalgo y sus seguidores no tenían el control total de su gente, y les permitían cualquier destrozo, y la ciudad y sus habitantes más respetables, caerían en la desgracia. En una zona minera, el peligro era mayor, por los trabajadores, debido a que tenían conocimiento del uso de la pólvora a la que tenían acceso.

Para defender la plaza, el Intendente optó por resistir en los límites de la ciudad y no en el exterior, en campo abierto, por no contar con suficiente fuerza con experiencia para enfrentar a los insurgentes, por ello se aprovecharía mejor los parapetos que ofrecía el caserío y las estrechas calles de la ciudad, para rechazar al enemigo, que no tendría otra modalidad que entrar en columnas cerradas y compactas, que fácilmente podían ser batidas por el fuego de fusilería, hasta que desistieran en su empresa. Para ello, la defensa que se organizó consistió en: *“[...] levantar trincheras en las calles principales, de modo que el perímetro fortificado encerrase la plaza y la parte más importante de la ciudad. Los paisanos armados, en su mayor parte españoles, y los soldados del batallón provincial se dedicaron con tesón al levantamiento de parapetos; situáronse destacamentos avanzados en los caminos de Santa Rosa y Villalpando, que a través de la sierra van a dar a Dolores y San Miguel el Grande; ordenándose a los Escuadrones del Regimiento del Príncipe, diseminados en los pueblos inmediatos, que se reconcentraran en la ciudad [...]”*.¹⁰



Vista de la Alhóndiga de Granaditas a finales del siglo XIX.

Pero aún con todas las medidas tomadas por el Intendente, los españoles de la ciudad desconfiaban de la población mestiza, la que creían que, una vez que Hidalgo se presentara, se pasarían a su lado. Como medida ante la incertidumbre, optaron por fortificarse en un sitio fuerte, con capacidad de resistencia arquitectónica, y de donde pudiese ver los movimientos de los insurgentes; el sitio ideal fue la Alhóndiga de Granaditas, donde los españoles llevaron los caudales de la Intendencia, que ascendían a 620,000 pesos, los archivos, municiones, provisiones y la mayoría de las tropas de infantería. Al día siguiente, los españoles acaudalados trasladaron sus capitales, que ascendían a cerca de los tres millones de pesos, producto de las actividades mineras.

En la ciudad no existían muchas armas, como lo comunicó Riaño a las autoridades, y solicitó el auxilio más inmediato; entre ellos requería la rápida movilización de la fuerza de Calleja, desde San Luis Potosí, la cual nunca llegó. Algunos españoles lo conminaron a abandonar la plaza, pero Riaño se negó. En una carta al Virrey, expresó la situación de la ciudad:

“[...] los pueblos se entregan voluntariamente a los insurgentes: hicieronlo ya en Dolores, San Miguel, Celaya, Salamanca, Irapuato; Silao esta pronto a verificarlo. Aquí cunde la seducción, falta de seguridad, falta de confianza. Yo me he fortificado en el paraje de la ciudad más idóneo, y pelearé hasta morir si me dejan con los 500 hombres que tengo a mi lado. Tengo poca pólvora, porque no la hay absolutamente, y la caballería mal montada y armada sin otra cosa, que espadas de vidrio, y la infantería con fusiles remendados; no siendo imposible el que estas tropas sean seducidas. Tengo a los insurgentes sobre mi cabeza; los víveres están impedidos, los correos interceptados. El señor Abarca trabaja con toda actividad,



Juan José Martínez de los Reyes "El Pípila". Imagen tomada en el museo del Caracol

y vuestra señoría y él de acuerdo, vuelen a mi socorro porque temo ser atacado de un instante a otro. No soy más largo porque desde el 17 no descanso ni me desnudo, y hace tres días que no duermo una hora seguida. 26 de septiembre de 1810".¹¹

La defensa española se integró por 300 hombres del Batallón de Infantería Provincial de Guanajuato, comandado por el Mayor Diego Berzábal; voluntarios de la plaza que formaron una Compañía y ofrecieron sus servicios al Intendente Riaño, en su mayoría españoles, bajo el mando de Bernardo del Castillo, quienes sumaban, aproximadamente 200 hombres; y dos compañías del Regimiento de Caballería del Príncipe, venidas de Irapuato y Silao, únicas que habían podido reunirse en poco tiempo, y que no pasaban de setenta Dragones, bajo el mando de José Castilla.

En el exterior del edificio de la Alhóndiga, se construyeron parapetos en las calles adyacentes: la primera al pie de la cuesta de Granaditas, entre el convento de Belén y la hacienda de Dolores; otra en unión de las calles de los Pocitos y la subida de la calle de los Mandamientos; la última cortaba la cuesta del río de la Cata, y estaban al mando de Gilberto de Riaño, hijo mayor del Intendente, que con el grado de Teniente, servía en el Regimiento de Línea Fijo de México, y se hallaba con licencia en casa de su padre. Como medida, se selló con ladrillos de adobe la entrada oriente del edificio y quedó únicamente la puerta norte.¹²



Fuerzas insurgentes se unen al Ejército de Miguel Hidalgo y Costilla para luchar por la libertad.

APROXIMACIÓN DE LAS FUERZAS INSURGENTES

Para evitar un fuerte combate, Hidalgo incitó al Intendente a unírsele y le envió varias cartas donde expresaba sus intenciones y las justificaciones de su causa; entre ellas expresó: “[...] por esto verá vuestra señoría que mi intención no es otra, sino que los europeos salgan por ahora del país. Sus personas serán custodiadas hasta su embarque, sin tener ninguna violencia. Sus intereses quedaran a cargo de sus familias o de algún apoderado de su confianza. La nación les asegura la debida protección; yo, en su nombre, protesto cumplirlo religiosamente [...] mas en el caso de resistencia obstinada, no respondo de sus consecuencias”.

La respuesta del español no fue otra, que acelerar los preparativos de defensa, en especial la de la alhóndiga y de sus avenidas; se fortificó, además, el edificio contiguo de la hacienda de Dolores, y en la cuesta del río de Cata se situó la caballería.

El 27 de septiembre los insurgentes acamparon a las afueras de la ciudad, establecieron su cuartel en la hacienda de Burras y se prepararon para el asalto.

En la mañana del siguiente día, Mariano Abasolo y el Teniente Coronel Ignacio Camargo se dirigieron a los parapetos de la calle de Belem, para exigir la rendición de la plaza y la entrega de todos los españoles.

Riaño dio a conocer las intenciones de los insurgentes, pero los españoles no estaban dispuestos a entregarse y perder sus bienes. Por su parte, el Mayor Berzábal, Comandante del Batallón Provincial,

preguntó a sus elementos si estaban dispuestos a cumplir con su deber; quienes al unísono contestaron “Viva el Rey”. Riaño, ante el entusiasmo de los peninsulares, se dispuso a defender la plaza ante los insurgentes.

INICIA EL ASALTO

Al momento de atacar Guanajuato, los insurgentes no tenían o disponían ni siquiera de una escasa organización militar; se conducían por medio de los caudillos locales, que guiaban y animaban a la gente a luchar.

La primera columna de insurgentes, compuesta en su mayoría por indígenas, se dirigió cerca del medio día, hacia el parapeto de la Cuesta de Mendizábal, donde Gilberto Riaño los recibió con descargas de fusilería, rechazándolos. Se replegaron al cerro de la Cuesta y sucedió lo que más temían los españoles, la adhesión a los insurgentes de las castas de los alrededores de la ciudad.

Después del primer rechazo, el resto de los insurgentes se posicionaron en los cerros del Cuarto y del Venado, y los Dragones del Regimiento de Celaya ocuparon el caserío inmediato a las posiciones defensivas.¹³

Contaban los insurgentes para el ataque, con las armas que cada uno pudo proporcionarse, “[...] de fuego había poquísimas y las demás consistían en palos, piedras, instrumentos de labranza o ganadería, en machetes y cuchillos destinados para uso doméstico [...]”.¹⁴

Aproximadamente a las 13:00 hrs., desde los cerros aledaños, los insurgentes volvieron al ataque de las posiciones de los españoles. Contaban con una fuerza de caballería de unos 2,000 hombres, que se dirigieron a liberar a los presos, los cuales se les unieron en la lucha.

En el parapeto de la calle del Pocito, al mando del Capitán Pedro Telmo Primo, al verse abrumado por los insurgentes, el Intendente consideró prudente reforzarlo con veinte infantes, pero al regresar a la puerta del edificio, fue herido por un disparo en un ojo, causado por un Dragón de Celaya, con lo cual perdió la vida. En ese momento, las esperanzas y la organización de la defensa parecían desplomarse, por la falta del líder español, y el triunfo insurgente tenía en ese momento, mejores perspectivas.

El asalto de la Alhóndiga, en su mayoría se basó en una lluvia de piedras, que los indígenas lanzaron sobre los españoles, al grado que fue necesario abandonar los parapetos, y la resistencia desde la azotea casi era imposible.

Ante ello, el Capitán Manuel Escalera ordenó el cierre de la puerta de la Alhóndiga, y dejó aislados a los defensores de la Hacienda de Dolores; además, nulificó la posibilidad de que entraran o auxiliaran a las tropas de caballería sobre el río Cata, dejándolas a su suerte.

La resistencia de los españoles era tan desesperada, como las intenciones de los insurgentes por acabarlos; no obstante las enormes bajas que provocaban las descargas de

fusilería entre sus filas, que avanzaban muy compactos sobre las calles, los españoles apenas tenían tiempo de recargar sus armas, cuando ya tenían más insurgentes sobre los cadáveres y los heridos que producían.

Al momento que los españoles se encerraron, los atacantes arrasaron con los defensores que encontraron en el camino.

Al verse aislados, los españoles recurrieron a las bombas de azogue, las cuales tenían previamente preparadas, y las lanzaron desde las ventanas contra los insurgentes, provocando numerosas bajas, cosa que no mermó su insistencia en tomar el edificio.¹⁵

Al respecto de esas bombas, Carlos María de Bustamante describe que eran “[...] *frascos de hierro en que viene envasado el azogue á los que llenos de pólvora, y apretados los tornillos, hizo un pequeño ahugero [sic] para introducirles una mecha: ¡invención maldita! Pues lanzados a su vez sobre los americanos hicieron el mayor estrago dividiendose [sic] en muchos fragmentos [...]*”.¹⁶

Por su parte, Alamán refiere que la invención “[...] *provino de don Gilberto de Riaño e invención suya fue transformar en granadas de mano los frascos de azogue. Son estos unos cilindros de fierro colado de un pie de alto y seis pulgadas de diámetro, con la boca estrecha cerrada con tornillo: llenabanse de pólvora y metralla, practicando un agujero estrecho por donde pasaba la mecha, para darles fuego en la ocasión [...]*”.¹⁷

La dificultad de tomar la Alhóndiga y las bajas producidas, hizo que el mando insurgente se dirigiera a un minero apodado el Pípila.

*“Rodeado de un torbellino de plebe, dirigió la voz á un hombre que la regentaba y le dijo: ¡Pípila la patria necesita de tu valor ¿Te atreverás a poner fuego a la puerta de la Alhóndiga?! La empresa era arriesgada pues era necesario poner el cuerpo en descubierto a una lluvia de balas; “Pípila este lépero comparable al carbonero que atacó la Bastilla en Francia dirigiendo la operación que en breve redujo a escombros aquel apoyo de la tiranía sin titubear dijo que sí”.*¹⁸

Se trataba de un hombre con oficio de minero, de 28 años, de nombre Juan José Martínez de los Reyes,¹⁹ quien tomó una gran loza de cuartón, se la puso sobre la cabeza, afianzándola con la mano izquierda, y con la derecha tomó un ocote encendido, marchando casi a gatas a la puerta del edificio, a través de una lluvia intensa de balas; al llegar a la misma, la cubrió con brea y le puso fuego con su ocote encendido. Así empezó a arder la puerta, que poco a poco se fue consumiendo bajo las llamas.

TOMA DE LA ALHÓNDIGA

Al arder la puerta, muchos españoles decidieron rendirse y ondearon pañuelos blancos en las ventanas, en señal de rendición, con lo cual disminuyeron las acciones defensivas desde el interior y aminoró el ataque independentista.



Vista actual de la Alhóndiga de Granaditas; fue uno de los principales y primeros escenarios de la lucha de Independencia de México, que durante el ataque por parte del Ejército Insurgente a la ciudad de Guanajuato, en su interior se acuartelaron las tropas realistas.

Pero en la hacienda de Dolores, ajenos a la situación del interior del edificio, el fuego no cesó y provocaron aún más bajas entre las filas insurgentes, y la voz de traición circuló por todas sus filas, al creer que era un sucio ardid español,²⁰ y nuevamente se recrudecieron los ataques.

LA ÚLTIMA RESISTENCIA

Con el incendio de la puerta, los soldados realistas se formaron, y al entrar los primeros insurgentes realizaron una descarga, pero una multitud de independentistas ya estaba empujando, y los defensores no pudieron evitar que se internaran al edificio. La lucha en el interior se realizó cuerpo a cuerpo, pero cada vez entraban más, y en todos los rincones de la Alhóndiga perecieron los españoles, hasta que fueron cesando los disparos y los lamentos de súplica por la vida.

La situación en la hacienda de Dolores no era del todo diferente. Los realistas apenas habían logrado contener a los independentistas, y en menor oportunidad se retiraron a una noria sobre el río de Cata; al acabarse las municiones intentaron resistir, y finalmente sólo algunos fueron tomados prisioneros; el resto murió en la refriega.

Después de cinco horas, al caer la tarde y con la consumación de la toma de la Alhóndiga, se buscó y persiguió al resto de los españoles, hasta que les dieron muerte, y se tomaron algunos prisioneros, y con ello la Independencia había logrado su primer triunfo, así como una importante suma de dinero, para financiar los gastos de la guerra que apenas iniciaba.

Las bajas fueron calculadas, según algunos historiadores, como Alamán que presenció el asalto, en unos 3,000 para los Insurgentes y 305 realistas, 105 civiles y 200 militares;²¹ por su parte, Bustamante ignora el número de muertos insurgentes, y de los realistas coincide con el anterior en 210 españoles;²² el padre Fray Servando Teresa de Mier indicó que sólo cayeron en combate, los que decidieron realizar una férrea defensa, sin precisar el número exacto, y que hubo un aproximado de 200 prisioneros;²³ Arteaga da igual número de cifras que Bustamante;²⁴ Riva Palacio arguyó que cayeron aproximadamente 2,500 insurgentes y unos 400 realistas.²⁵ Se puede concluir con los datos anteriores, que fueron cerca de 2,500 las bajas entre muertos y heridos independentistas, cerca de cuatrocientos españoles y unos doscientos prisioneros.

CONSIDERACIONES

La toma de la Alhóndiga de Granaditas fue el primer gran triunfo armado de la revolución que iniciaba.

Durante el encuentro, donde la autoridad representante de un orden impuesto, caía igual que los españoles comprometidos en mantenerlo. Un efecto positivo para los independentistas, fue que las autoridades de las ciudades que siguieron el paso del Ejército Independentista, por Guanajuato, tomaron como ejemplo lo sucedido, y su resistencia se esfumó, entregando la plaza a los insurgentes, como en Guadalajara.

La decisión del Intendente Riaño de defender la ciudad de Guanajuato, desde la Alhóndiga y sus calles adyacentes, significó la pérdida de la plaza. Como recurso para dar tiempo a la llegada de



Los insurgentes tomaron finalmente la Alhóndiga de Granaditas.

refuerzos desde Querétaro, San Luis Potosí o cualquier punto, la defensa de ese sitio era algo muy arriesgado, que finalmente se convirtió en una tragedia para los españoles y contrastó con el desdén de las autoridades españolas hacia los insurgentes, quienes eran tomados como una simple turba.

La muerte de Riaño y de los numerosos españoles, los destrozos y saqueos de la ciudad, fueron hechos que no pasaron desapercibidos en muchas regiones de la Colonia. Desde la perspectiva de la época, no se le consideró como una revolución o un movimiento de masas en busca del cambio de la situación de la colonia y sus habitantes, sino que se diseminó la noticia, como una rebelión de las castas, y de un cura y sus seguidores bandoleros, que sólo pretendían robar y crear caos por donde pasaban.

La difusión de las ideas y los objetivos cobrarían auge al poco tiempo, y moldearía sus aspiraciones, promoverían la incorporación de importantes personajes como José María Morelos y Pavón, Ignacio López Rayón y otros muchos ideólogos y caudillos que, desde los aspectos político-militar y jurídico, dieron forma y estructura al movimiento insurgente, para convertir el llamado de Hidalgo en una Revolución de Independencia, que volvió la mirada desde España y las más enérgicas medidas de las autoridades coloniales, para frenar su expansión y evitar una rebelión incontenible en todo el territorio.

La lección para los insurgentes, fue que la aglomeración de una gran cantidad de gente, como fuerza armada, con poco orden, puede ser canalizada, si los ánimos son exaltados hacia un fin preciso; es decir, si se le identifica con un ideal y con un objetivo específico a seguir; también, que se puede frenar el ímpetu con el que se decide tomar un punto, pero si en el encuentro no valen las circunstancias que permean en un combate, y esa gente se siente engañada y traicionada por el bando contrario, cuando se ha pactado una tregua, todo control se pierde y se abandona todo comportamiento de las reglas de la guerra, e inicia una lucha donde surgen los resentimientos sociales, las penas y sufrimientos contenidos por una sociedad estratificada con prejuicios y segregacionista, que no cesa hasta que los representantes de ese orden, caen en sus últimos gritos de agonía, como sucedió en el interior de la alhóndiga. Debido a que los españoles no cesaron en la defensa de la Alhóndiga, cundió la noticia de que faltaron a su palabra de paz y tregua.

La respuesta en los pueblos, villas y haciendas, de criollos, castas e indígenas, fue contestar al llamado de la administración colonial de unirse o integrarse a las unidades de las milicias, para recibir instrucción militar y frenar la aterradora marcha de las huestes de Hidalgo y conservar el orden.

El proceso de la lucha armada de la Independencia de México, a diferencia del resto de América Latina, no fue por el pacto de los grupos de poder; por el contrario, comenzó como una revolución con bases sociales, donde fincó su movilización y que, posteriormente, definió sus aspiraciones y objetivos.

El camino trazado por los insurgentes, desde su salida de Dolores hacia la ciudad de Guanajuato, fue una gran revuelta, que pasó por los principales poblados del Bajío, con el fin de engrosar sus filas y por abrumadora mayoría vencer la defensa de los españoles; en el caso que una fuerza realista saliera a batirlos, también tendrían la capacidad de enfrentarla.

La ciudad de Guanajuato era inevitablemente un punto que debía tomarse, no sólo por los beneficios económicos para la causa insurgente, producto del desarrollo de la ciudad minera más importante, de todos los territorios de ultramar de la corona española, sino por el simbolismo que representaba para la causa insurgente, la toma del principal centro de la explotación colonial.

Fuentes consultadas:

- Alamán, Lucas, *Historia de Méjico*, Tomo 1, Jus, México, 1990.
- Andrews, Catherine, *Entre la espada y la constitución. El general Anastasio Bustamante (1780-1853)*, Universidad Autónoma de Tamaulipas/H. Congreso del estado de Tamaulipas, LX Legislatura, Tamaulipas, México, 2008.
- Archer, Criston I., *El Ejército en el México Borbónico, 1760-1810*, Fondo de Cultura Económica, México. Congreso del Estado de Tamaulipas, LX Legislatura, Tamaulipas, México, 2008.
- Arteaga, Benito, *El Héroe olvidado. Rasgos biográficos de D. Ignacio Allende*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1993.
- Bocanegra, José María, *Memorias para la historia de México independiente 1822-1846*, FCE/INEHM/ICH, México, 1986.
- Bustamante, Carlos María de, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, FCE/ICH, México, 1985.
- Canales Montejano, Guillermo, *Historia Militar de México (10 casos concretos)*, Ediciones Ateneo, México, S/F.
- Cárdenas, de la Peña, Enrique, *Semblanza marítima del México Independiente*, Secretaría de Marina, México, 1970, Tomo I.
- Cosío Villegas, Daniel (coord.), *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1984.
- Casasola, Gustavo, *Hechos y hombres de México*, Casasola, México, 1980.
- Hefter, J., "El caudillo y la tropa", en *Los insurgentes de 1810*, Instituto Internacional de Historia Militar, México, 1967 (Serie documentos históricos militares No. 1).
- León Toral, Jesús de, *El Ejército Mexicano y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979.
- Mora, José María Luis, *México y sus revoluciones*, FCE/ICH, México, 1986.
- Museo Nacional de Historia.

Citas:

1. Lemoine, Ernesto, "Hidalgo y los inicios del movimiento insurgente", en Enciclopedia Salvat, *Historia de México: Guerra y crisis*, Salvat Editores de México, S. A., México, 1986, Vol. 10, pp. 1612-1613.
2. Ídem, p. 1610-1612.
1. Bustamante, Carlos María, *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica/ICH, México, 1985.
2. Cosío Villegas, Daniel (coord.), *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1984, Tomo I, p. 598.
3. Andrews, Catherine, *Entre la espada y la constitución. El general Anastasio Bustamante (1780-1853)*, Universidad Autónoma de Tamaulipas/H. Congreso del Estado de Tamaulipas, LX Legislatura, Tamaulipas, México, 2008.
4. Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana, Miguel Hidalgo y Costilla, p.15.
5. Archer, Criston I., *El Ejército en el México Borbónico, 1760-1810*, Fondo de Cultura Económica, México.
6. Villalpando, José Manuel César, *En pie de Guerra*, p. 14
7. Bustamante, Carlos María de, Op. cit., p. 9.
9. Alamán, Lucas, *Historia de Méjico*, Jus, México, 1990, Tomo I, p. 275.
10. Riva Palacio, Vicente, *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre, S.A., México, 1977, p. 113.
11. Hernández y Dávalos, J, Documento n° 48, el Intendente Riaño participa a Calleja los progresos de la revolución iniciada por Hidalgo, la situación que guarda y el pide auxilio.
12. León Toral, Jesús de, *El Ejército Mexicano y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979, pp. 271-273.
13. Ídem, p. 285.
14. Mora, José María Luis, *México y sus revoluciones*, FCE/ICH, México, p. 33.
15. Ídem, p. 34.
16. Bustamante, Carlos María de, Op., cit., Tomo 1, p. 25.
17. Alamán, Lucas, Op., cit., p. 268.

18. Bustamante, Carlos María de, Op., cit., p. 39.
19. Álvarez, José Rogelio (Dir.), *Enciclopedia de México*, Enciclopedia de México, México, 1998, Tomo 9, p. 5040. Al respecto nos dice que nació en San Miguel el Grande, el 3 de enero de 1782, y murió en Guanajuato el 25 de julio de 1863.
20. Mora, José María Luis, Op. cit., p. 35.
21. Alamán, Lucas, Op. cit., p. 280.
22. Bustamante, Carlos María de, Op. cit., p. 41.
23. Mier, Op. cit., p. 296.
24. Arteaga, Benito, Op. cit., p. 147.
25. Riva Palacio, Vicente, Op. cit., p. 120.

Batalla del Monte de las Cruces

30 de octubre de 1810

El 30 de octubre de 1810, en el actual estado de México, tuvo lugar en las inmediaciones del Monte de las Cruces, un hecho de armas de significativa importancia dentro de la lucha por la Independencia de México.

INTRODUCCIÓN

La situación política de España, invadida por Napoleón Bonaparte en 1808, propició una serie de conflictos en la Nueva España y en otras colonias de Hispanoamérica, que dio origen a la Guerra de Independencia en las diversas regiones que conformaban el enorme imperio español en América.



Tropas insurgentes comandadas por Miguel Hidalgo y Costilla derrotaron a los realistas, con lo que tuvieron a su merced a la Ciudad de México.

Las condiciones sociales, políticas y económicas, exigían, no sólo la reivindicación de las clases desprotegidas, sino la reestructuración y la renovación del régimen político, de los territorios coloniales.

Después de 300 años, se dieron las condiciones que apuntaron a la destrucción del sistema colonial en nuestro país. La Guerra de Independencia se definió por ser el primer movimiento armado a nivel colonial, y marcó la diferencia del resto de los levantamientos que se habían suscitado durante la colonia, con características regionalistas.

Las causas internacionales que originaron y permitieron la Guerra de Independencia, fueron: la influencia de las ideas democráticas y liberales difundidas por los filósofos como Voltaire, Montesquieu, Rousseau y los enciclopedistas franceses; la Revolución Francesa; y la Independencia de las Trece Colonias de la metrópoli inglesa.

Fue tal el potencial económico de la Nueva España que, en muchas ocasiones, la Corona se apoyó y solucionó los problemas económicos de la metrópoli, con los recursos provenientes de la Nueva España. Desde las reformas implementadas por el visitador José de Gálvez (1766-1771), se pudieron resolver urgencias foráneas, necesidades materiales, culturales, sociales e incluso hasta suntuarias, siendo éstas en parte responsables de la ruptura del sistema. Al final de la colonia, se podía ver una administración en decadencia; el sistema burocrático estaba ocupado por un número reducido de personas, que no hacían otra cosa que velar por sus intereses.

Con la abdicación del Rey Carlos IV de España a favor de Napoleón I y la imposición del monarca francés José Bonaparte como Rey de España, la reacción en la Nueva España no se hizo esperar; inmediatamente se convocó a una junta de delegados de los ayuntamientos que conformaban la Nueva España; en ese momento, el Virrey José de Iturrigaray, el Síndico Francisco Primo de Verdad y el Regidor Juan Francisco Azcárate, discutieron cuál sería la conducta a seguir, en vista de que la autoridad del Rey había sido disuelta, siendo Primo de Verdad quien, siguiendo una ideología liberal, propuso la formación de un gobierno provisional.

Los grupos más conservadores reaccionaron ante la noticia, por lo que Primo de Verdad llamó a implementar la “Soberanía Popular”, lo que propició que los defensores de la corona española se unieran y derrocaran al Virrey, encarcelándolo junto con Primo de Verdad y Azcárate.¹

LOS INSURGENTES

Durante la noche del 15 al 16 de septiembre de 1808, el rico comerciante español Gabriel de Yermo detuvo al Virrey y a los promotores de la formación de la junta, enviando al titular de la colonia a España, acusado de traición y prevaricación, delitos de los cuales resultó absuelto del primero, y por el segundo tuvo que pagar una multa. Azcárate fue hecho prisionero y liberado tres años después; sin embargo, Primo de Verdad amaneció muerto en su celda del Arzobispado de México, el 4 de Octubre de 1808.

Tiempo después, las ideas de Primo de Verdad fueron retomadas, en la conspiración de Querétaro, por Miguel Hidalgo y Costilla, quien estudió en la ciudad de Valladolid (actual Morelia); en su época de profesor se caracterizó por crear intelectuales de espíritu moderno y liberal. Sus habilidades para el estudio, la crítica y el análisis, le llevaron pronto a destacar como uno de los pensadores más ilustres de su tiempo.

Sin embargo, sus virtudes asustaron a las autoridades eclesiásticas y, a pesar de contar con el apoyo del Obispo Fray Antonio de San Miguel, no se le permitió desarrollarse, por lo cual, la cúpula eclesiástica decide enviarlo a una Iglesia en Colima, para después cambiarlo a San Felipe (1792) y en 1803 al pueblo de Dolores, Guanajuato, en donde Hidalgo se dedicó a la lectura de la literatura francesa, que le reafirmó sus ideales liberales.²

En 1809 fue descubierta la conspiración en Valladolid, en la que participaron el Capitán de Milicias de Infantería de Valladolid José María García de Obeso; el franciscano Fray Vicente Santa María; el Sacerdote de Huango, Licenciado Manuel Ruiz de Chávez; el Comandante del Regimiento de la Nueva España, Mariano Quevedo y el Licenciado Ignacio Soto Saldaña, la mayoría de ellos amigos de Hidalgo, a quienes él había advertido que era muy temprano para dicha acción.



Miguel Hidalgo retomó las ideas de Primo de Verdad, en la conspiración de Querétaro.

Sin embargo, Hidalgo comulgó con la idea de derrocar al régimen, oportunidad que se les presentó con otro grupo de criollos que se organizó en Querétaro, bajo la protección de Miguel Domínguez, Corregidor de dicha ciudad, y sobre todo de la de su esposa Josefa Ortiz de Domínguez.

A Ignacio Allende le fue otorgado el grado de capitán por el gobierno español; sin embargo, Allende no simpatizó con el régimen colonial, ya que era sensible al trato inhumano que la colonia ejercía y permitía sobre el pueblo. Era un hombre de mente libre que, a pesar de ser militar, no congraciaba con las ideas medievales que la corona española imponía a través del virreinato, en esa época, en la cual la libertad de expresión estaba totalmente prohibida; aún y cuando se expresaran ideas en una plática de poca importancia, no se podía poner en tela de juicio al Rey, ya que se estaba poniendo en entredicho, según el sistema colonial, la voluntad de Dios.

Sólo hay que recordar que el sistema favorecía directamente a los españoles peninsulares e indirectamente a sus descendientes. Un sistema económico, donde la carga más pesada la sufrían las clases bajas y los indígenas, estos últimos bajo el yugo del español y el látigo de los capataces mestizos, que imponían jornadas de trabajo duras. Es por ello que, una vez que conoció la situación que guardaba España bajo el yugo de Francia, Allende inició el contacto con un grupo que le merecía toda su confianza.

Las reuniones secretas se llevaban a cabo bajo el mayor sigilo; Allende citaba a los integrantes de la conspiración, en la casa de su hermano Domingo Allende, y para evitar sospechas, se organizaban fiestas en los altos de la casa. Se dice que el humor de la familia de Domingo era muy positivo, así que a nadie le cayó de raro esta situación; mientras los invitados disfrutaban del baile, los conspiradores se reunían en secreto en la parte baja de la casa, donde salían a tomar parte del baile para evitar sospechas, además de que se tomaban las providencias necesarias, para que no quedara rastro alguno, con el fin de evitar ser descubiertos.

Un primer acuerdo al que llegó la junta clandestina, fue enviar emisarios a los pueblos de la región, con la idea de formar juntas en dichas comunidades, para conspirar contra el régimen colonial. Estas reuniones llamadas Juntas Menores, debían reclutar al mayor número de seguidores que se pudiera; éstos, a su vez, se comprometían a dar parte a Allende o a Aldama, en cuanto reunieran a un número considerable de insurrectos.

Se dirigían en pequeñas fracciones a San Juan de los Lagos, con el pretexto de asistir a la feria; aprovechando el primer día de las festividades, todos debían estar reunidos en el año 1810; con oficiales y tropa armada, se planeaba iniciar la lucha por la Independencia.

Se planeaba un movimiento rápido, y apresar a los españoles, que debían permanecer así hasta que los insurgentes tomaran la capital del Virreinato. Después se consideraba nombrar jefes en los distintos puntos del territorio o, en su defecto, fraccionar el ejército, con el objetivo de llevar a cabo la Independencia hasta el punto más recóndito del territorio de la Nueva España, y de este modo, poder reunirse con calma en la capital, y decidir la forma de gobierno que más convendría adoptar.

Se acordó que se debían liberar a los españoles, para que decidieran si querían quedarse en estas tierras o regresar a España, sólo que sus propiedades quedarían en manos del nuevo gobierno. Por último, pactaron que, en caso de perder la guerra, los jefes del movimiento deberían viajar a los Estados Unidos, a pedir ayuda, para continuar la lucha hasta consumir la Independencia.

Se sabe que los principales jefes de este movimiento operaron en la Ciudad de México, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí y Celaya, donde fueron recibidos de distintas maneras, con benevolencia por algunos, indiferencia por otros y con desprecio por la minoría, en especial los españoles. Convirtieron esa empresa en algo verdaderamente peligroso, ya que, en caso de ser detectados, hubieran sido condenados a la muerte, si tenían suerte; de no ser así, perecerían con los inhumanos procedimientos del Santo Oficio.

La posible intervención de la Santa Inquisición, detenía la intervención de la mayoría de los ciudadanos de estas tierras, es por ello que Ignacio Allende pensó en un líder que pudiera salvar esta situación.³

Así es como Allende invitó a Miguel Hidalgo y Costilla, quien a base de su liderazgo, había cosechado a lo largo de su permanencia en la región, una buena reputación. Hidalgo era un sacerdote que, por sus conocimientos, su simpatía con las clases bajas y su empatía por la reivindicación de las mismas, desempeñaría dicho papel a la perfección.

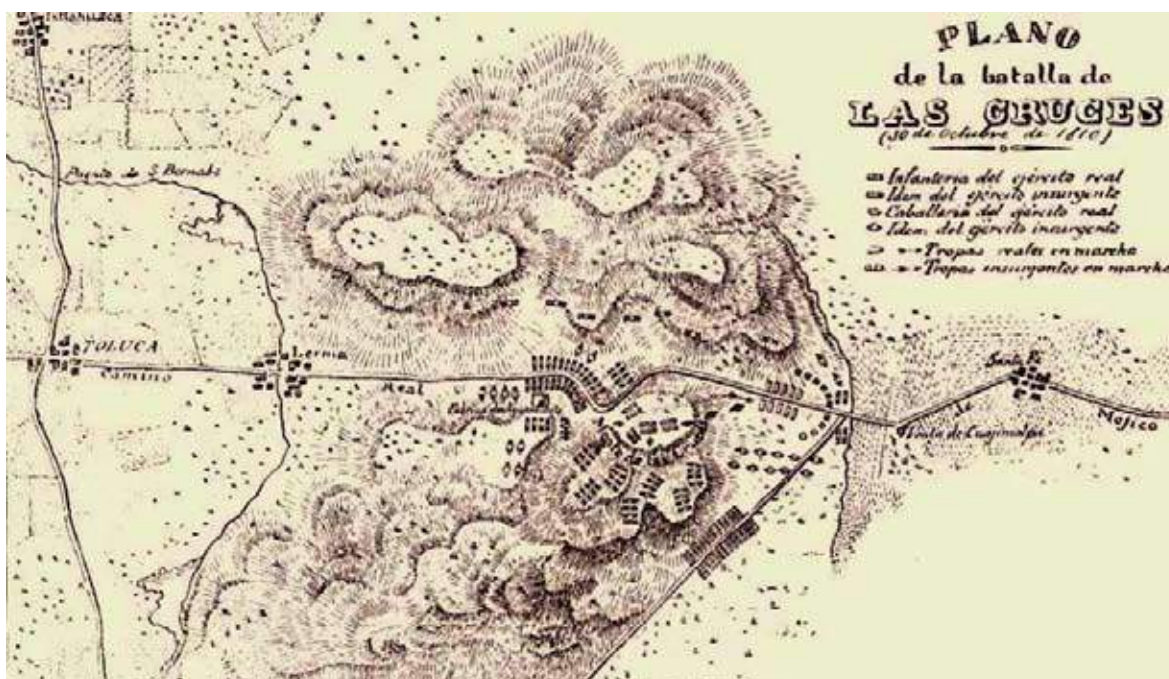
Ahora bien... es necesario resaltar, que el objetivo inicial del movimiento, no era la expulsión definitiva de los españoles y la formación de una nueva nación, o al menos sus precursores no consideraban conveniente hacerlo saber de ese modo, sino al contrario, se manifestó que, por estar ocupada la metrópoli española por los franceses, se debía tomar el poder en tanto permaneciera esa situación, para después entregarlo a la corona española, una vez que Fernando VII retomara el trono. Así lo demostraron las arengas con que Miguel Hidalgo anunciaba la madrugada del 16 de septiembre de 1810: ¡Muera el mal gobierno! ¡Viva Fernando VII!

Una vez que Miguel Hidalgo dio el histórico “Grito de Dolores”, liberó a los presos de la cárcel del pueblo; en cuestión de días, marchó sobre San Miguel el Grande (hoy San Miguel de Allende), para después tomar Celaya, Salamanca e Irapuato.

Hidalgo llegó a reclutar, en un periodo de dos semanas, cerca de 20,000 hombres, los cuales unió



Las Fuerzas Realistas, bien armadas y pertrechadas, trataron de detener el avance de los insurgentes, eligiendo el Monte de las Cruces para combatir a los sublevados.



Plano de la Batalla del Monte de las Cruces, zona boscosa que permitió a los independentistas derrotar al Ejército Realista.

bajo el emblema del estandarte de la Virgen de Guadalupe, que tomó de la Parroquia de Atotonilco, para reducir la percepción de que se sublevaban contra el Rey, lo cual provocaría la intervención de la Santa Inquisición, tomando la insurrección un carácter político-militar.

En la plaza mayor de Celaya, se le nombró a Hidalgo Capitán General o Generalísimo de América y a Allende Teniente General; después tomarían la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato. El día 20 marchó a la cabeza de 50,000 hombres, rumbo a la capital del Virreinato, la mayoría indígenas sin experiencia militar, y armados únicamente con lanzas y machetes.⁴

LOS REALISTAS

Francisco Xavier Venegas de Saavedra, Virrey de la Nueva España, preveía el ataque insurgente a la capital, por lo que de inmediato organizó a las tropas realistas bajo el mando de Torcuato Trujillo, y poco después se dio a la tarea de reclutar a hombres en edad de luchar, formando un grupo conocido como “Los Patriotas de Fernando VII”, quienes tomaron como Santa Patrona a la Virgen de los Remedios, a quien se le dio el nombre de Generala del Ejército Realista.

Mientras el Virrey Venegas intentaba organizar las tropas en la capital, el Comandante General de San Luis Potosí, el Brigadier Félix María Calleja del Rey, salió de su territorio con soldados realistas y se reunió con el Intendente de Puebla, Manuel de Flon en Querétaro; su objetivo era alcanzar a Trujillo para detener a Hidalgo en Ixtlahuaca. Tras fracasar en su

intento de detener a los independentistas en Ixtlahuaca, Trujillo y su ejército se retiraron a las lomas de Lerma y Atengo, esperando un posible ataque de las fuerzas de Hidalgo.⁵

LA BATALLA

Al observar que su posición no era estratégica, el general español se replegó al Monte de las Cruces, donde decidió esperar hasta la batalla, junto al ejército español, compuesto por 1,000 soldados de infantería, 400 de caballería y dos cañones.

La caballería insurgente era dirigida por Juan Aldama y estaba compuesta por los Regimientos de Celaya, Pátzcuaro y Guanajuato. De camino hacia Valladolid, los insurgentes pasaron por Valle de Santiago y Acámbaro, lugares donde se les siguieron uniendo más insurrectos, y al llegar a su destino, la ciudad se rinde sin presentar combate; Hidalgo fue tomando algunos lugares, mediante escaramuzas victoriosas, pero más de las veces sin enfrentar al enemigo, que le iba dejando la vía libre.

Así, las Tropas Insurgentes alcanzaron la ciudad de Toluca, pero antes se hizo un movimiento como si se dirigieran hacia Querétaro; al presentarse las tropas de Hidalgo ante Toluca, las fuerzas realistas que intentaron cortarles el paso fueron vencidas en toda la línea, obligándolas a retirarse y a tomar posiciones de combate en el Monte de las Cruces.

El Monte de las Cruces era una posición militarmente estratégica, cuyo dominio representa una de las entradas directas a la Ciudad de México. Posición elevada y cubierta por un espeso bosque de pinos, era un sitio adecuado para detener a las tropas insurgentes.

Para el día 30 de octubre, el Ejército Insurgente llegó a las cercanías del Monte de las Cruces, lugar donde se encontró con el Ejército Realista, comandado por el Brigadier Torcuato Trujillo, quien había dispuesto sus tropas a ambos lados del Camino Real que iba de Toluca a la Ciudad de México.



La virgen de Guadalupe, guía espiritual de las Tropas Insurgentes.

La Batalla del Monte de las Cruces fue un enfrentamiento militar ocurrido en Toluca, Estado de México, el 30 de octubre de 1810, entre las fuerzas del Ejército Insurgente, dirigido por Miguel Hidalgo e Ignacio Allende, y las fuerzas leales a la corona española, comandadas por el General Torcuato Trujillo.⁶

Venegas, Virrey de la Nueva España, sabía que esta batalla sería crucial para el desarrollo de la guerra y la mañana del 30 de octubre envió el siguiente parte a Trujillo: *trecientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan... Vencer o morir es nuestra divisa. Si a usted le toca pagar ese precio en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado a mí de pocas horas en consumir tan grato holocausto: yo no podré sobrevivir a la mengua de ser vencido por gente tan vil y fementida.*

El Virrey de la Nueva España, Francisco Xavier Venegas, ordenó al General Trujillo, ponerse al frente de las pocas guarniciones realistas de la capital, y con ellas emprendió un intento para hacer frente a los independentistas. La mañana del 30 de octubre, les alcanzaron en un paraje cercano a la capital, conocido como Monte de las Cruces.⁷

A diferencia de los anteriores hechos de armas en que habían participado los insurgentes, en esta ocasión el mando de las tropas recayó directamente en el General Ignacio Allende, quien pudo aplicar sus conocimientos castrenses en la conducción del combate.



Paraje de Monte de las Cruces, en donde las tropas insurgentes derrotaron a los huestes realistas.



Alegoría de la Batalla del Monte de las Cruces, en donde se aprecia la lucha entre realistas e insurgentes.

A las 08:00 hrs. del 30 de octubre, una columna insurgente avanzó por el Camino Real, y atacó a la vanguardia de la caballería realista, la que rechazó a los rebeldes, haciéndoles varios muertos y heridos. En ese momento, el General Torcuato Trujillo recibió refuerzos mandados por el Virrey Venegas, integrados por 330 mulatos y criados de las haciendas de Gabriel de Yermo y José María Manzano, armados con lanzas y dos cañones.

De inmediato Trujillo ordenó que colocaran los cañones en lugares altos, cubriéndolos de ramas, para así sorprender a los insurgentes cuando éstos atacaran.

A las 11:00 hrs., una gruesa columna rebelde, integrada por cinco compañías del Regimiento de Celaya, Regimiento Provincial de Valladolid y el Batallón de Guanajuato, en la retaguardia y los flancos los Regimientos de Caballería de Patzcuaro, de la reina y del príncipe, mal armados,

todos a las órdenes de Abasolo, atacó con bravura la posición realista, y sosteniéndose, a pesar del continuo fuego de los cañones y de la infantería.

Las masa indígena que cubría los flancos, al igual que el resto de los insurgentes, estaba mal armada y se lanzaba al frente; fue blanco fácil para la artillería realista que barrió filas completas; sin embargo, los que estaban detrás no rehuyeron el combate; por el contrario, enardecidos por la masacre, continuaron avanzando, resueltos a tomar la artillería.

Por su parte, Ignacio Allende, que dirigió la batalla, daba órdenes incesantemente y se movía a todas las posiciones para verificar el desarrollo de las acciones; en una de esas constantes supervisiones, una bala dirigida para él mato a su caballo, por lo que de inmediato montó en otro corcel para seguir comandando la batalla. Cuando comprendió que no iba a ser fácil tomar las posiciones realistas, a pesar de la superioridad numérica, determinó ocupar las alturas cubiertas por el bosque, que dominaba la meseta donde estaban los cañones realistas.⁸

Mariano Jiménez, con 3,000 hombres y con un cañón, se trasladó por las veredas hacia la cima, y al llegar a las alturas, rompió a fuego de cañón la izquierda de los realistas, y logró

inhabilitar una pieza de artillería de las fuerzas novohispanas. Ante esta sorpresa, el General Trujillo cambió la disposición de sus tropas, para estar en posibilidad de repeler el ataque insurgente, y posteriormente, se desplegó en línea de batalla, a la izquierda los lanceros de Yermo y varias compañías del Batallón de Tres Villas, a la derecha las fuerzas del entonces Teniente Agustín de Iturbide, con las del Batallón Provincial de México, y al centro varios piquetes, disponiedo del resto para hacer frente a los insurgentes de Jiménez, que avanzaba sobre la retaguardia realista.

Ambos ejércitos se trabaron entre los altos pinos en una lucha sangrienta, luchando con gran valor, en donde el Ejército Insurgente suplió la falta de armamento, disciplina y adiestramiento, con la decisión suicida de lograr la independencia.

La acción se generalizó, y poco a poco los independentistas fueron ganando terreno, cerrando el círculo de los realistas, quienes prácticamente se movían en su sangre y sudor. Las tropas novohispanas ya estaban demasiado cansadas, por lo que las mismas huestes insurgentes, en medio del ruido del combate, invitaban al General Trujillo para que se rindieran. Al no tener otra alternativa, el comandante realista finalmente aceptó tratar la rendición, pero solamente para cometer una de las vilezas que pudiera realizar un militar... fingió que aceptaba escuchar a los enviados de Allende e Hidalgo, para pactar la rendición, dejando que los parlamentarios se acercaran, y antes de que comenzaran a hablar, mandó a hacer fuego a quemarropa sobre los invitados.

Esta artera traición enfureció a los insurgentes, que de inmediato se lanzaron como fieras sobre los realistas. Al caer la tarde, la mayor parte de los realistas estaban muertos o heridos, sin parque y la artillería en manos de los independentistas, que la disparaban contra ellos.

Al no tener otra posibilidad, el General Trujillo reunió los restos de sus tropas y emprendió la retirada hacia la plaza de México, abriéndose paso entre la masa de combatientes. Al ver la retirada del enemigo, Allende ordenó a la caballería seguirlo; en Cuajimalpa ya era una fuga. Al llegar a Santa Fe, el General Trujillo solamente contaba con algunos oficiales, entre ellos Agustín de Iturbide y cerca de 50 elementos de tropa.

El saldo de esta batalla para los realistas fue de cerca de 2,000 bajas, entre muertos y heridos, y para los insurgentes un número mayor de bajas, sin poder precisar la cantidad.⁹

EL SIGNIFICADO DE LA BATALLA

El 30 de octubre, apenas a un mes y medio del inicio de las hostilidades, Hidalgo ya tenía a su alcance a la capital de la Nueva España, y con ello prácticamente la conquista de su objetivo, toda vez que la toma de la Ciudad de México representaba un golpe político de enormes dimensiones, además de la debacle militar del Ejército Realista.



Bajo la protección del cura Hidalgo, el pueblo novohispano buscaba tener mejores condiciones de vida.

Cuando Hidalgo inició el movimiento de independencia, en septiembre de 1810, de inmediato fue apoyado por cientos de personas del pueblo, quienes seguramente no conocían la situación política, militar o económica de España, de Europa, ni de las colonias americanas o de la Nueva España.

Lo que sí sabían, porque lo habían sentido en carne propia durante toda su vida, era que al gobierno monárquico español no le interesaba en absoluto si sus súbditos en las colonias americanas contaban con lo necesario para su bienestar.

Por el contrario, al Rey y a las personas que le eran cercanas, lo que realmente les interesaba era obtener el mayor beneficio posible de la explotación de los recursos naturales de los territorios de ultramar y de las personas que en ellos habitaban.

En América existió un reducido grupo de personas, que gozó de privilegios por parte de la corona española y cuyo mérito era haber nacido en España. Inclusive, los nacidos en la península (Europa) y pertenecientes a la vieja nobleza, tuvieron mayor derecho para explotar las riquezas de las colonias. Si no se contaba con un título nobiliario, al menos era indispensable contar con alguna riqueza, producto del comercio o de otra actividad, fuera lícita o no.

Ello explica por qué acudieron multitudes al llamado de Hidalgo; su respuesta correspondió a la certeza de que se debía luchar para emanciparse de España, si se quería que su vida pudiera mejorar, para que el futuro de sus descendientes fuera diferente de lo que ellos habían recibido de sus mayores.¹⁰

Es cierto que Hidalgo contó con el elemento sorpresa, por lo que las autoridades realistas no pudieron reaccionar con la rapidez y fuerza necesarias; también es cierto que su reacción fue la fuerza y la represión.

Los insurgentes pudieron reunir un grupo que rápidamente alcanzó miles de personas, y fueron tomando, una por una, las poblaciones más importantes del Bajío. Pudieron aumentar sus tropas incluso con la adhesión de desertores del Ejército Realista, y hacerse de recursos para sostener el movimiento independentista.

Es claro que la fuerza que impulsó a esos insurgentes, fue la inconformidad con la situación en que vivieron, y no se detendrían ante nada, si podían quitarle a los poderosos algo de lo mucho que a ellos les habían quitado.

Los realistas fueron derrotados por más de 80,000 insurgentes, quienes consiguieron gran parte del armamento español y estuvieron a un paso de tomar la Ciudad de México, pero por motivos desconocidos, Hidalgo decidió no entrar en México y retirarse al Bajío.

DESPUÉS DE LA BATALLA

Los insurgentes estaban ansiosos por entrar a la Ciudad de México, entonces descrita por el viajero alemán Alexander von Humboldt como “La ciudad de los Palacios”. Desde el 31 de octubre, antes de disponer el regreso de sus tropas rumbo al poniente, Hidalgo despachó como representantes suyos, a Jiménez y Abasolo, con una carta dirigida al Virrey Venegas, en la cual le demandaba la rendición de la Ciudad de México. Los enviados pasaron por Chapultepec, donde los detuvo el

jefe del destacamento allí establecido, quien remitió el pliego al Virrey. No dio éste contestación al escrito, y sólo ordenó que se hiciese regresar a los dos jefes insurgentes. Tan despectiva conducta, por sí sola, debió incitar el mando liberador para marchar sobre la atemorizada plaza y sojuzgarla, descargando en ella todo el poder de sus fuerzas. Pero, ya se ha visto, la indecisión y los temores infundados determinaron una cabal abstención en tal sentido.

Uno de los infaustos resultados a que diera lugar la retirada del Ejército Liberador, consistió en la desertión de grandes masas de combatientes, que se calcula en la mitad de sus efectivos. Los desertores fueron en esta oportunidad, casi en su total proporción, de los mal o nulamente armados, organizados y adiestrados, y que con su ausencia disminuían las dificultades de emplear muchedumbres, tal como lo deseaban los jefes insurgentes, pero la solución a este respecto no consistía en desechar masas poco menos que inútiles, y ocasionalmente perjudiciales para la buena conducción y ejecución de las opciones, o en permitir y aún favorecer su abandono de las filas, sino que se cifraban, como lo proponían aquellos jefes, en escoger cuidadosamente a los mejores elementos de esas fuerzas y constituir con ellos cuerpos bien pertrechados y disciplinados, elevando así al más alto grado posible su calidad combativa.¹¹

Hidalgo comenzó a reflexionar y ordenó la marcha retrógrada del Ejército Insurgente, la noche del 3 de noviembre y, con rumbo al Bajío, donde el 7 de noviembre Calleja les alcanzó en San Jerónimo Aculco, paraje en que fueron derrotados, hecho conocido como la Batalla de Aculco. Después de la derrota, surgió un distanciamiento entre Hidalgo y Allende, por lo que el Cura de Dolores decidió retirarse a Valladolid, acentuando así las diferencias y el distanciamiento con Allende.

Ignacio Allende y Unzaga, por su preparación militar, tuvo conflictos con Hidalgo sobre la conducción del movimiento. Hidalgo integró a la muchedumbre al Ejército Insurgente, mientras Allende fue partidario de un ejército pequeño, disciplinado y bien organizado.

Durante los primeros meses de la campaña, Hidalgo tuvo el mando del Ejército, y las victorias lo acompañaron a pesar de sus errores táctico-militares. Los triunfantes caudillos decidieron entonces avanzar desde Valladolid (hoy Morelia) a la Ciudad de México.

Hidalgo y su ejército derrotaron a los realistas que llegaban a marchas forzadas desde San Luis Potosí. Los insurgentes tenían la Ciudad de México a la vista, la guerra podría haber terminado, pero Hidalgo decidió no atacarla. La Capital del virreinato estaba a su merced.¹²

Un contingente realista salió en marchas forzadas desde San Luis Potosí, para defender la capital. Como cabeza del Ejército Insurgente, Hidalgo tuvo la responsabilidad de decidir el rumbo de la campaña.

Tras la derrota de Aculco, Hidalgo dirigió a sus huestes hacia Valladolid. Allende hizo lo propio hacia Guanajuato. Posteriormente, se encontrarían en Guadalajara, en donde sufrirían la más trascendente derrota, en la Batalla de Puente de Calderón.

Existen desacuerdos sobre la razón o razones que hicieron a Hidalgo tomar esta decisión. Una de ellas es la proximidad de un encuentro militar con las fuerzas de Calleja. Otros historiadores afirman que, de haberse tomado México, los insurgentes provocarían un saqueo mucho mayor al de Guanajuato, al que se vería sumada la plebe capitalina y que, con su decisión, Hidalgo quiso evitar. Lucas Alamán explica que la Inquisición española apresó a los hijos y a la viuda de Manuel Hidalgo, hermano del cura, y que Venegas amenazó con degollarlos si los insurgentes avanzaban.

Hidalgo era un cura, no un militar de carrera, y pesó más sobre su ánimo la certeza de que tomando la capital del virreinato, las muertes y el saqueo serían irrefrenables, y optó por evitarlo.

Por su parte, el Ejército Realista, aunque diezmado, no estaba del todo derrotado, y pudo reorganizarse y pasar a la contraofensiva.

Lo que el cura Miguel Hidalgo no quería que aconteciera, finalmente sucedió a lo largo de casi una década: inútil derramamiento de sangre, dolor y pobreza, provocados por una dura guerra, de la que el país salió severamente desangrado, y dio lugar a interminables luchas internas.

Por eso ahora, casi dos siglos después, se puede concluir que la batalla del Monte de las Cruces, fue un momento decisivo, en el que la historia de México pudo haberse escrito de otro modo.

En resumen, dos razones le hicieron dudar a Hidalgo sobre el ataque a la Ciudad de México.¹³ El que su Ejército (calculado en más de 80,000) ocasionara los mismos desórdenes que en Guanajuato.

Que al instalarse en la Ciudad de México, pudieran quedar acorralados “como en una ratonera”. Esta decisión alargó 10 años la guerra, y dió un giro a la ideología del movimiento.¹⁴

Esta simple decisión determinó el rumbo de la Guerra de Independencia y del país, porque la ideología de los primeros caudillos era definitivamente liberal, inspirada en los conceptos de libertad e igualdad proclamados por la Revolución Francesa, a diferencia del grupo que la consumó, encabezado por el michoacano Agustín de Iturbide, promotor del centralismo totalitario.

El país que imaginaban Hidalgo y Allende, era una República Federal y no el Imperio Centralista que estableció Iturbide. Esa indecisión de Hidalgo hizo que la victoria de los liberales sobre los conservadores, se retrasara 57 años, con el fusilamiento de Maximiliano (1867). Porque al tomar la Ciudad de México, hubiera sido relativamente sencillo, a juzgar por las decenas de miles de personas que conformaban su Ejército, pues la Ciudad de México contaba en 1810, con 150,000 habitantes.

CONCLUSIONES

La Guerra de Independencia pudo haber finalizado en 2 meses, en lugar de 11 años. Por nuestra soberanía, se pudieron haber evitado más guerras internas, invasiones extranjeras y despojos territoriales, que le llevaron a vivir los peores 50 años de la historia del país.

Todo eso pudo haber cambiado por la decisión de una persona. Además, esta decisión llevó al primer Ejército Insurgente al fracaso; Hidalgo fue relevado del mando en Aguascalientes. Allende lo tomó, pero el Ejército estaba ya muy diezmado, y no pudo organizarlo como él lo hubiera deseado. El momento de decisión, en Cuajimalpa, ya había pasado. Los caudillos fueron capturados en Acatita de Baján, cerca de Saltillo.

Hidalgo y Allende siempre compartieron la idea de que, quienes inician un movimiento de este tipo, difícilmente lo ven culminado. El tiempo les dio la razón.

Diversos acontecimientos hicieron que la rebelión que iniciaron los primeros insurgentes, tuviera una duración muy corta..., 10 meses después del “Grito de Dolores”, todos habían sido fusilados (excepto Abasolo, que fue enviado prisionero a España); sus cabezas fueron colgadas con garfios en la Alhóndiga de Granaditas de Guanajuato.

Largos años tendrían que pasar, para que la Nueva España se separara definitivamente del Imperio Español.

La decisión de una sola persona, pudo haber cambiado en mucho nuestra historia. A pesar de sus errores, este primer grupo de héroes de nuestra Independencia, merecen ser recordados como los forjadores del México independiente..., los precursores del movimiento emancipador, que ofrendaron sus vidas para cambiar el futuro de un pueblo ansioso de libertad.¹⁵

Fuentes consultadas:

- Alamán, Lucas, *Historia de Méjico*, Imprenta J.M. Lara, México, 1849.
- Arteaga, Benito, *El héroe olvidado; rasgos biográficos de Don Ignacio Allende*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1993.
- Lemoine, Ernesto, “Hidalgo y los inicios del movimiento insurgente”, en *Historia de México*, Salvat Mexicana Ediciones S. A., México, 1986.
- López, Manuel, *La violencia en la historia de México*, Ediciones El Caballito, México.
- Rosas, Alejandro, *Mitos de la historia mexicana. De Hidalgo a Zedillo*, Editorial Planeta, México, 2006.
- Villalpando, José Manuel, “En el Monte de las Cruces”, en *Miguel Hidalgo*, Planeta D^aAgostini, México, 2002.
- Frías, Heriberto, *Episodios Militares Mexicanos*, Librería de la Viuda de CH. Bouret, México, 1901.
- Zavala, Lorenzo, *Ensayo Histórico de las Revoluciones en México desde 1808 hasta 1830*, Secretaría de la Reforma Agraria, México, 1981.

Citas:

1. Lemoine, Ernesto, “Hidalgo y los inicios del movimiento insurgente”, en Enciclopedia Salvat, *Historia de México: Guerra y crisis*, Salvat Editores de México, S. A., México, 1986, Vol. 10, pp. 1612-1613.
2. Ídem, p. 1610-1612.
3. Arteaga, Benito, *El héroe olvidado; rasgos biográficos de Don Ignacio Allende*. Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1979, pp. 45-76.
4. Lemoine, Ernesto, Op. cit., pp. 1612-1614.
5. Ídem, pp. 1616-1619.
6. Riva Palacio, Vicente, *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre, S.A., México, Decimo quinta edición, 1979, pp. 140-141.
7. Ídem, p. 140.
8. Frías, Heriberto, *Episodios militares mexicanos*, (1^a Parte), Librería de la Viuda de Ch. Bouret, México, pp. 54-58.
9. Riva Palacio, Vicente, Op. cit., pp. 141-142; Frías, Heriberto, Op. cit., pp. 55-60.

10. Riva Palacio, Vicente, Op. cit., pp. 142-143.
11. Lemoine, Ernesto, Op. cit., pp. 1620-1621.
12. Alamán, Lucas, *Historia de México*, Imprenta J.M. Lara, México, 1849. Tomo I, p. 168.
13. Villalpando, José Manuel, "En el Monte de las Cruces", en *Miguel Hidalgo*, Planeta Da Agustini, México, 2002, p. 56.
14. Riva Palacio, Vicente, Op. cit., pp. 144.146.
15. Rosas, Alejandro, *Mitos de la historia mexicana. De Hidalgo a Zedillo*, Editorial Planeta, México, 2006. p. 134.

Batalla del Puente de Calderón

17 enero 1811

INTRODUCCIÓN

La madrugada del 16 de septiembre de 1810, el pequeño pueblo de Dolores, Guanajuato, fue testigo del inicio de la Guerra de Independencia, donde Miguel Hidalgo y Costilla incitó al pueblo a



Miguel Hidalgo y Costilla, Cura de Dolores, de gran ascendencia con el pueblo, primer gran líder insurgente.

levantarse en armas en contra del gobierno virreinal, tomando como base la religión católica y al Rey de España.

Miguel Hidalgo era un criollo de clase media, nacido en 1753, en un rancho de Corralejo, Intendencia de Guanajuato, que estudió la carrera sacerdotal en Valladolid (actual Morelia), en donde su espíritu rebelde e inquieto se vio estimulado por el ambiente social e intelectual que prevaleció en la ciudad. Fue un estudiante sobresaliente del Colegio de San Nicolás, en donde recibió las cuatro órdenes menores y el presbiterado.

Fungió como catedrático de su Alma Máter, en donde se destacó por sus ideas liberales y reformistas; posteriormente, en 1790, se desempeñó como Rector del Colegio de San Nicolás, cargo en el que promovió en los estudiantes las ideas innovadoras, en especial las francesas, por lo que sus superiores, viendo la “mala influencia” que era para sus pupilos,

lo destituyeron del cargo y lo mandaron como párroco de Colima, posteriormente a San Felipe, Guanajuato y finalmente a Dolores.

Como cura de San Felipe y Dolores, se distinguió por su vitalidad, espíritu de libertad y fomentó a la educación, a través del teatro, organización de bandas de música y tertulias literarias. Además, impulsó el desarrollo artesanal, industrial y agrícola; en particular promovió el cultivo de la vid y del gusano de seda, así como la fabricación de loza y tejas, con lo que se ganó el respeto y el aprecio de la gente.

En 1808, ante la caída del monarca español, un grupo de europeos encabezado por Gabriel de Yermo derrocó al Virrey José de Iturrigaray, y se desató una ola de represión en contra de los criollos. En diciembre del año siguiente fue descubierta una conspiración en Valladolid, dirigida por José María de Obeso, Mariano Michelena y el Cura Manuel Ruiz de Chávez, entre otros, amigos y conocidos de Hidalgo, quienes para atraerse a la población, le prometían abolir los impuestos.¹

Miguel Hidalgo rehusó participar en la conspiración, ya que consideraba que no era el momento oportuno para iniciar un movimiento, con pocas probabilidades de éxito, en contra del gobierno opresivo de la Nueva España; sin embargo, no cesó en su empeño de ver a su Patria libre de la metrópoli. En 1810, se integró un grupo en la ciudad de Querétaro, dirigido por el Corregidor Miguel Domínguez y su esposa, Josefa Ortiz de Domínguez, en el que estaban comprometidos algunos jóvenes oficiales de las Milicias Provinciales, como Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Abasolo y Joaquín Arias, entre otros, los cuales, a pesar de los peligros, siguieron adelante en su proyecto.

El más impetuoso de estos conspiradores era el Capitán Ignacio Allende, quien estaba convencido de que el Virrey José de Iturrigaray pretendía entregar el Reino de la Nueva España a los franceses. Por ello era necesario establecer una junta, compuesta por representantes de cada provincia, aunque el propio Virrey fuera el Presidente de la misma, con el fin de que se conservara para Fernando VII.²

Esta nueva conspiración, al igual que las anteriores, estaban planeadas por criollos de clase media, que lo que buscaban era ocupar mejores puestos dentro de la sociedad novohispana, y



Ignacio Allende, el más impetuoso de los conspiradores, convencido de que era necesario que la Nueva España se independizara de la metrópoli.

si era posible, tomar el poder político. De los conspiradores, el más viable para fungir como líder era, sin duda, Ignacio Allende, quien pretendió que el movimiento tuviera orden militar y una buena organización.³

Sin embargo, a la conspiración de Querétaro le hacían falta los mismos dos ingredientes esenciales que a las dos anteriores: la participación del pueblo y un líder que guiara y atrajera a las masas. Estos dos factores se dieron en una sola persona, el pragmático cura del pueblo de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, hombre culto y de gran ascendencia con su feligresía.

Miguel Hidalgo empezó a trabajar en la organización de la rebelión, y mandó a elaborar lanzas. La conspiración fue descubierta entre el 12 y 13 de septiembre de 1810, por lo que Hidalgo convocó a Allende, para discutir sobre las acciones a seguir, pero nada resolvieron. Ante esta situación, Josefa Ortíz de Domínguez mandó avisar a Allende, para que los involucrados se pusieran a salvo.

Al amanecer del 15 de septiembre, el correo llegó a San Miguel y, al no encontrar al Capitán Allende, se la entregaron al Capitán Aldama, quien de prisa salió rumbo a Dolores, a donde llegó la madrugada del 16, para contar sobre los sucesos. Hidalgo llamó a sus allegados y se dirigió a la prisión para liberar a los presos; armó a 80 hombres y, posteriormente, convocó a misa para invitar al pueblo a unirse a la rebelión; logró reunir cerca de 300 personas, tomando el pueblo.⁴

Posteriormente, Hidalgo y su “Ejército” de Insurgentes ocuparon San Miguel el Grande y Atotonilco, de donde tomó el estandarte de la Virgen de Guadalupe, dirigiéndose posteriormente a Chamácuero y Celaya. Es importante mencionar, que por donde pasaban las huestes rebeldes, se les unía el pueblo llano, armado con flechas, palos, hondas e instrumentos de labranza, sin orden ni disciplina.

En Celaya, tratando de dar cierto orden a la muchedumbre, los líderes del movimiento nombraron a Hidalgo, Capitán General, y a Allende, Teniente General. Para entonces, las tropas insurgentes contaban con aproximadamente 50,000 elementos. Con esa cantidad de rebeldes se dirigieron a la plaza de Guanajuato, la cual tomaron el 28 de septiembre, después de un sangriento combate en la Alhóndiga de Granaditas.⁵

En consecuencia, la rebelión no tenía marcha atrás, por lo que su objetivo había cambiado, de “coger gachupines”, a lograr la independencia de la Nueva España, para lo cual proponía una reunión de los representantes de las ciudades y villas, para formar unas cortes que emitieran leyes justas, para el bienestar de los habitantes.

El 10 de octubre, Hidalgo y sus tropas salieron para Valladolid, plaza que fue tomada sin combatir y, posteriormente, se dirigieron a la Ciudad de México. Al pasar por Acámbaro, Hidalgo fue nombrado Generalísimo y Allende Capitán General. Las huestes insurrectas siguieron para Maravatío, Ixtlahuaca y Toluca. En el Monte de las Cruces se dio una cruenta batalla, el 30 de octubre, en la que la gente de Hidalgo derrotó al Ejército Realista, comandado por Torcuato Trujillo. Con esta victoria, la Ciudad de México quedaba a merced de los insurgentes; sin embargo, entre los

rebeldes había dos puntos de vista...; por un lado, Allende proponía que avanzaran sobre la capital del virreinato, para enfrentarse a la guarnición que defendía la plaza; la otra propuesta era la de Hidalgo, quien se opuso a avanzar a la ciudad, argumentando que les faltaban municiones, la gran cantidad de bajas que habían sufrido en la acción del Monte de las Cruces y la aproximación de las tropas realistas, comandadas por el Brigadier Félix María Calleja y Manuel de Flon, Conde de la Cadena.⁶

Sin decidir qué hacer, las huestes insurgentes permanecieron en las puertas de la Ciudad de México hasta el 1/o. de noviembre, y empezaron a retroceder, para tratar de tomar la ciudad de Querétaro; sin embargo, en la retirada desertó casi la mitad de las tropas.

El choque era inevitable y en Aculco, el 7 de noviembre de 1810, 5,200 realistas bajo el mando del General Calleja se enfrentaron a cerca de 40,000 hombres con doce piezas de artillería. En esta acción, los insurgentes fueron dispersados sin combatir, dejando en el campo de batalla gran cantidad de pertrechos de guerra y prisioneros, a los que Calleja mandó fusilar.⁷

Después del desastre en Aculco, Miguel Hidalgo y Costilla se retiró a Valladolid (actual Morelia), e Ignacio Allende a la ciudad de Guanajuato, para preparar la defensa de la plaza, reclutar más gente y fundir nueva artillería. Es significativo mencionar, que algunas de las ciudades importantes del interior del virreinato estaban en poder de grupos insurgentes; por su parte, Guadalajara fue tomada por José Antonio Torres y otros, el 11 de noviembre de 1810, y varios dirigentes rebeldes se creían con derecho a gobernar, lo que propiciaba una lucha interna, por lo que Hidalgo, con cerca de 7,000 hombres, se dirigió a esa ciudad, para tratar de solucionar los problemas entre los insurgentes, llegando el 26 de noviembre.

Ante este desplazamiento, Allende recriminó a Hidalgo, que solamente buscó su seguridad personal, en lugar de reorganizar y adiestrar a las tropas, para oponerse a los realistas. Sin embargo, el 25 de noviembre, Calleja tomó la plaza de Guanajuato, por lo que Allende y su gente se ven obligados a marchar a la villa de San Felipe, y de ahí a Aguascalientes, para finalmente dirigirse a Guadalajara, donde entraron el 12 de diciembre.⁸

HIDALGO EN GUADALAJARA

Al llegar a la ciudad de Guadalajara, Hidalgo fue recibido por José Antonio Torres y sus tropas, las cuales formaron en valla frente a la catedral, haciéndole honores de Generalísimo. Seguían al “Padre de la Patria” una comitiva de más de cien coches, y las calles estaban adornadas y llenas de gente. Hidalgo llegó hasta la catedral, donde se cantó el Té Deum; al concluir éste, el Generalísimo se dirigió al Palacio de Gobierno, donde recibió las felicitaciones de las principales autoridades.

En Guadalajara, Hidalgo trató de dar orden a las fuerzas insurgentes; en primera instancia, restableció la audiencia, que había sido disuelta al entrar las tropas rebeldes, sustituyendo por criollos a los españoles; integró un pequeño gabinete compuesto de dos ministros, el de Gracia y Justicia,

a cargo de José María Chico, y el de Secretario de Estado y del Despacho, dirigido por Ignacio López Rayón. También designó a Pascasio Ortiz de Letona, Agente Diplomático ante el gobierno de los Estados Unidos. Así mismo, decretó la libertad de los esclavos, mandó que las tierras de las comunidades de los pueblos fueran cultivadas únicamente por los indios, eliminó los tributos, el estanco de pólvora y el papel sellado, y prohibió que las tropas tomaran pertenencias de las fincas de los criollos. De igual manera, tomó una imprenta, la cual aprovechó al máximo, ya que mandó imprimir el primer periódico insurgente, al que llamó “Despertador Americano”, así como una gran cantidad de proclamas.⁹

Sin embargo, el “Padre de la Patria” dejó de lado un punto esencial: el adiestramiento de las tropas, toda vez que su falta de intuición y lógica marcial, le hacían pensar, que con la reunión de grandes masas populares era suficiente para obtener fáciles victorias, como en la primera fase de la lucha por la libertad, donde triunfó sobre los realistas en Guanajuato y en el Monte de las Cruces, en base a superioridad numérica, sin analizar las causas de su derrota en Aculco y Guanajuato.

Por su parte, Allende entró a Guadalajara sin previo aviso, por lo que pasó desapercibido. Se alojó cerca del Palacio de Gobierno y, después de descansar, se entrevistó con Hidalgo, con quien platicó durante varias horas. Después de dos días de inactividad, reunió a sus Oficiales dándoles diversas actividades a desarrollar; mandó a unos a San Blas, para que trasladaran a Guadalajara la artillería que servía de defensa del puerto; organizó la maestranza de artillería, en especial



El General Félix María Calleja, brillante militar que se opuso sistemáticamente a las tropas comandadas por Miguel Hidalgo e Ignacio Allende.

para la fundición de cañones y municiones; el resto se avocó a dar instrucción a los cuerpos que se iban formando, con la gente que se iba incorporando al Ejército Insurgente.¹⁰

Todo era movimiento, y en tan sólo dos meses, ya tenía un contingente de más de 80,000 hombres (hay diversos autores que afirman que eran 90,000 e incluso 100,000 personas), y de 82 a 95 cañones, en su mayoría elaborados con grandes deficiencias, que más que cañones eran tubos de cobre, vaciado con el método de las campanas.¹¹

Después de tantas dificultades, el Ejército Insurgente, aparentemente estaba listo para combatir, si bien todavía la gran mayoría del contingente era indisciplinado. Se mandaron partidas de caballería por la ruta que debía seguir Calleja y su gente; la avanzada

independentista informó que los realistas estaban cerca de Tierra Colorada, lo cual provocó alarma general en Guadalajara.

Ante esta situación, Hidalgo dispuso que se realizara una junta, a fin de determinar el plan de campaña a seguir, para enfrentar a Calleja y a sus tropas, así como en qué sitio debían esperarlos y tratar de derrotar al Ejército Realista. Durante la reunión hubo diversas opiniones: Allende, por su formación castrense, propuso que la batalla se diera en un lugar escogido por ellos, donde tuvieran las ventajas de un terreno en el que solamente combatieran las tropas organizadas, apoyados por la artillería y, en caso de un revés, el grueso del ejército quedara completo, teniendo la ventaja de una retirada escalonada y, sobre todo, segura.

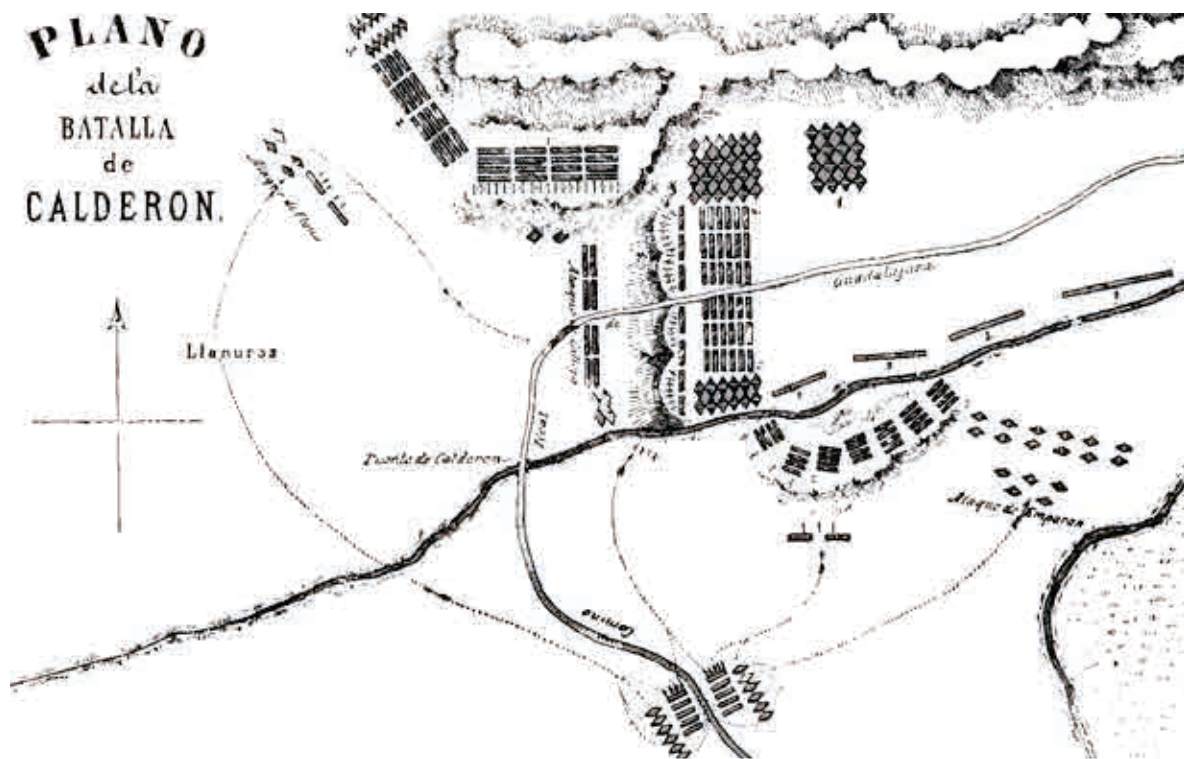
Allende pensaba combatir a los realistas en el Puente de Calderón y batirlo por la retaguardia con 2,000 jinetes. Este plan era apoyado por todos los Jefes de caballería, porque creían que era posible derrotar de esa manera al enemigo. Otra de las propuestas fue que se dejara entrar a los realistas a la plaza de Guadalajara, y dividir a las tropas insurgentes en seis o más cuerpos, para hostilizarlos en varias direcciones, y así obligarlos a dividirse o bien marchar a Zacatecas, a unirse a las tropas de Mariano Jiménez.

En contraparte, Hidalgo argumentó que su gente no podía combatir en desventaja contra los realistas, ya que eran superiores en número, y si se enfrentaban solamente las fuerzas organizadas, era segura la derrota, además de que las victorias que habían tenido los insurgentes, se debían a la superioridad numérica, por lo que determinó que en ese importante momento, no iba a cambiar su forma de combatir. Al final de cuentas, los asistentes votaron para elegir el plan que más les convenía, siendo elegida la propuesta de Hidalgo, disponiéndose que la gente se dirigiera al Puente de Calderón, para preparar la batalla.¹²

La capital tapatía se exaltó al saber que se acercaba el enemigo; el pueblo en masa, se aprestó a apoyar a los insurgentes, marchando con ellos por las llanuras, llenos de placer y esperanza, cantando versos alusivos a la libertad, y las mujeres entusiasmaban a las tropas a pelear por sus derechos.



Tropas de Infantería que se opusieron en Puente de Calderón a los insurgentes.



“Aquello pasaba los límites del entusiasmo y declinaba un tanto en locura. Las montañas inmediatas estaban coronadas de gentes de todas clases, en expectación de un suceso en que cifraban su felicidad y halagüeño porvenir. Todo era animación, todo era deseo de ser independientes y libres...”¹³

Hidalgo, al tener noticia de que del rumbo de Michoacán se dirigían a Guadalajara tropas realistas bajo el mando del Brigadier José de la Cruz, con el objetivo de unirse a las de Calleja y atacar a los insurrectos, mandó al antiguo Capitán del Regimiento de Valladolid, Ruperto Mier, con 2,00 hombres y 27 cañones, para tratar de detenerlos.

Mier escogió la posición de Urepetiro, cerca de Zamora, para hacer frente a los realistas, siendo apoyado por el Cura Macías, de La Piedad, colocándose en una elevación que dominaba el camino real, en la que colocó una batería de 17 cañones, y en el cerro de enfrente los restantes.

Al salir de Tlasascalca, el Brigadier de la Cruz tuvo la noticia de que el enemigo estaba ocupando Urepetiro, por lo que se apresuró a disputarle el camino. De inmediato dispuso el ataque, pero la vanguardia fue recibida por los cañones insurgentes y se tuvieron que replegar.

Por su parte, Mier mandó avanzar a sus tropas por el centro e izquierda, y dispuso que sus baterías dirigieran el fuego sobre la artillería realista, que se hallaba a la entrada de Urepetiro, y el grueso de los insurgentes atacó la retaguardia enemiga para tratar de cercarla. Sin embargo, el Brigadier Cruz reaccionó con rapidez, con movimientos precisos que le permitieron rechazar a los rebeldes; en primera instancia, ordenó que una columna, bajo el mando del Teniente de Navío Pedro Celestino Negrete atacara por la izquierda; el centro quedó bajo el mando del Teniente Coronel

Francisco Rodríguez, y la caballería y un batallón del Regimiento Provincial de Puebla, bajo el mando del Capitán de Navío Rosendo Portier, defendieron la retaguardia.

Negrete atacó con bravura, ocasionando que los insurgentes se retiraran en desorden, dejando cinco cañones y una bandera. Por su parte, Rodríguez, con la caballería, arrolló el centro de los rebeldes, quitándoles 22 piezas de artillería, y Portier destruyó a las tropas que amenazaban su retaguardia. Después de hora y media de sangriento combate, el Brigadier de la Cruz quedó dueño del campo de batalla. En su parte sobre la mencionada acción, Cruz informa que los insurgentes sufrieron 500 bajas y de su gente solamente 2, lo cual es poco creíble, ya que al igual que Calleja, era muy dado a ocultar la realidad, y a exagerar las bajas del enemigo y reducir las propias, por lo que se infiere que tuvieron numerosas pérdidas.

El General Cruz y su gente, de inmediato reanudaron su marcha hacia Guadalajara, para unirse a Calleja; sin embargo, no llegó a tiempo para unirse a los realistas, que avanzaban sobre la capital tapatía.¹⁴

LA BATALLA

Al conocerse la noticia de que Calleja se dirigía a Guadalajara desde Lagos, el Cura Hidalgo dispuso la salida de sus tropas. El 14 de enero de 1811, los 93,000 soldados insurgentes, divididos en tres cuerpos, comandado el primer bloque por el propio Hidalgo e Ignacio Allende, el segundo bajo el mando de Abasolo y el tercero, la retaguardia, dirigido por José Antonio Torres. En ese orden, avanzaron hasta las cercanías del Puente de Guadalajara, donde acamparon en las llanuras.

Al día siguiente, Hidalgo supo de la derrota de Mier en Urepetiro, por lo que, temiendo que el Brigadier de la Cruz se reuniera con Calleja, se propuso ocupar las posiciones naturales de Puente de Calderón. El 16 de enero el numeroso pero poco adiestrado Ejército Insurgente ocupaba las lomas que se extendían detrás del puente, extendiéndose hasta las llanuras que cruzaban el camino real a Guadalajara.

Por su parte, Calleja sin esperar al General de la Cruz resolvió enfrentar al numeroso ejército



Llanuras del Puente de Calderón, estado actual, en donde los altos pastizles de 1811 permitieron la derrota de las huestes insurgentes.

rebelde, por lo que salió de Tepatitlán el 16 de enero y llegó a La Joya, a la izquierda de Puente de Calderón. Los dos ejércitos estaban a la vista y el ambiente era tenso, hasta el campamento realista se oía el escándalo de la masa popular insurgente, presagio de una cruenta y sangrienta batalla.¹⁵

EL TERRENO

El lugar llamado Puente de Calderón era una barranca, en la que confluían el río de Calderón, entre el río Grande o Tototlán y el arroyo de las Amarillas. Sobre el río se alzaba el Puente de Calderón, que dominaba el frente y la derecha, rumbo a Guadalajara, por dos prolongadas y ásperas lomas, que forman los lados de un rectángulo.

El camino real pasaba por el puente y luego torcía hacia el oriente, entrando por una de las lomas de la derecha. El río, de escaso caudal, no era fácilmente vadeable, por lo escarpado de las riberas. Rodeaban el puente grandes llanuras, que en esa época estaban con la hierba muy alta.¹⁶

Actualmente, este lugar es una barranca poco profunda, por donde pasa el río Verde, entre grandes peñascos, considerándose que en 1811, el caudal de dicho río tenía mucho más agua y era profundo.

El Puente de Calderón se compone de tres arcos en forma de cuña, en el que el central es el más grande, casi el doble que los laterales. Los contrafuertes centrales tienen un rompeolas, que llenan el espacio entre los arcos; los laterales son de sección cuadrada. El puente, desde hace mucho tiempo no es transitado, por no ser ya el camino principal, aunque conserva su viejo empedrado, invadido por la hierba, y por el abandono de la gente y de la historia. En la parte superior del pretil del arco principal está inscrita la leyenda: *“Aquí el 17 de enero de 1811 la suerte fue adversa al Padre de la Patria, Don Miguel Hidalgo y Costilla y al Generalísimo Don Ignacio Allende”*.¹⁷

LOS CONTENDIENTES

De la batalla de Puente de Calderón tenemos varias versiones...; por un lado, la de los partidarios de los realistas, como es el caso de Lucas Alamán, que se basan en el parte rendido por el General Calleja, y por el otro, los que toman la narración de los participantes en el bando insurgente, como es el caso de Carlos María de Bustamante y de Pedro García.

Alamán afirma que el Ejército Insurgente estaba integrado por 100,000 individuos, entre infantería y caballería; por su parte, Bustamante dice que Hidalgo y Allende contaban con 93,000 elementos, de los cuales 20,000 eran de caballería. Uno de los testigos presenciales y participantes de la batalla fue Pedro García, quien en su obra *Con el Cura Hidalgo en la Guerra de Independencia*, refiere que los insurgentes se integraban por 80,000 combatientes, los cuales descuenta 78,000 que no tenían preparación castrense.

Fuera cual fuera la cantidad de hombres del Ejército Insurgente, lo cierto es que, de ese gran conglomerado, solamente se contaba con 3,400 combatientes, regularmente adiestrados y entrenados, y con 1,200 fusiles en buen estado; el resto eran indios de las cercanías y de la sierra, armados con garrotes, lanzas improvisadas, machetes, hondas, y cohetes con puyas y ganchos.

Respecto a la artillería de los independentistas, casi todos los autores coinciden en que disponían de entre 82 y 96 piezas, de las cuales, la mayoría estaban mal fundidas, que apenas podían variar su puntería, con cureñas mal construídas; incluso cuatro cañones fueron montados en ejes de carreta, para tratar de darles movilidad. Lo cierto es que, el fuego de los cañones rebeldes era poco más que salvas, que escaso daño causaban a los realistas.

Por su parte, los realistas se integraban de 5,000 a 6,000 soldados adiestrados y armados, además de contar con ocho piezas de artillería y, sobre todo, con excelentes comandantes, como era el propio General Félix María Calleja, Manuel de Flon (Conde de la Cadena) y Manuel Emparan. Las huestes virreinales estaban en espera de cerca de 4,000 hombres que llevaba el General de la Cruz, procedentes de Michoacán, los cuales nunca llegaron.¹⁸

SE INICIAN LAS ACCIONES

Antes de la batalla, Hidalgo, acompañado de Allende y Aldama, se presentó ante sus tropas, montado en un *“arrogante y brioso caballo, a quien manejaba con gallardía y desembarazo, vestido con las insignias de Generalísimo de América, lleno de energía, y con elocuencia alentó a aquel ejército a combatir por la libertad”*.¹⁹

La mañana del 17 de enero de 1811, estaban los contendientes frente a frente; por un lado, los insurgentes colocados sobre las lomas dominantes, casi paralelos a la corriente del río, ante el Puente



Tropas Realistas bien adiestradas y armadas, preparándose para combatir al numeroso Ejército Rebelde en las llanuras del Puente de Calderón.

de Calderón; Calleja, por su parte, argumentó que, para impedir que Hidalgo aumentara su gente, resolvió enfrentar al numeroso ejército rebelde, quizá porque el General de la Cruz era más antiguo en el grado, y se debía subordinar y cederle el mando de las tropas, lo que significaba, en caso de triunfo entregarle la gloria y el poder. Lógicamente, Calleja las quería para él y no para otro.

Cuando ambos contendientes estaban tomando posiciones, se suscitó una eventualidad, que casi provoca que la batalla se iniciara antes de tiempo, pero que fue uno de los factores que propiciaron que los insurgentes no se terminaran de acomodar. Dicho suceso fue que el hijo de Allende estaba estrenando un caballo, que quiso montar el día de la batalla, y como su padre le encargó que comunicara una orden a Arias, que mandaba tropas a la derecha de la línea, se dirigió a cumplir la orden saliéndose de las filas, en el momento en que su caballo se asustó y emprendió el galope. Esta acción la tomaron los realistas como una provocación y empezaron a disparar, propiciando un intenso tiroteo que duro poco, ya que el hijo de Allende fue protegido por las tropas de Arias, y se regresó sano y salvo al lado de su papá.²⁰

La línea de batalla de los independentistas estaba integrada por una batería de 67 cañones, situada en la loma norte del puente, apoyada por otras menores, colocadas en lo alto de las colinas de la orilla izquierda del río. Detrás de este semicírculo de artillería, se formó, en columnas cerradas, la escasa infantería regular y organizada. Además, se estableció una línea cuádruple al costado derecho del grueso de la artillería, formando de esa manera, un ángulo saliente.

Allende mandó del otro lado del río, en avanzada, una división de infantería, para presionar al enemigo; por su parte, la caballería, mejor organizada, se desplegó a los flancos de las baterías; debajo de la batería se colocaron los flecheros de Colotlán, que habían llegado después de la distribución del personal, y como no querían quedar fuera de la batalla, se colocaron justo debajo de la artillería y frente a los realistas.

En el extenso llano situado tras las lomas de la izquierda, se colocó la reserva, una multitud desordenada, sin armas ni idea de lo que era una batalla. La batería principal y las tropas de apoyo, quedaron bajo el mando de José Antonio Torres; las fuerzas de la izquierda, a las órdenes de Aldama, y la división de infantería, que se situó pasando el río, bajo el mando de Gómez Portugal; la caballería quedó bajo el mando de Abasolo, y Allende fungió como Comandante en Jefe, quedando Hidalgo al mando de las reservas.²¹

Por su parte, Calleja dispuso que las tropas realistas formaran en tres columnas de ataque: una de caballería, bajo el mando del Coronel Miguel Emparan, para que atacara la izquierda del enemigo, con el objetivo de flanquearla y llegar hasta las reservas; otra columna mixta, caballería e infantería, apoyada con cuatro cañones, bajo el mando del Coronel Manuel de Flon, que tenía como objetivo vadear el río para atacar a la división insurgente, que apoyaba el costado derecho de la gran batería; la tercera columna, de infantería, bajo el mando del Coronel José María Jalón, debía atacar el centro del enemigo, y el propio Calleja quedó como Comandante de la Reserva, para acudir al apoyo de las tropas que lo requirieran.

Es importante mencionar que Hidalgo tenía tanta confianza en la victoria, que incluso afirman algunos autores, que antes de iniciar las acciones dijo a su gente: *“Hoy desayunaré en Puente de Calderón, comeré en Querétaro y cenaré en México”*. Así mismo, para reforzar su excesiva confianza, y al ser interrogado por la tardanza de refuerzos que debía llevar Iriarte, contestó: *“¡Mejor...! ¡No tendrá parte en las glorias de este día!”*.²²

A una señal de Calleja, las columnas de los Coroneles Flon y Emparan se desplegaron en abanico, a derecha e izquierda del camino real, protegidas por la caballería y llevando a retaguardia seis cañones; al momento que gritan:

¡Viva el Rey! se lanzaron al ataque. Por su parte, los insurgentes no se quedaron atrás y contestaron: *¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!*, y el estruendo de los cañones anuncia el inicio de una cruenta batalla.

La columna comandada por el Conde de la Cadena, pasó el río y se formó frente a la División de Torres, iniciando el ataque; su caballería avanza hasta rebasar la línea insurgente, haciendo retroceder a la caballería enemiga. Al darse cuenta de la situación, Allende, con las reservas de a caballo, apoyó a sus tropas y envolvió al Conde de la Cadena, quien vaciló y, después de empeñoso y largo ataque, se retiró tras lo escarpado del río, para reorganizar a sus fuerzas.

No pasó mucho tiempo, y Manuel de Flon reinició el ataque, siendo recibido por una lluvia de piedras que arrojaron los indios honderos desde lo alto de las lomas, quienes gritaron de alegría al ver que frenaban a los realistas, pero no por mucho tiempo, ya que el Conde de la Cadena volvió a la carga, poniendo la muestra a sus hombres, adelantándose con tal bravura, que logró tomar cuatro cañones y un carro de parque, poniendo en fuga a los defensores de la batería, quienes apoyados por lanceros enviados por Hidalgo, envolvieron al Coronel Flon, que se vio obligado a retirarse.²³

Por su parte, Emparan, por el flanco izquierdo, avanzó al galope, hasta llegar cerca del margen del río, donde fue recibido con un fuego cerrado, que hacia caer a gran cantidad de jinetes; el mismo Emparan fue herido en la cabeza y derribado del caballo que montaba, por lo que se retiró del campo de batalla, mientras el Regimiento de San Carlos huyó en desorden hacia el campamento de La Joya.

El propio Calleja se lanzó sobre la posición del centro, en teoría la más fuerte del enemigo, con el fin de tomar la batería de 67 cañones, defendida por los Batallones Provisionales, bien disciplinados



Fuerzas Realistas logran rechazar los asaltos independentistas.

y armados con fusiles, tomando el puente apoyado por su artillería. La caballería insurgente trató de impedir el paso de los asaltantes, lo cual no logran, y las tropas realistas ametrallan al enemigo, trabándose ambos contendientes en una lucha desesperada, de la que los realistas salieron victoriosos, arrollando todo a su paso y tomando siete piezas de artillería.

Después de haber logrado un triunfo parcial, Calleja intentó unirse a las huestes de Flon, lo cual no logró; sin embargo, mandó al 2/o. Batallón de Granaderos, dos escuadrones del Cuerpo de Frontera y dos piezas de artillería; de igual manera, al ver el desastre de las tropas comandadas por el Coronel Emparan, le mandó de refuerzo al 1/er. Batallón de Granaderos, y el propio Calleja fue a alcanzar a los regimientos que habían sido rechazados, restableciendo el orden en las filas realistas.

En la línea derecha, el Conde de la Cadena, a pesar de los refuerzos, no pudo sostener el ataque, y retrocedió ante el vigoroso ataque de las compactas filas de jinetes-lanceros insurgentes. Calleja, ante esta situación, decidió dejar sus posiciones obtenidas con grandes dificultades, y reforzar a las huestes del Conde, en el ala izquierda enemiga.

Por su parte, el Coronel Emparan, al tener apoyo, volvió a tomar la ofensiva, y después de grandes esfuerzos, logró rechazar los asaltos independentistas. En contrapartida, la gente de Flon, desalentada y rendida por el fragor de la batalla, se fue reagrupando en el puente. Después de seis largas horas de bizarra lucha, los insurgentes tenían mejor posición que los realistas, y un triunfo parcial, que se veía con grandes posibilidades de convertirse en definitivo. El mismo Calleja estaba convencido de que iba a ser derrotado, y lo que más le dolía, era que una masa informe, dirigida por gente que tenía escasos conocimientos tácticos y estratégicos, sin orden ni disciplina y con armas rudimentarias, lo venciera.

Sin embargo, Calleja decidió probar suerte y lanzar un nuevo ataque con todas sus tropas, en masa compacta. El General realista arengó a las fuerzas del Coronel Flon, dándoles nuevos bríos; ordenó que los diez cañones se formaran en batería y que avanzaran sin hacer fuego, hasta estar cerca del enemigo; de igual manera mandó formar en columna a los granaderos y al Regimiento de la Corona y que los batallones del Coronel Flon apoyaran su flanco izquierdo, además de colocar en el flanco derecho a la división de caballería.

Ante el silencio de la artillería realista, los insurgentes pensaron que el triunfo era suyo, y ordenaron que sus cañones dispararan con más ahínco, obligando a que algunos artilleros realistas desobedecieran la orden de Calleja de no disparar, hasta tener al enemigo frente a ellos.

En esos momentos, la fortuna hizo su aparición, esta vez del lado realista, ya que una granada cayó sobre un carro de parque de los insurgentes, y de inmediato se escuchó una estruendosa detonación, incendiándose de inmediato el pasto seco de la llanura, que tenía cerca de medio metro de altura, y que los insurgentes, con tanto tiempo para preparar el terreno, no tuvieron cuidado de cortarlo. Además, la naturaleza hizo su parte, toda vez que el viento soplabla hacia los independentistas, lo que propició que las llamas atacaran a los insurgentes.

Al respecto nos dice Pedro García, *“el incendio fue provocado por la artillería de ambas partes, ya que el fuego de los cañones propiciaba en el terreno intermedio muchas ramales que pronto aumentó por el considerable viento. Asimismo, los artilleros en el fragor de la batalla no tuvieron el cuidado de apagar los estopines una vez que eran utilizados, arrojándolos todavía medio encendidos a la crecida hierba, lo que ocasionó que los cajones de parque se incendiaran, provocando estruendosas explosiones que mataban a los artilleros en el acto o en el peor de los casos terminaban quemados, lo que daba al resto de sus compañeros un horrible espectáculo, causando con sus lamentos terror y desaliento”*.²⁴

Calleja, al ver el desconcierto de los insurrectos, dio la orden de avanzar; la caballería se lanzó al galope, la artillería rodó con ímpetu, disparando sobre el enemigo y la infantería al asalto definitivo. Al estar cerca de los rebeldes, hacen fuego, que motiva que retrocedan o, más bien, huyan en desorden los insurgentes, cayendo unos sobre otros, atropellándose entre sí y arrastrando a su paso a la reserva. Allende e Hidalgo trataron de contener la avalancha, pero todo fue inútil. Como un último esfuerzo, Allende trató de organizar a la gente que estaba lista para realizar una contraofensiva desesperada, e insistió en lanzar una última carga, precipitada y brusca, lo que hubiera puesto el ejemplo y reanimado a los independentistas, algo que no sucedió. En unos minutos, la derrota se consumó, esfumándose el triunfo parcial de los rebeldes y el sueño de lograr la libertad, por parte de los americanos.

La caballería realista cargó a su gusto sobre la masa inerme, sableando y lanzando a los independentistas que huían, empapando de sangre los campos, sangre que se mezclaba con las cenizas y que caía irremediabilmente al río.

El Conde de la Cadena trató de vengar sus frustrados intentos del principio de la batalla, y se lanzó con rabia sobre los fugitivos, a tal grado que rebasó sus primeras líneas. Los insurgentes, al darse cuenta que el sanguinario realista había traspasado las fronteras de la seguridad, dieron media vuelta ofensiva, y se lanzan contra el Conde, cercándolo y matándolo a lanzadas, dejando su cadáver sobre el campo de batalla.²⁵

En un último intento por rehacer sus fuerzas, Allende, junto con Abasolo y Aldama, dirigió personalmente algunos cañones situados en las lomas de su izquierda, con el fin de dar tiempo a los dispersos de que se pusieran a salvo. Allende buscaba la reserva integrada por la caballería de Torres, pero éste ya se había retirado del campo de batalla.

Hidalgo, Allende y Aldama, así como un grupo de jefes insurgentes que los acompañaban, permanecieron algunas horas contemplando el desastre. Hidalgo, sereno y tranquilo, dijo con voz pausada:

“...¡Quién nos hubiera dicho ayer, a esta hora, lo que habíamos de ser hoy! A la vista tenemos un gran libro que no hemos tenido tiempo de estudiar, por nuestros precipitados movimientos. Muy cara nos ha salido esta experiencia, pero ella nos guiará. ¡Adelante, adelante, compañeros! así decían los primeros arrojados navegantes que atravesaron el gran océano...”.²⁶

Por su parte, los realistas, después del triunfo, hicieron alto y no dieron un solo paso el resto del día, quizá por el gran esfuerzo realizado para lograr un triunfo, que parecía casi imposible. En esta batalla, los rebeldes tuvieron considerables bajas; no se tiene algún documento oficial de los insurgentes, relacionado con esta acción de guerra, en el que se mencione el número de muertos y heridos; sin embargo, fuentes realistas mencionan que fueron 13,000 bajas entre muertos y heridos, además de apoderarse de 87 cañones, varias banderas, y gran cantidad de armas y municiones. Por su parte, Calleja, en su informe rendido al Virrey, afirma que durante la batalla, solamente tuvo 41 muertos y 71 heridos, cifra muy reducida para la magnitud de la acción. Hay otros estudiosos de la Guerra de Independencia que son más objetivos y que calculan que los realistas tuvieron cerca de 1,200 bajas, siendo esta cifra más creíble.²⁷

En el parte de la batalla, que escribió el mismo 17 de enero, el Brigadier Calleja, dice al Virrey:

“...Son las cuatro de la tarde, ahora acabo de situarme en el campo enemigo, casi inexpugnable, como todos los que elige, y guarnecido con cien mil hombres y más de ochenta piezas de artillería de todos los calibres, las más de ellas de las mejores que hay en América, todas las cuales han caído en mi poder.



Tropas Realistas de Caballería e Infantería de la Reserva, en espera de entrar en acción para apoyar a sus compañeros de armas.

La obstinación, atrevimiento y constancia de estos fascinados, sólo puede compararse con el valor acreditado de las tropas que tengo el honor de mandar.

Después de seis horas de acción, sostenida con tesón, los conduje, por tercera vez, al ataque de una batería de más de sesenta cañones, bien situada y bien servida. La tomé sin disparar un tiro, sufriendo con mucha serenidad nuestras tropas, el violento fuego del enemigo, que continuó hasta verse cercado por todas partes, y perseguido a escape por nuestra caballería. El elogio del honor, valor y pericia de los jefes y oficiales, lo hace la misma acción.

Ha sufrido el ejército algunas pérdidas, y entre los heridos se encuentra el Sr. Emparan, en una acción bien empeñada con otros varios, cuyas noticias no he tenido tiempo de recoger, pero que trasladaré a V.E. luego que las muchas ocupaciones me lo permitan, recomendando a los muchos que se han distinguido.

*He consumido en la acción, todas las municiones, pero me surte ampliamente el parque tomado al enemigo.*²⁸

Al día siguiente, Calleja mandó otro parte detallado al Virrey, en el que da los pormenores de la batalla, hace hincapié en el valor y disciplina de sus hombres, y continúa exagerando su actuación; al respecto dice:

*“...En mis oficios de ayer y hoy doy cuenta a V.E. de la acción que sostuvieron las tropas de este ejército contra el de los insurgentes, y hago de ellas el elogio que merecen, atendiendo el feliz resultado de la acción, llevando por principio hacer formar a ellas mismas y a todo el ejército una idea tan alta de su valor y disciplina que no les quede esperanza a nuestros enemigos de lograr jamás ventajas sobre un ejército tan valiente y aguerrido; pero debiendo hablar a V.E. con la ingenuidad inseparable de mi carácter, no puedo menos que manifestarle que esas tropas se componen en lo general de gente bisoña, poco o nada imbuida en los principios del honor y entusiasmo militar, y que sólo en fuerza de la impericia, cobardía y desorden de los rebeldes, ha podido presentarse en batalla del modo que lo han hecho en acciones anteriores, confiado siempre en que era poco o nada lo que arriesgaba; pero ahora que el enemigo con mayores fuerzas y más experiencia ha puesto mayor resistencia, la he visto titubear y a muchos cuerpos emprender la fuga precipitada, que habría comprometido el honor de las armas si no hubiera yo ocurrido con tanta prontitud al paraje en que había introducido el desaliento y el desorden...”.*²⁹

CONSECUENCIAS

Las tropas realistas permanecieron en Puente de Calderón, descansando toda la tarde y la noche del 17 de enero; al día siguiente se desplazaron en jornadas cortas, para evitar lastimar más a los heridos, y para llevar la artillería y los carros de municiones, capturados a los insurgentes; primero llegaron a Zapotlanejo y el 20 al pueblo de San Pedro, entrando a Guadalajara el 21 de enero, siendo recibidos por los integrantes de la Real Audiencia de la ciudad y los afectos a la causa realista.

La recepción fue espectacular; la ciudad estaba de fiesta, y todos los balcones adornados y repletos de gente, como si los hubieran liberado de un gobierno opresivo. El General Calleja recibió las felicitaciones de las mismas personas que habían mostrado alegría por la llegada de Hidalgo y su gente, en especial de los españoles. Por su parte, el General realista agradeció el afecto mostrado hacia sus tropas y al Rey de España, manifestando que sería benigno con los partidarios de los rebeldes y que no desconfiaba de nadie; posteriormente se dirigió a la Catedral, donde se cantó el Te-Deum, y más tarde se retiró al Palacio de Gobierno, donde se hospedó y recibió las felicitaciones de los funcionarios públicos, en especial de los pertenecientes a la clase alta.

El mismo 21 por la tarde, llegó a Guadalajara el Brigadier José de la Cruz, con sus tropas, procedentes de Michoacán, quien forzó la marcha para unirse lo más pronto posible a las fuerzas de Calleja. A pesar de que el General de la Cruz era más antiguo en el empleo, le cedió el mando a Calleja y, posteriormente, convinieron en que cada uno conservara a sus tropas, saliendo de Guadalajara para retomar el puerto de San Blas.³⁰

Por su parte, Hidalgo, Allende, Aldama y Abasolo, junto con 19 personas más, se dirigieron rumbo al norte. El “Padre de la Patria” salió rumbo a Aguascalientes, donde se reunió con Rafael Iriarte, para luego tomar rumbo a Zacatecas. En la hacienda de Pabellón lo alcanzó Allende, el 25 de enero, en donde el caudillo de San Miguel, junto con otros jefes, en una reunión a puerta cerrada, depusieron a Hidalgo del mando político y militar, hecho que no se hizo público, y el “Generalísimo”, en apariencia, conservaba el mando de las tropas insurgentes.

De Zacatecas, los líderes independentistas pasaron a Salinas, El Venado, Charcas, Matehuala y Saltillo; en esta última plaza, los caudillos insurgentes determinaron que los principales líderes, acompañados de tropa y dinero, se dirigieran a los Estados Unidos, pero en el camino fueron hechos prisioneros por el ex-insurgente y ex-realista Ignacio Elizondo, el 21 de marzo, en las Norias de Acatita de Baján, Coah. Algunos autores dicen que Elizondo se presentó ante Allende en Monclova, solicitándole el grado de Teniente General, lo cual no le fue concedido por falta de méritos, y que despedido se puso a disposición de las fuerzas realistas.

El infausto 21 de marzo, los caudillos rebeldes pasaron por el Aguaje de Acatita de Baján, único en la comarca, y ahí eran esperados por las tropas de Elizondo. Durante la aprehensión, la mayoría de los independentistas se entregaron sin oponer resistencia, a excepción de Allende, quien disparó sobre el traidor Elizondo, pero falló, y los realistas de inmediato, acribillaron el coche donde viajaba el jefe insurgente, matando a Indalecio, hijo de Allende, e hiriendo al General Joaquín Arias, quien falleció poco después.³¹



Los arcos del Puente de Calderón cerca de Guadalajara, mudos testigos de una de las batallas más importantes de la Guerra de Independencia.

Los principales jefes arrestados fueron Hidalgo, Allende, Jiménez, Aldama y Abasolo, quienes fueron trasladados a Chihuahua, ciudad a la que llegaron el 23 de abril, en donde fueron juzgados y sentenciados a muerte. Allende fue pasado por las armas por la espalda como si fuera traidor, en la Plazuela de los Ejercicios, el 26 de junio de 1811, junto con Mariano Jiménez, Juan Aldama y Manuel Santamaría. Abasolo fue condenado a prisión perpetua en Cádiz, España, donde murió en 1816.

Por su parte, Hidalgo, en su carácter eclesiástico, se tardó más en ser procesado; el 29 de julio fue degradado y condenado a ser fusilado, lo cual se cumplió el 30 de julio de 1811. Las cabezas de los caudillos, Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez fueron trasladadas a la ciudad de Guanajuato, en donde se pusieron en jaulas de fierro, una en cada esquina de la Alhóndiga de Granaditas, permaneciendo ahí casi diez años, ya que fue en 1821, que Anastasio Bustamante ordenó que fueran bajadas.³²

CONSIDERACIONES

La acción de Puente de Calderón dejó en evidencia la falta de preparación castrense del Ejército Insurgente, comandado por Miguel Hidalgo, quien ignoró el resultado negativo de la acción de Aculco y volvió a cometer el mismo error, de presentar batalla confiado en la superioridad numérica, sin preocuparse en darle instrucción militar y disciplina a su gente.

En contraparte, Allende tenía alguna capacidad castrense, de acuerdo a su jerarquía de Capitán de Caballería, que había ostentado dentro del Ejército Realista, aunque le faltaba mayor preparación para dirigir grandes unidades operativas. A pesar de sus limitaciones, siempre trató de dar instrucción a la poca gente que le facilitaba Hidalgo, y con ella organizó unidades con adiestramiento básico en el arte de la guerra, los cuales mostraron a sus compañeros del Ejército Insurgente, que con orden y disciplina militar era posible detener y derrotar a tropas regulares, bien adiestradas y armadas, como fue el caso de la gente de Abasolo, que rechazó en tres ocasiones a la Brigada del Conde de la Cadena, que por el flanco derecho atacó a los insurgentes, con resultados negativos, llegando a caer en la desesperación y la desmoralización, pensando incluso en que iba a ser derrotado, lo que hubiera ocurrido si no acude en su ayuda el General Calleja.

Otro ejemplo fue la Brigada de Infantería de los independentistas, comandada por Joaquín Arias, que no sólo resistió el embate de los realistas dirigidos por el Coronel Emparan, sino que los hicieron retroceder y huir, haciendo soñar a la gente, de que la causa insurgente tenía al alcance de su mano una victoria, que sin duda hubiera precipitado la caída del régimen virreinal.

Sin embargo, este sueño fue breve, toda vez que el General Calleja, con la reserva, acudió a auxiliar al Coronel Emparan, haciéndolos regresar y reorganizar la línea de ataque, que a la postre convirtió

la derrota en victoria, gracias a la suerte de un incendio fortuito y, sobre todo, al viento que soplaba en contra de los rebeldes. También aquí hay que mencionar que Allende e Hidalgo cometieron el grave error de no segar el pasto y no destruir el puente, permitiendo con ello, en primer lugar, que los realistas pasaran fácilmente a su terreno, y en segundo, que cualquier chispa prendiera la hierba, como ocurrió desgraciadamente para la causa insurgente.

Por otro lado, el centro de las huestes independentistas, que en teoría era el más fuerte, por contar con la artillería, era comandado por José Antonio Torres, quien carecía de preparación militar y tenía escasa visión de la táctica y de la estrategia castrenses, repercutieron en el resultado final de la batalla, ya que permitió que Calleja con su reserva, en su primer ataque lograra penetrar hasta llegar a los propios cañones, obligando con ello a que Allende tuviera que reforzar la línea central y descuidara los flancos. Finalmente, Torres fue de los primeros en huir ante el desastre del incendio, dejando a Hidalgo, Allende, Arias y Abasolo solos, cuando trataron de reorganizar a las tropas y quisieron dar una carga de caballería desesperada, lo que sin duda habría salvado muchas vidas y quizá cambiado el curso de la batalla.

Lo que cuenta es el resultado, y los insurgentes fueron derrotados en Puente de Calderón. Lamentablemente fue que la derrota hizo que los caudillos independentistas se trasladaran al norte, y en su camino fueron apresados y posteriormente fusilados, dejando acéfalo el movimiento libertario, dando por terminada la primera fase de la Guerra de Independencia y surgieran nuevos caudillos, como José María Morelos y Pavón, que dieron nuevos bríos y organización a las huestes independentistas.

Por todo lo anterior, la Batalla de Puente de Calderón fue importante en el devenir de la Guerra de Independencia y en nuestra historia patria, así como en la historia regional del occidente mexicano.

Fuentes consultadas:

- Alamán, Lucas, *Historia de Méjico*, Imprenta J.M. Lara, México, 1850.
- Arteaga, Benito, *El Héroe olvidado; rasgos biográficos de Don Ignacio Allende*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1993.
- Bustamante, Carlos María de, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, México, 1926.
- Diccionario Porrúa de Historia, *Biografía y Geografía de México*, Editorial Porrúa, S.A., México, 1850.
- Frías, Heriberto, *Episodios Militares Mexicanos*, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, México, 1901.
- García, Pedro, *Con el Cura Hidalgo en la Guerra de Independencia*, Comité Conmemorativo del CCL Aniversario del Natalicio de Don Miguel Hidalgo y Costilla, México, 2002.
- Lemoine, Ernesto, "Hidalgo y los inicios del movimiento insurgente" en *Historia de México*, Salvat Mexicana de Ediciones S.A.de C.V., México, 1986.
- Masa, Francisco de la, *La Ruta del Padre de la Patria*, Secretaría de Gobernación, México, 1994.
- Mora, José María Luis, *México y sus Revoluciones*, Editorial Porrúa, S.A., México, 1950.
- Riva Palacio, Vicente, *México a través de los siglos*, Editorial Cumbres S.A., México, 1977.
- Zamacois, Niceto de, *Historia de Méjico*, J.M. Parrés y Compañía Editores, México, 1878.

Citas:

1. Diccionario Porrúa de Historia, *Biografía y Geografía de México*, Editorial Porrúa, S.A., México, pp. 1405-1406.
2. Lemoine, Ernesto, "Hidalgo y los inicios del movimiento insurgente" en *Historia de México*, Salvat Mexicana de Ediciones S.A. de C.V., México, pp. 1612-1613.
3. Arteaga, Benito, *El Héroe olvidado*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, pp. 51-63.
4. *Diccionario Porrúa...*, Op., cit., p.1406.
5. Ídem.
6. Arteaga, Benito, Op. cit., pp. 171-183; Lemoine, Ernesto, Op., cit., pp. 1619-1620.
7. *Diccionario Porrúa...*, Op., cit., p.30.
8. García, Pedro, *Con el Cura Hidalgo en la Guerra de Independencia*, Comité Conmemorativo del CCL Aniversario del Natalicio de Don Miguel Hidalgo y Costilla, México, p.165.
9. Arteaga, Benito, Op., cit., pp. 221-224.
10. García, Pedro, Op., cit., pp. 100-101
11. *Diccionario Porrúa...*, Op. cit., p. 2362.
12. Riva Palacio, Vicente, *México a Través de los siglos*, México, Editorial Cumbres, S.A., México, 1977, Tomo III, pp. 194-195.
13. García, Pedro, Op., cit., pp. 103-104.
14. Riva Palacio Vicente, Op., cit., Tomo III, pp. 194-195; *Diccionario Porrúa...*, Op., cit., pp. 2362.
15. Ídem, pp. 196.
16. Riva Palacio, Vicente, Op., cit., pp.197.
17. Masa, Francisco de la, *La ruta del Padre de la Patria*, Secretaría de Gobernación, México 1994, pp. 335-338.
18. García, Pedro, Op., cit., p. 106; Frias, Heriberto, *Episódios Militares Mexicanos*, Librería de la Viuda de CH. Bouret, México 1901, pp. 91-92.; Alamán Lucas, *Historia de Méjico*, Imprenta J.M. Lara, México, pp. 89-90.
19. García, Pedro, Op., cit., p. 104.
20. Ídem, pp. 105-106.
21. Riva Palacio, Vicente, Op., cit., pp. 196-197.
22. García, Pedro, Op., cit., p. 93.
23. Riva Palacio, Vicente, Op., cit., p. 197.
24. García, Pedro, Op., cit., pp. 109-110.
25. Riva Palacio, Vicente, Op., cit., pp. 197-198; Frias Heriberto, Op., cit., pp. 94-99; Alamán Lucas, Op., cit., pp. 84-86; Bustamante, Carlos María de, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, México, 1926, pp. 131-132.
26. García, Pedro, Op., cit., p. 113.
27. Alamán, Lucas , Op., cit., p.88.
28. Zamacois, Niceto de, *Historia de Méjico*, J.F. Parrés y Compañía Editores, México, p. 247.
29. Riva Palacio, Vicente, Op., cit., p. 198.
30. Zamacois, Niceto de, Op., cit., pp. 248-252.
31. García, Pedro, Op., cit., p. 243.
32. Riva Palácio, Vicente, Op., cit., pp. 1407-1408.

Sitio de Cuautla

19 de febrero al 2 de mayo de 1812

¡Ay de Morelos! ¡Ay de la aguerrida gente!
 Que en mil encuentros sostenidos
 De honor llenaron a la cara Patria,
 Su sien ornada del laurel divino
 Cuautla termina sus heroicas vidas,
 Cuautla sepulta su valor invicto...
 ¡Salve mil veces noche venturosa,

Que al Héroe dísteis amigable abrigo!
 Gózate, ¡Oh Patria! de los héroes cuna,
 Viendo ya salvos a los más aguerridos;
 Hoy tu sien orna su mayor hazaña,
 En tu loor suenen, inmortales himnos.

INTRODUCCIÓN



Jose María Morelos y Pavón, el genio militar de la insurgencia, escribió con letras de oro, la historia de la lucha emancipadora de nuestro país.

Después de la muerte de Miguel Hidalgo y Costilla, el caudillo que tomó la estafeta de la lucha libertaria, fue José María Morelos y Pavón, quien desde que se unió al cura de Dolores, mostró su genio militar, para darle a la causa insurgente, la nueva dinámica que necesitaba. La derrota de Puente de Calderón había enseñado a los insurgentes, a la salida de Morelos de Cuautla, que la cantidad de gente no era garantía para obtener victorias; por el contrario, estorbaban más que ayudar; ahora, era necesario instruir a los combatientes, armarlos, disciplinarlos, enseñarles la táctica y estrategias militares básicas, para poder enfrentarse al bien disciplinado Ejército Realista del General Félix María Calleja del Rey.

Morelos con sus tropas, había logrado grandes éxitos en sus campañas del sur, lo que permitió que otros grupos de insurrectos se organizaran y enfrentaran a los realistas, con posibilidades de obtener victorias, logrando amenazar las regiones que rodeaban la Ciudad de México, tanto en lo económico como en lo militar.

La capital del virreinato estaba rodeada de insurgentes o “gavillas de bandidos”, como los llamaba el Virrey Venegas, que mantenían interceptadas las comunicaciones y el aprovisionamiento, provocando con ello escasez de alimentos entre la población, ya que únicamente estaban libres las salidas a Texcoco y a Toluca.

En la región que actualmente forma el estado de Hidalgo, los grupos de los Villagrán y del cura José María Correa, amenazaban Real de Zimapan e Ixmiquilpan, tratando de unir sus fuerzas hasta el camino a Querétaro, lo que impedía al gobierno virreinal mandar a los centros de producción minera, el azogue, la pólvora y el demás material necesario, lo que afectaba sobremanera para el proceso de extracción mineral, así como al resto de la economía, en especial a la provincias de Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas y Nueva Galicia (actual estado de Jalisco). Los grupos rebeldes se habían extendido hasta unirse con los que operaban en Villa del Carbón, Tepeji, Chapa de Mota, Jilotepec, Monte Alto (actual Villa Nicolás Romero), Cuautitlán, Cuesta de Barrientos, Tlalnepantla, Azcapotzalco, Los Remedios, Tacuba e incluso llegaban hasta Las Garitas (actual San Cosme).



Carta de la Nueva España en la que se aprecia el enorme territorio que dominaran los españoles durante trescientos años.

Por el otro lado no era mejor la situación, toda vez que los independentistas ya llegaban hasta Santa María Tixmadejé y los pueblos del camino a Valladolid (Morelia), interceptando el comercio y la correspondencia. Al respecto, los informes que se tienen de la época mencionan: “...Después que el ejército se ha retirado de Toluca, vuelven a aparecer gavillas de Tenancingo y de aquel rumbo, permaneciendo siempre en rebelión los ranchos o sierras inmediatas a aquella ciudad, el real de Temascaltepec, Sultepec y países confinantes”.¹

El Virrey igualmente se quejaba de la situación que prevalecía por el camino viejo a Puebla, que iba de Teotihuacan a Apan; al respecto dice:

“...Peor aspecto presenta todavía el camino viejo de Puebla y toda aquella provincia. Los rebeldes ocuparon con fuerzas considerables los pueblos de Teotihuacan, Otumba, Calpulalpan, Apan y todas las haciendas del territorio, talándolo y destruyéndolo todo, e insultando incesantemente a los infelices moradores adictos a la buena causa, que viven en la inquietud doméstica. Tlaxcala ha sido invadida repetidas veces, viéndose sus habitantes obligados a vivir con toda inquietud, sobresalto y vigilancia que se tendría en una plaza sitiada. La provincia de Tepeaca esta perseguida y dominada en general: todos los pueblos y haciendas padecen extorsiones y desafueros...”.²

La situación no mejoraba en el camino a Oaxaca y a Veracruz, ya que era imposible la correspondencia con estas provincias, y sobre todo, en el puerto de Veracruz, el comercio con Europa estaba afectado; pero lo que más le preocupaba al Virrey, era la opinión que tenían en la Metrópoli, de la Nueva España, que estaba en decadencia, por la falta de seguridad de los caminos, teniendo que mantener en la Ciudad de México, más de dos millones de pesos por mandar a España, sin poder hacerlo “por la dificultad que ofrecen los caminos y la falta de tropa para superarla”.³

Por el camino del sur, la situación era un poco peor para el gobierno virreinal, toda vez que el comercio con Acapulco estaba interceptado, haciéndose imposible la descarga de la Nao de la China, y cuando se podía desembarcar la mercancía, que venía de oriente, el traslado a la capital era poco posible, privando con ello al erario en más de un millón de pesos. Sin duda alguna, el responsable de la situación en general era Morelos y su gente; al respecto, el Virrey Venegas manifiesta del caudillo insurgente:

“...Principal corifeo de la insurrección, el genio de mayor firmeza, recursos y astucias, habiendo ciertas circunstancias favorables a sus designios, prestándole mayor osadía y confianza en llevarlos a cabo... Es pues indispensable combinar un plan, que asegure dar a Morelos y a su gavilla un golpe de escarmiento que los aterrorice, hasta el grado de que abandonen a su infame caudillo, si no se logra aprehenderlo...”.⁴

Con el fin de acabar con Morelos y sus tropas, el Virrey propuso un ataque simultáneo a Izúcar y a Cuautla, para no darle oportunidad a reunir a todas sus fuerzas, en alguno de los dos puntos, aunque también manifestó que la operación se completaría atacando Taxco, lo cual era imposible por la falta de tropas, en especial de oficiales. Para ello contaba con las divisiones de Puebla y del Centro; la primera, compuesta de 1,500 hombres de infantería, 240 de caballería y 8 piezas de artillería; por su parte, la División o Ejército del Centro se integraba de 600 infantes, 500 dragones y 4 piezas de artillería.⁵

CALLEJA SE DIRIGE A CUAUTLA

El Brigadier Félix María Calleja, Comandante en Jefe del Ejército del Centro, renunció a su cargo ante los constantes problemas que tenía con el Virrey Venegas, lo cual no fue aceptado, sabedor de que Calleja era el militar más capaz para combatir a los insurgentes. Dicho General marchó a Zitácuaro, a hacer frente a los independentistas y posteriormente, se dirigió a la Ciudad de México.

Durante la estancia de Calleja en la Ciudad de México, en los diversos actos oficiales, mostró hacia el Virrey respeto y amistad, aunque en el interior esa relación era muy tensa. Ante los problemas entre ambos personajes, el Virrey ofreció el mando del Ejército del Centro al Brigadier José María Jalón y Ortega, recién ascendido a dicha jerarquía quien, al darse cuenta de la responsabilidad que contraería, rehusó al cargo que cualquier militar hubiera querido.

Al no tener otra alternativa, el Virrey Venegas insistió en que Calleja continuara con el mando del Ejército del Centro, y que se dirigiera a Cuautla, a acabar con Morelos y sus “gavillas”, y como confiaba en el triunfo realista, que posteriormente lo siguiera a Cuernavaca e Izúcar, para que más tarde la División de Puebla se hiciera cargo de los rebeldes, y de esa manera, las tropas del Centro regresaran victoriosas a la capital del virreinato.⁶

En cumplimiento a las disposiciones del Virrey, 300 soldados de caballería de la División del Centro, salieron de la capital, junto con una vanguardia del 2/o. Batallón de la Corona, para reforzar a la División de Puebla, a fin de situarse en Chalco, obligando a retirarse a la avanzada del Ejército Insurgente de Morelos que ahí se encontraba.

Calleja y el grueso de sus tropas se pusieron en marcha el 12 de febrero por la tarde, acampando en los Llanos de San Lázaro, donde acudieron muchos curiosos, que convirtieron el campamento en un lugar de fiesta. Al día siguiente, las tropas realistas reanudaron su marcha rumbo a Cuautla, pasando por Chalco, Tenango, Ameca, Ozumba y Atlahuaca, sin encontrar obstáculo alguno por parte de los insurgentes, a excepción de la dificultad de pasar la artillería por las tierras de labor, por lo angosto de las veredas.⁷

El 17 de febrero, los realistas llegaron a Pasulco, ubicado a un kilómetro de Cuautla; el mismo día, Calleja estableció su campamento entre Tetelcingo y Cuautlixco, mandando una vanguardia para reconocer las posiciones; esta avanzada se encontró con un grupo de insurgentes, comandados por una mujer conocida como “La Barragana”, cerca del pueblo de Tetelcingo. Las fuerzas virreinales trataron de capturar a la rebelde. Sin embargo, gracias a la rapidez del caballo de “La insurgente”, ésta se escapó, y fue a dar parte a Morelos, de que el enemigo había llegado a Cuautla.⁸

Morelos, al saber que Calleja se acercaba a Cuautla, tomó sus medidas defensivas, resolviendo enfrentarse al más poderoso ejército virreinal, en primera, por la ventaja del lugar para resistir, así como por la abundancia de los víveres para alimentar a sus huestes. De inmediato reunió a sus tropas que tenía distribuidas en los lugares cercanos, y se dispuso a dar batalla a los realistas.

LOS CONTENDIENTES

Insurgentes

Las tropas de don José María Morelos y Pavón, de acuerdo a sus propias declaraciones, estaban integradas por 3,000 hombres, que dependían directamente de él, 1,000 de infantería y 2,000 de caballería, los que también hacían servicio a pie. Además de otros 300 elementos de caballería, que se incorporaron procedentes de Huetamo, Mich., bajo el mando de Francisco Ayala, así como 1,000 flecheros de los pueblos colindantes.

Posteriormente, se unió a la defensa Miguel Bravo, con 400 hombres de infantería y caballería, así como 3 piezas de artillería. De igual manera, se incorporaron 300 gentes procedentes de Zitácuaro, comandadas por Juan Pablo Anaya; más 300 que dirigía el Cura Mariano Tapia, procedente de Chiautla, y 200 de Yautepec, que en total hacían 5,500 defensores, mientras que Calleja, en sus partes, aseguraba que los insurgentes contaban con 12,000 combatientes.

Estos 5,500 independentistas no era una muchedumbre indisciplinada y desarmada, ni de hombres de campo, fáciles de espantar con el estruendo de la artillería, como se dio en la batalla de Puente de Calderón; ahora, después de casi dos años de intenso fogeo, se contaba con combatientes resueltos, disciplinados, diestros, bien armados y pertrechados, sobre todo comandados por líderes valientes, de honor y dispuestos a todo para lograr la independencia, como Mariano Matamoros, Hermenegildo y Pablo Galeana, y Leonardo y Miguel Bravo.¹⁰

En este punto es importante recordar algunos datos biográficos del ilustre “Siervo de la Nación”, quien nació en Valladolid (actual Morelia), de ascendencia negra, aunque fue registrado como español; de 1779 a 1790 trabajó en una hacienda cañera, en Apatzingán. En 1790 ingresó al Colegio de San Nicolás, donde estudió Gramática Latina y Retórica, Filosofía y Moral. Para 1795 realizó estudios de Teología en el Seminario Tridentino de Valladolid. Un año después fue ordenado Diácono, y para 1797 fue nombrado como Presbítero.

En 1798 fue designado Cura Interino de Churumuco y La Huacana, cargo que desempeñó durante dos años, ya que en 1799 se le nombró Cura Interino de Carácuaro y Nocupétaro. En octubre de 1810, Morelos tuvo noticia del levantamiento de Hidalgo, y salió a entrevistarse con él en Charo e Indaparapeo, para ofrecer sus servicios como cura, a la causa insurgente; sin embargo, Hidalgo vio algo en él, toda vez que lo comisionó para levantar en armas la costa del sur.

Con 25 hombres inició su campaña por Nocupétaro, Coahuayutla, Zacatula, Petatlán y Tecpan; en este último lugar se le unieron Juan José, Antonio y Pablo Galeana, junto con un pequeño cañón llamado “El Niño”. Desde un principio, Morelos mostró su genio militar en el Veladero, donde se le unió Hermenegildo Galeana, quien a la postre sería su brazo derecho. Posteriormente pasó a Chilpancingo y Tixtla, donde escribió a Ignacio López Rayón, invitándolo a integrar una Junta



Nicolás Bravo, junto con Leonardo y Miguel Bravo, defendieron bizarramente la causa insurgente en Cuautla.

Insurgente, para dar bases legales al movimiento y buscar la Independencia de la Nueva España.

En noviembre de 1811, inició su segunda campaña, tomando Chiautla, Izúcar, Taxco, Cuernavaca y Cuautla, donde sostuvo el glorioso sitio durante 72 días, contra el más poderoso Ejército Realista. Es importante mencionar que, aparte de su capacidad militar, se preocupó por formar una Junta Nacional Americana, en la que se unieran todos los criollos que desearan la libertad de su Patria. Es en este punto, donde retomaremos este heroico hecho, que quedó escrito con letras de oro en nuestra historia patria.¹¹

Realistas

Por su parte, el Brigadier Félix María Calleja, con su Ejército del Centro, inicialmente contaba con 600 soldados de infantería, 500 de caballería y 4 piezas de artillería. Posteriormente se le unió el General Ciriaco del Llano, con la División de Puebla, compuesta por 1,531 soldados de infantería, 631 de la División, 400 de Atlixco y 500 del Batallón de Asturias, así como 500 de caballería, 240 de la vanguardia y 300 del Ejército del Centro. Completaban las fuerzas 8 piezas de artillería, 2 obuses, 2 cañones de a 8, 2 de a 6 y 2 de a 4, con 1 oficial y 30 artilleros para operarlas.¹²

De igual manera, consideró importante saber algo más del Brigadier Calleja, de su lucha constante y obsesiva en contra de la, y en particular, como el personaje que venció en varias ocasiones a las tropas insurgentes de Hidalgo y Allende en diferentes batallas, en especial en Puente de Calderón, con la que concluyó la primera etapa de nuestra Guerra de Independencia.

El General Calleja del Rey, Conde de Calderón, nació en el año de 1755, en Medina del Campo, Valladolid, España. Ingresó al ejército español como Alférez (Subteniente); participó en la expedición española para tomar Argel, la cual fracasó; de igual manera, tomó parte activa en la reconquista del puerto de Mahon de la isla de Menorca. Así mismo, estuvo en el sitio de Gibraltar. Fue Director del Colegio Militar en el puerto de Santa María, Cádiz, de 1784 a 1788.

En 1789, ostentando el grado de capitán, pasó a la Nueva España, en la misma expedición que llevaba al nuevo Virrey, Juan Vicente de Güemes, Segundo Conde de Revillagigedo. En territorio novohispano, hizo la mayor parte de su carrera, hasta alcanzar la jerarquía de brigadier. Se casó con Francisca de la Gándara, hija del alférez Real de San Luis Potosí.

Al estallar la Guerra de Independencia, organizó el Ejército del Centro, con tropas disciplinadas, y se destacó por combatir con lujo de violencia a las numerosas pero indisciplinadas huestes de Miguel Hidalgo y Costilla, derrotándolas en Aculco y en Puente de Calderón, con lo que obtuvo gran renombre como militar. Después de la muerte de Hidalgo, el caudillo insurgente que tomó la estafeta de la libertad, fue José María Morelos y Pavón, por lo que fue comisionado para acabar con los insurrectos, resaltando el Sitio de Cuautla, en donde, a pesar de contar con las tropas más selectas del virreinato, no pudo con el “Siervo de la Nación”; sin embargo, esto le valió que, en marzo de 1813, el Consejo de Regencia, que funcionaba desde España, lo designara nuevo Virrey de la Nueva España.



Morelos “El Siervo de la Nación”, el más grande estratega insurgente, líder innato que supo infundir el espíritu de sacrificio en sus tropas.

Como virrey puso especial énfasis en acabar con Morelos, lo cual logró en noviembre de 1815, al ser apresado Morelos y, posteriormente, pasado por las armas, en diciembre de ese mismo año. Durante su gobierno, organizó un ejército de cerca de 40,000 hombres, restableció el comercio y el servicio de correos, reordenó la Hacienda Pública y casi pacificó el territorio de la Nueva España. En 1816 renunció al cargo de Virrey, y regresó a España, en donde recibió las más altas distinciones militares, además de concederle el título de Conde de Calderón y las Grandes Cruces de Isabel la Católica y San Hermenegildo, en 1818.

En 1819 fue nombrado Capitán General de Andalucía y al año siguiente, al generalizarse la insurrección en las colonias americanas, fue nombrado Jefe de las Tropas Expedicionarias. Cuando se estaban integrando estas tropas, se sublevaron en 1820, contra del Rey Fernando VII, y proclamaron la Constitución de Cádiz; estas mismas tropas apresaron a Calleja en la isla de Mallorca, donde permaneció hasta 1825, quedándose en el Cuartel de Valencia, hasta 1828, año en que falleció.¹³

COMIENZA EL SITIO

Antes de iniciarse el sitio, Leonardo Bravo, que se había quedado en Cuautla por órdenes de Morelos, ya había empezado a fortificar el pueblo, y al regresar el “Siervo de la Nación” de su expedición por Taxco y Tenancingo, continuó con la fortificación, seguro de que ahí sería atacado por las tropas realistas.



Leonardo Bravo.

Esta plaza fue elegida por Morelos para enfrentar el ataque de Calleja, por su posición ventajosa para la defensa, situada en un llano al que domina por todas partes, además de estar rodeada de platanares y arboledas que protegían a los edificios. De igual manera, de norte a sur tenía una atarjea de mampostería, de cerca de metro y medio de ancho, y que gradualmente se iba elevando, hasta alcanzar casi los doce metros al llegar a la hacienda de Buenavista, finca cañera que se encontraba dentro de la plaza.

Además, en la ciudad se contaba con la capilla del Calvario, y los conventos de San Diego y de Santo Domingo, ideales para ser fortificados, como así lo hicieron los insurgentes. Al este de la plaza estaban las lomas de Zacatepec, defensa natural del pueblo, y en medio un río de corriente abundante y rápida, que completaban las líneas defensivas. La fortificación formó un círculo con las plazas y conventos, parapetos y baterías, haciéndola muy difícil de tomar.¹⁴

PRIMER ATAQUE

LA PLAZA

Cuautla se encuentra situada en un bajío que domina todo el terreno que la rodea; estaba rodeada de espesas arboledas y platanares. De norte a sur, tenía una atarjea de mampostería que medía casi metro y medio de grosor y doce metros de altura, el cual terminaba en la hacienda de Buenavista. La extensión de la ciudad de norte a sur, era de cerca de tres kilómetros. En la misma dirección corría una calle recta, en la que destacaba la capilla del Calvario. La pequeña ciudad contaba con espaciosas plazas, en las que se ubicaban los conventos de San Diego y Santo Domingo, que tenían gran solidez y que sirvieron de fortalezas durante el largo sitio.

Al este del convento de Santo Domingo se encuentran las lomas de Zacatepec; entre estos promontorios y la población, cruza el río Cuautla, de abundante corriente, que es captada por un canal. Por ese lado se encontraba una profunda barranca, con aguas sulfurosas, conocida como “Agua Hedionda”.

En general, la plaza estaba rodeada de fosos, sólidos parapetos y baterías, que tenían 30 piezas de artillería de diversos calibres. Su clima es caliente y la temporada de lluvias es por lo general de junio a septiembre; zona cañera por excelencia, en donde destacan los ingenios “Santa Inés” y “Casasano”.⁹

El 18 de febrero, Calleja salió de su cuartel general, ubicado en Pasulco, también conocido como Guamuchilar de Casasano, por estar en un área llena de guamuchiles, con el firme propósito de iniciar el ataque a Cuautla; sin embargo, tras minucioso reconocimiento, no encontró un punto apropiado para iniciar el ataque, por lo que acampó en la loma de Cuautlixco.

Calleja creía que la toma de Cuautla iba a ser un día de campo, ya que iba acompañado de su esposa, a la que dijo que en un par de horas enviaría por ella para almorzar en Cuautla; que en cuanto lo vieran los insurgentes, echarían a correr y apresaría a los líderes.¹⁵

Morelos, en un intento de acercarse al enemigo y medir sus fuerzas, intentó inquietarlo con su caballería, por la retaguardia, siendo repelido por los realistas, teniendo que huir los insurgentes en desorden. En esta acción, el propio Morelos se acercó imprudentemente, y estuvo a punto de ser apresado por los hombres de Calleja.

Al amanecer del día 19, el comandante realista dio las órdenes necesarias para iniciar el asalto a Cuautla, seguro de tomarla como si fuera un juego de niños; sin embargo, la caballería, la artillería y la mayor parte de las tropas, según el propio Calleja, eran de poco provecho para el ataque, a la bien fortificada plaza de Cuautla.

Calleja formó cuatro columnas de ataque, una con los granaderos, bajo el mando del Coronel Diego Rul, otra con las tropas del Batallón de la Corona, comandada por el Brigadier José María Jalón; la tercera con el Batallón de Guanajuato, dirigida por el Coronel Juan Nepomuceno Oviedo y la última con el Batallón Patriotas de San Luis, bajo el mando del propio Calleja.

En contrapartida, Morelos distribuyó en forma excelente a su gente, de tal



Mariano Matamoros, defensor de la hacienda de Buenavista, luchó incansablemente por la causa libertaria.



Hermenegildo Galeana, valiente insurgente que se encargó de defender el Convento de San Diego, se destacó además por proteger en todo momento a Morelos.

manera, que no dejaba ni un resquicio sin defensa; para ello encomendó la defensa del Convento de San Diego a Hermenegildo Galeana; el Convento de Santo Domingo a Leonardo Bravo y la hacienda de Buenavista a Víctor Bravo y a Mariano Matamoros.

Los granaderos comandados por el Coronel Jalón, iniciaron el ataque por el convento de San Diego, protegidos por la cerca del camino, logrando llegar hasta la misma trinchera, siendo rechazos por los valerosos insurgentes, que seguían el ejemplo de Hermenegildo Galeana. El batallón de Guanajuato y los Patriotas de San Luis apoyaron la ofensiva a la trinchera de San Diego, perforando casa por casa, hasta llegar cerca de la plaza.

En lo más reñido del combate, Hermenegildo Galena pidió apoyo para detener el ataque realista, por lo que Pablo Galeana y su gente, de inmediato acudieron a auxiliarlo, dejando solamente en la bocacalle, una pieza de artillería, custodiada por un

joven nativo de Cuautla de nombre Narciso García Mendoza, con la orden de que, en cuanto viera peligro, los llamara para cubrir la posición. El joven Narciso, al ver que por el callejón se aproximaban las tropas realistas, gritó “¡adentro!”. En su desesperación y al ver que nadie lo escuchaba por el ruido del fragoroso combate, decidió tomar la tea y prendió la mecha, cuando tenía frente a él prácticamente al enemigo.

El disparo del cañón barrió con los realistas y llamó la atención de Pablo Galeana, quien de inmediato regresó a su puesto y repelió al enemigo. Con esta acción, el joven Narciso salvó la situación y pasó a la inmortalidad como “El Niño Artillero”. En esos momentos se corría la voz, de que la fortaleza de San Diego había sido tomada por los realistas, por lo que Hermenegildo Galena, poniendo todo su don de mando, calmó y reorganizó a sus tropas.¹⁶

Por otro lado, la columna del Batallón de San Luis, apoyada por la artillería, atravesó los corrales cruzando por el río y la atarjea, horadando las casas que encontraban a su paso, hasta llegar cerca de la trinchera norte, reforzando a los atacantes virreinales. Sin embargo, Hermenegildo Galeana, sacando fuerzas de flaqueza, logró rechazar a la columna de San Luis, haciéndole gran cantidad de bajas, entre muertos y heridos.

De igual manera, el Capitán Anselmo Rivera condujo otra columna integrada con granaderos y un cañón, por el costado poniente del convento de San Diego, horadando las tapias; sin embargo, fueron descubiertos por Mariano Escoto, que con varios soldados hicieron frente a los realistas en el patio del



Morelos el primer soldado defensor de la Independencia, ejemplo de valor y arrojo que con osadía puso a temblar al régimen novohispano.

convento, mandando gente al mirador, logrando diezmar y rechazar a los atacantes. Estas tropas y las del Coronel Oviedo, eran atacadas por la lluvia de piedras que lanzaban los honderos y por el fuego cruzado que, desde el mirador, no dejaban de mandar las tropas de Oviedo, por lo que se precipitaron en franca huida y desorden, y propiciaron que los propios realistas se enfrentaran entre ellos, pensando que eran enemigos.

Calleja siguió dando órdenes, dirigiendo el ataque general, disponiendo que tres fracciones de la cuarta columna atacaran la primera trinchera. Así mismo, mandó otra compañía de granaderos para atacar la trinchera defendida por Nicolás Catalán, la cual, en su ímpetu, atravesó los corrales y patios, asesinando a los pobladores inermes que tenían la desgracia

de cruzar por su camino. Ya casi iban a llegar los realistas al flanco derecho de Catalán, cuando le avisaron a éste del ataque, y mandó un grupo de hombres para hacerles frente, los cuales valientemente rechazaron a los realistas.

Mientras tanto, una tercera compañía realista avanzaba por las calles de la atarjea, para tratar de envolver a Leonardo Bravo y a su gente, pero cuando estaban a punto de lograr su objetivo, el insurgente Carreto, desde la azotea del Palacio, mandó un destacamento con el cañoncito “El Niño”, posesionándose de una troje, y desde ahí dispararon a los realistas, quienes se confundieron creyendo que estaban rodeados, por lo que tuvieron que huir. En su retirada, el General Calleja trató de dar orden a su gente; en su intento, estuvo a punto de ser muerto, ya que una bala de cañón cayó a sus pies, lo que motivó que se generalizara la retirada, abandonando los realistas varias piezas de artillería.

Al ver salir huyendo a los realistas, los insurgentes querían salir a perseguirlos; sin embargo, Morelos, con muchísima visión, impidió que lo hicieran, diciendo que posiblemente era una trampa para atacarlos a campo abierto, además de que les quedaba poca pólvora para acabar con los realistas; en ese preciso momento vieron a la caballería enemiga que se lanzaba sobre ellos, por lo que la artillería insurgente reaccionó, disparando sobre el enemigo que se tuvo que regresar.

Esta encarnizada acción hizo que Calleja cambiara de parecer sobre Morelos y los insurgentes; ya no era la masa informe que dirigía Miguel Hidalgo y Costilla, que con el menor ataque huía desorganizada. Ahora se enfrentaba a unas topas organizadas, dispuestas a vencer o morir en el sitio; al respecto Calleja escribió al Virrey lo siguiente:

“...Cuautla está fortificada con inteligencia, formando un recinto de dos plazas y dos Iglesias circunvaladas de cortaduras, parapetos y baterías amerlonadas. La defienden doce mil hombres, dos mil quinientos armados de fusil, treinta piezas de varios calibres, y casi toda la restante tropa de caballería; por lo que no es posible tomarla por asalto sino con mucha pérdida, y con infantería muy acostumbrada a ellos; el bloqueo ó el sitio en regla, necesita más gente, singularmente de infantería, artillería, víveres, pertrechos y tiempo... He consumido muchas municiones, en un ataque que duró seis horas, y hasta que me den noticia ignoro la existencia que debe ser bien poca; pero siempre bastante para batir al enemigo si tuviere la osadía de salir de su recinto...”¹⁷

El resultado del primer ataque, dio pauta para que Morelos confirmara que, sostenerse en Cuautla, era lo ideal, para desde ahí contaatacar y derrotar a las tropas realistas, a fin de dirigirse a la Ciudad de México. Por su parte, Calleja se había convencido de que la toma que creía fácil, era realmente complicada, pero tenía que llevarla a cabo de cualquier manera. La noche del 20 de febrero llamó a reunión a los jefes del Ejército del Centro, para conocer sus puntos de vista sobre el ataque, a lo que todos opinaron, que se debían solicitar refuerzos y artillería de gran calibre, para derribar los muros de la plaza.

El propio Calleja manifestó al Virrey, que era posible tomar la plaza de Cuautla, solamente con gran pérdida de gente, además de proponer que la plaza fuera arrasada. Al respecto nos dice:

“...Si Cuautla no quedase demolida como Zitácuaro, el enemigo creería haber hallado un medio seguro de sostenerse: multiplicaría sus fortificaciones en parajes convenientes; en las que reuniría el inmenso número que de temor se le separa, desde los que interceptarían los caminos y destruiría los pueblos y haciendas: las pocas tropas con que contamos se aniquilarían y acaso se intimidarían, y la insurrección que se halla en su último término, cundiría rápidamente y tomaría un nuevo y vigoroso aspecto...”¹⁸

Cuautla está situada, fortificada, guarnecida y defendida de un modo, que no es empresa de pocas horas, de poca gente y de pocos auxilios: exige un sitio de seis u ocho días con tropas suficientes para dirigir tres ataques y circunvalar un pueblo, que aunque su recinto ocupa más de dos leguas puede reducirse a la tercera parte...”¹⁸

El General Calleja permaneció en Cuautlixco, muy cerca de Cuautla, en espera de refuerzos, sin hacer movimientos importantes, ya que Morelos simplemente mandaba pequeñas partidas fuera de plaza, y cuando se acercaban los realistas, de inmediato regresaban a los puntos de donde salían, sin darse alguna acción de guerra.

Mientras tanto, el Virrey Venegas trataba de reunir la mayor cantidad de fuerzas para apoyar a Calleja, disponiendo que las tropas de la Brigada de Puebla, comandadas por el Brigadier Ciriaco del Llano, que estaban atacando Izúcar, abandonaran el sitio y se dirigieran a Cuautla, lo cual le permitió respirar al jefe realista, ya que, en la plaza poblana, los insurgentes comandados por el cura Sánchez y Vicente Guerrero, habían rechazado en varias ocasiones a las huestes virreinales. El General Llano emprendió la marcha a Cuautla el 26 de febrero, sin detenerse, ya que iba siendo hostilizado por los insurgentes, llegando a reforzar a Calleja dos días después, alojándose en la hacienda de Casasano.¹⁹

Por su parte, Morelos activaba los trabajos de fortificación, abría más fosos y caminos secretos, aspilleraba nuevos caminos, edificaba nuevos reductos y puntos avanzados, para la exploración y

reconocimientos. Dispuso que a todas horas, de día y noche, guerrillas a caballo y a pie, hostilizaran al enemigo, para destruirle las obras de defensa que construían, obligándolos a estar siempre sobre las armas, lo que motivaba que constantemente hubiera escaramuzas, que en ocasiones eran largas y encarnizadas, lo que fatigaba a las tropas virreinales.

Los insurgentes multiplicaban sus ataques sorpresas, fingiendo constantes alarmas y ataques, que obligaban al enemigo a concentrarse en ciertos puntos, dejando descubiertos otros lugares por donde los rebeldes pasaban provisiones y refuerzos.²⁰

Al saber Morelos que fuerzas realistas se aproximaban para reforzar a Calleja, trató de impedir que llegaran, por lo que envió al Coronel Ordiera con 300 hombres, para atacar a las huestes virreinales en la barranca de Tlayaca. Sin embargo, los exploradores realistas se dieron cuenta del movimiento insurgente, y Calleja dispuso que sorprendieran a los rebeldes durante su marcha, acabando con todos los insurgentes.²¹

Es importante mencionar, que durante el primer ataque, los realistas habían sufrido gran cantidad de bajas, entre muertos y heridos, por lo que Calleja ordenó que los trasladaran a la Ciudad de México, primero en burros rumbo a Chalco y de ahí en canoas, en donde fueron atendidos, con las carencias propias de la época.²²

Con el refuerzo de las tropas del Brigadier Llano, el General Calleja inició las obras de circunvalación, estableció su Cuartel General en la hacienda de Buenavista y en los alrededores el depósito de parque, rodeado de sólidas fortificaciones, con líneas de trincheras y espaldones, todos unidos por caminos vigilados por partidas de caballería. En el lado oriental se establecieron las unidades provenientes de Puebla, extendiéndose hasta el Calvario, muy cercano a la plaza, con mucha artillería, con lo que dominaban todo el lado norte. Por si esto fuera poco, la naturaleza se hizo cómplice de los realistas, ya que culminaban las fortificaciones en el barranco de Agua Hedionda, que era muy profundo y de aguas sulfurosas, únicamente transitable por un sólido puente.²³

En contraparte, Morelos también dispuso que se aumentaran las obras de defensa, toda vez que mandó fortificar la hacienda de Buenavista y formó un reducto en el Platanar para defender la margen derecha del río, frente al campo del Brigadier Llano. Con lo anterior, los insurgentes buscaban molestar a los realistas e incluso hacían constantes expediciones, en las que sobresalían Hermenegildo Galeana y Mariano Matamoros. En fin, los sitiados, a pesar de sus complicaciones, buscaban diversión en el peligro, viviendo en una fiesta permanente y conviviendo día a día con la muerte gloriosa, que les daría el paso a la inmortalidad.²⁴

SEGUNDO ATAQUE

Después de varios días de preparativos y de fortificar sus posiciones, de alistar a las tropas y apuntar los obuses y cañones, las tropas realistas rompieron el fuego sobre Cuautla, acompañando el ataque con las cajas de guerra y los clarines, a los gritos de ¡Viva el Rey! ¡Viva España!



El joven Narciso García Mendoza, disparó el cañón contra las Tropas Realistas para salvar su flanco. Inmortalizado como el “Niño Artillero”.

El 10 de marzo, las bombas y granadas empezaron a caer incesantemente sobre la plaza, provocando en un principio gran pánico entre la población, que poco a poco se acostumbró a desafiar los proyectiles. Por su parte, los insurgentes trataban de economizar sus municiones y solamente cuando veían blancos seguros, disparaban sus cañones. Los mejores tiradores hacían gala de su puntería e incluso los honderos y flecheros se lucían acabando al enemigo. El pequeño cañón “El Niño” pocas veces fallaba.

En la plaza, a medida que pasaban los días, los sitiados, lejos de desalentarse, vivían un ambiente de fiesta, fandango y baile, al son de la guitarra y canciones alegres, acompañados de aguardiente. Mientras en la línea de fuego unos detenían a los realistas, adentro otros se divertían como si fuera el último día de sus vidas. Estaba prohibido hablar de derrotas, reveses o tristezas, bajo pena capital. Los que morían peleando, eran enterrados como héroes, cubiertos de ramas, palmas y flores, entre salvas y repiques.²⁵

Después de más de cuatro días de intenso bombardeo realista, los insurgentes no perdían su alegría y buen humor, incluso llegando al sarcasmo, ya que respondían con carcajadas a las explosiones de las bombas, con cantos de alegría recibían a sus muertos. Al respecto, el General Calleja dice al Virrey:

*“...4 días de fuego que sobre el enemigo, como pudiera una guarnición de las tropas más bizarras, sin dar ningún indicio de abandonar la defensa. Todas las mañanas amanecen reparadas las pequeñas brechas que es capaz de abrir mi artillería de batalla: la escasez de agua la ha suplido con pozos; la de víveres con maíz que tienen en abundancia, y todas las privaciones, con un fanatismo difícil de comprender y que haría necesariamente costoso un segundo asalto, que sólo debe emprenderse en una oportunidad que no perderé si se presenta”.*²⁶

Tal actitud de los rebeldes, sólo se explica porque Morelos impuso su espíritu sereno entre su gente, predicándoles que se conformaran con su suerte, que no importaba la muerte, que eran felices

los que morían en la lucha por la libertad de su tierra y por la tranquilidad de sus hermanos, que solamente Dios podía quitarles. La población de Cuautla, niños, mujeres, ancianos y jóvenes, veían en Morelos un rostro altivo y sereno, que reflejaba calma y seguridad en la victoria, distribuyendo día y noche a sus hombres, para que repararan las obras afectadas por la artillería enemiga, lanzando constantes arengas a las tropas que se aprestaban a salir a las trincheras, visitando todas las líneas para animar a la gente que lo aclamaba, “siendo capaces de sufrir las mayores miserias y los más infernales sufrimientos, por seguir bajo sus triunfales banderas”.²⁷

El General Calleja, al no poder tomar la plaza con toda su gente, tuvo que resignarse a prolongar el sitio, según creía por dos o tres semanas, además de solicitar al Virrey artillería de grueso calibre, de la que sólo existía en la fortaleza de Perote, Ver., y más tropas de infantería, ya que según argumentaba, no podría tomar la plaza, y el sitio solamente se reduciría a bloqueo.

La lucha entre ambas facciones fue constante, tiroteos por doquier, granadas que horadaban algunos muros, los que posteriormente eran subsanados y perfeccionados. A todas horas, los insurgentes acosaban a los realistas. Los proyectiles virreinales en especial eran dirigidos a la casa que habitaba Morelos, sin causarle daño alguno; al respecto nos dice Heriberto Frías:

“...Todos respetaron al héroe, con gran rabia del general español, cuya gloria se desvanecía ante la genial entereza y talento de un cura de pueblo, improvisado caudillo que le desafiaba socarronamente, de igual a igual, tras los muros de la inexpugnable villa, donde las columnas realistas, con sus fieros y aguerridos batallones se habían estrellado, colmando los fosos con su roja sangre...”.²⁸

LA RESISTENCIA

Así las cosas, y resuelto el General Calleja a continuar el sitio de la plaza, sin arriesgarse a llevar a cabo otro ataque, dispuso que no se permitiera la entrada de víveres y que se tratara de quitar el agua para tratar de doblegar a los insurgentes por hambre y sed. Por lo que respecta a los alimentos, éstos empezaron a escasear y el hambre empezó a dejar huella en todos los habitantes de Cuautla, así como en los defensores.

Morelos dispuso que los jefes insurgentes que estaban fuera de la plaza, como el Cura Tapia, el Capitán Larios y Miguel Bravo reunieran a sus tropas e introdujeran un buen convoy de alimentos. Los independentistas lograron reunir cerca de 800 hombres y 4 cañones, situándose en el rancho de Mayotepic, para preparar la entrada a Cuautla; sin embargo, Calleja, al enterarse de los preparativos antes mencionados, mandó al Batallón Lobera, integrado por 400 dragones, los cuales se situaron en una pequeña colina, para esperar ahí a los insurgentes.

El choque era inevitable; ambas fuerzas se enfrentaron; los insurgentes atacaron con gran valor, pero el enemigo resistió los embates; como último recurso, trataron de envolver a los realistas, pero igualmente las tropas de Morelos fueron rechazadas, con grandes pérdidas; los insurgentes se replegaron hasta las

barrancas de Malpaís, cerca de Ozumba, dejando libre el camino a los defensores de la corona y cerrando la posibilidad de introducir alimentos para los insurgentes.

Sin embargo, los patriotas se rehicieron y nuevamente ocuparon los caminos de Malpaís e interceptaron las comunicaciones. En este punto se dieron otras acciones de armas, como la del 28 de marzo, en donde tropas realistas, comandadas por el Capitán Gabriel Armijo, se enfrentaron a la gente de Miguel Bravo y del cura Tapia, en donde salieron vencedores los realistas, haciendo gran cantidad de bajas a los rebeldes y tomándoles un cañón y armas.²⁹

La disputa por el agua también fue encarnizada, sobre todo a raíz de que empezaron a escasear los víveres y que el agua de los pozos no era suficiente para saciar la sed de los combatientes y de la población, por lo que los objetivos de los contendientes fueron las tomas de agua; ejemplo de ello fue la acción de Juchitengo, en donde fuerzas del Brigadier Llano cortaron la toma de agua, por lo que Hermenegildo Galeana con su gente cargaron a bayoneta para recuperarla, además de levantar frente al enemigo, una fortificación que asegurara permanentemente la toma, para proporcionar cuando menos el vital líquido a los sitiados.³⁰

La situación de los sitiados se hacía más difícil, toda vez que al cortar los realistas la comunicación, era imposible introducir víveres a la plaza, por lo que la población sufría graves privaciones, pero con el ánimo de seguir luchando por la libertad de la Patria. El hambre era delirante, los defensores no parecían hombres, más bien eran espectros que caminaban por las plazas, quemados por los incendios, enrojecidos por la sangre reseca, en donde era común ver cadáveres con el cráneo hecho pedazos o el vientre abierto, tendidos a lo largo de los muros o a veces amontonados en los rincones de donde salía un olor putrefacto, que se hacía más penetrante al salir el sol, ya que los vivos no tenían tiempo de enterrar a sus muertos, porque era más importante prepararse para combatir al enemigo o atacar, de “matar o hacerse matar”.

Cuando había un poco de descanso, los combatientes trataban de enterrar a sus muertos, al son de repiques de campanas, con todos los honores, como a héroes caídos en actos del servicio, coronados de gloria y bendecidos por la Patria. Todas las mañanas había fiesta en la plaza, una veces para celebrar alguna victoria parcial, otras para honrar el sacrificio de los patriotas caídos en combate, algunas más porque se habían tomado prisioneros o porque se recibían buenas o malas noticias, e incluso, porque los niños habían realizado alguna proeza; caso concreto fue el de la captura de un soldado realista por parte de los “Niños Emulantes”, comandados por el hijo de Morelos, Juan Nepomuceno Almonte, a quienes se les llevaba a las diversas acciones de guerra, para que aprendieran, y se les daba un pequeño fusil, para que participaran cuando fuera necesario.³¹

Mientras el hambre se hacía más grave, Morelos trataba de que sus hombres se olvidaran un poco de las desgracias, para lo cual implementó más fandangos, bailes y verbenas, en los que se despreciaba el constante tronar de las bombas que caían cerca, los incendios de las casas y la gritería de las acciones de guerra.³²

La situación de los sitiadores no era tan cómoda como se creía, ya que la mayor parte de los soldados realistas eran originarios de climas templados o fríos, o llegados recientemente de España, por lo que la

estancia prolongada en tierra caliente les hacía mucho daño, sufriendo fiebres y enfermedades propias de la región. Además, se esperaba que pronto llegara la temporada de lluvias y las enfermedades se multiplicaran, por lo que era urgente que salieran de la zona. De igual manera, la artillería de gran calibre que había solicitado Calleja nunca llegaría, porque había sido tomada por los insurgentes en Nopalucan, por las tropas de Osorno, con lo que lo único que quedaba para ambos bandos, era esperar la temporada de lluvias; saber si se iba a adelantar o retrasar, de eso dependía el resultado.

El mismo Calleja, contra su costumbre, reconocía la valentía y la tenacidad de los insurgentes para seguir luchando y sosteniendo un sitio, careciendo de alimentos, y dice al respecto:

*“...Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida a una causa justa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia...”.*³³

SE ROMPE EL SITIO

Morelos, consciente de que era urgente proveer de alimentos a sus tropas, trató de hacer un último esfuerzo para introducir un convoy de víveres y municiones; para eso encomendó a Mariano Matamoros y a Perdiz, que al frente de 100 hombres, la noche del 21 de abril rompieron la línea de Santa Inés; en el intento murió Perdiz, pero Matamoros logró salir, reuniéndose con Miguel Bravo en Tlayacac, pueblo cercano a las Lomas de Zacatepec.

Los insurgentes reunieron un convoy considerable de alimentos y municiones; sin embargo, los realistas interceptaron la comunicación con Morelos, en la que le decían que introdujera el convoy por la barranca de Agua Hedionda y el pueblo de Amelcingo. Calleja, sabedor del intento, ordenó se colocaran en el precitado pueblo, una batería de cuatro cañones, para recibir el enemigo.

Al amanecer del 27 de abril, los insurgentes atacaron la retaguardia de los realistas en Amelcingo y la Barranca de Agua Hedionda, al tiempo que cerca de 2,000 patriotas atravesaban el río, para apoderarse de uno de los puntos custodiados por las huestes del Brigadier Llano, cercano al reducto de lomas de Zacatepec. El ejército sitiador, de inmediato apoyó a las unidades atacadas, en especial al Batallón de Lobera, que estaba siendo envuelto, teniendo que atacar desesperadamente con la bayoneta al enemigo, y así poder romper el cerco, arrojando al cauce del río a los rebeldes, además de quitarles un cañón.

Para continuar el ataque sostenido, los realistas, con su batería establecida en Amelcingo, rompió el fuego sobre los rebeldes, causando gran estrago en el enemigo, que al verse sorprendido, tuvo que retirarse, abandonando cañones, víveres y municiones.³⁴

Al perder su última esperanza, los insurgentes tuvieron que recurrir a comerse los más inmundos animales, los cueros de animales que utilizaban para tapar las tiendas e incluso a las suelas de calzado; los forrajes escaseaban aún más y la peste causada por los malos alimentos, aumentaban considerablemente el número de enfermos; cada día morían de 25 a 30 personas; lo único que abundaba era el agua y el aguardiente de caña.

Calleja se había propuesto exterminar a los sitiados, intimidándoles para que no intentaran defenderse ni hacerse fiesta en las poblaciones, tratando de acabar con los rebeldes, y les hizo llegar el bando del indulto, concedido por las cortes el 9 de noviembre de 1811; al recibir el documento, Morelos, después de leerlo, puso en el reverso del pliego: *“Otorgo igual gracia a Calleja y los suyos”*, regresándolo al campo realista.

Después de 70 días de sitio, Morelos y sus tropas no capitulaban; por el contrario, a cada enfrentamiento renovaban sus energías de su propia hambre, sabiendo que quizás ése era su último día. Para ambos contendientes sólo había una salida: el inicio de la temporada de lluvias; si se adelantaban, el clima sería todavía más mortal para los realistas y se tenían que retirar; para los patriotas, si se retardaban las lluvias, era la muerte, toda vez que continuarían sitiados, sin alimentos, y su única posibilidad de sobrevivir, era evacuar la plaza.

El 1/o. de mayo de 1812, cuando el hambre, la miseria, la peste y la podredumbre en Cuautla, después de 72 días de sitio, sin esperanza de que llegaran refuerzos ni alimentos, cuando ya no había cueros que comer y se habían agotado los gatos, perros, ratas, lagartijas e iguanas; cuando la gente mascaba raíces y madera, cuando estaban llenas de heridos las casas, conventos y plazas; cuando ya no hubo tiempo de enterrar a los muertos, ni en grandes montones; cuando la plaza en sí ya era un cementerio defendido por cadáveres vivientes, Morelos decidió abandonar la plaza.

Para tal efecto, Morelos convocó a una junta con todos sus Jefes, en la que acordaron evacuar la plaza, saliendo con todas las fuerzas entre el fortín del Calvario y el camino del pueblo de Amelcingo, tratando de burlar a la vigilancia realista.³⁵

A las dos de la mañana del 2 de mayo, aprovechando la oscuridad los insurgentes, comandados por Morelos, iniciaron la evacuación de Cuautla; la vanguardia la llevaba Hermenegildo Galeana con la infantería; le seguían la caballería y posteriormente los honderos y lanceros; a continuación, una compuesta de hombres, mujeres y niños; en la retaguardia otro grupo de infantería, resguardados por 2 piezas de artillería.

La columna se dirigió con la mayor violencia al río, de ahí al espaldón que defendían 60 granaderos, quienes se retiraron al Calvario, y con los insurgentes pudieron derribar parte del muro y se dirigieron al camino de la hacienda de Guadalupe, dispersándose para los diversos pueblos que rodean al Popocatepetl.

Calleja, al ser avisado del movimiento enemigo, por el estruendo del fuego, se encontraba acostado escribiendo al Virrey, que consideraba conveniente que sus tropas salieran cuanto antes de ese “infernol” lugar, ya que él también estaba enfermo. Inmediatamente ordenó que el Batallón de Asturias tomara el Fuerte de Buenavista y que el Batallón de Guanajuato ocupara la plaza, para atacar a los rebeldes por la retaguardia, y que la Caballería cargara sobre la columna insurgente, destinando una unidad especial, para alcanzar y perseguir a los jefes rebeldes.

La caballería realista desbarató fácilmente a la masa de mujeres y niños alcanzando a las tropas que se parapetaron en las cercas, pero pronto fueron flanqueados por su derecha y se

dio la dispersión general. Los jefes insurgentes, al ver tal desastre, y que la caballería realista trataba de capturar a Morelos se dedicaron a protegerlo, perdiendo la vida la mayor parte de los integrantes de su escolta.

Morelos se dirigió a Ocuilulco, al pie del Popocatepétl, perseguido por el entonces Capitán Anastasio Bustamante, quien estuvo apunto de apresar al jefe insurgente; sin embargo, sólo pudo tomar al “Niño”. Por otra parte, la mayoría de la gente se dispersó al ser atacados por la caballería realista, siendo degollados más de 800 rebeldes, casi todos costeños, pintos y negros, que según Calleja, cubrían el camino, diciendo que en la fuga, los insurgentes perdieron casi 4, 000 hombres, lo cual es exagerado.³⁶

Los realistas ocuparon la plaza, siendo nombrado gobernador de la misma el Coronel Echegaray, quien dispuso que se aseguraran todos los efectos dejados por los insurgentes, tomar prisioneros a los rebeldes dispersos y desarmar a la población. Sin embargo, lo primero que hizo la tropa fue saquear la plaza, incluso las iglesias. De igual manera encontraron varios cañones enterrados por los insurgentes, entre ellos una culebrina fundida en Manila, que los patriotas habían tomado de San Blas, para luchar contra las tropas en Puente de Calderón. En total, Calleja tomó en Cuautla, 30 cañones, municiones, banderas, cajas de guerra y documentación, entre ellos la carta de la Junta de Zitácuaro.

Al entrar en Cuautla, los realistas encontraron espectros en lugar de habitantes; la miseria y el hambre reinaban en la plaza, las casas estaban llenas de enfermos y de cadáveres, los soldados del virreinato, al ver a esos muertos vivientes, les cedían su rancho, que para muchos era veneno, ya que al probar bocado en exceso posteriormente fallecían. Calleja, para evitar que sus tropas se contagiaran de la peste, prohibía que entraran a Cuautla, acampando fuera de ella, hasta que se marcharon a otros puntos.

Durante el sitio, los insurgentes salían constantemente a insultar y a burlarse de los sitiadores; entre los que más se destacaron por su sorna, estaba el negro José Andrés Carranza, quien tambor en mano, tocaba ataque en el reducto del Calvario, no dejando descansar a los realistas, lo que molestaba sobremanera al General Calleja, por lo que al ser tomada Cuautla, una de las primeras disposiciones fue buscar entre los prisioneros al negro Carranza y mandarlo a la horca, lo cual no se cumplió, pues dicho personaje salió junto con Morelos.³⁷

No se sabe con exactitud las bajas de contendientes, ya que, por un lado, Calleja era dado a maximizar las bajas de los enemigos y Morelos a minimizarlos; el caudillo insurgente dijo que las bajas por muerte que le causaron los realistas, durante el sitio, no pasaron de 50 hombres muertos de bala y 150 por peste, además de los que fallecieron durante la salida. Las cifras oficiales estipulan que los realistas sufrieron 291 bajas, entre muertos y heridos, lo cual es poco creíble, ya que el mismo Calleja solicitó al Virrey dejar el sitio y salir de Cuautla.³⁸

CONSECUENCIAS

Después de 72 largos días de sitio, quedó de manifiesto que los insurgentes conducidos por Morelos, estaban mejor comandados y organizados que en la primera etapa, dirigida por don Miguel Hidalgo y Costilla e Ignacio Allende, y que no iba ser fácil derrotarlos, lo cual se demostró con las campañas emprendidas por el “Siervo de la Nación”, que alcanzó el clímax del movimiento independentista, y posteriormente su caída y casi aniquilamiento.

Por otro lado, nos mostró que los realistas, con todo y su disciplina, armamento, mejor artillería y capacidad táctica y estratégica, eran incapaces de tomar una plaza defendida a sangre y fuego, en donde el ideal de lograr la libertad, era más fuerte que cualquier sacrificio. Les enseñó que no se enfrentaban a una masa indisciplinada, que al mínimo ataque se desbandaba.

Morelos, junto con sus jefes (Mariano Matamoros, Hermenegildo Galeana, etc.) dio muestra de su gran patriotismo y virtuosa conducción de hombres. Sin tener los conocimientos militares básicos, actuó con objetividad y un gran sentido de la previsión, lo que le permitió darse cuenta de las diversas situaciones militares que se presentaron, resolviéndolos atinadamente a base de su intuición. El “Siervo de la Nación” supo transmitir a todos y cada uno de los defensores de Cuautla, su fe inquebrantable por la causa de la libertad, imbuyendo de una moral inquebrantable a las tropas insurgentes, que les permitió mantenerse incólumes hasta la conclusión del sitio.

En el aspecto táctico, Morelos tuvo grandes aciertos, desde la disposición de las fuerzas de infantería, para fortalecer los principales accesos de la ciudad, hasta la disposición y empleo efectivo de la caballería, para dar reverses a los realistas, en cada intento de penetración; su decisión de pertrecharse en Cuautla fue más que acertada, pues supo compensar las desventajas del reducido número de fuerzas y las limitaciones de su armamento, principalmente el colectivo (cañones); pero sobre todo, explotó al máximo las cualidades del terreno, pues obligó a los realistas a un combate en poblados, para el cual no estaban entrenados.

Su habilidad para mantener elevada la moral de las tropas y su atinada decisión de mantener la posesión del terreno, permitió a los insurgentes resistir durante 73 días el sitio. En la ruptura del cerco, su principal error fue el de incluir en su columna a los civiles, limitando su movimiento y debilitando su excelente dispositivo de ruptura y seguridad, ocasionando que los realistas causaran una gran masacre entre las huestes insurgentes, al ser descubiertos.

Por otro lado, el “Siervo de la Nación”, para cubrir las necesidades de rearmamiento para la artillería, estableció una maestranza para producir los obuses. Además, algunos cañones los montó sobre mulas para darles movilidad. Al final del sitio, mandó enterrar las piezas pesadas, para que no le estorbaran durante el desplazamiento, y para que no fueran utilizadas en su contra.

Así mismo, quedó demostrado que Calleja no contaba con jefes, oficiales y tropa, debidamente preparados para arriesgarse a realizar ataques continuos, para tomar la plaza, y que el ataque a

una fortificación en la Nueva España, era una maniobra del arte militar poco practicada o explorada, ante lo cual, un parapeto, una pared o un campanario, se convertían en fortalezas inexpugnables, sobre todo por la falta de artillería de grueso calibre.

Por otro lado, tenemos al General Calleja, buen militar y con grandes conocimientos tácticos y estratégicos, aunque exageraba en sus informes, además de presuntuoso. Consideraba que la toma de Cuautla sería fácil, a tal grado que llevó a la campaña a su esposa; sin embargo, pronto cambió de parecer; después del primer ataque, llegó a elogiar la defensa de los insurgentes.

Calleja cometió el error de no haber realizado reconocimientos previos, antes de llevar a cabo el primer ataque, orientando el ataque hacia la posición más fuerte. Durante el sitio le faltó profundidad a los ataques, lo cual compensaba con la movilidad de la caballería. Otro grave error fue haber permitido que los insurgentes se apoderaran de la caja de agua principal, lo que dio a los rebeldes posibilidad de resistir por más tiempo el sitio.

El General realista tuvo el acierto de apreciar oportunamente la salida insurgente, para lo cual ordenó que sus tropas estuvieran listas para entrar en acción en cualquier momento, y durante la evacuación, la caballería actuó con eficacia, causando gran cantidad de bajas al enemigo.

Un factor fundamental que influyó en forma decisiva en el desarrollo del sitio, fueron las condiciones naturales, ya que el calor y la temporada de lluvias hubieran sido aliados de los insurgentes, para seguir resistiendo por más tiempo; sin embargo, el retraso de las lluvias obligó a los independentistas a evacuar la plaza, ya que no contaban con alimentos y las enfermedades menguaban sobremanera a los defensores. Es importante mencionar que en Cuautla se inició una epidemia de fiebres malignas, que se extendió por toda la Nueva España, en especial de México y Puebla, que mermaron a la población novohispana.

Podemos concluir que el Sitio de Cuautla fue una victoria militar para el Ejército Realista y derrota para los insurgentes, pero significó un triunfo moral, que fructificó en fama y gloria para los independentistas, que revigorizó el movimiento de los insurgentes, quienes se reorganizaron, iniciando la etapa más brillante de la Guerra de Independencia, con José María Morelos y Pavón al frente.

Bibliografía:

- Alamán, Lucas, *Historia de Méjico*, Libros del Bachiller Sansón Carrasco, México, 1985.
- Bustamante, Carlos María de, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, Talleres Linotipográficos, México, 1926.
- Diccionario Porrúa de Historia, *Biografía y Geografía de México*, Porrúa, México, 1986.
- Frías, Heriberto, *Episodios Militares Mexicanos*, Librería de la Viuda de CH. Bouret, México, 1901.
- García, Rubén y Rodríguez Pelagio, *Ataque y sitio de Cuautla*, Tallares Gráficos de la Nación -Secretaría de Guerra y Marina, México, 1933.
- Ramírez Pérez, Heliodoro, "El sitio de Cuautla", en *Historia Militar de México*, Escuela Superior de Guerra (Mecanografiado).
- Rompimiento del Sitio de Cuautla*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- Solís Martínez, Raúl, *Las calles históricas de Cuautla y las milicias*, Editado por el Autor, Cuautla, Mor., 1988.
- Zamacois, Niceto De, *Historia de Méjico: desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, J.F. Parrés y Compañía Editores, México, 1878.

Citas:

1. Alamán, Lucas, *Historia de Méjico*, Libros del Bachiller Sansón Carrasco, México, 1985, p.309.
2. Ídem, pp. 309-310.
3. Ídem, pp. 310.
4. Ídem, p. 310.
5. Ídem, pp. 311-312.
6. Zamacois, Niceto de, *Historia de Méjico; desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, J.F. Parres y Cia Editores, México, Tomo VIII, pp. 114-121.
7. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 311-312.
8. Solís Martínez, Raúl, *Las calles históricas de Cuautla y las milicias*, Impreso del autor, 1988, p.23.
9. Zamacois, Niceto de, Op., cit., pp. 123-124; Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México, Porrúa, México, 1878, pp. 780.
10. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 313-314.
11. Diccionario Porrúa..., Op., cit., pp. 1979-1981.
12. La Artillería se clasificaba de acuerdo al peso de las balas, en libras, medida estándar de los obuses de la época.
13. Diccionario Porrúa..., Op., cit., pp. 443-444.
14. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 314.
15. Solís Martínez, Raúl, Op., cit., p.6.
16. Ídem, pp. 6-7.
17. García, Rubén y Rodríguez, Pelagio, *Ataque y Sitio de Cuautla*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1933, pp. 31-37.
18. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 318-319.
19. Frías, Heriberto, *Episodios Militares Mexicanos*, Librería de la Viuda de CH. Bouret, México, 1901, pp. 200-201.
20. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 321-323
21. Frías, heriberto, Op., cit., p. 202.
22. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 319.
23. Frías, Heriberto, Op., cit., p. 202.
24. Ídem, pp. 203-204.
25. Ídem, pp. 204-205.
26. Ídem, pp. 205-206.
27. Ídem, pp. 206-207.
28. Ídem, pp. 207-208.
29. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 326-328.
30. García, Rubén y Rodríguez, Pelagio, Op., cit., pp. 112-121.
31. Solís Martínez, Raúl, Op., cit., pp. 14-15.
32. Frías, Heriberto, Op., cit., pp. 215-217.
33. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 328-329.
34. Ídem, pp. 331-332.
35. Frías, Heriberto, Op., cit., pp. 222.
36. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 334-336; Frías, Heriberto, Op., cit., pp. 224-228.
37. Alamán, Lucas, Op., cit., pp. 336-338.
38. Ídem, p. 336.

El Sitio del Fuerte de San Diego, Acapulco.

Del 6 de abril de 1812 al 17 de agosto de 1813

*“¡Viva España, pero hermana y no dominadora de América!”
Don José María Morelos y Pavón “El Siervo de la Nación”
20 de Agosto de 1813.*

INTRODUCCIÓN

En 1532, a unos cuantos años de haberse iniciado la conquista de América, Hernan Cortés fundó el Puerto de Acapulco, construyendo un fuerte pequeño, en vista de que desde entonces se observó que la bahía en cuestión, constituía un punto estratégico económico, político y militar, es decir, se le apreció como un punto neurálgico para la seguridad de los territorios recién conquistados. Como veremos más adelante en el presente artículo, se constituyó como un lugar específico, donde ingresaban y egresaban mercancías valiosas y metales preciosos, así como tropas; por ejemplo, Cortés utilizó el puerto como punto de partida para las exploraciones de los mares del sur.



Vista actual del Fuerte de San Diego, Acapulco, escenario del sitio que aplicó el Generalísimo José María Morelos a los realistas comandados por el Coronel Pedro Vélez.

Cabe mencionar, que desde 1565, año en que arribó al puerto la nave de Andrés de Urdaneta, procedente de Manila, Filipinas, el comercio del puerto se incrementó; sin embargo, no fue hasta 1796, cuando Carlos III fundó la Real Compañía de Filipinas, con el objeto de estimular el intercambio comercial entre Asia y España. En cuanto a la seguridad, en 1582, Felipe II de España otorgó un permiso para fortificar el puerto, y en 1600, Felipe III los ratificó.

Se construyó un fuerte, al cual se le puso el nombre de San Diego, en honor al Virrey Diego de Fernández de Córdoba de Guadalcázar, y se terminó de construir en 1616.

A este edificio se le dio la forma de pentágono irregular, con dos lados hacia el mar y los tres restantes a tierra, así como un baluarte¹ en cada uno de sus ángulos. Tenía espacio para albergar 9 cuadras de infantería y 7 de artillería, además de una muralla casi vertical sin foso, que remataba con un parapeto² que contenía 45 cañoneras.³

Esta arquitectura resultó poco eficaz, ya que en 1629, el Almirante holandés Shapenham tomó el fuerte, prácticamente sin oposición. Esto significó una dura lección, por lo que en los siguientes años, se trabajó en su reforzamiento; además, se le dotó de un puente levadizo. Estas adecuaciones resultaron efectivas, al grado de que se mantuvo a los piratas a “raya”, durante los siglos XVI al XIX.

El éxito de la compañía de Filipinas se vio reflejado, tanto en el incremento en el tránsito comercial proveniente de Asia, como en el de la región de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca. De hecho, la producción económica del pacífico sur se concentró en este punto, maíz, frijol, calabaza, copra, tomate, hasta telas de algodón (incluso la tejida con algodón cuñuchi)⁴ grana cochinilla,⁵ machetes artesanales, etc., se concentraban en la aduana del Puerto de Acapulco, que era custodiado por el Fuerte de San Diego⁶

Si bien es cierto que el arribo al Puerto de Acapulco del Galeón de Manila, sucedía una vez al año, representaba un evento comercial y cultural muy importante; una vez que el general de la Nao de China daba el anuncio oficial de su arribo al puerto, las autoridades del puerto y los comerciantes interesados se preparaban, tanto para el comercio formal como para defraudar al fisco, lo cual daba buenos resultados, ya que todos los que se dedicaban a esta actividad tenían fama de ser ricos.



José María Morelos y Pavón, Sacerdote de Carácuaro, se unió a la lucha independentista y tras la muerte de Hidalgo logró grandes triunfos en el sur de la Nueva España.



Captura de Hidalgo y Allende en las Norias de Acatitan de Baján.

Desde el siglo XVI surgió la denominada “Ruta de la Plata”, que iniciaba por el oriente de la Ciudad de México, llegando al puerto de Acapulco, de donde partían las naves coloniales hacia Filipinas, cargando plata mexicana destinada a pagar las ricas mercancías asiáticas y los salarios de los soldados en dichas islas. Al regreso a Acapulco, la Nao traía consigo ricas mercancías del oriente (sedas, maderas, telas, especias y metales preciosos), que provocaban toda una movilización política y comercial; esto se convertía en una feria, que le dio fama y prosperidad al puerto y a la región en general. De este punto, las mercancías se internaban en los territorios virreinales, hasta la ciudad de México, de donde partían del Puerto de la Villa Rica de la Veracruz, embarcándose junto con productos americanos, teniendo como destino final España.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

A pesar de este auge comercial, a la situación debemos sumar la influencia que ejerció en los países de América la independencia de las Trece Colonias; la Revolución Francesa que difundió principios de libertad y proclamó el advenimiento de la justicia y del derecho; la caída de Carlos IV en manos de Napoleón, lo que “*provocó la reivindicación de los derechos del pueblo español, al sentirse entregado a un dominador extraño*”.

De este modo, cansado el pueblo de la tiranía de la metrópoli, se inició el movimiento insurgente el 16 de septiembre de 1810, encabezado por el sacerdote Miguel Hidalgo y Costilla; todo fue organizado por el Capitán de Dragones Ignacio Allende y Unzaga (1769-1811), quien participó en la conspiración de Valladolid (1809) y constituyó la de Querétaro un año después, y decidió iniciar la



División política y administrativa de la Nueva España al final de la colonia.

guerra contra los españoles, al ser descubierta la conspiración. Se lanzó a la lucha armada, enarbolando el estandarte de la Virgen de Guadalupe, parte de Dolores a San Miguel y luego a Celaya, donde Allende empieza a organizar un ejército heterogéneo, que pasa de los 40,000 hombres. En los pueblos de Dolores, Atotonilco el Grande, San Miguel el Grande, Chamácuero (hoy Comonfort), Celaya, Salamanca, Irapuato, Silao y Guanajuato, Hidalgo llegó a reclutar, en un periodo de dos semanas, cerca de 20,000 hombres, los cuales unió bajo el amblema del estandarte de la Virgen de Guadalupe, que tomó de la Parroquia de Guadalupe de Atotonilco. En la plaza mayor de Celaya, Hidalgo es nombrado Capitán General o Generalísimo de América, y Allende Teniente General; después tomarían la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato.

El día 20, Hidalgo marchó rumbo a la Capital del Virreinato, y llegó hasta Cuajimalpa, después de haber derrotado al General Torcuato Trujillo, el día 30 de Octubre de 1810 .

Hidalgo ordenó se detuvieran, ya que temía que las fuerzas bajo su mando destrozaran la ciudad de México, además de que sabía de buena fuente, que proveniente de San Luis Potosí, marchaba el General Félix María Calleja, con la misión de defender, o en su caso recuperar, la capital del virreinato. Hidalgo calculó que podía quedar atrapado en la ciudad, por lo que se retiró y fue alcanzado por Calleja en el pueblo de Aculco, el 7 de noviembre, donde sufre una derrota parcial ante el Ejército Realista. Hidalgo y Allende se separan; el primero se fue hacia Guadalajara. Allende, por su parte, marchó rumbo a Guanajuato, donde sería alcanzado por el General Calleja. El grueso del Ejército Insurgente fue derrotado el 17 de enero de 1811, por Calleja, en la Batalla del Puente de Calderón, dándose por terminada la primera etapa de la Guerra de Independencia.

Tal y como lo habían acordado en la conspiración de Querétaro, los jefes insurgentes marcharon rumbo a los Estados Unidos de América, para buscar apoyo a favor de la causa independentista; sin embargo, el 21 de marzo, en las norias de Acatita de Baján, fueron capturados Hidalgo, Allende y los principales líderes rebeldes, y conducidos a Chihuahua, donde los juzgaron por el delito de infidencia,⁹ siendo reducidos a prisión; Allende, Aldama, Jiménez y demás insurgentes, fueron posteriormente pasados por las armas. Hidalgo entendió que su hora estaba cerca, pero consciente de la labor que había iniciado, partió satisfecho de haber cumplido con la Patria.¹⁰



Tercera campaña de Morelos donde se aprecia el intenso trabajo que este insurgente, que lo llevó a cosechar triunfos en los estados de Michoacán, Estado de México, Oaxaca y Puebla, amenazando la capital del Virreinato y convirtiéndose en el insurgente más prolífico.

Cuando estuvo en Indaparapeo, Mich., se le presentó José María Morelos y Pavón, que había sido su alumno en el Colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), y era cura de Carácuaro, Mich.; llevaba años fortificando su curato, y una vez enterándose de la proclamación de la Independencia, en Dolores, creyó en ella como “...en un principio, feliz para la patria” y le solicitó marchar con sus tropas, como su capellán. Hidalgo le reconoció como su discípulo, por lo que le concedió el nombramiento de General, y lo comisionó “...para que en las costas del sur, levantara sus tropas...”; acto seguido, le ordenó verbalmente que organizara gobiernos en los lugares que tomara, como resultado de las acciones bélicas y el ataque a la plaza de Acapulco.

JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN, CAUDILLO DEL SUR

José María Morelos y Pavón fue originario de Valladolid (hoy Morelia, Mich.); creció en el seno de una familia pobre pero trabajadora, por lo que aprendió a desempeñar con éxito el trabajo físico rudo, para proveer a su casa el sustento, ya que su padre falleció cuando aún tenía una edad temprana. Su tío Felipe Morelos le dio trabajo como arriero, por lo que, en ejercicio de este noble oficio, tuvo que recorrer el camino real entre la Ciudad de México y el Puerto de Acapulco; esto continuó hasta los 30 años de edad, cuando ingresó al Colegio de San Nicolás, en ese momento bajo la dirección del cura Hidalgo, que era entonces rector del mismo.

En dicho recinto estuvo hasta 1799, cuando se ordenó de Presbítero, prestando sus servicios en los curatos de Churumuco, Huacanay Carácuaro; en este último, recibió la noticia del levantamiento de Hidalgo en Dolores, y decide marchar para entrevistarse con su antiguo rector, con miras de servir a la causa independentista, cuando éste marchó sobre la ciudad de México. Una vez terminada la entrevista con Hidalgo, regresó a Carácuaro, donde solicitó la licencia a la Mitra de Michoacán, partiendo con sólo un compañero, una escopeta, 2 trabucos y 25 hombres, que armó con lanzas y algunas armas de fuego. En Coahuyutla, Gro., le siguieron Rafael Valdovinos y otros rancheros; en Zacatula, Gro., el Capitán de Caballería Marcos Martínez y 50 jinetes armados; y en Petatlán, se le unieron trabajadores de las haciendas y soldados de la casa, cuyo comandante estaba ausente, y tomó 50 fusiles y otras lanzas; con dicho personal y pertrechos amagó Tecpan (actualmente Tecpan de Galeana, Gro.).

En este último, se le unieron Hermenegildo, Juan José y Pablo Galeana, quienes le facilitaron el cañón llamado el “Niño”, que fue la primera pieza de artillería que integró su recién formada fuerza armada.

Al llegar a Chilpancingo, Gro., tomó la población y se le unieron los hermanos Miguel, Máximo, Víctor, Leonardo y Nicolás Bravo, hijo de este último; es de gran importancia su anexión a la causa insurgente, en vista de que esta familia ejercía un gran liderazgo en la región. De aquí va a partir rumbo a Tixtla, Chilapa y otras poblaciones menores, que tomó sin mayor complicación.

De este modo, en nueve meses de campaña, había logrado convertirse en el insurgente más prominente de todo el sur. En vista de que ya contaba con un respetable contingente, de hecho, a finales de 1811, inició la organización de sus fuerzas, en tierras arrebatadas a la corona española; estableció maestranzas y atendió la administración de los ramos de gobierno.

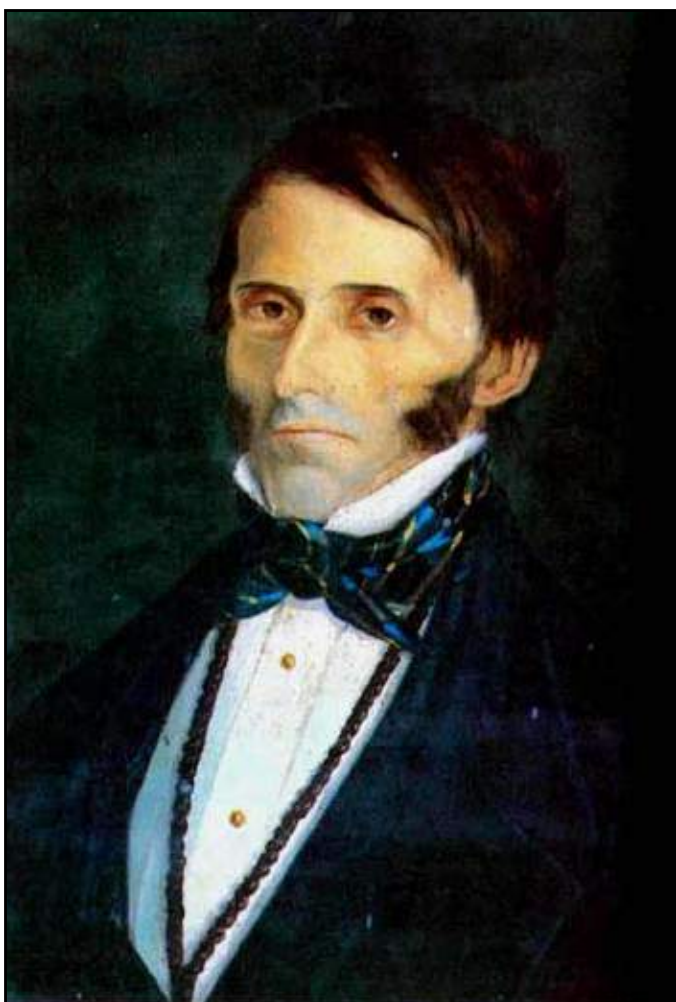
Después, comenzó su campaña militar rumbo al oriente; invadió Puebla, tomando Chiautla, Izúcar y Taxco; sin embargo, tomó Cuautla y avanzó por los valles Amilpas y Cuernavaca, llegando incluso hasta el Ajusco y Chalco. De este modo, para 1811, Morelos controló grandes porciones geográficas de los actuales estados de Michoacán, Estado de México, Oaxaca y Puebla, amenazando la capital de Virreinato, y perturbó el tráfico comercial proveniente de Veracruz hacia el interior del virreinato.

Ante tales hechos, las autoridades virreinales formaron un cuerpo de ejército, bajo el mando del General Félix María Calleja, quien se había hecho célebre al derrotar a Hidalgo y Allende. Al saber de esta situación, Morelos decide esperar a los realistas en Cuautla; de este modo, el 19 de febrero de 1812, Calleja ordenó el asalto. Dicho asedio fue también un rotundo fracaso, hizo gastar a la corona importantes sumas de dinero y perdió muchos efectivos, sobre todo cuando los insurgentes rompieron el cerco el 2 de mayo de 1812, como resultado de la maestría en el manejo de las tropas que caracterizó a Morelos.

En consecuencia, se apoderó de Chiautla, Chilapa, Huajapan, Tehuacán, Orizaba y Oaxaca, además de que recuperó las posiciones anteriores. Detuvo su avance y se dedicó nuevamente a reorganizarse, contando para tales efectos con el apoyo del cura de Jateteico, Mariano Matamoros, quien le ayudó a fabricar armamento, convirtiéndose en el segundo al mando y uno de sus 2 subcomandantes; el otro, fue Hermenegildo Galeana.



Vista del Fuerte de San Diego durante el Siglo XIX.



El General Hermenegildo Galeana, que junto con Mariano Matamoros, fueron conocidos como "los brazos de Morelos". Construyó obras importantes de ingeniería militar, que permitieron el sitio del Fuerte de San Diego y el triunfo inequívoco de los Insurgentes.

Ante los triunfos militares de Morelos en el sur, los realistas se encontraban preocupados y ocupados en diseñar un plan que contribuyera a detener el avance de este general insurgente. De este modo, en 1813, tras la toma de Oaxaca, Morelos se encontraba indeciso sobre qué camino tomar, si marchar sobre Puebla, con miras a tomar la ciudad de México o atacar el puerto de Acapulco. Morelos tomó en consideración que Hidalgo lo había comisionado para realizar la revolución en el sur, y que mientras "... Oaxaca es el pie de la conquista del reino, Acapulco es una de sus puertas, que debemos adquirir y cuidar, como segunda de Veracruz..., además de que le da importancia militar, como una puerta de entrada de tropas, era el único lugar en toda la zona sur del país que seguía en manos de los súbditos de la corona...".¹²

De este modo, en nueve meses de campaña, había logrado convertirse en el insurgente más prominente de todo el sur, en vista

de que ya contaba con un respetable contingente. De hecho, a finales de 1811, inició la organización de sus fuerzas y tierras arrebatadas a la corona española, estableció maestranzas y atendió la administración de los ramos de gobierno.

SE INICIAN LAS ACCIONES

Morelos inició las hostilidades en Acapulco, el 6 de abril de 1812, contando con 2,000 hombres y algunas piezas de artillería. Por su parte, la plaza de Acapulco era defendida por el Coronel Pedro Vélez, quien ordenó cerrar las principales avenidas y que basó la defensa de la plaza, en el llamado castillo de San Diego, que se encontraba rodeado por bergantines y pequeñas embarcaciones armadas, lo que ofreció a los realistas características de refugio, además de que contaban con 90 piezas de artillería.

Los insurgentes invitaron al Coronel Vélez a rendirse, a lo cual contestó negativamente con altivez y se dispuso a rechazar el asalto. Las tropas de Morelos se dividieron en tres columnas o secciones, la primera la comandó el Coronel Pablo Galeana, la segunda el Teniente Coronel Felipe González y la tercera el General Brigadier Julián Ávila.

Galeana asaltó la Casa-Mata, mientras que el General Ávila, tras un intenso combate, tomó la cumbre del cerro de la Mira. Al tomarse estas dos posiciones, se dio un duro golpe a los realistas, en vista de que tuvieron que concentrarse en el centro de la plaza. En esta posición, resistieron el sitio desde el 7 hasta el 12 de abril de 1812, durante el cual los insurgentes no cesaron en sus intentos por tomar la plaza, dada la capacidad de fuego de la artillería española.

El General Ávila ordenó a su columna atacar el baluarte del Hospital, donde sufrió una herida en la pierna, y la guarnición de españoles huyó, refugiándose en el fuerte de San Diego, en las primeras horas de la noche del 12. Los triunfadores entraron a la ciudad en completo desorden, lo cual Morelos consideró como un grave error, ya que temía que los realistas aprovecharan el desorden y organizaran un contraataque.

El siguiente paso fue sin duda, asegurarse que los realistas acuartelados en el fuerte, no recibieran algún tipo de ayuda del exterior. A pesar de que Morelos no contó con buques armados que lo bloqueasen, ni artillería de sitio, y tuvo una tropa en el total desorden, echó mano de su capacidad de liderazgo y mando.

Morelos distribuyó sus tropas en las casas aledañas al fuerte de San Diego, sin poder protegerse efectivamente del fuego de la artillería realista, que por poco cobraba la vida de nuestro héroe, ya que estando cubierto en una de las casas, una bala de cañón golpeó mortalmente a su ayudante Felipe Hernández, quedando Morelos cubierto de sangre.

Para proteger a su gente de los rayos incandescentes del sol de la Costa Chica, mandó construir ramadas¹² en los puntos; además, tuvo a bien utilizar los



Plano del Fuerte de San Diego que por sus características geográficas resulta más fácil defenderlo que tomarlo.

veneros que emanaban de los Hornos, que les servían para abastecerse del vital líquido y mandó construir un baluarte, que le confió a Hermenegildo Galeana, además de que se construyó una línea fortificada, que partía de la garita de México y terminaba en la punta de Icacó, pasando por el cerro de las Iguanas, Casa-Mata, la Candelaria y cerro de el Grifo.



Cañón empleado por las tropas realistas.

Los 90 cañones españoles escupían fuego

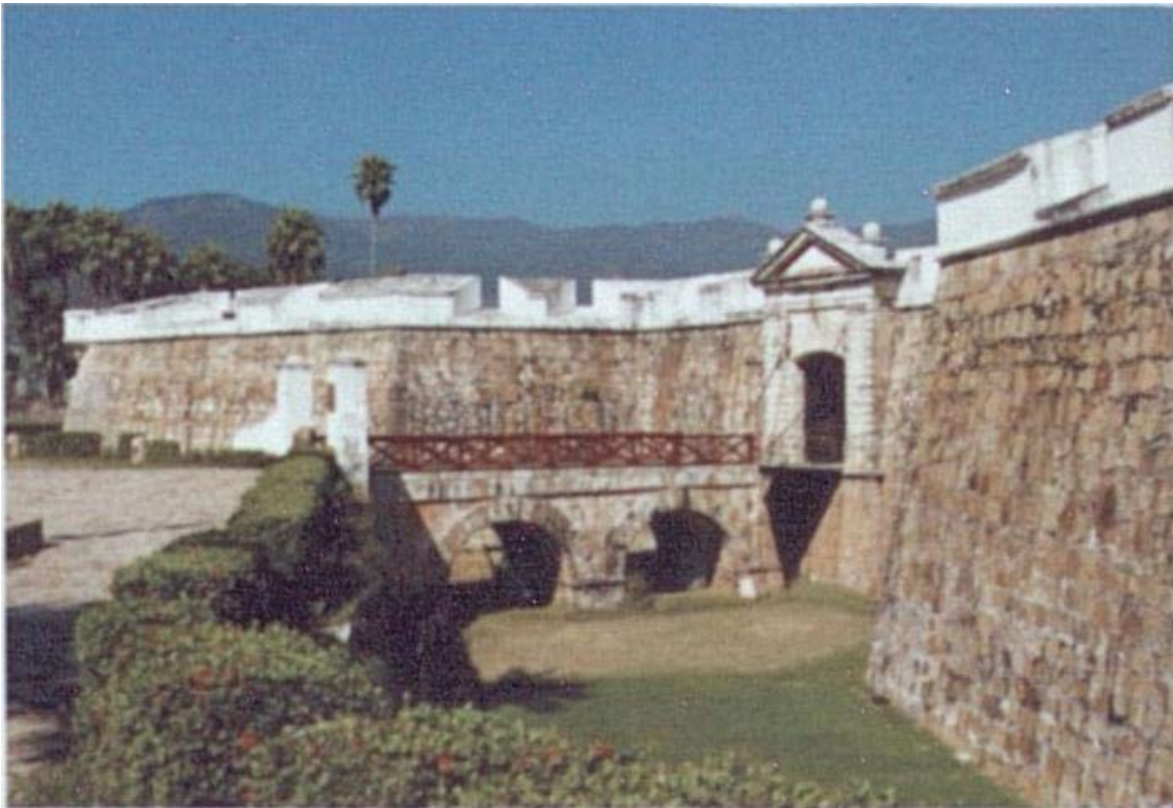
contra los insurgentes y éstos, a su vez, contestaron el fuego con las culebrinas que abandonaron los realistas en el fortín del Hospital, además de que mandó construir un camino cubierto, que partía de San José y atravesaba la plaza, concluyendo cerca del castillo, y mandó preparar una mina, con el objetivo de destruir parte de las murallas; todo esto lo realizó con material que mandó traer de Oaxaca.

Sin embargo, dadas las condiciones de escasez de víveres y el clima insano, las tropas insurgentes tuvieron que enfrentar brotes de peste. Morelos convocó una Junta de Guerra, en la que propuso el Teniente Coronel Pedro Irigaray, que el único medio de tomar el castillo era ocupar la Isla de la Roqueta, y con ello privar a los españoles de los auxilios que recibían del exterior.

La Roqueta se encuentra ubicada a dos leguas de la costa, y se encontraba defendida por una compañía de infantería, bajo el mando del Oficial Ruvido. A través de esta isla, varias embarcaciones pequeñas y la goleta⁶ Guadalupe suministraron víveres a los defensores, razón por la cual se tomó el plan de Irigaray, y se comisionó al Coronel Pablo Galeana la misión de tomar a sangre y fuego la Isla de la Roqueta. Pablo Galeana fue apoyado por Hermenegildo Galeana, con 2 piezas de artillería situadas en la Calera;⁷ el ataque se inició el 9 de junio de 1813.

La columna de Galeana estuvo conformada como sigue: como segundo al mando el Teniente Coronel Isidro Montes de Oca, el Capitán Montoro y 80 soldados. Sin embargo, como mencionamos anteriormente, no contaban con transporte marítimo adecuado, así que debieron actuar con sigilo y mediante varios viajes en una canoa, logró reunirse en un sitio de la Roqueta, que les protegía con un muro de peñascos; de este modo tuvieron que escalar dicho obstáculo, ya que la parte accesible a la isla, se encontraba fuertemente resguardada.

Galeana y siete soldados más escalaron el muro de peñasco, haciendo fuego inmediatamente sobre los realistas, mientras los demás aprovecharon el factor sorpresa y dieron la vuelta, desembarcando por el lado opuesto, de más fácil acceso. Ante la sorpresa, lograron provocar desorden y conseguir la victoria sobre los españoles, los cuales huyeron despavoridos en sus embarcaciones, refugiándose en el fuerte de San Diego. Galeana supo que, si lograban su cometido, ahora el sitio se tendría que sostener desde la nueva posición, así que, ni tardo ni perezoso, les dio alcance, haciéndolos prisioneros, consiguiendo además 3 cañones, la goleta Guadalupe y once canoas.



Detalle de la entrada al Fuerte de San Diego, puente levadizo y foso que lo rodean.

A pesar de tal triunfo, el sitio del fuerte se prolongó dos meses más; se presentó el bergantín San Carlos, procedente del Puerto de San Blas, comandado por el General José de la Cruz, con socorros de víveres, por lo cual Galeana lo atacó la noche del 9 de julio, con dos canoas. Sin embargo, pese a que les causó serias bajas, lograron repeler el ataque y retornaron a San Blas, después de haber logrado descargar los víveres.

Los españoles la estaban pasando muy mal, ya que carecían de leña, y tuvieron que utilizar como tal, todo aquello que no sirviera, pero llegó el momento que sólo quedaban las puertas, además de que las enfermedades por el hacinamiento iban en aumento, y únicamente estaba de pie la gente indispensable para el servicio. Ante tal situación, el 17 de agosto, el oficial español Lorenzo Liquidano, quien se desempeñó como Oficial Primero de la Contaduría del Castillo, se fugó del fuerte y se unió a Morelos, otorgándole información detallada de las condiciones en que se hallaba la fortaleza.

De esto modo, Morelos decide dar el golpe mortal, como el mismo lo relata:

“Estando al concluir la mina para volar el castillo, me acordé por séptima vez de la humanidad y caridad del prójimo. Sabía que en la fortaleza se encerraban más de diez inocentes... Quise más bien arriesgar mi tropa que ver la desolación de inocentes y culpables... El 17 de agosto de 1813 en la noche determiné que el señor Mariscal Hermenegildo Galeana, con una corta división, ciñera el sitio hasta el foso por el lado de los Hornos, a la derecha del castillo; y al siempre valeroso Teniente Coronel don

Felipe González, por la izquierda, venciendo éste los grandísimos obstáculos de profundos voladeros que caen al mar rasando al pie de la muralla y dominando del fusil que le disparaban en algún número. Supérose todo, no obstante la oscuridad de la noche, y a pesar de que el señor mariscal pasó por los Hornos dominado del cañón y de todos sus fuegos, sin más muralla que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro, y sin más novedad que un capitán y un soldado heridos de bala de fusil.”

Después de negociar Morelos y el Coronel Pedro Vélez, los realistas capitularon, entregando las llaves del Fuerte de San Diego al Mariscal Galeana, el 20 de agosto de 1813. El botín de guerra fue: 90 piezas de artillería, 500 fusiles y un número considerable de municiones, además de que se les puso como condición a los españoles, que juraran no volver a tomar las armas contra la independencia, y se les dieron todas las facilidades para el viaje, y a los mexicanos se les concedió retirarse a otros países, siempre y cuando esas tierras no estuvieran ocupadas por los realistas.

CONSECUENCIAS

Vélez fue invitado a unirse a la causa insurgente, pero se negó a unirse a Morelos, y en cambio solicitó que lo sometieran al Consejo de Guerra.



Estado actual de la fachada del Fuerte de San Diego, Acapulco, Gro.

De este modo, concluyó Morelos su campaña en Acapulco, y pese a que su prestigio militar se incrementó, le tomó seis meses y medio de grandes esfuerzos tomar Acapulco, lo cual aprovechó Calleja, quien avanzó destruyendo las posiciones de los independientes en Tlalpujahuá, Huichapan, y Zimapán, además de que concentró sus fuerzas en las orillas del Mezcala.

La división realista, bajo el mando del General Brigadier Moreno Davoiz, avanzó hasta Tepecoacuilco, que se convirtió en cuartel español, y se extendió hasta la margen izquierda del Mezcala. De este modo, mientras Morelos estaba ocupado en el sitio del fuerte de San Diego, pudieron las tropas realistas avanzar peligrosamente hacia el sur; sin embargo, fueron rechazadas por el Teniente Coronel Vicente Guerrero, en Cuauhtepac, Gro. (1 de julio), y por el Coronel Manuel Mier y Terán, en Juchatenco, Oax. (17 de agosto).

Sin embargo, el 20 de agosto los realistas atacaron Piaxtla, Pue., donde derrotaron al Regimiento de San Lorenzo, de la división de Matamoros, que estaba bajo el mando del Teniente Coronel Ojeda, quien falleció en dicha acción. De este modo, se perdió una buena parte del sur en manos de los soldados virreinales; Morelos se trasladó a Chilpancingo, en los primeros días del mes de septiembre.

Morelos convocó al Supremo Congreso Nacional, que tuvo su sede en la ciudad de Chilpancingo, Gro., el 13 de septiembre de 1813. El Congreso presentó al día siguiente los Sentimientos de la Nación, y fue nombrado por el Congreso, Generalísimo y Encargado del Poder Ejecutivo, con el tratamiento de Alteza, que declinó para adoptar el 18 del mismo mes, como el de “Siervo de la Nación”. El día 6 de noviembre, los Diputados firmaron el Acta Solemne de la Declaración de Independencia de América Septentrional.

Las autoridades virreinales aprovecharon nuevamente la distracción de Morelos y organizaron una expedición, que tenía como objetivo acabar con él. Este último, salió de la tregua militar e inició su marcha hacia Valladolid, donde en diciembre de 1813, fue derrotado por los Coroneles realistas Ciriaco del Llano y Agustín de Iturbide. Las fuerzas insurgentes se reagruparon en Chupío y Puruarán (Mich.), en donde Morelos decidió volver a hacer frente al enemigo, perdiendo a Mariano Matamoros, el 5 de enero de 1814, quien fue fusilado un mes después.

En Tlacotepec, el Congreso destituyó a Morelos de su cargo de Generalísimo, para después ser derrotado nuevamente en las Ánimas. Se unió a la Asamblea, efectuada en Apatzingán, el 22 de octubre de 1814, donde se expidió el Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana, el cual firmó como Diputado por el Nuevo Reino de León. Fue nombrado uno de los tres miembros del Poder Ejecutivo, al lado de José María Cos y José María Liceaga; de este modo, quedó encargado del gobierno insurgente, perdiendo por consecuencia, sus poderes militares.

El 6 de mayo de 1815, residiendo el gobierno insurgente en la población de Ario, Iturbide intentó sorprenderlo, pero Morelos se trasladó a Puruarán; poco después, hizo una entrada a Zacapu para detener a José María Cos, que desconocía la autoridad de la Asamblea.

Después se le dio la delicada misión de custodiar la Asamblea a Uruapan, ya que se encontraba asediada por los realistas.

Para dar cumplimiento a esta misión, se apoyó en las guerrillas de Nicolás Bravo, Páez, el Padre Félix Carvajal e Iturrigaray, sumando 1,000 hombres, poniéndose en marcha el 29 de septiembre. Esto lo supo el gobierno virreinal y mandó a cubrir todos los puntos por donde pudiera pasar dicha caravana; Morelos, sin embargo, logró vadear el bloqueo, sin ser visto, en Atenango del Río, el 3 de noviembre de 1815, pero el día 5 fue alcanzado por el Teniente Coronel Manuel de la Concha y obligado a defenderse en Tezmalaca.

En dicha batalla, triunfaron los realistas y Morelos fue apresado por el Teniente Matías Carranco, de la compañía de Tepecoacuilco, siendo él y el capellán José María Morales, los únicos prisioneros que conservaron la vida; los otros 27 fueron fusilados en su presencia.

Fue conducido por el Teniente Coronel de la Concha a la cárcel de la Inquisición, en la ciudad de México, en donde, el 24 de noviembre, fue sentenciado a la privación de todo beneficio, oficio y ejercicio de orden, y a la degradación, para ser puesto a disposición del Virrey, para ser condenado a muerte y fusilado el 22 de diciembre de 1815, en Ecatepec, Méx., que en la actualidad tiene la denominación de Ecatepec de Morelos, en honor al “Siervo de la Nación”.

CONSIDERACIONES

Morelos culminó la conquista de Oaxaca en el año de 1813, para marchar inmediatamente sobre Acapulco, el 9 de febrero, con la intención de consolidarse como líder insurgente del sur.

A pesar de las críticas que señalan el tiempo que se demoró en tomar dicha plaza, la visión de nuestro héroe, llegó a considerar a Acapulco un punto estratégico. Morelos ubica el puerto como una puerta hacia el éxito de la guerra, pero además considera que la independencia de nuestra nación estaría en juego, mientras no se tomara el Fuerte de San Diego.

En ningún momento, Morelos consideró descuidar y, mucho menos, abandonar los terrenos ya conquistados en Oaxaca; prueba de ello es que, dejó la división de Matamoros en Yahuitlán, con el objetivo de que dichas fuerzas protegieran la ciudad de Oaxaca.

Otro punto importante fue el hecho de que le ordenó a Miguel y a Víctor Bravo, que avanzaran sobre la margen izquierda del río Mezcala, con el objetivo de defender el paso del río, mientras él marchó con el grueso de la columna insurgente, el 23 de febrero.

Marchó por Tlaxiaco, Amuzgos y Ometepec hasta llegar a San Marcos, aproximándose al Veladero, en donde organizó el sitio del Fuerte de San Diego.

Es importante resaltar, que como ya mencionamos, el Coronel Pedro Vélez, ordenó una serie de medidas, que convirtieron al Fuerte de San Diego, en una fortaleza defendida por mar y tierra. Por ello, Morelos ordenó el ataque por tres frentes; Galeana por la Casa-Mata, el General Ávila por

el Cerro de la Mira y González por el centro de la Plaza. Al tomarse los dos primeros puntos, a los realistas no les quedó más que refugiarse en su fortaleza, en donde permanecieron hasta el 12 de abril, cuando el General Ávila tomó el baluarte del hospital.

El sitio del Fuerte fue un éxito para los insurgentes, ya que las medidas tomadas por Morelos estuvieron encaminadas a aislar totalmente a los realistas, que no dejaban de recibir ayuda por medio de la Isla de la Roqueta. Por esta razón, el Teniente Coronel Pedro Irigaray propuso la toma de la isla, se comisionó al Coronel Pablo Galeana, quien fue apoyado por Hermenegildo Galeana, con 2 piezas de artillería; de este modo, el 9 de junio de 1813, en un movimiento envolvente y aprovechando el factor sorpresa, tomaron a sangre y fuego la isla de la Roqueta.

Además, Morelos tomó otras medidas no menos importantes: para minimizar el ataque inclemente de las 90 piezas de artillería, mando construir un camino cubierto, que partió de San José y atravesaba la plaza, concluyendo cerca del Castillo, y mandó preparar una mina, con el objetivo de destruir parte de las murallas del fuerte.

El último golpe a los realistas se logró dos meses después, cuando el Oficial Primero de la Contaduría del Castillo, Lorenzo Liquidano, se fugó del fuerte y se unió a las fuerzas insurgentes, proporcionándole información a Morelos, sobre la situación de la fortaleza. De este modo, el 17 de agosto de 1813, las fuerzas insurgentes tomaron el Fuerte de San Diego, sin mayor novedad que un Capitán y un soldado herido, entregando el Castillo los realistas el día siguiente.

Con este triunfo, Morelos se consolidó como el líder máximo de la insurgencia sureña, que le valió ser nombrado Generalísimo Encargado del Poder Ejecutivo, por el Supremo Congreso Nacional, que él mismo convocó, grado que no aceptó y se autonombró “Siervo de la Nación”.

Cabe recalcar el valor político, económico y militar que, desde entonces hasta hoy en día, ostenta la ciudad de Acapulco, ya que en dicho puerto, se recibían a las embarcaciones provenientes de Asia Oriental, principalmente de Filipinas y China, a través de las rutas del Galeón y de la Nao, respectivamente.

Morelos observó este potencial, y es por ello que puso todo su empeño en tomar dicho fuerte; estaba consciente de su importancia comercial y política, así como del punto estratégico que en el orden militar guardaba. De igual modo, esta acción militar permitió quitar a los realistas un punto estratégico, que daba al virreinato de la Nueva España, un potencial económico, político y militar. Mientras el Fuerte de San Diego permaneció en manos de los realistas, siguieron llegando embarcaciones, que con su comercio favorecían directamente a las arcas reales.

El Sitio del Fuerte de San Diego, es un momento crítico en la historia de nuestra Nación, por lo que la recordamos con el objetivo de dejar claro al pueblo de México, la importancia de los hombres como Morelos, que con su sacrificio nos legaron ¡Patria y libertad!

Bibliografía:

- Aguilar Razo, Antonio, "José María Morelos y Pavón; "El Siervo de la Nación"", en *Reseña Histórica del Generalísimo Don José María Morelos y Pavón; "Siervo de la Nación"*, Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Bóveda, México, 2001, Tomo I.
- Arteaga, Benito, *El héroe olvidado; rasgos biográficos de Don Ignacio Allende*. Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1993.
- Frías, Heriberto, *Episodios militares mexicanos (1ª Parte); Como nos hicimos independientes*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret., México, 1901.
- Lemoine, Ernesto, "Hidalgo y los inicios del movimiento insurgente", en *Historia de México: Guerra y crisis*, Salvat Editores de México, S. A., México, 1986, Vol. 10.
- León Toral, Jesús de, "Antecedentes del Ejército Mexicano hasta la consumación de la Independencia", en León Toral, Jesús de, *El Ejército Mexicano*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1979, Tomo I, pp. 88-91.
- López, Manuel, *La violencia en la historia de México*, Ediciones El Caballito, México, 1976.
- Ortiz Lanz, José Enrique, *Arquitectura militar de México*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1993.
- Riva Palacio, Vicente, *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre S. A., México, 1977, Tomo III.

Citas:

1. Obra de fortificación que sobresale en el encuentro de dos murales y se componen de dos caras, que forman un ángulo saliente, dos flancos que las unen al muro y una gola de entrada.
2. Terraplen corto, formado sobre el principal, hacia la parte de la campaña, que defiende de los golpes enemigos, el pecho de los soldados.
3. Espacio para colocar la artillería.
4. Algodón de color café que se considera de mayor calidad y belleza, por lo cual es utilizado en la elaboración de telas, que a su vez se emplean en la confección de prendas de carácter santuario.
5. Se trata de los insectos escama *Dactylopius coccus*, del cual se extrae el tinte escarlata, que se exportó a Europa hasta mediados del siglo XIX, cuando con la aparición de los colorantes artificiales y la introducción de la Carretera Yucatáa-Tlaxiaco-Pinotepa, se dejó de producir dicho tinte con fines de exportación; esta vía asfáltica conectó la Mixteca Alta y Baja, con la Mixteca de la costa y con el resto del país.
6. Steck Baños, Daniela, *Jamiltepec y sus alrededores; historia, geografía y cultura regional*, Editorial Palabra en vuelo S.A.de C.V., México, 2004.
7. María del Carmen, "El despertar Ilustrado", en *Historia de México*, Salvat Mexicana de Ediciones, S.A. de C.V., México 1986, Tomo 9, pp. 1446 -1447.
8. Zárate, Julio, "La Guerra de Independencia", en Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre S.A., México, 1953, Tomo III, pp. 85-103.
9. Violación de la confianza y fe debida a alguien, en este caso a las autoridades virreinales.
10. Arteaga, Benito, *El héroe olvidado; rasgos biográficos de Don Ignacio Allende*. Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1993, pp. 51.
11. Ídem, pp. 182-183.
12. Ídem, pp. 375-377
13. Techos de palma que se emplean comúnmente en la Costa Chica, Oax., con el fin de protegerse del sol.

Batalla de Valladolid

23 y 24 de diciembre de 1813

INTRODUCCIÓN

La Batalla de Valladolid fue una acción, que se dio durante la Guerra de Independencia, en la cual tuvieron una importante participación las fuerzas insurgentes, bajo el mando de José María Morelos y Pavón, que combatieron contra las tropas realistas, dirigidas por el Brigadier Ciriaco del Llano y el Coronel Agustín de Iturbide. Tuvo lugar los días 23 y 24 de diciembre de 1813, en una localidad muy cercana a la ciudad de Valladolid (hoy Morelia), llamada Lomas de Santa María.

Las tropas de Morelos se componían aproximadamente de 5,600 hombres, quienes atacaron Valladolid, al medio día del 23 de diciembre de 1813, apoyados por las fuerzas de Hermenegildo Galeana, Nicolás Bravo y Mariano Matamoros.

En la mañana de ese día, Morelos envió un ultimátum al comandante de la plaza, el Coronel Domingo Landázuri, para que entregara la plaza, con la promesa de respetar su vida y la de los defensores realistas. Pero Landázuri comenzó a fortificar la ciudad y a esperar refuerzos por parte del Virrey Félix María Calleja, a fin de defender la plaza.

Después de un violento enfrentamiento, finalmente la ciudad no pudo ser tomada por los insurgentes, iniciando así una etapa de decadencia en la prestigiosa trayectoria militar de Morelos, ya que lo seguiría una cadena de derrotas, hasta culminar con el fusilamiento del “Siervo de Nación”, sin que por ello se deje de reconocer la gran labor que tuvo como organizador dentro de la insurgencia.

A través de la batalla aquí narrada, podremos encontrar a grandes hombres y mujeres, todos ellos con ideales que los llevaron a tomar las armas, para ver a su nación libre e independiente, sin llegar a importar los sacrificios que tuvieran que pasar. Ellos ofrendaron su vida, por lo que se estima conveniente conocer su origen y su importante contribución a cada una de las causas, y de esta forma valorarlos, ya que fueron escribiendo páginas gloriosas de nuestra historia nacional .

ANTECEDENTES

Una vez iniciada la lucha de independencia en el pueblo de Dolores, el 16 de septiembre de 1810, por el Cura Miguel Hidalgo y Costilla y sus seguidores, se atraieron muchos adeptos, entre ellos el sacerdote de Carácuaro, José María Morelos y Pavón, ofreciéndose como capellán de los

insurgentes, en el pueblo de Charo; sin embargo, Hidalgo, intuyendo sus cualidades y atributos militares, lo conminó a insurreccionar la parte sur de la Nueva España, principalmente Acapulco.

De esta manera, iniciaría una de las carreras militares más importantes y de gran trascendencia, para la lucha armada iniciada en 1810, ya que será Morelos quien dé el empuje necesario a la insurgencia, así como la visión política indispensable, una vez que los iniciadores de ésta fueron hechos prisioneros y fusilados en Chihuahua, el 31 de julio de 1811. De esta forma, Morelos se convierte en el personaje idóneo para comandar las fuerzas insurgentes.

Morelos cumplió la orden dada por Hidalgo, llevando a cabo una serie de campañas, a las cuales fueron adhiriéndose sus más importantes colaboradores, como en Tecpan, donde se le sumaron los hermanos Hermenegildo y Juan Pablo Galeana, con un numeroso grupo de peones, que asistieron con gusto a engrosar sus fuerzas, hasta 3,000 hombres, aunque la mayoría desprovistos de armas. Poco después, en el poblado de Coyuca se le unió Juan Álvarez.

En su primer ataque al puerto de Acapulco, al ser amagado por los realistas y no poder tomarlo, se dirigió a Chilpancingo, en donde se le unieron los hermanos Bravo, don Leonardo, don Miguel y Nicolás (hijo del primero). De esta población se dirigió a Tixtla, integrándose a su ejército el joven Vicente Guerrero, y posteriormente continuó hasta Chilapa, donde organizó sus tropas. De ahí siguió su campaña hacia Tlapa, y una vez que tuvo el control de esa, se dedicó a sitiar Chiautla, la cual capituló en pocos días.

Al sentir su dominio sobre la región, Morelos decidió dividir su ejército, con el objetivo de ampliar su área de influencia; una parte la dejó bajo el mando de Hermenegildo Galeana, la cual debería atacar Taxco; la otra bajo el mando de Miguel Bravo, quien debía dirigirse a Oaxaca. La tercera permaneció bajo su mando, y con ella marchó hacia Izúcar; es precisamente en esta plaza donde se une a él, el Cura Mariano Matamoros, quien sería su lugarteniente más valioso, hasta su muerte.

De Izúcar, Morelos pasó a Cuautla, punto en donde se fortificó, ya que los realistas, bajo el mando del General Félix María Calleja, le pusieron un sitio, el cual duró 72 días, del 19 de febrero al 2 de mayo de 1812, y en donde el Ejército Insurgente dio muestras de gran valor y habilidad, para la defensa en cuanto al asalto de columnas o bombardeos, siendo un hecho significativo de este sitio, la entrada en escena de Narciso Mendoza, conocido como “el Niño Artillero”, y que concluyó con el rompimiento del sitio por parte de las tropas de Morelos, aun a costa de muchas vidas, al no aceptar el indulto ofrecido por Calleja.

Después del sitio de Cuautla, Morelos se dirigió nuevamente a Izúcar y luego a Chiautla, con el fin de organizar sus fuerzas, y es ahí donde se enteró de que a Leonardo Bravo lo habían tomado prisionero los realistas, y que había sido remitido a México, para ser juzgado como rebelde.

Una vez reorganizado su ejército, Morelos se dirigió a recuperar las plazas de Chilpancingo, Izúcar y Chiautla, que se habían perdido durante el sitio de Cuautla. Posteriormente derrotó de manera definitiva a los realistas en Zitlala, Tixtla y Chilapa, donde se le informa que Valerio Trujano



Al fusilamiento de Hidalgo, Morelos, continuó con la Campaña de Independencia.

se encontraba sitiado por los realistas en Huajuapán. El caudillo se dirigió al punto, y sorprendió al enemigo por la retaguardia, logrando con ello salvar al insurgente y a sus tropas.

Para combatir, Morelos prefería ejércitos pequeños y bien disciplinados, poniendo en práctica acciones que hoy tipificamos dentro de la táctica de “guerra de guerrillas”, por medio de desplazamientos rápidos, en distintas direcciones, y la difusión de noticias falsas acerca de sus movimientos, logrando con ello desconcertar al enemigo, a la vez que aumentaba sus provisiones y pertrechos, a expensas de sus adversarios.

En 1812, vinieron meses de esplendor en su carrera militar, como las tomas de Tehuacán, Orizaba, Oaxaca y Acapulco. Con la toma de este último, Morelos dominó casi todo el sur, pero surgieron conflictos entre los jefes insurgentes, ya que cada quien obraba como mejor le parecía, por lo que había que unir a los americanos bajo un solo gobierno.¹

Es así que, a principios de 1813, Morelos se dio a la tarea de organizar a las fuerzas insurgentes, para lo que llamó a los integrantes de la Suprema Junta Nacional Americana, mejor conocida como Junta de Zitácuaro, e hizo elegir diputados para conformar el Congreso Constituyente, el cual estuvo integrado por Ignacio Rayón, Sixto Verduzco y José María Liceaga, entre otros.

Mandó solemnizar el 16 de septiembre, como aniversario de la Revolución de Hidalgo en el pueblo de Dolores, los días de los santos de Hidalgo y Allende, y el 12 de diciembre, festividad de la Virgen

de Guadalupe. De igual manera se decidió quitar la máscara a la lucha de Independencia, dejando de tomar el nombre del Rey Fernando VII, para proteger a la causa independentista, y en cuanto a la Constitución misma, instó en la necesidad de excluir absolutamente el nombre del monarca. Todo esto sirvió para dar fuerza al movimiento de Independencia, dando inicio el Congreso de Chilpancingo.

El 14 de septiembre de 1813, se iniciaron las sesiones del Congreso de Chilpancingo, el cual se inauguró con un breve discurso leído por Morelos, en el que pronunciaba que la base de la Nación, se hallaba en tener un cuerpo de hombres sabios, amantes de su bien, que se rigiesen con leyes acertadas y diesen a la soberanía, todo el aire de majestad que le correspondía. Posteriormente, se dio lectura al documento que llevó por título: “Sentimientos de la Nación”. En este documento, Morelos consignaba las opiniones sobre el sistema político que convenía adoptar y la marcha que debía seguir el Congreso, proponiendo desde luego:

- “Que la América era libre e independiente de España y de toda otra nación, gobierno o monarquía, y que así se sancionase, dando al mundo las razones.²
- La religión católica sea la única, sin tolerancia de otra.
- La soberanía dimana inmediatamente del pueblo, el que sólo quiere depositarla en sus representantes, dividiendo los poderes de ella en Legislativo, Ejecutivo y Judicial, eligiendo las provincias sus vocales, y éstos a los demás, que deben ser sujetos sabios y de probidad.
- Los empleos los obtengan sólo los americanos.
- La buena Ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales, que obliguen a constancia y patriotismo, moderen su opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto.
- Que para dictar una ley, se discuta en el Congreso, y decida a pluralidad de votos.
- La esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y sólo distinguirá a un americano de otro, el vicio y la virtud.
- Que en la misma se establezca, por ley constitucional, la celebración del día 12 de diciembre en todos los pueblos, la devoción mensual.

Morelos fue nombrado, por unanimidad, Alteza Serenísima, lo cual rechazó, ya que lo creía superior a sus fuerzas y capacidad; sin embargo, el Licenciado Sixto Verduzco le invitaba a aceptarlo, ya que la voz del pueblo y el ejército lo habían decidido. Posteriormente se retiró a la Sacristía. Después de dos horas, refiere Alamán, finalmente cedió, y fue reconocido como el Primer Jefe Militar, en quien se depositaba el ramo Ejecutivo de la Administración Pública, reservándose el mismo Congreso dictar el tratamiento que había de dársele. De esta manera, relata tanto Alamán, como Bustamante, que Morelos quedó sometido desde el primer día al Poder Legislativo.

Una vez instalado el Congreso, Morelos les entregó el poder y su autoridad a los diputados. Como prueba de su patriotismo y valor, lo designaron Capitán General, con el tratamiento de “Alteza”. Él no quiso aceptarlo, y adoptó el de “Siervo de la Nación”.³



Morelos destacó en la lucha de Independencia como un excelente militar y sus tropas eran arrojadas y bien disciplinadas.

Morelos prestó juramento de “defender a costa de su sangre la religión católica; la pureza de María Santísima; los derechos de la nación americana; desempeñar lo mejor que pudiese el empleo que la nación se había servido conferirle”.⁴ Posteriormente se realizó un Te-Deum.⁵

El 6 de noviembre de 1813, la Asamblea aprobó que se llevara a cabo la declaración de Independencia, redactada en su cuerpo principal por Carlos María de Bustamante y Andrés Quintana Roo. Al día siguiente, Morelos salió rumbo a Valladolid, para establecer el Congreso e invadir las provincias de Guadalajara, Guanajuato y San Luis Potosí. Fue así como dio inicio su cuarta campaña militar, después de haber realizado su tarea como legislador y organizador del movimiento independentista, triunfando los ideales republicanos.

BREVE SEMBLANZA DE LOS CONTENDIENTES

José Ma. Morelos y Pavón. (1765-1815)

Al iniciarse el movimiento de Independencia y conocedor del levantamiento de Miguel Hidalgo, que había sido su rector en San Nicolás, decidió hablar con él. Al parecer, su intención era la de ofrecerse como Capellán, pero una vez llevado a cabo este encuentro, el 20 de octubre de 1810,



Morelos combatió al lado de sus hombres, para organizarlos en las acciones de armas.

Hidalgo le convence de que marche a la costa del sur, con el fin de reunir tropas y tomar el puerto de Acapulco, lugar que Morelos conocía muy bien. El 25 de octubre, acompañado de una veintena de voluntarios mal armados, Morelos parte de Carácuaro hacia las tierras calientes del sur, en calidad de lugarteniente de Hidalgo, con su reducido ejército, conformado por campesinos e indígenas, con quienes logró conquistar parte del sur del territorio de la Nueva España.

Morelos continuó luchando y ofreció su apoyo incondicional al Congreso, el cual, en 1814, logró publicar un Decreto Constitucional, donde se declaraba a la América Independiente de cualquier otra nación. Escortado al Congreso rumbo a Tehuacán, fue hecho prisionero en Tezmalaca y conducido a la Ciudad de México, donde se le formó causa y se le condenó a muerte, lo cual se cumplió el 22 de diciembre de 1815, en el pueblo de Ecatepec.⁶

José María Morelos y Pavón es considerado una de las figuras más importantes de la lucha de independencia. Su actividad insurgente duró cinco años, durante los cuales fue capaz de desarrollar cuatro campañas militares, además de una obra política, doctrinal y administrativa, en la que se recoge un pensamiento avanzado, innovador y cargado de sentido popular y social. Para la época, se le reconoce su talento militar, capaz de enfrentarse y doblegar en varias ocasiones al Ejército Realista, superiores en número, bajo el mando del temible Félix María Calleja.

Félix María Calleja del Rey

Organizador y Jefe del Ejército del Centro (1810-1812) durante la guerra de independencia, y Virrey que gobernó de 1813 a 1816.

Félix María Calleja del Rey llegó a México en 1789, ostentando en un primer momento, el cargo de Capitán de Infantería, en el Regimiento de Saboya, que cambió por el del Regimiento de Puebla. Posteriormente fue promovido a Comandante de la Brigada de Infantería de la Intendencia de San Luis Potosí.

Al iniciarse el movimiento de independencia, y después de la exitosa y breve campaña de 1810, a las órdenes de Miguel Hidalgo, y ante los excesos de los rebeldes, el Virrey Francisco Javier Venegas ordenó a Calleja, marchar a la Ciudad de México en su auxilio, ya que los insurgentes habían cosechado una importante victoria sobre las fuerzas virreinales, en el Monte de las Cruces, muy cerca de la ciudad.

En las planicies de Aculco, derrotó por completo a los insurgentes bajo el mando de Hidalgo, y más tarde, en la Batalla de Puente de Calderón, en contra de Ignacio Allende. Como recompensa por su victoria, el Teniente General Félix María Calleja recibiría el título de Conde de Calderón. Reconquistó Guanajuato y Guadalajara, y combatió en contra de Ignacio López Rayón y de Morelos.

Después de fracasar en el sitio de Cuautla, en 1812, cuando Morelos logró salir, después de casi dos meses de sitio, Calleja regresó a la Ciudad de México, y recibió el cargo de Virrey, en reemplazo de Venegas.

Durante su gobierno se dio a la tarea de reorganizar la hacienda pública que estaba en bancarrota y el ejército mal pertrechado. Con el dinero obtenido, organizó un ejército poderoso y bien equipado, pagado y disciplinado.

Mientras tanto, Morelos continuaba sus brillantes campañas por el sur del país, buscando al mismo tiempo, una base política para su movimiento. Es durante este lapso, que el Virrey Calleja ordena, a finales de 1813, seguir detenidamente las actividades de éste, para lo cual formó el Ejército del Norte, bajo el mando del Brigadier Ciriaco del Llano, a fin de combatirlo, derrotándolo en la batalla de Valladolid, con lo cual vendría un declive en las fuerzas insurgentes. A pesar de ello, se proclamó la Constitución de Apatzingán, en 1814.

El 20 de septiembre de 1816, se le reveló del cargo, en 1818 regresó a España, y después de algunas actividades militares, falleció en Valencia, el 24 de julio de 1828.

Ciriaco del Llano

Militar español. Al estallar la lucha por la Independencia, en 1810, era Capitán de Fragata. En agosto de 1811, hizo su primera campaña contra los insurgentes, llevando el mando de una sección de tropa de marina y voluntarios de Cataluña.

Su primera batalla fue en la hacienda de San Cristóbal, en los llanos de Apan, contra las fuerzas insurgentes de José Francisco Osorno y Mariano Aldama. Aunque sufrió grandes pérdidas, desalojó a los insurrectos. Esto le valió que fuera ascendido a Coronel.

Posteriormente, hizo campaña en el sur del Virreinato de la Nueva España, combatiendo y sitiando Izúcar (más tarde llamada de Matamoros), donde fue derrotado. Marchó a auxiliar a Calleja en el sitio de Cuautla, contra Morelos.

Fue de los que combatieron con mayor valentía, por lo que se le ascendió a Brigadier, y posteriormente recibió la orden de Calleja, para defender la ciudad de Valladolid, a finales de 1813, en la cual, junto con Iturbide, logró derrotar a las fuerzas de Morelos. A principios de 1814, se volverá a enfrentar a los insurgentes, en la batalla de Puruarán, en la cual los venció completamente, haciendo prisionero a Mariano Matamoros, a quien fusiló poco después.

En 1815 se le nombró General en Jefe de las fuerzas, que hicieron la expedición contra el Fuerte de Cópore, el que no logró tomar, a pesar del duro asalto que lanzó contra esa posición. Después de la proclamación del Plan de Iguala, combatió a Agustín de Iturbide y a sus fuerzas. Fue sitiado en Puebla, de la que fue Intendente, en julio de 1821. Capituló frente a Iturbide, estipulándose que las tropas españolas serían llevadas a La Habana, a expensas del nuevo gobierno.

Después de esa capitulación, marchó a Coatepec, y luego al puerto de Veracruz, desde donde se embarco rumbo a España.⁷

Agustín de Iturbide. 1783-1824

Nació en Valladolid, actual Morelia, el 27 de septiembre de 1783; sus padres fueron José Joaquín de Iturbide, acaudalado español y Josefa de Arámburu, nativa de Michoacán. Murió en Padilla, Tamps., en 1824.

Estudió en el Seminario de Valladolid, y a los quince años se dedicó a las labores del campo. A los 17 años ingresó a la milicia, como Alférez, en el Regimiento de Infantería Provincial de su ciudad natal. En 1805, a los 22 años, casó con Ana María de Huarte.

Al estallar la revolución de 1810, Miguel Hidalgo le ofreció el grado de Teniente General, que no aceptó. Combatió a los insurgentes, quienes, según sus palabras, “infestaban y desolaban al país”, mostrando siempre exceso de crueldad, como fue en la batalla del Monte de las Cruces, donde sobresalió por su valor y tenacidad para perseguir a los insurgentes, pues consideró siempre criminal, al indolente cobarde que, en tiempos de convulsiones políticas, se conserva apático, y simple espectador de los males.

Fue ascendiendo por méritos propios, en brillantes acciones, como fue la captura de Albino García, que le valió su ascenso a Teniente Coronel, y la victoria sobre Rafael Rayón, el de Coronel.

A finales de 1813 combatió en la acción de Valladolid, en donde infringió una seria derrota al Ejército Insurgente comandado por Morelos, y a principios de 1814, en Puruarán, les dio un nuevo

golpe, que por un momento se vio amenazada la causa insurgente, derrotando a Mariano Matamoros. Se tiene conocimiento que sostuvo con sus propios medios, a las tropas que estaban bajo su mando; además, se preocupó por la educación, y por la valorización de las hazañas de sus soldados.

Iturbide fue uno de los militares criollos que combatió como realista contra los insurgentes, en particular a Morelos. En el marco de la etapa de consumación, Iturbide pactó con el General Vicente Guerrero, para llegar a un acuerdo con él, el 24 de febrero de 1821, donde juntos proclaman el Plan de Iguala en el que se conjugaban las Tres Garantías, que dieron sustento a la Independencia de México.

Para sostener el Plan de Iguala, se conformó el llamado “Ejército Trigarante”, en el que se reunieron las Tropas Realistas de Iturbide y de los insurgentes de Guerrero, y al que poco a poco se unirían la mayoría de las demás guarniciones realistas del país.

El 24 de agosto de 1821, Iturbide firmó los Tratados de Córdoba con Juan O'Donojú, Teniente General de los Ejércitos de España y último Virrey de la Nueva España. El 27 de septiembre del mismo año, el Ejército Trigarante entra a la Ciudad de México. Al día siguiente, una Junta Gubernativa proclama el Acta de Independencia del Imperio Mexicano.

En diciembre de 1822, el General Antonio López de Santa Anna se levanta en armas con el Plan de Veracruz, exigiendo la reinstalación del Congreso. Las presiones que recibió Iturbide por parte de sus opositores políticos, en la Ciudad de México, lo hicieron reunir al mismo Congreso que había disuelto antes, y abdicar ante él, el 19 de marzo de 1823.

El 22 de marzo, Iturbide abandonó la capital escoltado por Nicolás Bravo, y el 11 de mayo se embarcó rumbo a Europa. Permaneció un tiempo en Livorno, Italia, para trasladarse luego a Londres. El Congreso que le había decretado primero una pensión, después lo declaró traidor y fuera de la ley, en abril de 1824.

Regresó a México el 14 de julio del mismo año. Fue aprehendido al desembarcar en Soto la Marina, Tamps., y condenado a muerte, sin juicio previo, el 19 del

mismo mes y año. Fue fusilado en Padilla, Tamps. Sus restos se encuentran actualmente en la Capilla de San Felipe de Jesús, en la Catedral Metropolitana, exhibidos en una urna de cristal.

LOS CONTENDIENTES

El Ejército del Norte

Se encontraba conformado por las fuerzas del Brigadier Ciriaco del Llano, quien contaba con una sección de Toluca,



Croquis de las Campañas de Morelos.

compuesta por los Regimientos de Infantería de Línea, de Nueva España y el Fijo de México, y una Compañía de Marina; la caballería se integró por los Regimientos de Dragones de México, Querétaro, San Luis, San Carlos y Fieles de Potosí, con seis piezas de artillería de diversos calibres.

Iturbide contaba con el Batallón de la Corona, Cuerpo de Frontera, Lanceros de Orrantia y otros piquetes de caballería.

Landázuri tenía bajo su mando, los cuerpos de la guarnición, que eran el primer Batallón de la Corona, el Ligero de México y los Dragones de Tulancingo.

Todas estas tropas se encontraban bien disciplinadas y adiestradas, así como bien pertrechadas, ya que contaban con el financiamiento de la Corona Española.

El Ejército Insurgente

El Ejército Insurgente de José María Morelos y Pavón, era reducido, a diferencia del primer ejército insurgente que tuvo Hidalgo, conformado en su mayoría por castas e indígenas, y se encontraba bien equipado y disciplinado. Contaba con treinta cañones de todos los calibres y una inmensa provisión de municiones, todo esto reunido durante los meses que estuvo en Chilpancingo. En esta ocasión, el número de sus fuerzas era aproximadamente de 5,600 a 5,700 hombres, todos ellos de las diferentes armas.

Además de las divisiones de Matamoros y de Hermenegildo Galeana, las fuerzas de Nicolás Bravo contaban con un grupo de flecheros de Coscomatepec, los cuales eran excelentes combatientes.

BATALLA DE VALLADOLID

Una vez establecido y organizado el Congreso de Chilpancingo, Morelos decidió realizar una nueva campaña, que en principio no tenía bien definida y, ninguno de sus colaboradores más cercanos sabían a ciencia cierta, pues no les había comunicado con claridad el fin de la misma, por lo que, algunos autores, dicen que el objetivo de tomar la ciudad de Valladolid podría ser, porque era su lugar natal o porque el punto era más importante que Chilpancingo, y ahí quería establecer el Congreso. Quizá era también, porque durante toda la época colonial, el camino México-Valladolid fue de gran importancia para las diligencias, así como lo fueron Veracruz-México, Acapulco-México, México-Guatemala, México-Chihuahua, México-San Luis Potosí y México-Guadalajara.

Es así que, un día antes de salir de Chilpancingo, Morelos dio la orden a Bravo y a Matamoros, de que marchasen con sus tropas que tenían en las provincias de Veracruz y de Puebla. Éstas eran las mejores con las que contaba la causa insurgente. Posteriormente, ordenó a Miguel y a Víctor Bravo, que con más de 1,000 hombres dieran seguridad al Congreso.



Vista de la ciudad de Valladolid desde la catedral, donde se distinguen algunas calles por donde se enfrentaron insurgentes y realistas.

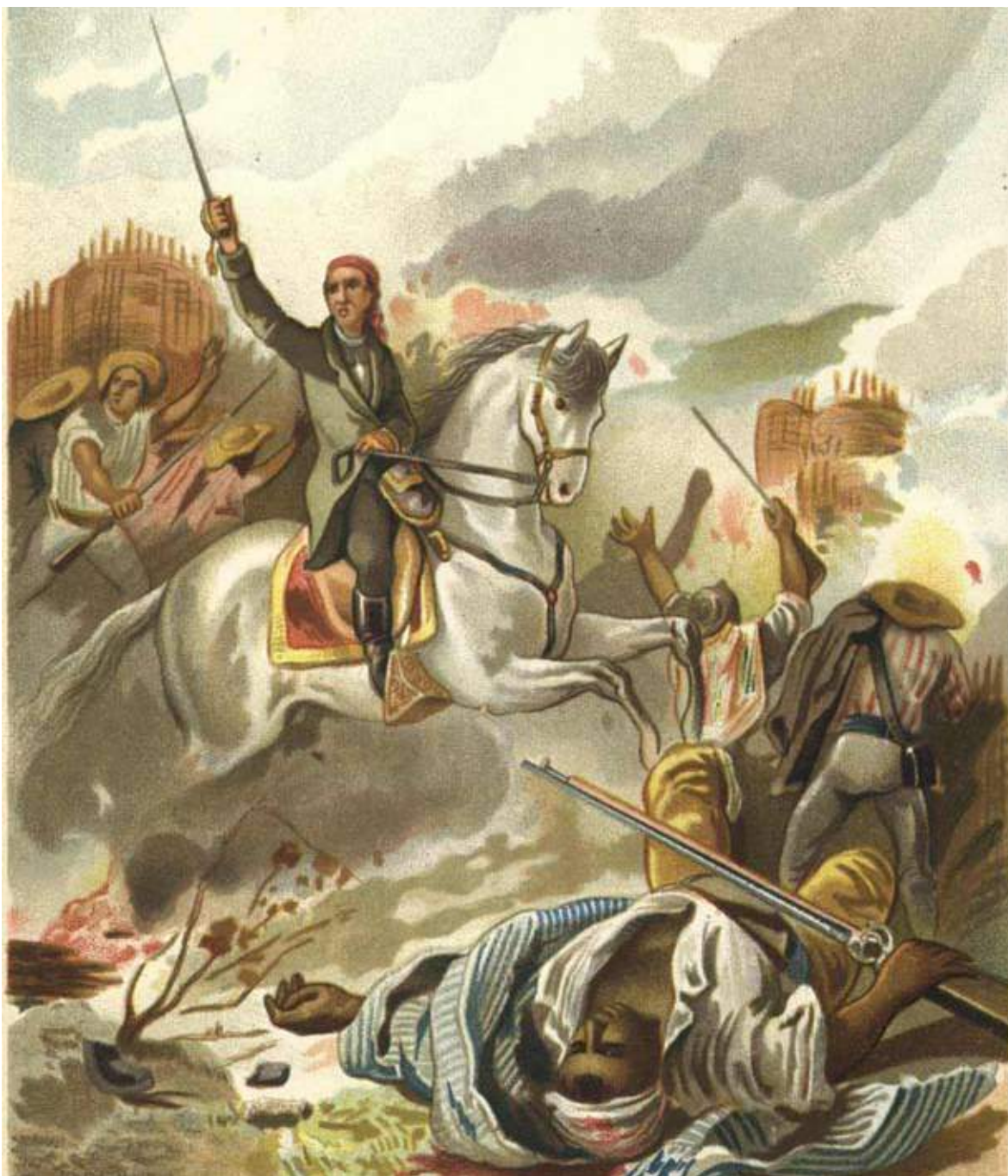
PREPARATIVOS

El 7 de noviembre de 1813, después de recoger la artillería instalada en Chilpancingo, y de asegurarse que todas las plazas estratégicas, como Oaxaca, Tehuacán, Taxco y otras, quedaran bien defendidas, inició la marcha con Galeana, pasando por Zumpango, Cañada del Zopilote y el río Mezcala, donde se detuvo dos días. Posteriormente se dirigió a Santa Teresa, Tepecoacuilco, Iguala, Teloloapan, Almoloya y Tlalchapa, punto donde se le incorporaron Matamoros y Nicolás Bravo. Avanzaron por la margen derecha del Mezcala hasta Huetamo, llegando a Carácuaro el 12 de diciembre, donde celebró la fiesta de la Virgen.⁹

En el transcurso del trayecto de Carácuaro, avanzó hacia Valladolid, donde se unieron a sus tropas, las partidas de Felipe Arias, Matías Ortiz y Gertrudis Vargas. Continuó su itinerario por Tacámbaro, Tiripitío y Undameo. Tras un lento, pero seguro avance, el ejército de Morelos se componía de aproximadamente 5,600 hombres, de infantería y caballería, todos ellos bien equipados y disciplinados, con 30 cañones de todos los calibres y gran cantidad de municiones. Finalmente decide acampar el 22 de diciembre, en las lomas de Santa María, al sur y a la vista de Valladolid.¹⁰

De igual manera, el Mariscal de Campo Ramón Rayón, quien contaba con una fuerza de 600 infantes, 300 caballos y 2 cañones de campaña, y su hermano Rafael, con sus 200 hombres de todas las armas, debían reunirse en las inmediaciones de San Miguel, con el objeto de apoyar el ataque a Valladolid, lo cual no fue posible, ya que Iturbide los derrotó, impidiendo con ello lo planeado por los insurgentes.

Mientras tanto, las fuerzas realistas, encabezadas por el Virrey Félix María Calleja, estaban bien enteradas de los movimientos que realizaba Morelos, porque muchos de sus informantes eran los curas de los pueblos por donde iban pasando, de ahí que Calleja comenzó con los preparativos



El ejército libertador de José María Morelos y Pavón, fue pequeño, pero disciplinado y bien pertrechado.

para defender Valladolid, ciudad que se encontraba bajo el mando del Teniente Coronel Domingo Landázuri, quien solamente contaba con 800 hombres para defender la plaza, por lo que, para llevar a cabo su defensa, Calleja ordenó al Brigadier Ciriaco del Llano, que con 2,600 hombres saliera de Ixtlahuaca, para unirse en Acámbaro con el Coronel Agustín de Iturbide y sus 1,000 hombres de las tres armas, y se encontraran en Indaparapeo y formaran así el Ejército del Norte.

Ramón Rayón, desde Tlalpujahua, buscó apoyos para continuar su marcha hacia donde se encontraba Morelos, observando atento los movimientos de los realistas, para lo cual dio aviso al “Siervo de la Nación”. Pero éste, sin hacer el mínimo caso, le ordenó que se incorporaran. Esto provocó que más tarde, Rayón fuera atacado por los Fieles del Potosí, comandados por el Teniente Coronel Matías de Aguirre, en el cerro de Jerécuaro, y posteriormente, Iturbide atacara a su hermano Rafael Rayón, en el campamento de Santiaguito.

El 22 de diciembre, Morelos se encontraba ya establecido en las Lomas de Santa María, así que, en la mañana del 23, envió a Domingo Landázuri una intimidación, en la cual le pedía rindiera la plaza en menos de tres horas,¹¹ la cual fue llevada por el músico de la Catedral, Nicolás Luján. Con el plazo que concedió Morelos, en la intimidación, al comandante de la plaza, dio tiempo a que llegaran los refuerzos del Virrey Calleja.

ATAQUE A LA GARITA DE ZAPOTE

Antes de recibir una contestación por parte del realista Landázuri, Morelos ordenó a Hermenegildo Galeana, que ocupase la Garita del Zapote; para llevar a cabo esta orden, Galeana formó a las tropas en columnas por compañías, con armas a discreción, sin disparar un tiro, hasta estar cerca del fortín de la garita. A retaguardia y de frente al camino hacia México, Nicolás Bravo, Pablo Galeana y Ramón Sesma se formaron para ocupar la orilla de un corral de piedra, inmediato a la garita, con el fin de acometer al mismo tiempo y sostener sus fuegos. Así, cuando recibió la orden, llegaron y ocuparon el fortín al machete, realizando la operación rápidamente en columna cerrada, que Galeana logró penetrar hasta una cuadra adelante de la garita, haciendo un alto para esperar al resto de las tropas que habían quedado bajo el resguardo de Nicolás Bravo, generalizándose el combate contra los realistas, en cuya oportunidad cargó sobre él, toda la fuerza que se encontraba en la plaza. Bajo el mando de Landázuri con cañones y en las calles de Valladolid, comenzó un terrible tiroteo.¹²

Al recibir apoyo los defensores de Valladolid, la toma de ésta no se presentó tan sencilla como esperaban los insurgentes, pues Bravo fue atacado por Iturbide, lo que provocó que éste se replegara hacia donde estaba Galeana, quedando así en medio de dos fuegos. De este movimiento quedaron cercados 233 de sus hombres, quienes fueron desarmados y hechos prisioneros. Sin embargo, Galeana y Bravo, aunque con desventaja, se mantuvieron combatiendo desde las 15:00 hasta las 17:30 hrs. de la fecha.



Durante las acciones de la Batalla de Valladolid, se observó a un Morelos distante e indeciso, dejando las decisiones en manos de Matamoros, lo que nos indica que la estrategia estuvo bien, no así la táctica.

Enterado Morelos de la aflictiva situación de sus generales, envió a Matamoros con su división a conjurar el peligro, pero Galeana no esperó, y junto con Bravo se abrió fuerza entre los realistas, considerando que en pocas horas podían llegar los refuerzos de Llano e Iturbide. Con esta acción, Galeana realizó una obra de gran valentía. Sin embargo, había perdido 700 hombres y una considerable cantidad de armamento. Los campamentos insurgentes se encontraban conformados ahora por las fuerzas de Matamoros y de Morelos, y parte de las tropas que se salvaron de Galeana.

Ciriaco del Llano e Iturbide también tuvieron pérdidas, ya que, por un correo interceptado, se supo que muchos fueron los heridos, pues se dijo que no cabían en los hospitales de Valladolid.¹³

Se cuenta que en uno de los campamentos insurgentes, Nicolás Bravo lloraba, ya que había perdido en esa triste acción, a una división de héroes, que había formado en Coscomatepec. A pesar de ello, con su diezmada división, Galeana gritaba sobre la necesidad de reanudar el ataque de inmediato, mientras Morelos, nos dice Ubaldo Vargas, “se manifestaba indeciso y confiaba a Matamoros la dirección de las nuevas maniobras”.

Mientras transcurrían las últimas horas del día 23, en medio de una desesperada inactividad y un fatal desconcierto entre los insurgentes, los realistas estaban en completa actividad, ya que durante la noche, las divisiones completas de Llano y de Iturbide, lograron llegar a Valladolid, y concentrarse para reforzar la plaza sin mayor dificultad.

Para el día 24 de diciembre, Matamoros ya tenía la dirección del combate, y ordenó el despliegue de toda su infantería, en una línea de dos en fondo, mientras la caballería quedó sobre las lomas, en la misma dirección. Ante estos movimientos realizados por Matamoros, el Brigadier del Llano dedujo que se preparaban para la retirada, o bien que se lanzarían a un nuevo ataque, por lo que, para asegurarse de ello, ordenó a Iturbide llevar a cabo un reconocimiento.

Para ello, Iturbide dispuso de 160 infantes y 190 jinetes de Fieles de Potosí, de Dragones de San Luis, de San Carlos y de Lanceros de Orrantia. Iturbide se adelantó hacia el campo insurgente, llevando a los infantes a la grupa de los caballos (esto es, en ancas o parte trasera del equino), y de pronto se inició la batalla, rompiendo así la débil línea de los insurgentes, quienes no pudieron detenerlos, ya que siendo el doble en número, de lo que parecían a lo lejos, abrumaron a los insurgentes, y cuando empezaba a oscurecer, iniciaron una desordenada retirada.



Morelos comandó las tropas independentistas en la Batalla de Valladolid.

Aprovechado el desconcierto, los realistas persiguieron a la caballería insurgente, penetrando en el mismo campamento de Morelos, a pesar de estar defendido por 97 cañones. Esta violenta acción por parte de los realistas, provocó gran desorden y confusión, siendo de tal magnitud, que el mismo Morelos estuvo a punto de ser capturado.

Es así que, en plena oscuridad, los insurgentes comenzaron a pelear entre sí, con una terrible ferocidad. La causa, al parecer, fue una extraña orden que Morelos dispuso, que de Capitán hacia abajo, debían tiznarse las caras y las piernas, si las traían descubiertas, pero la orden fue interceptada, y entonces Iturbide dijo a sus infantes que iban en los caballos de los dragones, que también se tiznaran el cuerpo, así los insurgentes en la sombra, vieron a los realistas con las caras ennegrecidas, que los atacaban.

Lograda la confusión, los realistas se retiraron y dejaron a los insurgentes

entregados a la tarea de destruirse unos a otros. Morelos, ante esta situación, inició la retirada, lo que se convirtió en una fuga incontenible. En vano fueron los esfuerzos de Matamoros, Galeana y Sesma para detener a los soldados, presas del pánico; es así como la oscuridad nulificaba al ejército insurgente.¹⁴

Una vez logrado el desastre entre los insurgentes, Iturbide regresó victorioso a Valladolid; su audacia e ingenio vencieron a un Morelos desconocido, apático, desconfiado o quizá enfermo.

Para el día 25, Ciriaco del Llano ordenó que las fuerzas del ejército realista avanzaran sobre el campo enemigo. Pero al llegar, encontraron el campo lleno de cadáveres y destrozos; sólo el Padre Gómez, cura de Petatlán y confesor de Morelos, se encontraba gravemente herido; fue conducido a Valladolid y fusilado en una de las plazas de esa ciudad.¹⁵

Llano e Iturbide continuaron persiguiendo a Morelos, utilizando para ello toda su caballería. La persecución fue implacable, ya que Morelos derrotado, con su ejército disgregado y sin reponerse de su situación, llegó a la hacienda de Chupío, para reunir allí a sus dispersas y diezmadas divisiones.

Galeana se quedó en Puerto Viejo, cerca de Valladolid, permaneciendo allí hasta que los demás jefes insurgentes se reunieran.

CONSECUENCIAS

En la desafortunada acción de las Lomas de Santa María, mejor conocida como la Batalla de Valladolid, se perdió el inmenso material de guerra acumulado en Chilpancingo, a costa de tanto sacrificio. Todo el magnífico Ejército Insurgente, engrosado en el camino, quedó deshecho en aquella fatal acción de noche buena.

Las esperanzas que abrigaba Morelos, de establecer el Congreso en Valladolid, y de abrir una nueva campaña en el centro del país, donde se encontraban las regiones más ricas y pobladas del territorio, fueron un total fracaso. Es a partir de esta derrota, que declinaría, de manera vertiginosa, el gran prestigio militar de José María Morelos y Pavón, iniciando así una serie de derrotas para las tropas insurgentes. A pesar de ello, Morelos escribiría en esos días a Andrés Quintana Roo, lo siguiente: “Es preciso llevar con paciencia las adversidades...” y con indomable energía de gran patriota agregaba y si no fuera arrogancia, añadiría que aun ha quedado un pedazo de Morelos y Dios entero...”(sic).

El General De León Toral nos dice, que Morelos siempre mostró un espíritu ofensivo en sus marchas y acometidas, las cuales estaban bien planeadas; pero los sucesos de las Lomas de Santa María borraron, en unos cuantos días, las glorias obtenidas durante los cinco años de campaña del “Siervo de la Nación”.¹⁶

Para corroborar su acción, días más tarde, Iturbide reafirmará su victoria en la Batalla de Puruarán, en donde Morelos deja la dirección en manos de Mariano Matamoros, desoyendo los consejos de Hermenegildo Galeana, al pedirle que no se llevara a cabo ninguna acción, hasta que las fuerzas estuvieran completamente restablecidas y organizadas.

De esta forma, Matamoros quedó como jefe de los insurgentes, y acatando las órdenes dadas por Morelos, hace frente a las fuerzas realistas, con las pocas tropas que se lograron salvar de Valladolid, ahora en Puruarán; en esta acción, Iturbide lo derrotó en menos de media hora, y en esta ocasión, la derrota fue en toda regla, nos refiere el General Urquiza, pues no se valió de ningún ardid, como en Valladolid, para vencerlo.¹⁷

Con esta derrota, toda la línea defensiva del sur de la Nueva España fue penetrada, y en dramática secuela, los realistas se apoderaron de Chilpancingo, Acapulco, Oaxaca y de casi todas las comarcas intermedias. El caos dentro de las fuerzas insurgentes no podía ser detenido, y la dirección de Morelos acabaría por dividirse en multitud de guerrillas y pequeñas jefaturas, luchando cada una de éstas con gran fervor patriótico, pero sin una buena coordinación.

A pesar de las desventuras en la lucha armada, los congresistas pudieron promulgar la Constitución de Apatzingan, el 22 de octubre de 1814.

A partir de entonces, el Ejército Insurgente sufrió una larga cadena de reveses, pues nunca más presentó batalla en contra del Ejército Realista. Conforme se replegaba a las montañas, sufría importantes bajas y perdía estratégicas plazas, como el puerto de Acapulco y la ciudad de Oaxaca.

Para el año de 1815, el panorama era francamente desolador, y sólo Morelos se empeñó en salvar la unidad del movimiento, que él suponía garantizado por la existencia del Congreso. Así, haciendo un último esfuerzo por salvarle, intentó su traslado de Uruapan a Tehuacán, a través de cañadas y montañas. El avance era lento y el esfuerzo le valió el ser capturado, a manos del desertor Matías Carranco, en el pueblo de Tezmalaca, un infortunado 3 de noviembre de 1815. De inmediato, Manuel Mier y Terán, uno de los líderes regionales de importancia, disolvió el Congreso.

Una vez hecho prisionero, a Morelos se le acusó de traición, fue degradado de su condición sacerdotal y murió fusilado en el pueblo de Ecatepec, el 22 de diciembre de 1815.

CONCLUSIONES

La Batalla de Valladolid forma parte de la Cuarta Campaña de Morelos; es breve, pues concluye con la derrota que se inflinge nuevamente a las fuerzas insurgentes de Morelos, en Puruarán, en donde perderá a uno de sus más valiosos hombres, como fue Mariano Matamoros, hecho prisionero por Ciriaco del Llano, quien en poco tiempo le juzga y lo condena a ser fusilado, en febrero de 1814, con lo cual Morelos exclamó *¡He perdido uno de mis brazos! Sin embargo, el “Siervo de la Nación” continúa.*

A pesar de que las fuerzas insurgentes sufrieron esa dolorosa derrota, no vuelven a tener un enfrentamiento de manera frontal con las fuerzas realistas, consiguiendo con ello, que se aplique la táctica de guerra de guerrillas, y que en todo caso, cada uno de los líderes luchara de manera aislada, lo que trajo una anarquía dentro de las filas independentistas, de fatales consecuencias, pues casi cuatro meses más tarde, Galeana fue muerto por las fuerzas realistas, en Coyuca, con lo que nuevamente Morelos exclamó *¡Se acabaron mis brazos ¡... ¡ Ya no soy nada!*

Ante esto, Morelos logró casi concluir su tarea de dar protección al Congreso, el cual promulgó en octubre, la Constitución de Apatzingán, en 1814, llegando con esto a dar las bases legales al movimiento independentista, que al igual que los hombres que iniciaron la lucha, no la vieron culminar. Sin embargo, su legado como organizador y como estrategia militar, quedan para la posteridad y como lección para todos los mexicanos, a fin de que valoremos lo que nos legaron nuestros ancestros.

Bibliografía:

- Alamán, Lucas, *Historia de Méjico desde los primeros momentos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951, Tomos III y IV.
- Alvarez, José Rogelio, *Enciclopedia de México*, Editorial Planeta, México, 2005.
- Baltasar Dromundo, *José María Morelos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.
- Bustamente, Carlos María de, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, Talleres Lino tipográficos, Colombia-México, 1926, Tomo II. 2ª. Edición, pp. 277-303.
- Casasola, Gustavo, *6 Siglos de Historia Grafica de México 1325-1976*, Editorial Gustavo Casasola S.A., México, 1978, Tomo 2, p. 540-541.

- Diccionario Porrúa de Historia, *Biografía y Geografía de México*, México, Tomo 3, 5ª. Edición, p. 3070.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1981, Tomo I.
- Krauze, Enrique, *Siglo de Caudillos. Biografía Política de México (1810-1910)*, Editorial Tusquets Editores, México, 2007.
- León Toral, Jesús de, *El Ejército Mexicano y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1979.
- Romero Flores, Jesús, *Don José María Morelos*.
- Atlas Histórico Biográfico, *José María Morelos y Pavón*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México, 1985
- Teja Zabre Alfonso, Morelos. Ed. Austral. 553. Argentina, 1946.
- Urquiza, Francisco L., *General Morelos genio militar de la Independencia*, Editorial Xóchitl, México, 1945, pp. 131-137, 184.
- Valle Arizpe, Artemio del, *La Güera Rodríguez*, Editorial Porrúa, México, 1960.
- Vargas Martínez, Ubaldo, *Morelos siervo de la Nación*, Secretaría de Educación Pública, México, 1963.
- Zavala, Lorenzo de, *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, México, 3ª. Edición, Tomo 1, 1981, pp. 35-58.

Expedientes de archivo histórico militar:

Archivo de Cancelados.

Hermenegildo Galeana, Mariscal de Campo igual a General de División su expediente sólo contiene la solicitud de pensión para su única hermana la señora Juliana Galeana. Año 1820.

Rafael Rayón, Capitán del Regimiento de Granaderos a Caballo de la Guardia Imperial en 1822. Equivale a Coronel. Sólo contiene información sobre una enfermedad que padece espasmódica de pecho de septiembre a noviembre de 1822.

Mariano Matamoros (Bóveda). Es un homónimo del insurgente, ya que su documentación llega hasta 1824 o más.

Carlos María de Bustamante (Bóveda). No contiene gran información sobre los años de la insurgencia.

Ciriaco del Llano. En el Archivo Histórico Militar XI/418.3/109. La rendición del mismo en Puebla en 1821. Parte donde sólo tiene su firma.

Citas:

1. Alamán, Lucas, *Historia de Méjico desde los primeros momentos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, Fondo de Cultura Económica, México, 1951, Tomo III, p. 314.
2. Ídem, p. 321.
3. Gustavo Casasola, *Seis siglos de Historia Gráfica de México 1325-1976*, Editorial Casasola, México, 1978, Tomo II, pp. 540, 541.
4. Alamán, Lucas, Op. cit., p. 324.
5. Te-Déum, Himno de alabanza y de acción de gracias de la iglesia católica que inicia con las palabras: Te Deum laud mus.
6. Secretaría de la Defensa Nacional, *Cien Militares Distinguidos*, SEDENA, México, 1984, Tomo 1, p. 58.
7. Diccionario Porrúa de Historia, *Biografía y Geografía de México*, Editorial Porrúa, México 1986, p. 1720.
8. Alamán, Lucas, Op. cit., Tomo III, p. 330.
9. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *José María Morelos y Pavón*, Atlas Histórico Biográfico, México, 1985, pp. 83.
10. Vargas Martínez, Ubaldo, *Morelos Siervo de la Nación*, Secretaría de Educación Pública, México, 1963, pp. 168. Confrontar con Alamán, Lucas, en su *Historia de México*, p.331.
11. La intimidación fue redactada por su secretario Rosains.
12. Bustamante, Carlos María de, *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, Talleres Lino tipográficos, Colombia-México, 1926, Tomo II. 2ª. Edición, pp. 299-300.
13. Vargas Martínez, Ubaldo, Op. cit., p.172.
14. Urquiza, Francisco L., *Morelos, genio militar de la Independencia*, Editorial Xochitl, México, 1945, p. 132.
15. Alamán, Lucas, Op. cit., p. 24.
16. León Toral, Jesús de, *El Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1979, p. 101.
17. Urquiza, Francisco L., Op. cit., p. 137.

Batalla de Ciudad Juárez, Chih.

8, 9 y 10 de mayo de 1911

INTRODUCCIÓN.

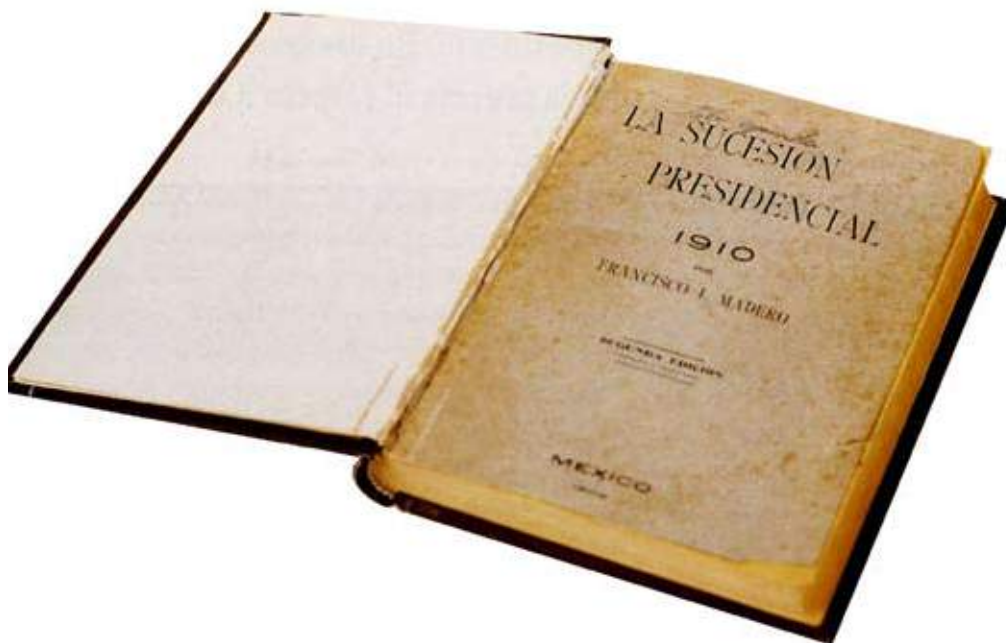
La primera década del siglo XX, marcaría el final de uno de los periodos más importantes de nuestra nación; el gobierno del entonces Presidente de la República, General Porfirio Díaz Mori, identificaría a un sinnúmero de personas de la vida pública y privada de nuestro país; el principio de la gobernabilidad del Estado Mexicano, que en esa etapa se regía por la idea de el orden, la paz y el progreso; estas tres palabras constituyeron la columna vertebral de la vida social, económica, cultural, religiosa y política de México, desde finales del siglo XIX.

Las prácticas políticas, a finales del periodo conocido como el porfiriato, crearían dos grupos antagónicos en la lucha por el poder y en el pensamiento político; por un lado se encontraban los científicos (reeleccionistas), que pretendían mantener la continuidad del General Díaz en la Presidencia de la República, y por el otro, los antirreeleccionistas, quienes buscaban, en su lucha, ocupar diferentes puestos públicos, reservados hasta entonces, exclusivamente para el grupo en el poder.

La necesidad de generar un cambio en la política mexicana, la venía observando el General Díaz desde los años de 1900 a 1904, pero no encontraba el ambiente propicio para el cambio; por eso,



El General de División Porfirio Díaz Mori, Presidente de México, gobernó con tres palabras: orden, paz y progreso.



Este libro daba fuerza a los grupos que respaldaban a Francisco I. Madero en su lucha por alcanzar la silla presidencial.

cuando se entrevistó con el periodista James Creelman, en 1908, puso énfasis en ello, al declarar que México estaba lo suficientemente maduro para gobernarse por sí solo; lo que no pudo predecir, fue que sus palabras causarían una gran conmoción en los grupos opositores al régimen, quienes vieron la posibilidad de ascender en la escala política del país, y ocupar los ansiados puestos públicos, que les darían riqueza y poder.

Esta declaración traería consecuencias letales para el gobierno del General Díaz; Francisco I. Madero publicó en 1909, un libro titulado: *La Sucesión Presidencial en 1910*, donde marcaba las fallas del gobierno del General Díaz; pero sobre todo, que el principio democrático no se respetaba, por lo tanto convocaba a que en las elecciones presidenciales se diera preferencia al principio de: “Sufragio Efectivo. No Reelección”. Con ello se evitaría que el General Díaz, así como el grupo en el poder (científicos), continuaran perpetuándose en el mismo, como si dichos puestos fueran vitalicios.

Las elecciones de 1910 marcarían el inicio del fin de la permanencia del General Díaz en la silla presidencial; el impulso de las campañas electorales de los principales contendientes, guiaron la lucha para ocupar el cargo del Ejecutivo; por un lado Francisco I. Madero, encabezaba al grupo antirreeleccionista, que lo apoyaba como su candidato a la Presidencia de la República; por el otro, y con el fin de mantenerse en el poder, se constituyó el grupo reeleccionista, patrocinado por los científicos, que respaldaban la candidatura del General Díaz y de Ramón Corral, que garantizaría su continuidad y la protección de sus intereses.

Las campañas electorales arrancaron con gran fuerza, y el candidato opositor apresuró los tiempos, para alcanzar a cubrir todas las plazas y distritos electorales posibles; la jornada electoral dio principio con graves problemas para el grupo antirreeleccionista, ya que el viejo régimen echó a

andar su máquina llena de artimañas, para que el General Díaz ganara la contienda; prueba de ello fue el encarcelamiento que sufrió Francisco I. Madero, acción que puso en evidencia al gobierno de Díaz; esto motivó al grupo opositor para actuar con más radicalismo, en su objetivo por ocupar la silla presidencial, llegando hasta la lucha armada.

Fue así como el grupo antirreeleccionista inició la rebelión, al observar que por la vía pacífica y del respeto al voto, no se le daría la oportunidad que tanto habían deseado. Francisco I. Madero, consciente del problema al cual se enfrentaba, y con el fin de que su levantamiento tuviera una justificación legal, proclamó el Plan de San Luis Potosí, en el cual convocó a la población mexicana a levantarse en armas en contra del gobierno del General Díaz. Dicha acción se llevaría al cabo a las 6 de la tarde del 20 de noviembre de 1910; pero no es sino hasta los días previos a la batalla de Ciudad Juárez, que el Ejército Federal se enfrentó a grandes grupos revolucionarios, identificados con el movimiento de Francisco I. Madero, sobre todo en el estado de Chihuahua, en la frontera con los Estados Unidos de América.

Desde el mes de diciembre de 1910, el Presidente Díaz ordenó al Comandante de la 2/a. Jefatura de Operaciones Militares de Chihuahua, General Juan A. Hernández, el despliegue de las tropas bajo su mando, para capturar a los revolucionarios, actividad que puso en marcha la iniciativa de los revolucionarios para abastecerse de municiones y armamento, como fue el caso

de Catarino Benavides, quien compró armas y equipo bélico en Eagle Pass, en Estados Unidos de América.¹

Para la explicación de este artículo, diremos que batalla es: *“acción de guerra en que toman parte la mayoría o la totalidad de las tropas que actúan en un teatro de operaciones; por lo general, sus resultados tienen consecuencias estratégicas”*.² En la batalla de Ciudad Juárez, se utilizaron las armas de: infantería, caballería y artillería, además del arma de ingenieros de combate, en la fortificación de dicha plaza.

Para la explicación de esta batalla, se utilizó la metodología propuesta por el Teniente Coronel Kennet R. Pierce, del Ejército de los Estados Unidos de América, y publicado en *Military Review*, en el número Enero-Febrero 1989, donde se describe la



La Presidencia, por siempre.

Batalla del Valle Ia Drang, Vietnam,³ desde luego con las adaptaciones pertinentes a los años de la batalla a que se refiere y de los avances tecnológicos del periodo que me ocupa.

LA PLAZA DE CIUDAD JUÁREZ

El campo de batalla fue la población de Ciudad Juárez, Chih., que para el año de 1911, era el objetivo más importante para fortalecer la lucha revolucionaria, por ser uno de los pasos obligados del ferrocarril en la frontera con los Estados Unidos (El Paso, Texas). Desde los primeros días de enero, se dieron señales de que ese año resultaría difícil para las dos ciudades fronterizas; las cosechas de Chihuahua se perdieron por el intenso frío; por consecuencia, las dos ciudades se vieron inundadas por trabajadores sin empleo; se hablaba de que tan sólo en un convoy, llegaron procedentes del estado de California, Estados Unidos de América, más de 950 mexicanos, que fueron arrojados a Juárez, y de manera inversa, otros tantos venían del interior de México, con destino a los Estados Unidos de América, en busca de nuevos horizontes.

Ciudad Juárez representaba, desde el punto de vista estratégico, la zona de intercambio comercial más importante con el vecino país del norte; además, era el punto de entrada del armamento que se vendía en El Paso, área donde se comercializaban pertrechos y municiones, por existir en esta zona, la mayoría de las agencias comerciales de armamento y las de mejor calidad, como Colt y Smith and Wesson.

En ese tiempo, todo parecía converger aquí, caminos, ferrocarriles, aventureros, revolucionarios e ideas de cambio, por lo que esta población representaba el caldo de cultivo necesario para continuar con la lucha por la emancipación social, convocada el 20 de noviembre de 1910, donde se invitaba al pueblo de México a unirse al movimiento armado.

Históricamente, la zona geográfica del norte de México fue escenario, en los años de 1800 a 1890, de una guerra permanente entre los indios apaches y los pobladores de los estados fronterizos de México, como es el caso de Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, lugares que constantemente eran hostilizados por estos grupos de indígenas, actividad que obligó a los pobladores a mantenerse siempre armados, por lo que era más fácil reclutarlos como soldados; aunado a ello, estos grupos de colonos mexicanos, difícilmente hacían una vida sedentaria, por lo que la oferta de Francisco I. Madero, así como la de Francisco Villa y Pascual Orozco, de unirse a la revolución, les resultaba favorable, ya que cumplían con la parte de aventura que los motivaba, y lograrían, por este solo gestom una mejor calidad de vida y de riqueza, sin mucho esfuerzo, si triunfaban.

El escenario de Ciudad Juárez jugó un papel de suma importancia para el movimiento revolucionario, ya que tácticamente ofrecía grandes ventajas para su asalto; por un lado, al ser una ciudad fronteriza, los ataques se limitarían exclusivamente a una sola línea de defensa, por

parte del Ejército Federal; si no, dicha acción se convertiría en un problema internacional; así mismo, el suministro de agua se podía cortar, porque los canales que alimentaban a la ciudad, estaban retirados de la población, y no permitían su defensa y las líneas de comunicación (telégrafo), dependían de la población de El Paso, así como la luz eléctrica; por lo que respecta al ferrocarril, fácilmente podía ser detenido, por depender exclusivamente de una línea férrea, que unía a dicha plaza con el centro de la república.

LOS CONTENDIENTES

Las fuerzas en conflicto y los preparativos de la batalla: el Ejército Federal, para 1910 representaba al 13 por ciento de la población mexicana, dividido en jefaturas de operaciones militares, que se ubicaban en las ciudades más

importantes de los estados de la República, destinándose a las poblaciones fronterizas, guarniciones militares con una capacidad de combate de 100 a 200 hombres aproximadamente; en ocasiones se concentraban batallones o regimientos completos, que a su vez se fraccionaban para proporcionar seguridad en caminos, haciendas, ferias regionales, minas, escoltas a los convoyes de los ferrocarriles y otros centros de producción; también eran utilizadas para resguardar el orden en el interior de diferentes ciudades; dicha actividad les trajeron grandes dificultades con los pobladores, quienes constantemente se quejaban de los abusos de los miembros del Ejército Federal.

La capacidad bélica del Ejército Federal, en un enfrentamiento de corta duración (1 a 3 meses), era de excelencia, siempre y cuando se enfrentara a un ejército regular, en lo que se ha llamado una guerra convencional (uso de las unidades de infantería, caballería, artillería e ingenieros de combate), no así con un grupo que modificó la dinámica de la guerra e implementó la guerra de guerrillas, donde identificar al enemigo resultó muy difícil, ya que el brote de la insurrección del 20 de noviembre de 1910, creó diferentes grupos armados, que se levantaron en diversas partes de la república, lo que ocasionó un caos en el mando central y en las decisiones del General Porfirio Díaz. Esta volatilidad de los alzados, también puso en serios aprietos la capacidad bélica de la producción de armamento, al grado de depender del extranjero, para dar respuesta a las necesidades de las unidades combatientes.



El General Brigadier Juan J. Navarro en todo momento tuvo presente evitar un conflicto internacional.

El Ejército Revolucionario, liderado por Francisco I. Madero y comandado por jefes como Valeriano Pérez, Pedro Luján, Elpidio G. Velázquez, Samuel Vázquez, José de la Luz Blanco, Rafael Aguilar, Refugio Herrera, Juan Dozal,⁴ Cástulo Herrera, Francisco Villa y Pascual Orozco, hombres que conocían a la perfección la población de Ciudad Juárez y a los hombres que dirigían, sabían perfectamente las deficiencias de sus fuerzas; por ello, las mantenían en todo momento lo suficientemente motivadas para atacar constantemente, además de la promesa de la recompensa en forma de botín de guerra, ya que estas tropas no eran pagadas. En la infantería, el armamento individual era muy disímil, su artillería consistía en bombas de dinamita y su caballería, en su mayoría de vaqueros dotados de carabinas 30-30, ya que para esta época, el General Díaz había anulado a las guardias nacionales estatales, que en 1876 lo apoyaron en su levantamiento contra el Licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, con el objetivo de evitar que éstas se sublevaran en contra de su gobierno.

Por esto, el adiestramiento militar en las tropas revolucionarias era escaso, y se observó en las actividades tácticas de la toma de Ciudad Juárez, así como por el número de bajas que les causó el Ejército Federal, ya que el conocimiento del arte de la guerra, en estos comandantes, era nulo, pero su gran capacidad de improvisación le permitió obtener triunfos importantes en la contienda armada posterior a 1911.



Los revolucionarios liderados por Francisco I. Madero no esperaban una contienda con tanta resistencia de los defensores de la plaza.



Francisco I. Madero junto a Pascual Orozco.

EL PLAN DE ATAQUE

La táctica utilizada por el grupo revolucionario para atacar la plaza de Ciudad Juárez, fue en un principio sitiarla, cortándole todos los medios de abastecimiento; sin embargo, al ver que el Ejército Federal resistió dicha acción, el mando revolucionario decidió atacar en pequeños grupos de infantería, apoyados con elementos dinamiteros y auxiliado con la caballería, la cual fue utilizada también para frenar un posible apoyo a los defensores; esto permitió que se tuvieran muchos puntos de ataque simultáneos en toda la ciudad, posible por el enorme número de tropas que rebasaron en la proporción de tres a uno a los que la defendían.

Es importante mencionar, que las tropas revolucionarias se abastecían de alimentos en la propia ciudad; así mismo, todas las veces que se llevaron al cabo pláticas de suspensión de las hostilidades y el cese al fuego, las tropas revolucionarias avanzaban hacia el Cuartel General del Ejército; por si fuera poco, las reclamaciones del ejército estadounidense, que se encontraba acampando en la ribera del Río Bravo, en el sur de los Estados Unidos, mantenía latente una posible invasión y convertiría la Batalla de Ciudad Juárez en un conflicto internacional; aunado a ello, los simpatizantes de los revolucionarios que se encontraban en las casas y comercios de El Paso, realizaban disparos esporádicos contra las líneas federales de defensa.

Los ataques a Ciudad Juárez se iniciaron por el poniente de la ciudad, paralelos a la margen del Río Bravo, acción ventajosa para las tropas revolucionarias; tiempo después se generalizó el ataque calle por calle y casa por casa, con la consideración de que únicamente se atacaba con la luz del día, y por las noches, las tropas atacantes realizaban acercamientos a los puntos de defensa.

Esta actitud obligó al Ejército Federal a enfrentar al Ejército Revolucionario, en una resistencia de sitio y en espera del apoyo de las unidades desplegadas en el estado de Chihuahua; por lo tanto, su única salida, en caso de retirada, sería hacia el estado de Durango, con toda la disciplina posible, ya que es este valor militar, el que permite conformar a un buen ejército en combate, porque ello garantizó la supervivencia de la mayoría de los elementos de tropa. Para evitar la retirada federal, el mando revolucionario ordenó a Marcelo Caraveo, acompañado de Roque González Garza, Pedro

Sánchez y Melchor Vela, a quienes se les unieron 80 elementos maderistas, ocuparon la Estación Bauche, Chih., poblado que se encontraba camino al centro del país, para impedir el paso de una columna federal de auxilio, la cual nunca llegó, pues fue detenida y obligada a regresar.

Por su lado, los revolucionarios eran totalmente obedientes a su jefe inmediato, ayudándolo a cumplir con el compromiso que éste tenía con la Revolución,⁵ no así con otros jefes revolucionarios, lo que causaba serios problemas de mando; esta práctica la subsanaron con la iniciativa de mantener el mando inmediato de su jefe; en caso de que éste perdiera la vida, lo sucedería en el mando el elemento que más se identificará con ellos, principalmente un individuo de su región.⁶

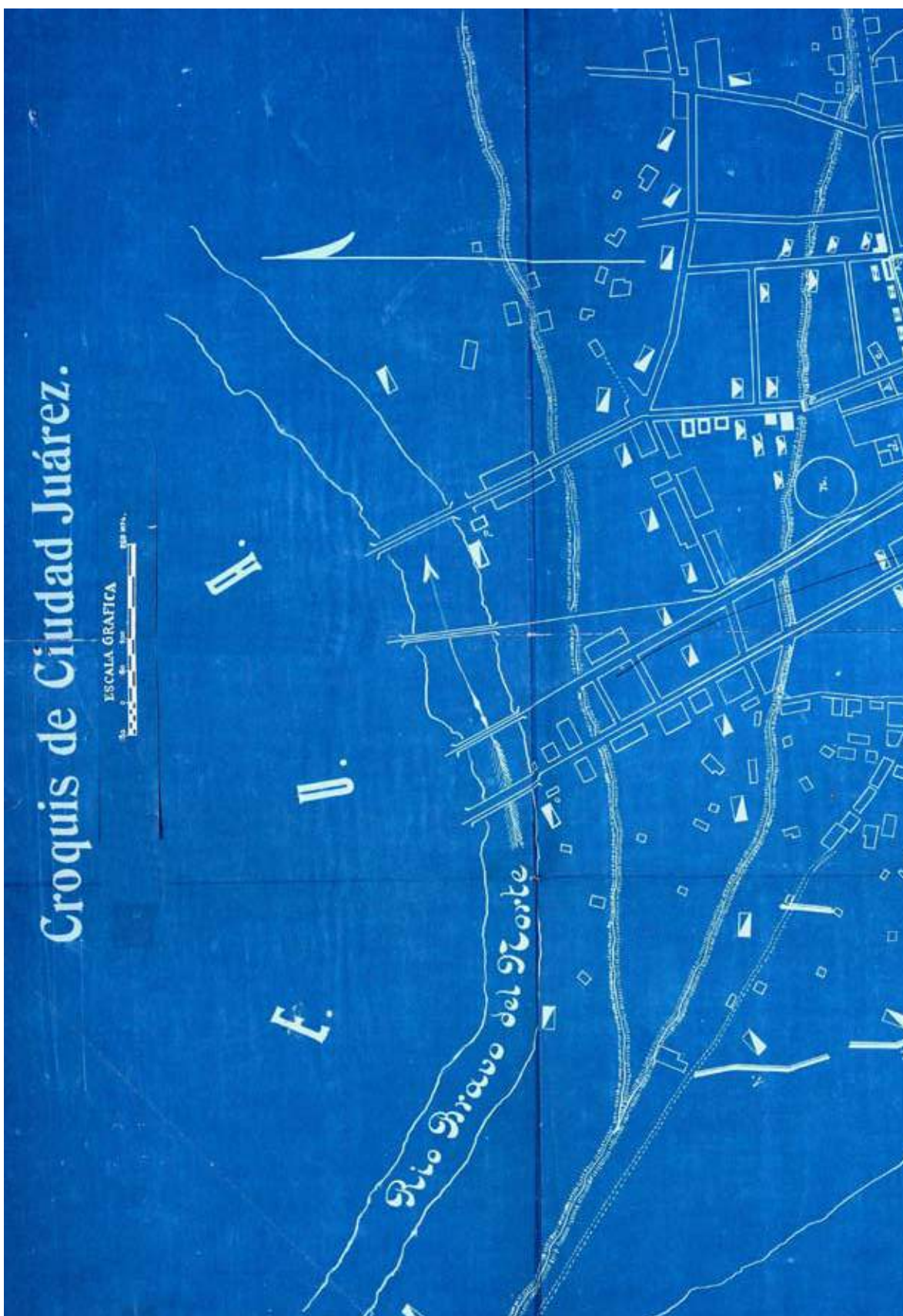
Los revolucionarios tenían su punto de abastecimiento de alimentos, pertrechos y municiones, en la población de El Paso, y con la anuencia del General Navarro en Ciudad Juárez, estos personajes cruzaban por el puente internacional como cualquier ciudadano, sin identificarse como combatiente (desarmados), lo que les permitía mantener una línea de abastecimiento segura; por lo tanto, su línea de retirada se conjugaba hacia los dos lados, uno a la frontera y otro al estado de Durango, rumbo Estación Bauche.

La fortificación de la Plaza por fuerzas federales, la dispuso el General Brigadier Juan J. Navarro, de la siguiente forma:

*“[...] El efectivo con que se defendía la plaza, consistía en 675 hombres entre federales y auxiliares, pues aunque los documentos rendidos por las distintas corporaciones que tomaron parte en la defensa se desprende que había mayor personal, hay que reducir de éste los heridos de los combates en Bauche y el de Casas Grandes así como los enfermos que se encontraban en el hospital y que ascendían á 186 hombres. El enemigo según datos proporcionados por el servicio de exploración y por otras fuentes, ascendía a 3,500 hombres al comenzar la acción, pero informes posteriores indican que durante el asedio, estuvo recibiendo refuerzos”.*⁷

No.	Descripción	Num. de efectivos que defendían el punto
1	Trinchera de Infantería	50
2	Trinchera de Infantería	40
3	Espaldón de Artillería	
4	Espaldón y Trinchera	30
5	Barricada de Infantería	50
6	Barricada de Infantería	25
7	Barricada de Infantería	20
8	Barricada de Caballería	20
9	Jefatura Política	20

No.	Descripción	Num. de efectivos que defendían el punto
a	Cuartel General	
b	Jefatura de Armas	20
c	Teatro Juárez	20
d	Cuartel 14/o. Regimiento	30
e	Aduana Fronteriza	
f	Casa F. Mestas	25
g	Cuartel 3/er. Regimiento	
h	Escuela	33 y 1 Ametralladora
i	Iglesia	30
j	Cárcel Pública	40
k	Cuartel General	100
l	Hospital de la Paz	12
m	Hospital Militar	20
n	Plaza de Toros	20
ñ	Caseta Aduanal	5
o	Caseta Aduanal	5



“En el perímetro exterior de la población, por la parte poniente y extendiéndose hacia el sur se construyeron dos trincheras abrigo, sistema poligonal, cubriendo una extensión de cerca de 200 metros, distante de la orilla del río entre 150 y 200 metros más o menos, en donde existían unas labores algo enfangadas, zona que se cubrió con 10 auxiliares de la fuerza que estuvieron a las órdenes del Coronel Rafael García Martínez y los que aprovechaban los accidentes naturales del terreno para su defensa. Hacia el sur y del lado poniente se levantó un pequeño espaldón de artillería, formado por adobes de dos hileras al hilo, de espesor de 50 a 70 centímetros, más o menos. Estas fortificaciones estaban a lo largo de la margen derecha de un arroyo que limita a la población, por ese lado desemboca en el Río Bravo. Había otro espaldón para la infantería y artillería al sur del Hospital Poligonal, de adobes construido casi igual que el anterior [...].

“Al sur de la población y cerrando el paso a las vías del patio del ferrocarril, líneas nacionales, se construyó una barricada con traveses de madera, que usa el ferrocarril para sus alcantarillas que tienen como 4 metros de longitud y una escuadra de 25 a 35 centímetros, más o menos, por lado, habiendo colocado esta una sobre otra (simplemente) a una altura de un metro y centímetros, coronando estas traveses con sacos de tierra al hilo, ligando este patio con el edificio de la escuela, donde se colocó la ametralladora y un piquete del 23/o. Batallón, con una barricada construida en la misma y de igual forma que la anterior [...].



Madero y su gabinete en el Cuartel General.



Las prácticas de ataque eran permanentes, por el exceso de personal revolucionario, lo que evitó una retirada del Ejército Federal.

“Por la parte oriente, en la calle de Comercio, se levantó otra barricada enteramente igual a las anteriores, cubriendo la calle y cómo a unos 100 metros del Cuartel General. También se construyó otra barricada al lado norte a unos 100 metros de la Jefatura de Armas protegida está barricada por las alturas del Teatro y Jefatura [...]”⁸

El desarrollo de la batalla, permitió que se fortificaran los puntos para la defensa como sigue:⁹

LA BATALLA

Siendo aproximadamente las 10:30 horas del día 8 de mayo de 1911, se inició la batalla contra un pequeño puesto avanzado, situado sobre la margen derecha del Río Bravo. El fuego fue contestado por los ocupantes, que se replegaron sobre el molino Montemayor, que defendían 50 hombres del 20/o. Batallón, a las órdenes del Capitán 1/o. Agustín Estrada.

Las avanzadas rebeldes fueron reforzadas y dirigieron sus fuegos contra la tropa del Capitán Estrada, quien con fuegos certeros, contuvo el avance del enemigo, durante una hora. Mientras esto sucedía, llegaron a la plaza los señores Licenciado Toribio Esquivel Obregón y Oscar J. Braniff, quienes desde el inicio de las hostilidades, fueron reconocidos por el General Navarro como parlamentarios ante el grupo revolucionario, y quienes llevaron una carta de Francisco I. Madero para el General Navarro, donde se manifestaba que el ataque emprendido por sus fuerzas, no había sido ordenado por él, sino que, por el contrario, ya lo mandaba suspender, e invitaba al General Navarro para que hiciera lo mismo; se ha comentado que, quienes iniciaron las hostilidades, fueron las tropas bajo el mando de Francisco Villa y Pascual Orozco, en un acto de provocación, ya que muchos de sus hombres empezaban a retirarse del sitio, por la falta de acción en combate.

Se suspendieron los disparos atendiendo a razones de patriotismo, y por temer graves dificultades internacionales, pues al mismo tiempo, el General Navarro recibía una perentoria excitativa del Comandante Steveer de las fuerzas americanas en El Paso, advirtiendo dicho militar: “[...] que en nombre del Gobierno y del Presidente de los Estados Unidos de América se consideraría un acto hostil hacia los ciudadanos americanos que continuaran pasando proyectiles a territorio americano [...]”.¹⁰

En tanto que las tropas federales suspendieron efectivamente los fuegos, las revolucionarias no obedecieron las órdenes, sino que siguieron avanzando, y sin ser hostilizadas, pudieron, aprovechando siempre la margen derecha del río y los accidentes del terreno, flanquear a cubierto las posiciones federales,¹¹ tomando por sorpresa a los defensores, que se vieron obligados a replegarse a otras posiciones, concentrándose en el centro de la ciudad, donde estaba el Cuartel General. Abandonada la posición del molino, pudieron los rebeldes ocupar la parte norte de la ciudad y posesionarse de ella, avanzando hacia el sur, horadando las paredes de las casas.

Para las 12:00 horas se reanudó el fuego, ante el avance de las tropas revolucionarias. El asalto que emprendieron éstas contra otras posiciones, hacia el sur de la ciudad, permitió al Ejército Federal identificar a más de 400 simpatizadores, dentro de la población, que hostilizaban las líneas de defensa. El combate se prolongó hasta la media noche, cuando Roque González Garza, por órdenes de Madero, como parlamentario debidamente autorizado, propuso una capitulación, que el General Navarro rechazó con pundonor, y su respuesta fue clara: “no acepto”.

Siendo aproximadamente las 04:00 horas del día 9 de mayo de 1911, se escuchó una gran explosión; el polvorín del Ejército Federal había sido volado; fragmentos ardientes se esparcían en todas direcciones; desde ese momento, el fuego se generalizó en toda la línea de defensa; el ataque se hizo más vigoroso, pero fue rechazado por las certeras balas de los defensores, dando como resultado grandes pérdidas para los atacantes, quienes fueron perseguidos por el fuego de un mortero.

Uno de tantos problemas que tuvo que resolver el General Navarro, a la hora de la contienda, fue que, por carecer de personal, no pudo recuperar las posiciones que le dejaba el enemigo, quien al cabo de poco tiempo, volvía con más brío y con nuevos combatientes a ocupar las posiciones perdidas.

Los puntos de defensa de la iglesia, la cárcel y la jefatura política,¹² fueron terriblemente asediados por el fuego revolucionario, con la ayuda de los moradores de las casas vecinas; dichas casas fueron bombardeadas, obligando varias veces a sus ocupantes a evacuarlas con grandes pérdidas. Nuevos y numerosos refuerzos venían a ocupar los lugares batidos, haciéndose más difícil conservar los puntos de defensa. Durante todo este día, se combatió sin descanso, por todas partes.

Para estos momentos ya habían transcurrido dos días, y ninguno de los defensores había comido ni bebido, y la situación se hacía más difícil a cada momento. La tarde de ese día, murieron en el combate el Coronel Manuel Tamborrel,¹³ quien había hecho todos los preparativos para la fortificación de la plaza, y el Capitán 1/o. José L. Guerra.¹⁴ La noche transcurrió combatiéndose tenazmente.

Al amanecer del día 10 de mayo de 1911, el Cuartel del 14/o. Regimiento había sido abandonado, ante la imposibilidad de sus defensores de sostenerlo, pues estaban completamente rodeados por las fuerzas revolucionarias, quienes hacían un intenso fuego sobre ellos. La superioridad numérica de los asaltantes, por fin tuvo el éxito esperado, y las tropas federales empezaron a replegarse al Cuartel General, pues recibían fuegos por retaguardia, venidos de las casas vecinas, que ya estaban ocupadas por el enemigo.

Todos, atacantes y defensores, se encontraron en un momento en el Cuartel General, que era batido por todas partes. La situación se tornó grave, pues las tropas federales ya estaban agotadas por el cansancio, el hambre y la sed. La posición estaba rodeada totalmente por los asaltantes, quienes utilizaban cartuchos de dinamita para tomar el punto; superados los defensores en número de diez veces mayor por los efectivos que los atacaban, resistían con bravura.

Una retirada era imposible; las tropas federales, faltas de fuerza física y moral, hacían los últimos esfuerzos de que eran capaces. Ante la tremenda situación, al General Navarro sólo le quedó rendirse incondicionalmente, para evitar el sacrificio inútil de la gente que defendía el punto.

Por último, en lo que respecta a las fuerzas de apoyo de los grupos beligerantes, las tropas del Ejército Federal se encontraban desplegadas en los estados de Chihuahua y Coahuila, en poblaciones como Parral, Ojinaga, Ciudad Madero, Mal Paso, Casa Colorada, Pedernales, Casas Grandes y Torreón, por mencionar. Las distancias dificultaban un apoyo, que se requería con prontitud; por otra parte, los revolucionarios tenían el apoyo incondicional de la mayoría de la población de Ciudad Juárez, y de todos los revolucionarios que se incorporaban, así como de los habitantes de El Paso, quienes al ver los preparativos de la batalla, que se llevaría a cabo al otro lado del Río Bravo, vistieron sus mejores ropas para ver el espectáculo; se habló en aquel entonces, que más de 2,000 personas, entre ciudadanos estadounidenses, se reunieron para observar el enfrentamiento.

Se dice igualmente, que los principales jefes revolucionarios y algunos de sus acompañantes (familiares), vestían con grandes lujos, preservando las costumbres de la época. Los trajes elegantes fueron bien vistos por los curiosos que se dieron cita en la margen del Río Bravo. Esto les trajo beneficios económicos y sociales importantes, ya que llegaron a cobrar hasta un dólar por permitirse tomar una fotografía con los espectadores, actividad que tuvo excelentes resultados a la hora de la batalla.

CONSIDERACIONES

El triunfo de las tropas revolucionarias sobre las federales, propició la renuncia, el 25 de mayo de 1911, del General Porfirio Díaz, a la Presidencia de la República, pactada dicha acción en los Tratados de Ciudad Juárez. Rumbo al destierro, el General Díaz pronunció la siguiente frase, al referirse a las actividades del grupo maderista: “Madero alebrestó la caballada; ahora a ver quien la encierra”. Años después, Madero sería víctima de la ambición de los grupos porfiristas.

Podemos concluir, que la Batalla de Ciudad Juárez fue ganada por los revolucionarios, gracias al número de combatientes que logró concentrar en las inmediaciones de esta ciudad, y no a la planeación estratégica o táctica que pudieron haber aplicado los caudillos revolucionarios, encabezados por Madero; sin embargo, se estima que su gran mérito, reside en el valor de sus tropas, que improvisando sobre el terreno de combate, lograron sobreponerse a las arduas y largas jornadas bélicas que impuso el Ejército Federal, al defender la plaza. Esta batalla tuvo grandes repercusiones en el ámbito nacional, porque permitió a los diferentes simpatizantes del grupo antirreeleccionista, consolidar su posición ante la sociedad mexicana, quienes en breve habrán de cimentar las bases de un proyecto de nación, que dio como resultado el México de hoy.

Fuentes consultadas

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, *Fondo Operaciones Militares*, XI/481.5/65-66.

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, *Archivo de Cancelados*, XI/111/2-869. General de Brigada Juan J. Navarro.

XI/111/4-8891. Coronel de Infantería Manuel Tamborrel.

XI/111/9-23526. Teniente de Artillería José L. Guerra. (No está clasificado con el grado de Capitán).

Bibliografía:

Aguilar Camín, Héctor, “Historia para hoy”, en Carlos Pereyra y otros, *Historia ¿Para qué?*, Siglo XXI, México, 1990, 12/a. edición, pp.147-168.

Aries, Philippe, “¿Qué nos lleva a escribir memorias?”, en *Ensayos de la memoria, 1934-1983*, Bogotá, Colombia, 1995. pp. 411-422.

Bourdieu, Pierre, “La ilusión biográfica”, en *Historia y fuente oral, memoria y biografía*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1989, No. 2, pp.27-33.

Casasola, Gustavo, *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana*, Trillas, México, 1970, Tomo II (Edición Conmemorativa).

Cockcroft, James D., *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)*, Siglo XXI, México, 1981, (séptima edición).

Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, Era, México, 1973, pp. 262-379.

Cosío Villegas, Daniel (compilador), *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 1988, Vol. 2.

Falcon, Romana, “Las revoluciones mexicanas de 1910”, en Mexican Studies, *Estudios Mexicanos*, 1.2, verano de 1985.

García Riera, Emilio, *Historia documental del cine mexicano*, Universidad de Guadalajara, México, 1992, Tomo XII, pp. 229-243.

Garner, Paul, “Porfirio Díaz ante la historiografía mexicana. Porfirismo, antiporfirismo y neoporfirismo”, en *Porfirio Díaz, del héroe al dictador. Una biografía política*, Planeta, México, 2003, pp.13-27.

Gilly, Adolfo, *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, Nueva Imagen, México, 1991.

Guzmán, Martín Luis, *Memorias de Pancho Villa*, Compañía General de Ediciones, México, 1974.

León Toral, Jesús de, *El Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1994, Tomo II.

Hobsbawn, Eric, *El siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995, pp.7-26, 551,576.

- Katz, Friedric, *La Guerra Secreta en México*, Era, México, 1982, Tomos I y II.
- La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, Era, México, 1976.
- Katz, Friedric, *Pancho Villa*, Era, México, 1998, Vol.1 y 2.
- Knight, Alan, "Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana", en *Secuencias*, Revista Americana de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, enero-abril 1989, núm. 13, pp. 23-43.
- Krauze, Enrique, *Madero Vivo*, Clío, México, 1993.
- Krauze, Enrique, y Zenón-Medina, Fausto, *Porfirio*, Clío, México, 1993.
- Meyer, Lorenzo, "El primer tramo del camino" en Cosío Villegas, Daniel (coord.), *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1976, Tomo II.
- Pierce, Kennet R., "La Batalla de Valle Ia Drang", en *Military Review*, E.U.A., Enero-Febrero 1989, E., pp.2-15.
- Reyes Becerra, Guadalupe, *Yunque forjador de hombres de guerra. El Colegio Militar en la Revolución Mexicana 1910-1920.*, (Tesina de Licenciatura), UAM-I, México., 1999.
- Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia y el olvido*, Trotta, Madrid, 2003.
- Rosenstone, Robert A., *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*, Ariel, Barcelona, 1997, pp. 14-42, 125-163.
- Ross, Stanley, *¿Ha muerto la Revolución mexicana?*, SEP/Setentas, México, 1972, 2 vols.
- Salazar Rosendo y Escobedo José, *Las pugnas de la gleba*. Editorial Avante, México, 1923.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve Historia de la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- Tzvetan, Todorov, *Los abusos de la memoria*, Paidós, Barcelona, 1995.
- Urquizo, Francisco L., *Recuerdo que...*, Publicaciones Mundiales, México, 1947.
- Vanderwood, Paul, "Explicando la Revolución Mexicana", en *Secuencia Revista Americana de Ciencias Sociales*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, enero-abril 1989, núm. 13, pp. 5-22.
- Womack, John, *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 1969, pp. XI-XII, 1-7, 326-381.

Citas:

1. Francisco L., Urquizo, *Recuerdo que...*, Publicaciones Mundiales, México, 1947. El general Urquizo en esta obra narra una de las tantas formas de cómo los ejércitos revolucionarios compraban armamento en los poblados fronterizos de los Estados Unidos de América, destacándose que no existía restricción de las autoridades americanas, para tal efecto.
2. *Glosario de términos militares*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 2001, p. 41.
3. Kennet R. Pierce, "La Batalla de Valle Ia Drang", en *Military Review*, Enero-Febrero 1989, E.U.A., pp. 2-15.
4. Se localizó información que indica que Juan Dozal, se escribe también con "s" (Dosal).
5. Urquizo, Francisco L., Op. cit., p. 86. Se describe la forma en que se comprometían las tropas revolucionarias con sus jefes inmediatos, generalmente hombres de su región, poblado, rancho.
6. Guzmán, Martín Luis, *Memorias de Pacho Villa*, Compañía General de Ediciones, México, 1974. En esta obra se describen las formas de lealtad y obediencia que tenían las tropas revolucionaras, acción que permitió amalgamar a esta gran muchedumbre, que se dio cita en el levantamiento armado de 1910.
7. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, *Fondo Operaciones Militares*, XI/481.5/66, fojas: 1-2, en adelante (AHSDN, Fondo Operaciones Militares).
8. Ídem, fojas, 110-113. El Hospital Poligonal es en realidad el Hospital de la Paz.
9. Ídem, foja, 3. Obsérvese el Croquis de la Batalla de Ciudad Juárez (8, 9 y 10 de mayo de 1911).
10. AHSDN, *Fondo Operaciones Militares*, XI/481.5/66, foja, 2.
11. Ídem, foja, 3. Croquis de la batalla.
12. Ídem.
13. AHSDN, *Archivo de Cancelados*, XI/111/4-8891, foja, 719.
14. Ídem, XI/111/9-23526, foja, 63. En el archivo se tiene clasificado con el grado de Teniente y no de Capitán.

La Rebelión orozquista

marzo a septiembre de 1912

INTRODUCCIÓN

El orozquismo fue un movimiento de gran importancia al inicio de la Revolución Mexicana, que en la actualidad se ha minimizado, y se le recuerda más como una rebelión en contra de Francisco I. Madero, y su apoyo a las tropas federales del General Victoriano Huerta, que como la chispa que desató el movimiento revolucionario, en el estado de Chihuahua y en el país.

Por lo anterior, es necesario revalorar a Pascual Orozco y a su movimiento, que dieron un cauce social a la Revolución, y de rebelión constante contra el sistema establecido, buscando justicia social



Cuartel General de los revolucionarios antes de tomar Ciudad Juárez, Chihuahua, en donde se vivían euforia y deseos de triunfo.

y repartición de tierra para el campesinado, así como un reconocimiento para todos aquéllos que lucharon en el movimiento regenerador de 1910, y que ofrendaron sus vidas para que las generaciones futuras tuvieran una mejor vida.

Antes de analizar la rebelión orozquista, es importante recordar la situación social y política del estado de Chihuahua, así como hacer una breve semblanza de Pascual Orozco Vázquez.

PASCUAL OROZCO VÁZQUEZ

Nació en la hacienda de Santa Isabel, Distrito de Guerrero, Chih., el 28 de enero de 1882. Después de nacer, su familia se trasladó al pueblo de San Isidro, en donde pudo estudiar. Al concluir sus estudios básicos, el joven Pascual trabajó en la tienda de su padre, Pascual Orozco.

Siendo muy joven, se casó con Refugio Frías, hija de Albino Frías, por lo que tuvo que buscar un oficio con el que pudiera independizarse. En el año de 1902, compró una recua de mulas para ser arriero, trabajo que desempeñó en las compañías mineras de Chihuahua, con la que logró reunir un pequeño capital y abrió una tienda.

En 1909, se adhirió al Partido Liberal Mexicano, dirigido por los hermanos Flores Magón, conociendo la ideología anarcosindicalista. Un año después, dejó el movimiento magonista y se unió a la causa antireeleccionista, que pregonaba Francisco I. Madero, sobresaliendo como líder popular. En octubre de 1910, Abraham González lo comisionó para que organizara el levantamiento en el Distrito de Guerrero y con 40 hombres logró tomar los pueblos de Miñaca, San Isidro, Pedernales y Ciudad Guerrero. A fines de diciembre de 1910, los principales rebeldes del estado de Chihuahua, como eran José de la Luz Blanco, Francisco Villa, Cástulo Herrera y Francisco Salido, reconocieron a Pascual Orozco como Jefe

Militar Supremo del Estado.



Pascual Orozco, primer caudillo revolucionario surgido del pueblo.

A principios de 1911, Francisco I. Madero le reconoció el grado de Coronel, y le encomendó la misión de aislar Ciudad Juárez. Durante el sitio a dicha plaza, Madero le concedió la jerarquía de general brigadier. Tratando de evitar problemas con los Estados Unidos, Madero dispuso que sus tropas no atacaran el antiguo Paso del Norte. Sin embargo, Orozco, apoyado por el Coronel Francisco Villa, no obedeció las órdenes del “Apóstol de la Democracia”, y atacó Ciudad Juárez, obligando a las tropas federales a rendirse el 10 de mayo, lo que motivó que el General Porfirio Díaz decidiera renunciar a la Presidencia, para evitar que continuara el derramamiento de sangre, y salir del país, concluyendo así la primera etapa de la Revolución Mexicana.



Francisco I. Madero y Pascual Orozco, dos caudillos que iniciaron la Revolución, en noviembre de 1910.

A la renuncia y exilio de Porfirio Díaz, queda como Presidente Interino Francisco León de la Barra, quien tenía la encomienda de preparar las elecciones para elegir nuevo presidente y desarmar a los revolucionarios, para restablecer la paz en el país. Durante el interinato de León de la Barra, Orozco fue nombrado Comandante de los Rurales del estado de Chihuahua, y cuando tomó posesión de la Presidencia Francisco I. Madero, esperaba que le designaran un cargo acorde al apoyo brindado al nuevo Presidente; sin embargo, Madero se rodeó de porfiristas, dejando de lado a todos aquéllos que hicieron posible el triunfo del movimiento maderista.

A fines de agosto de 1911, Pascual Orozco fue postulado por el Centro

Independiente, como candidato a la gubernatura de Chihuahua, para oponerse a Abraham González, por lo que se le acusó de haberse unido a la oligarquía chihuahuense; finalmente tuvo que renunciar a la candidatura y retirarse de la política. Posteriormente, fue nombrado Comandante de Rurales del Estado de Sinaloa.

A mediados de enero de 1912, Madero llamó a Orozco a la Ciudad de México, sin saberse qué temas trataron; lo cierto es que de dicha entrevista, se dio el rompimiento definitivo entre ambos personajes. A fines del citado mes, Emilio Vázquez Gómez se rebeló en contra del Presidente y Pascual Orozco fue comisionado para acabar con los rebeldes, lo cual llevó a cabo sin derramamiento de sangre, ya que convenció a los partidarios de Vázquez, que depusieran las armas y se unieran a él.

Durante la segunda quincena de febrero, Abraham González renunció al cargo de Gobernador de Chihuahua, por lo que la Legislatura local propuso que Pascual Orozco ocupara la primera magistratura estatal, negándose e incluso renunció a su cargo militar, y para el 3 de marzo, Pascual Orozco se declaró en franca rebeldía contra el gobierno, teniendo como bandera el “Plan de la Empacadora”, que contenía reivindicaciones sociales, y reformas laborales y agrarias, a pesar de que decían que era financiado por la oligarquía dominante del estado, hacendados, mineros y banqueros.

El Plan de la Empacadora tenía como objetivo luchar por el triunfo de los ideales plasmados en el Plan de San Luis, reformado en Tacubaya y enriquecido con el Plan de Ayala. Dicho plan establecía que Madero había falseado y violado el Plan de San Luis; que el propio Madero había hecho la Revolución, con el dinero de los millonarios norteamericanos, por lo que se le declaraba traidor a la patria; se desconocía al Presidente y Vicepresidente; daba independencia y autonomía a los ayuntamientos; reconocía a los territorios de Tepic y Baja California como estados, además de reintegrar el territorio de Quintana Roo al estado de Yucatán y proponía la nacionalización de los Ferrocarriles Nacionales.

En cuanto a los obreros, les daba las garantías siguientes: se suprimían las tiendas de raya; se pagaría la jornada laboral con dinero en efectivo; se reducían las horas de trabajo a 10 para los jornaleros y 12 para los que laboraban a destajo; se prohibía el trabajo de los niños menores de 10 años y los de 10 a 16 años sólo podían trabajar 6 horas al día; se obligaría a los dueños de las fábricas a dar viviendas dignas a los trabajadores y que se garantizara su salud; reconocía la propiedad de la tierra de aquéllos que tenían más de 20 años en posesión de ella, además de revalidar los títulos de propiedad, y repartir los terrenos de todo el país. Adicionalmente, promovía la libertad de prensa y de pensar, y reconocía a Pascual Orozco como General en Jefe del Ejército Nacional Revolucionario.¹

SITUACIÓN POLÍTICA Y ECONÓMICA DE CHIHUAHUA ANTES DE 1910

Para entender la rebelión encabezada por Pascual Orozco, también es importante conocer las condiciones que prevalecían en el estado de Chihuahua, desde el Porfiriato hasta el inicio de la Revolución; para ello nos remontamos al año de 1879, cuando habían ocurrido varias revueltas en Ciudad Guerrero, por conflictos políticos locales, ya que la familia Terrazas ejercía un dominio absoluto en todo el estado.

Un ejemplo de ello eran los latifundios que existían en el estado, toda vez que los 19 más grandes tenían más de 100,000 hectáreas, es decir 19 personas llegaron a poseer casi el 20% de la superficie total del país. El mayor latifundio fue el del propio Luis Terrazas, que abarcaba 50 haciendas; 7 de los terratenientes mayores eran familiares de Terrazas; en total, la familia Terrazas controlaba cerca de 5 millones de hectáreas.²

También es preciso mencionar, que muchos norteamericanos e ingleses eran dueños de varias haciendas, que habían adquirido como concesiones a compañías mineras o ferrocarrileras, entre las que podemos mencionar las Palomas Land And Catle Company, Cananea Consolidated Koper Company, Highland Mexican Land And Livestock Company, así como las posesiones de William R. Hearst.³

En el estado de Chihuahua, como en la mayor parte de los estados del país, la hacienda era la unidad de producción, pero en particular en esta entidad, la ganadería fue una actividad de gran importancia,

aunque también bajo un monopolio; como ejemplo de esto podemos citar, que tan sólo Luis Terrazas, llegó a poseer 750,000 cabezas de ganado en sus haciendas.⁴

La producción agrícola era poco relevante, en relación con la ganadería, ya que se dirigía al mercado de exportación y al autoconsumo. Se cosechaba principalmente maíz, frijol, trigo y papa.

La segunda industria en importancia económica del estado, fue la minería, en la que las compañías extranjeras, norteamericanas e inglesas, dominaban la escena y solamente algunos mexicanos tenían capacidad para incorporarse a esta actividad; nuevamente, se señala que miembros de la familia Terrazas se unieron a los inversionistas extranjeros, formando grandes fortunas. Entre las principales compañías mineras destacaban la Arene and Silver Company, American Smelting and Refining Company (ASARCO), Canditarie Mining Company y Compañía Minera Santa Rita, entre otras.

Por su parte, la industria de la transformación, también estaba sujeta al monopolio de la familia Terrazas-Creel, la cual formó la Compañía Industrial Mexicana, que controlaba el servicio de comunicaciones, la cerveza, transporte urbano, seguros y alimentos. Algunos otros industriales invirtieron en empresas papeleras, de velas, cigarrillos, zapatos, relojes, piloncillo y alcohol. De igual manera, la banca estaba en manos de la familia Terrazas.

La fuerza de trabajo tenía cierta variedad, sobre todo en el campo; en las haciendas había peones, vaqueros y pastores. También existían trabajadores eventuales, que labraban las tierras durante la



Desde el inicio de la Revolución los diferentes grupos rebeldes reconocieron como jefe del movimiento a Pascual Orozco por su capacidad organizativa como jefe del movimiento.

temporada de cosecha, y el resto del año trabajaban en la industria, siendo semi-agrícolas y semi-industriales. Un sector fuerte, era el de los mineros, que cubría la mayor parte del estado, y al igual que el resto de la fuerza laboral, percibía un salario bastante bajo y tenían un jornal de 14 horas diarias.

A partir de 1906, se dio con mayor fuerza la oposición a la oligarquía chihuahuense, ya que surgen dos corrientes: la magonista y la maderista. Los magonistas, encabezados por Francisco Sarabia, trataron de tomar Ciudad Juárez, pero fueron descubiertos y sus organizadores enviados a San Juan de Ulúa; sin embargo, los pocos magonistas que quedaron en el estado, como José Inés Salazar, Antonio Anzalde y Prisciliano Silva, prepararon un levantamiento en 1908, que rápidamente fue sofocado.⁵

A raíz de la entrevista Díaz-Creelman, surgen varias agrupaciones antireeleccionistas, y por supuesto, retoma fuerza el Partido Liberal Mexicano y los magonistas. A principios de 1909, surgen varios clubes antireeleccionistas en el estado, organizados por pequeños burgueses, como Abraham González, José Perfecto Lomelín, Raúl Martínez y Silvestre Terrazas, que formaron el Partido Nacional.

En 1908, Francisco I. Madero lanzó su libro “La sucesión presidencial”, en el que criticaba al candidato a la Vicepresidencia, Ramón Corral. El propio Madero se postuló como candidato presidencial, pero como era de esperarse, su campaña fue boicoteada por las fuerzas gubernamentales, por lo que preparó una rebelión, que debería iniciar el 20 de noviembre de 1910.

Cabe mencionar, que el estado de Chihuahua fue de los más activos, en donde los grupos antireeleccionistas, dirigidos por Abraham González, se organizaron de inmediato y compraron armas y municiones. Días antes de la fecha fijada para el inicio del movimiento, se levantaron en armas Toribio Ortega, en Cuchillo Parado, el 14 de noviembre, Francisco Villa en Santa Isabel y San Andrés, el 17, y dos días después Pascual Orozco y Albino Frías, en San Isidro, Municipio de Guerrero. El día 20 de noviembre se generalizó la rebelión armada, la cual fue secundada por los magonistas Praxedis A. Guerrero, José Inés Salazar y Tomás Loza.⁶

Maderistas y magonistas luchaban contra el régimen porfirista, con identidades separadas y objetivos distintos; incluso en los combates donde participaban ambas facciones, portaban emblemas muy similares; los maderistas traían una bandera roja con la leyenda “Tierra y Libertad” y los magonistas solamente una franja, roja con el mismo lema.

Rápidamente, la Revolución se propagó por todo el estado, y los principales líderes rebeldes se empezaron a reunir para coordinar sus movimientos, lo que favoreció el fortalecimiento de la rebelión en el estado. A finales de enero de 1911, las fuerzas revolucionarias se concentraron alrededor de Ciudad Juárez, y a mediados de febrero, Francisco I. Madero entró a territorio chihuahuense, para dirigir el movimiento, estableciendo su Cuartel General en Bustillos, Municipio de Cuauhtémoc, cerca de la ciudad de Chihuahua.

De todos los jefes revolucionarios que actuaron en esta fase de la Revolución, fue Pascual Orozco, quien dio muestras de capacidad organizativa, que le merecieron el nombramiento de Jefe Militar Supremo del Estado; el propio Madero le concedió el grado de Coronel y posteriormente, el de General Brigadier.



Francisco Villa y sus Tropas combatieron la revuelta orozquista.

A principios de mayo de 1911, Francisco I. Madero ordenó a sus tropas que no atacaran la plaza de Ciudad Juárez, porque podrían provocar un incidente internacional. Sin embargo, Pascual Orozco, Francisco Villa, José de la Luz Blanco y el italiano Giuseppe Garibaldi, contraviniendo a su líder, atacaron, obteniendo el primer gran triunfo de la Revolución Maderista, que obligó al Presidente Porfirio Díaz a dejar el poder, para evitar derramamiento inútil de sangre.

Finalmente, el 21 de mayo, representantes gubernamentales y maderistas firmaron los Tratados de Ciudad Juárez, por los cuales Presidente y Vicepresidente renunciaron a sus cargos, que el Secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra sería nombrado Presidente Interino y serían licenciadas las tropas revolucionarias, es decir, que todo quedaría igual que al iniciarse el movimiento maderista, que la Revolución no había triunfado, sólo había ayudado a cambiar de gobernante y por lo tanto, que todo el esfuerzo de los rebeldes había sido en vano.⁷

El interinato de León de la Barra se avocó a restaurar el antiguo régimen en la mayoría del país; los elementos revolucionarios que participaron en el nuevo gobierno, fueron contados. En el estado de Chihuahua, la situación fue diferente; el gobernador, Coronel Miguel Ahumada, renunció y en su lugar fue designado Abraham González, quien tomó posesión el 10 de junio, y 11 días después, las fuerzas maderistas entraron a la ciudad de Chihuahua.

Abraham González se enfrentó a varios problemas; para empezar, la antigua oligarquía chihuahuense no estaba dispuesta a perder sus privilegios. Por su parte, el gobierno maderista cambió a los presidentes municipales y nombró nuevos regidores, síndicos y juntas municipales, provocando con ello dificultades entre las nuevas autoridades y los caciques.

Otro problema fue que los magonistas no quedaron conformes con los tratados de Ciudad Juárez, por lo que exhortaron a sus afiliados a mantener las armas, hasta que se cumplieran los principios que postulaban. Varios partidarios encabezados por Prisciliano Silva y José María Rangel continuaron la rebelión en todo el estado, sobre todo en el Distrito de Galeana.

Los tratados de Ciudad Juárez disponían el licenciamiento de las tropas revolucionarias, que se inició en el mes de junio. Bajo este procedimiento, en la ciudad de Chihuahua fueron licenciados 1,600 revolucionarios, dando a cada uno \$50.00 por sus servicios y \$25.00 por sus armas, así como una orden de ferrocarril para trasladarse a sus hogares. El encargado de licenciar las tropas en el estado de Chihuahua fue Pascual Orozco, quien con los revolucionarios organizó tres cuerpos rurales en Ciudad Juárez, Chihuahua e Hidalgo del Parral, bajo el mando de José de la Luz Blanco, José de la Luz Soto y del propio Pascual Orozco.

Pascual Orozco fue nombrado Jefe de la 1/a. Zona Rural, dependiente de la Secretaría de Gobernación, mientras que Francisco Villa dejó sus tropas bajo el mando de Raúl Madero, y se retiró a la vida civil, en Chihuahua. Es importante comentar que a Orozco lo gratificaron con \$50,000 y a Villa con \$10,000 en calidad de préstamo, mientras que otros jefes como Toribio Ortega y Tomás Urbina, solamente recibieron \$50.00 por sus servicios prestados a la causa, lo que produjo resentimientos.⁸

El gobierno interino de Abraham González se caracterizó por aplicar una serie de medidas reformistas, para resolver los problemas sociales y económicos del estado, como fueron la creación de nuevos municipios, en los lugares donde las compañías mineras y forestales extranjeras controlaban la economía, para tratar de liberarlos de la explotación; así mismo, implantó una nueva política de impuestos para impulsar la industria y el comercio, y con ello equilibrar las contribuciones, disminuyendo los impuestos a las clases media y baja, e incrementándolos a la clase alta.

Condonó los impuestos a los causantes menores afectados por el movimiento maderista. Sin embargo, la medida más importante fue la de tomar la iniciativa de reformar la Constitución Estatal, establecer el municipio libre y la supresión de los jefes políticos, para garantizar la libertad y la democracia.

A fines de agosto de 1911, se llevaron a cabo las elecciones para gobernador, en las que los candidatos más fuertes fueron el propio Abraham González y Pascual Orozco, que empezó siendo



Pascual Orozco caudillo de la rebelión más importante en contra del gobierno de Francisco I. Madero.

apoyado por el Club Independiente de Chihuahua, y que finalmente terminó siendo financiado por la oligarquía chihuahuense, que se vio afectada por las medidas tomadas por Abraham González. Finalmente, Pascual Orozco, ante las constantes críticas, renunció a su candidatura, saliendo triunfante el propio González.

Por lo que respecta a las elecciones presidenciales, en julio de 1911, Francisco I. Madero anunció su candidatura, acompañado de José María Pino Suárez para la Vicepresidencia; en este momento, el pueblo de Chihuahua aceptó la candidatura de Madero, pero repudió a Pino Suárez, votando por Vázquez Gómez, quien finalmente perdió la Vicepresidencia.

Madero tomó posesión de la Presidencia de la República el 6 de noviembre de 1911 y designó a Abraham González como Secretario de Gobernación, quien solicitó licencia para separarse del cargo de Gobernador de Chihuahua, quedando como interino Aureliano S. González.⁹

A fines de 1911, se dieron en el país varias rebeliones en contra del gobierno de Madero. En Morelos se levantó en armas Emiliano Zapata; incluso el Presidente llamó a la Ciudad de México a Pascual Orozco, y se infiere que le pidió ponerse al frente de las tropas que combatían a los zapatistas. A su regreso a Chihuahua, Pascual Orozco renunció al mando de la 1/a. Zona Rural, argumentando que sus servicios no eran necesarios, pero la Secretaría de Gobernación le pidió que permaneciera en el cargo hasta el 1/o. de marzo de 1912.

A fines de enero de 1912, se inició en Ciudad Juárez un movimiento apoyando a Vázquez Gómez, que tomó cierto orden, cuando el 2 de febrero proclamaron el Plan de Santa Rosa, por el que exigían el cumplimiento del Plan de San Luis Potosí. Dicho Plan fue apoyado por varios grupos del estado de Chihuahua, opositores a Madero. Ante la situación tan alarmante, el gobernador Aureliano S. González renunció a su cargo, por lo que la legislatura local aceptó la renuncia y nombró en su lugar a Pascual Orozco, quien no aceptó la gubernatura,



El movimiento orozquista alcanzó gran popularidad en el estado de Chihuahua, así como en Durango y Coahuila, voluntarios de todas las especialidades se integraron a su Ejército.

manifestando que su cargo ameritaba toda su atención para acabar con la rebelión. Finalmente, Aureliano S. González se vio obligado a continuar como titular del Poder Ejecutivo Estatal.

Ante la situación en su estado natal, Abraham González renunció a la Secretaría de Gobernación y reasumió el cargo de Gobernador, proclamando que Pascual Orozco, acusado de dirigir ocultamente las diversas rebeliones que asolaban el estado, era un “ciudadano digno y patriota y un fiel soldado”.

A principios de febrero estalló en Casas Grandes otra rebelión, encabezada por José Inés Salazar, Emilio P. Campa y Demetrio Ponce, quienes argumentaban que la Revolución había sido traicionada, por lo que nombraban a Pascual Orozco como su líder y General en Jefe del Ejército Libertador. Ante ello, Pascual Orozco no afirmó ni rechazó la propuesta... sólo calló y esperó.

El 27 de febrero, Ciudad Juárez cayó en poder de los vazquistas, apareciendo varios grupos que apoyaban a los rebeldes, por lo que el propio Madero autorizó a algunos coroneles, entre ellos Francisco Villa, para formar tropas irregulares y combatir a los sublevados.

El 1/o. de marzo, Orozco renunció a la Jefatura de la 1/a. Zona Rural y lanzó un manifiesto al pueblo de México, en el que anunciaba su separación de las fuerzas rurales. El día 3 dirigió otro llamado, esta vez al pueblo de Chihuahua, para que tomara las armas en defensa de la sociedad. En el distrito de Galeana, José Inés Salazar y Emilio P. Campa se movilizaron para apoyar a Orozco, al igual que en Durango, Benjamín Argumedo y Pedro Rodríguez Triana se trasladaron al norte para unirse a los rebeldes.

El 4 de marzo, por fin Pascual Orozco desconoció a Madero como Presidente, anunció que tomaría la Ciudad de México y de inmediato tomó el mando de las Fuerzas del Ejército Libertador Revolucionario o “Los Colorados “ como se les llamó popularmente, porque tenían un listón rojo en el sombrero.¹⁰

REBELIÓN OROQUISTA

Al estallar la rebelión encabezada por Pascual Orozco, el estado de Chihuahua entró en plena efervescencia, reinando la inquietud. En Ciudad Juárez se activó el reclutamiento para crear nuevas unidades rebeldes, pagando a los soldados un haber de 2 pesos diarios.

El 6 de marzo, los diputados locales se adhirieron al movimiento rebelde y designaron como Gobernador interino a Felipe R. Gutiérrez, argumentando la falta de gobernador titular. Ese mismo día, Pascual Orozco protestó como Jefe de vazquistas y oroquistas, jurando luchar por el triunfo del Plan de San Luis, reformado en Tacubaya.

Dos días después, Orozco lanzó un manifiesto, en donde explicaba los orígenes e ideales del movimiento, argumentando que la “explosión” era inevitable, por las decepciones y descontentos, y que la Revolución Maderista no había cumplido sus promesas, y la situación económica, social y política era la misma que durante el Porfiriato, con la misma organización y hombres. Además, defendía los objetivos de su lucha, en los siguientes términos: exacto cumplimiento de los preceptos de la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma, libertad política y religiosa, sufragio efectivo y no reelección, fomento de la instrucción pública, mejorar las escuelas y las



La rebelión oroquista paralizó las comunicaciones, impidiendo el paso de los ferrocarriles a las poblaciones importantes.

condiciones laborales de los maestros, el respeto a la soberanía de los estados e independencia de los municipios, abolición de las Jefaturas Políticas, establecer una verdadera democracia, distribuir las tierras a sus legítimos propietarios y negaba toda alianza con los antiguos porfiristas.¹¹

Así mismo, Pascual Orozco dictó varias disposiciones y decretos, entre los que sobresalían la reducción en un 50% de los derechos de importación de mercancías que entraran por las aduanas controladas por los rebeldes, declaró a Madero y a su familia fuera de la ley, por malversar los fondos de la Nación y tomar los bienes del pueblo, y que su movimiento reconocía a las autoridades que se adhirieran a los principios postulados por la causa renovadora. Así mismo, anulaba todos los préstamos y concesiones hechos por el gobierno de Madero.

Por su parte, el gobierno norteamericano impidió la venta de armas y municiones a los rebeldes, por lo que el 14 de marzo dispuso que los comercios y particulares, que tuvieran armas y municiones, los presentaran al Cuartel General de los rebeldes, donde se les pagarían.

El 25 de marzo, el General Orozco, tomando como base los postulados del Partido Liberal Mexicano, lanzó el “Plan de La Empacadora”, dirigido a la Nación y firmado, además, por los jefes revolucionarios José Inés Salazar, Emilio P. Campa, Benjamín Argumedo, Jesús José Campos (Cheche Campos), Demetrio Ponce, José Córdova, Félix Terrazas y Gonzalo Enrile, entre los que sobresalían los dos primeros, que tenían influencia anarcosindicalista.

Entre los puntos principales, destacan los siguientes: desconocía a Madero como Presidente y lo declaraban fuera de la ley, anulaba las elecciones, eliminaba la Vicepresidencia, criticaba las reformas del periodo presidencial de 4 a 6 años, apoyaba la autonomía de los municipios y suprimía las jefaturas políticas, además de demandar que la libertad de expresión fuera real.

Sin embargo, los artículos más importantes fueron relativos a las cuestiones sociales y económicas, entre los que sobresalían la supresión de las tiendas de raya, el pago de sueldos en efectivo; establecimiento de la jornada laboral de 10 horas, la construcción de alojamientos higiénicos para los trabajadores; además, pedía la nacionalización de los ferrocarriles y la contratación de trabajadores nacionales para operarlos.

Adicionalmente, en el aspecto agrario reconocía que los propietarios de las tierras eran aquellas personas que acreditaran 20 años en ellas, restitución de las tierras a sus legítimos propietarios, el reparto de terrenos baldíos y nacionales, así como de los grandes latifundios, que no fueran cultivados por los propietarios. Como vemos, este plan buscaba sobre todo, proteger a los más necesitados, y varios de sus postulados fueron adoptados por el Congreso Constituyente de 1916.

Lo contradictorio del Plan de La Empacadora fue que, en un principio, lo impulsó y financió la oligarquía de Chihuahua. El objetivo era buscar el apoyo del pueblo, con postulados que buscaran su bienestar, conducidos por un caudillo popular, como era Pascual Orozco, capaz de controlar a las masas y, a su vez, aparentar que era controlado por los latifundistas, aunque en la realidad sólo los utilizaba. El objetivo tuvo éxito, ya que de inmediato el pueblo se unió al movimiento rebelde, tratando de mejorar su condición de vida.¹²

Por si fuera poco, el General Pascual Orozco emitió varios decretos para allegarse dinero, al autorizar que los bancos del estado de Chihuahua emitieran cheques al portador o certificados de depósito, así como anuló las penas monetarias a los deudores de impuestos, para tratar de que cumplieran con sus obligaciones tributarias. Anuló el valor de los timbres impresos por el Gobierno Federal y emitió estampillas con el lema "Ejército Nacional Revolucionario".

Orozco tomó la capital del estado, y el gobernador Abraham González desapareció, lo que facilitó que de todas partes surgieran grupos que se declaraban abiertamente orozquistas; incluso los vazquistas, que tenían ocupada Ciudad Juárez, reconocieron a Orozco como líder del movimiento, fusionando sus tropas con los orozquistas. Vázquez Gómez y Orozco se entendieron por poco tiempo, ya que rápidamente hubo desacuerdos por las aspiraciones del primero a la Presidencia de la República, por lo que el segundo no lo apoyó, tomando control del movimiento.

El movimiento rebelde alcanzó gran popularidad en el estado de Chihuahua; las masas fueron atraídas por el carisma de Orozco, quien con los voluntarios (carpinteros, panaderos, ferrocarrileros y hasta artistas de teatro) se integraron nuevas corporaciones, a los que Orozco dio una organización militar efectiva, llegando a contar con cerca de 6,000 hombres, procedentes de San Buenaventura, Urique, Chinipas, Guasapare, Camargo, Jiménez, etc.; incluso se formó un cuerpo de la Cruz Roja, con enfermeras, camilleros y médicos.

En varias zonas del estado se interrumpieron las comunicaciones, impidiéndose el paso de los ferrocarriles a las poblaciones importantes. Empezaron a escasear varios productos, lo que propició el aumento de precios. Por la falta de papel, la mayoría de los diarios suspendieron sus ediciones.¹³

SE INICIAN LAS ACCIONES ARMADAS

Una vez iniciada la rebelión orozquista, el gobierno trató de reunir tropas para combatirla; para ello pensó de inmediato en el Coronel irregular y antiguo guerrillero, Francisco Villa, quien el 3 de marzo, con 800 hombres, se enfrentó a los orozquistas cerca de Chihuahua, pero rápidamente fue derrotado por el propio Pascual Orozco; al respecto, el jefe de la rebelión informó al General José Inés Salazar.

*"...Esta mañana batí a Villa que trae como ochocientos hombres. Lo desbandé completamente, pero temo repela esta noche el ataque. Espero a todos ustedes violentamente aquí. Pascual Orozco..."*¹⁴

Mientras tanto, en la Ciudad de México, el Secretario de Guerra y Marina, General José González Salas presentó su renuncia el día 4, en la que solicitó al Presidente Madero ser relevado del cargo, quedando como titular de la Secretaría de Guerra y Marina, el General Ángel García Peña, y ser comisionado para combatir a los rebeldes. Para el efecto, el Presidente Madero lo designó Comandante de la Columna de Operaciones que se llamó División del Norte, disponiéndose que sus fuerzas se concentraran en la Plaza de Torreón, Coah., para de ahí iniciar el avance hacia el estado

de Chihuahua. El General González Salas salió rumbo a Torreón el 8 de marzo, y a su llegada organizó a sus tropas de la siguiente manera:

Mando: General González Salas.

Estado Mayor: Mayor de Estado Mayor Nicolás Martínez.

1/a. Brigada:

Integrada por 2 Compañías del Batallón de Zapadores, 2 Compañías del 6/o. Batallón de Infantería, 2 Compañías del 20/o. Batallón de Infantería, 29/o. Batallón de Infantería, 33/o. Batallón de Infantería y 1 Batería de Artillería de Campaña (4 piezas de 75 mm.)

Total: 1 General Brigada, 1 General Brigadier, 5 jefes, 67 oficiales y 1,327 de tropa.

1/a. Brigada de Caballería:

Al mando del General Brigadier Fernando Trucy Aubert, integrada por 1 Escuadrón del 6/o. Regimiento de Caballería, 3 Escuadrones del 10/o. Regimiento de Caballería, 1 Escuadrón del 13/o. Regimiento de Caballería, y 1 Batería de Artillería de Montaña (4 piezas de 70 mm.)

Total: 1 General Brigadier, 4 jefes, 27 oficiales y 518 de tropa.

2/a. Brigada de Caballería:

A las órdenes del General Brigadier Joaquín Téllez, integrada por: 2 Escuadrones del 7/o. Regimiento de Caballería, 1 Escuadrón de Gendarmes del Ejército, 1 Batería de Artillería de Montaña (4 piezas de 75 mm.) y 1 Sección de Ametralladoras (4 piezas).

Total: 1 General Brigadier. 3 Jefes, 24 oficiales y 359 de tropa.

Por su parte, el llamado Ejército Nacional Revolucionario, se integró en tres columnas, de la siguiente manera:

1/a. columna: 3,000 hombres y 4 piezas de artillería, con Cuartel General en Jiménez, bajo el mando del General Emilio P. Campa; 2/a. Columna: 3,000 hombres, con Cuartel General en Chihuahua, bajo el mando del General Pascual Orozco; 3/a. Columna: con 1,500 hombres, con Cuartel General en Hidalgo del Parral, bajo el mando del General José Inés Salazar.

El General González Salas dispuso que la 1/a. Brigada bajo su mando, avanzara por tren; la 1/a. Brigada de Caballería, paralela a la vía férrea y la 2/a. Brigada de Caballería avanzara de Mapimí, por el antiguo camino a Chihuahua, para reunirse el 24 de marzo al resto de las tropas en Jiménez. El primer combate formal se dio el 24 de marzo, entre las estaciones de Zavalza y Ceballos, donde la 2/a. Brigada de Caballería de la División del Norte, se enfrentó a 500 orozquistas. La batalla duró cerca de 4 horas y al final los “colorados” tuvieron que retirarse.

Ese mismo día, las tropas del General González Salas siguieron su avance por vía férrea, en 4 trenes, el primero con 3 góndolas blindadas, en donde iban los zapadores, 2 ametralladoras y el material de reparación, el General González Salas y su Estado Mayor; así como el personal del 6/o. Batallón; en el segundo tren viajaban el 29/o. Batallón de Infantería, la Batería de Artillería de Montaña y una Sección de Ametralladoras; en el tercero iba el 20/o. Batallón y en el último el 33/o. Batallón de Infantería y una Batería; a la vanguardia iba el Escuadrón de Gendarmes y la 2/a. Brigada de Caballería, como guarda flancos del convoy.

El día 24, las tropas federales llegaron a la Estación de Rellano, cerca de Jiménez, donde el General González Salas se preparó para el combate. En tanto, los rebeldes, al tener noticia de que se acercaban las fuerzas federales, mandaron una locomotora o “máquina loca”, cargada de dinamita, que salió de la pendiente al norte de Rellano, la cual chocó contra las góndolas blindadas, causando gran sorpresa entre los federales, además de gran cantidad de muertos.

Al darse la explosión, inmediatamente los “colorados” atacaron a la División del Norte, en el cañón de Rellano. La batalla se inició a las 10:00 hrs., y para el mediodía, los federales habían ocupado las principales elevaciones; sin embargo, cuando se estaban reacomodando, las fuerzas del General Salazar llegaron en apoyo de sus compañeros, obligando a retirarse a los federales. Cabe mencionar, que los rebeldes estuvieron a punto de envolver a los federales, pero gracias a la reacción del General Joaquín Téllez, quien de inmediato apoyó el flanco, evitó el desastre total.

A las 13:00 horas de la tarde, el General González Salas, al ver que la derrota de sus tropas era inminente, dispuso que se replegaran hacia Torreón, toda vez que los orozquistas seguían presionado a sus diezmadas tropas. Para el efecto, el General Téllez realizó una maniobra de retardo para proteger la retirada del grueso de la División del Norte, aunque esto les costó perder 2 piezas de artillería.

En el parte rendido por el General Téllez, se describe lo siguiente:

“...El día 24 en la madrugada recibí orden de continuar mi marcha con Vanguardia rumbo al Norte... continué a Rellano, practicando extensos reconocimientos; a las 9 a.m. llegaron los trenes de la columna del Sr. General Salas... hice desplegar mi columna avanzando: Gendarmes del Ejército por la izquierda, la artillería al centro; un Escuadrón del 7/o. Regimiento por la derecha y otro extendido al frente en tiradores con sus elementos de reconocimiento y exploración. El resto formó en línea desplegada a retaguardia como sostén de la artillería.

El terreno se prestaba a una emboscada y apresuré la aproximación del enemigo... a las 09:30 de la mañana a toda velocidad se vio que venía contra nuestros trenes una máquina...se había previsto este caso y se había abierto la vía en dos lugares distintos para evitarlo, ignoro que circunstancias concurren pues al acercarse la máquina citada se precipitó sobre las tres góndolas de fierro..... el choque se efectuó con gran estruendo, volando en fragmentos las góndolas y haciéndose pedazos la máquina suelta, pero nada pasó a la máquina del tren ni al resto del convoy...



Pascual Orozco con los principales caudillos del Ejército Nacional Revolucionario.

Poco después explotó en los aires y en nuestra dirección una granada enemiga... comencé a batir a los rebeldes y a su artillería... En esos momentos se desprendieron de los trenes las fuerzas del 20/o. Batallón y el 29/o. Batallón...

Avanzaron en tiradores hacia las posiciones enemigas, apoyando su marcha con una batería de cañones de Montaña Mondragón... para proteger mejor el avance de la infantería, rápidamente destacué la Batería de ametralladoras al frente y a mi derecha... el enemigo de lejos y por los cerros trataba de envolverme.

Durante este tiempo no se habían oído disparos de la infantería y los rebeldes bien parapetados esperaron a que la infantería estuviera cerca en cuyo momento, empeñaron el combate que fue rudo, pero desde las diez de la mañana hasta las doce no se suspendió, nutrido y de tal manera intenso que no se distinguía el fuego de las ametralladoras: varias veces acallamos el fuego de las ametralladoras y cañones enemigos. A esta hora el enemigo había perdido terreno, pero pudimos distinguir el humo de los trenes que venían del Norte por detrás del cerro; y al acercarse al campo enemigo, mi Batería rompió sus fuegos sobre ellos.. tengo la seguridad de que este fuego causó mucho estrago en el enemigo, pues a pesar del refuerzo llegado, la infantería nuestra pudo venir replegándose en escalones al paso y con todo orden. La Batería de Montaña de esa fuerza, carente de municiones, se replegó a mi posición y la infantería hizo lo mismo. En esos momentos, el enemigo avanzó sobre mi posición y con la fuerza de mi regimiento logré rechazarlo del frente y de mi flanco derecho por donde pretendía envolverme.

Como ya había organizado la fuerza de Infantería rechazada y la utilizaba en la defensa de mi posición, pero una retirada violenta hubiera sido un desastre al retirarla y retirar la Caballería de los puestos que me sostenían y el enemigo se me hubiera echado encima, perdiendo yo, hombres, caballos y cañones, pues con todo y estando batiendo vigorosamente y conteniéndolo, ya me había hecho muertos y heridos, matando ganado de la

artillería. En tal situación, los trenes se alejaron al Sur y el enemigo redobló su ataque, pero conteniéndolo siempre fui retirando la Artillería por un camino cubierto entre las lomas, haciéndolo por escalones de pieza, sosteniendo la retirada Gendarmes del Ejército y el 7/o. Regimiento, mientras la Infantería iba flanqueando las alturas de nuestra marcha.

El enemigo continuaba su avance sobre nosotros, envolviéndonos y lo hubiera logrado si en esos momentos no hubiera yo hecho jugar todas las piezas a la vez sobre el enemigo y empeñar el fuego de la tropa; pero en las circunstancias de tal momento se agotaban las municiones. De estas posiciones fui retirando una a una a retaguardia pieza por pieza, hasta colocar en la última loma de la salida del cañón... donde acabé de reconcentrar el material y las tropas, en cuyo punto estuvimos batiéndonos con el enemigo. Este último queda a la altura de la estación "Asúnsolo", a 9 kilómetros de la de "Rellano" y a la hora en que llegué a esa lugar, fueron las siete de la noche".¹⁵

Por su parte, el General Campa, en sus partes mantuvo informado al General Pascual Orozco, con documentos como el telegrama donde pide armas y parque:

"Campo de Operaciones en Rellano, marzo 24 de 1912. General Pascual Orozco hizo Fuego continuo nutrido. Nuestros cañones hacen excelentes tiros al enemigo y numerosas bajas. Número de enemigos, dos mil. Urgen armas y parque. Seguiré informando. Emilio P. Campa".¹⁶

Al final de la sangrienta y agotadora batalla, el General Campa mandó un parte a Orozco, informándole de la brillante victoria de los colorados:

"Campo de Operaciones en Rellano. Marzo 24 de 1912. General P. Orozco hijo. Chihuahua. Tengo el honor de informar a usted haber derrotado a los dos mil federales después de un fuerte combate de seis horas, habiendo capturado dos ametralladoras, treinta soldados federales prisioneros, seis de ellos heridos y centenares de muertos... General Emilio P. Campa".¹⁷

Ante esta lamentable derrota y durante la retirada de las tropas federales, el General González Salas, quien viajaba en su carro Pullman, al llegar a la estación Bermejillo se disculpó y dijo a sus oficiales que iba al sanitario, donde se suicidó. Algunos autores dicen "que se sentía abrumado por el peso de la derrota y la vergüenza de un militar digno"; otros, que se quitó la vida "en un acto de pundonor y vergüenza"; lo cierto es que no pudo soportar la derrota contra un ejército rebelde, que no tenía la preparación profesional, y la capacidad táctica y estratégica que su División.

Cabe mencionar, que el General González Salas solicitó combatir personalmente a los rebeldes, porque era originario de la ciudad de Chihuahua; pero de acuerdo a su hoja de servicios, la mayor parte de su tiempo de servicios desempeñó comisiones en oficinas administrativas, y solamente participó en las campañas de Yucatán, en 1903, contra los mayas, y en la de Sonora, de 1906 a 1909, contra los yaquis, por lo que nunca se había enfrentado a un enemigo frontal, como era el Ejército Nacional Revolucionario.¹⁸

Para el día 26, el General Trucy Aubert, al frente de la 2/a. Brigada, avanzaba hacia Jiménez; sin embargo, se encontró en Ancón con tropas del General Campa, haciéndoles frente con gran

valor, logrando abrir una brecha para continuar su avance. Sin embargo, en San Pedro se enfrentó nuevamente a fuerzas orozquistas, pero esta vez fue obligado a replegarse. Para el 28 llegaron refuerzos “colorados”, para atacar a las tropas federales, a quienes derrotaron, quitándoles dos cañones, dos ametralladoras y la mayor parte de la impedimenta (provisiones y cartuchos). Finalmente, el General Aubert llegó a Mapimí el 1 de abril, con su derrotada Brigada.

De igual manera, el Coronel Francisco Villa operaba por el rumbo del Parral, quien se enfrentó el 2 de abril a fuerzas del General Campa, rechazándolo, pero los orozquistas recibieron refuerzos y derrotaron a Villa, obligándolo a desalojar la plaza. Villa se fue a Torreón para presentarse a las fuerzas federales que se reorganizaban en esa plaza.

Al conocerse en México la noticia de la derrota de las tropas federales, el Presidente Madero nombró nuevo Comandante de la División del Norte al General de Brigada Victoriano Huerta, quien de inmediato reorganizó la maltrecha División, para lo cual designó al Teniente Coronel Guillermo Rubio Navarrete, Comandante de la Artillería, al General de Brigada Antonio Rábago, de la División de Caballería, al General Joaquín Tellez de la 1/a. Brigada, al Coronel Francisco Manzano de la 2/a. Brigada y al recién ascendido General irregular Francisco Villa, de la Brigada Villa.

Las tropas federales quedaron organizadas de la siguiente manera:

Brigada Téllez integrada con las siguientes unidades:

- 23/o. Batallón de Infantería.
- Batallón de Voluntarios de Xico.
- 33/o. Batallón de Infantería y
- Batallón de San Luis Potosí.

Brigada Manzano integrada con:

- 5/o. Batallón de Infantería.
- Regimiento Irregular “Mariano Escobedo” (organizado con empleados de la banca y el comercio) y
- Batallón de Voluntarios Ferrocarrileros.

División de Caballería, integrada con:

- 1/a. Brigada.
- Escuadrón de Granaderos
- 4/o. Regimiento.
- 7/o. Regimiento.
- 2/a. Brigada de Caballería.
- Cuerpo de Guías.
- Cuerpo de Carabineros de Nuevo León.

- 49/o. Cuerpo Rural y
- Cuerpo de Carabineros de San Luis Potosí

La Artillería se integró con:

- 1/a. Batería de Montaña.
- 4 Baterías de batalla.
- 2 Baterías de ametralladoras.

Posteriormente se agregaron a la División, los Regimientos Irregulares “Hidalgo”, “Juárez” y “Morelos”, con los que se integró la Brigada “Villa”, comandados por Manuel Chao, Maclovio Herrera y Tomás Urbina, quienes posteriormente se destacaron en la lucha contra el Ejército Federal del gobierno del General Victoriano Huerta.¹⁹

Los “colorados” lograron reunir 10,000 hombres y 7 piezas de artillería, 3 capturadas a los federales y 4 fabricadas en sus talleres. Preparado para combatir y tratando de distraer al enemigo, Pascual Orozco mandó a José Inés Salazar a que realizara una incursión a territorio de Coahuila, misma que fracasó, porque una columna federal, bajo el mando del General Trucy Aubert, la derrotó en Cuatro Ciénegas.

Orozco, a principios de mayo, mandó dos columnas de avance, una bajo el mando de Cheche Campos a Tlahualilo, Dgo., y la otra a Mapimí, a cargo de Emilio P. Campa, que tenía como objetivo llegar a Pedriceña, para cortar la comunicación al sur y oriente de Torreón. El General Huerta, al saber del avance de tropas rebeldes, ordenó que las tropas Irregulares de Villa hicieran frente a los orozquistas, lo que se dio el 6 de mayo, en Tlahualilo, Dgo., en el que después de varias horas de combate, Villa logró repeler los ataques orozquistas; sin embargo, los federales recibieron refuerzos y pudieron derrotar a las fuerzas de Cheche Campos, quien abandonó 600 caballos y 10 carros de provisiones, además de sufrir gran cantidad de bajas.²⁰

La columna de Campa, en un principio derrotó a las tropas federales, pero ante la llegada de refuerzos, entre ellos del 29/o. Batallón del General Blanquet, los orozquistas fueron derrotados en violentos combates en Avilés, que se dieron del 21 al 27 de mayo, por lo que Campa con su gente, se regresó al norte para unirse a Pascual Orozco.²¹

El General Victoriano Huerta, al conocer los alcances y la capacidad combativa del enemigo, ordenó que la División del Norte avanzara al norte. Los federales llegaron al Cañón del Conejo, que tenía una extensión de 11 kilómetros de Lomas. Los orozquistas se posicionaron en la Loma de Banderas, ideal para la defensa.

El combate se inició a las 7:00 de la mañana del 12 de mayo, en la que tuvo un papel primordial la artillería federal, que protegió a la infantería con una “barrera rodante”. Después de 7 horas de intenso combate, los federales desbordaron las posiciones orozquistas. A las 14:00 hrs., la

Brigada Trucy Aubert atacó el Cerro de Banderas; los rebeldes contraatacaron, pero fracasaron, por lo que José Inés Salazar y Luis Fernández ordenaron la retirada. Los rebeldes tuvieron más de 600 bajas (400 muertos y 200 heridos), perdieron 107 carros de ferrocarril, 3 locomotoras, 3 cañones, 7 tubos lanzabombas, 550 caballos, así como equipo y víveres. Por su parte, los federales tuvieron 400 muertos y 75 heridos.²²

El General Victoriano Huerta informó al Presidente de la República, sobre los hechos de aquella brillante y sangrienta victoria federal:

*“Después de siete horas y media de combate, han sido tomadas posiciones y puesto en fuga una columna de cinco mil rebeldes que obstruían el paso, mandada por Orozco. Al enemigo he recogido artillería en número de diez cañones... El campo está regado de cadáveres cuyo número pasa de 400. Conducta de las tropas de la división de mi mando, brillante... Sigo avanzando...”.*²³

El Comandante de la División del Norte dio descanso a sus tropas, y después de 9 días siguió su avance hacia el norte; esta vez se enfrentarían a los orozquistas en Rellano, lugar de los fatídicos recuerdos para las tropas federales. La vanguardia de la División del Norte estuvo comandada por el General Francisco Villa, quien dio parte al General Huerta sobre las posiciones del enemigo, información fundamental para que el General Huerta dispusiera el orden de ataque siguiente:



*Francisco Villa, acérrimo enemigo de Pascual Orozco.
Apoyó a las tropas federales para derrotar a los orozquistas.*

Centro: 15/o. Batallón y Batallón de Ferrocarrileros.

A la derecha: Brigada Villa.

A la izquierda: Brigada Madero.

Retaguardia: División del Norte.

Artillería: Empleada para apoyar a unidades del primer escalón.

El combate dio inicio a las primeras horas del 22 de mayo, sobresaliendo la artillería, a cargo del Teniente Coronel Rubio Navarrete, quien castigó sin descanso al ala izquierda orozquista, hasta permitir que el Batallón de Xico y el Regimiento Mariano Escobedo, apoyados por la Brigada Villa se incorporaron para atacar. El ataque fue rechazado y los orozquistas contraatacaron el ala derecha federal, y cuando estaban a punto de penetrar la cima enemiga, llegaron en apoyo federal el Escuadrón de Gendarmes del Ejército y el 56/o. Cuerpo Rural, por lo que la ofensiva fracasó.

Al ver amenazada su ala derecha, el General Huerta la reforzó con las Brigadas Rábago y O'Horan, apoyadas por la artillería. Toda la línea federal avanzó para presionar a los orozquistas, y para las 2:00 p.m., los rebeldes estaban completamente derrotados. Las Brigadas Rábago y Madero capturaron el Cerro del Triángulo, último reducto de los orozquistas. En esta acción, los rebeldes perdieron 650 hombres, entre muertos y heridos, 3 piezas de artillería, 6 tubos lanza bombas y gran cantidad de caballos. Por su parte, los federales sufrieron la baja de 150 hombres, muertos y heridos.²⁴

El General Huerta, en su parte dirigido al Secretario de Guerra y Marina, dice: *“Acaban nuestras tropas de tomar la última y la más importante de las posiciones enemigas. Rellano está en nuestro poder. La caballería persigue a uno y otro flanco al enemigo, pero Rellano es nuestro. La revancha está tomada...”*²⁵

En la Ciudad de México, al darse a conocer la derrota de los rebeldes en Rellano, se realizó una manifestación para celebrar la victoria. El General Pascual Orozco se retiró a Jiménez, y mandó destruir la vía, para retrasar el avance federal, pero no le resultó, ya que el General Rábago tomó la plaza de Jiménez, sin combatir, el 26 de mayo, y Parral el 27. Cabe mencionar, que después de la toma de Jiménez, los soldados del General Villa tomaron una yegua, la que regalaron a su Comandante. Posteriormente, los dueños reclamaron el animal, por lo que el General Huerta ordenó a Villa regresara la cabalgadura, pero



Pascual Orozco, el primer gran líder popular de la Revolución de ideas anarcosindicalistas y antirreeleccionistas.

se negó, por lo que el Comandante de la División del Norte dispuso que lo fusilaran, por faltas graves a la disciplina. Sin embargo, gracias a la intervención de los Tenientes Coroneles Raúl Madero y Guillermo Rubio Navarrete, la ejecución se suspendió y posteriormente, el Presidente ordenó que mandaran a la Ciudad de México al guerrillero duranguense, para ser procesado.²⁶

Una vez pasado el incidente del General Villa, la División Federal prosiguió su avance, retrasándose un poco en Camargo, donde repararon el puente que estaba sobre el río Conchos. La vanguardia federal iba bajo el mando del General Antonio Rábago, integrada por los cuerpos irregulares que habían estado a las órdenes de Villa.

El 16 de junio, las tropas gubernamentales llegaron a La Cruz, donde se enfrentaron a los “colorados”, derrotándolos y tomando la posición. En su parte oficial, el General Huerta dice al Secretario de Guerra y Marina lo siguiente:

“... Hoy a las tres de la tarde la punta de nuestra caballería de vanguardia tomó el contacto con el enemigo, con el que se batió haciéndole 9 muertos y tomándoles varios prisioneros, ya ordené marche un refuerzo de 600 caballos y tomar posición del rancho de la cruz.”²⁷

La siguiente acción se dio en Bachimba, donde los orozquistas, aprovechando las elevaciones cercanas, establecieron buenas posiciones defensivas para sus 4 cañones y 6,000 soldados, con el objetivo de detener a los federales, quedando desplegada de la siguiente manera: en el ala izquierda, la Brigada de Cheche Campos, al centro las Brigadas de Antonio Rojas, Francisco del Toro y Felix Terrazas, en el ala derecha las Brigadas de Marcelo Caraveo y Luis Fernández, y la artillería en el centro.

Por su parte, los federales, en el ala derecha colocaron a la Brigada Rábago, con los cuerpos irregulares, el Regimiento “Mariano Escobedo”, fracciones de los Cuerpos Rurales, la Brigada Manzano, una batería de montaña y una batería de ametralladoras. Al centro el Batallón Xico, Batallón de Ferrocarrileros, apoyados por la artillería con 16 piezas de 75 mm. A la izquierda, la Brigada Téllez, Escuadrón de Gendarmes, Cuerpo Irregular Voluntarios de Cuchillo Parado, una batería de ametralladoras, apoyados por el 23/o. Batallón de Infantería y 33/o. Batallón. En la reserva quedó el cuerpo de Voluntarios del Distrito Federal y el 2/o. Cuerpo Auxiliar de San Luis Potosí.

La batalla se inició con un duelo cerrado de artillería, en el que triunfó la federal, comandada por el Teniente Coronel Rubio Navarrete, lo que permitió que infantería y caballería iniciaran el ataque sobre la hacienda de Bachimba; la caballería de Rábago y la Brigada de Manzano tomaron la posición, defendida por Cheche Campos, que se defendió con valor por cerca de dos horas, pero al final tuvo que retirarse, después de pedir refuerzos por repetidas ocasiones, sin recibir apoyo.

Desalojado Cheche Campos de la hacienda, hizo un último esfuerzo, atacando el ala izquierda federal, comandada por los Coroneles O’Horan y Landa, quienes resistieron tenazmente, y cuando empezaron a perder fuerza, fueron apoyados por los voluntarios de Branif; entre tanto, la artillería federal no cesaba de disparar sus destructivas bocas de fuego. Finalmente, “colorados” y federales se enfrentaron en campo abierto, en el que los huertistas rechazaron a los rebeldes, ocupando las zonas

altas, por lo que los orozquistas se retiraron rumbo a Chihuahua. A las 18:00 hrs., la victoria era de las fuerzas comandadas por el General Victoriano Huerta. En la acción, la División del Norte tuvo 80 bajas; por su parte, los orozquistas sufrieron 320 bajas, entre muertos y heridos; perdieron 70 caballos, 2 tubos lanzabombas y 80,000 cartuchos.²⁸

Los “Colorados” se retiraron a Chihuahua, y el 5 de julio entraron a la capital del estado, para un día después evacuar la plaza, no sin antes retirar las vías férreas, para retrasar el avance de las huestes federales, las que, al tener el terreno libre, ocuparon la plaza de Chihuahua sin problema, y una vez en la capital del estado, reinstalaron en la gubernatura a Abraham González, el 7 de julio. La campaña formal había concluido con la derrota de Orozco, aunque siguieron los combates en diferentes lugares, a través de pequeñas partidas, para seguir luchando como guerrillas.

Pascual Orozco estableció un Cuartel General en Ciudad Juárez, plaza que fue tomada el 20 de agosto por las tropas federales. Las fuerzas orozquistas se distribuyeron en diferentes partes: los Generales Luis Fernández y Cheche Campos se fueron al estado de Sonora; de igual manera, José Inés Salazar y Emilio Campa pasaron a Sonora, en donde se enfrentaron en Ojitos al General Sanguinés, siendo derrotados por completo. Por su parte, Benjamín Argumedo continuó su lucha en el sur del estado de Chihuahua y norte de Durango.²⁹

El parte de la acción de Ojitos dice:

*“Ayer fuimos atacados por una columna de rebeldes con sus cañones, conocidas las posiciones del enemigo tomamos las posiciones en tres horas de combate reñidísimo, el enemigo dio media vuelta, tomando unos para Casas Grandes y otros para Janos. El centro de la línea enemiga se retiró batiéndose para salvar las tres piezas que le quedaban, pero se le hizo una persecución enérgica y tenaz hasta veinticinco kilómetros de aquí, quitándoles las tres piezas que llevaban, tres carros de municiones de boca y guerra, caballos y acémilas...”*³⁰

A las fuerzas de Cheche Campos tampoco les fue muy bien en su retirada, ya que en La Dura, Son., la Gendarmería Fiscal, bajo el mando del Coronel Kosterlizky, las derrotó, haciéndolos retroceder a Chihuahua, donde sobrevivieron por poco tiempo, en grupos de guerrilleros.³¹

Al General Argumedo también lo siguieron las fuerzas federales; sus tropas se enfrentaron en el rancho Los Ángeles, cerca de San Pedro de las Colonias, Coah., en donde le hicieron 70 muertos y le quitaron 100 caballos. Posteriormente, se dio otro combate en Balleza, Chih., en donde el General Argumedo, con 1,500 hombres, se enfrentó a Manuel Chao, a quien estuvo a punto de derrotar; finalmente, Argumedo y su gente tuvieron que huir a la Sierra de Lagunas, dispersándose su gente, quedándole únicamente cerca de 100 “Colorados”.³²

Por su parte, Pascual Orozco, después de la derrota en Bachimba, se retiró a Ciudad Juárez, la cual evacuó el 20 de agosto y se fue a Ojinaga a establecer su Cuartel General, el cual fue tomado por el General Trucy Aubert, el 17 de septiembre, en la que resultó herido, por lo que tuvo que cruzar la frontera para restablecer su salud. Una vez restablecido, se fue a Los Ángeles, para reclutar gente, y regresó al estado de Chihuahua, para coordinar a los grupos encabezados por José Inés Salazar.

OROZCO SE UNE A HUERTA

Marcelo Caraveo y Marcelo Rojas, entre otros, seguían considerando a Pascual Orozco como Jefe Supremo, por lo que con su poca gente se le unieron. Los orozquistas fueron retomando fuerza y a principios de 1913 amagaron con tomar Ciudad Juárez y Chihuahua, pero no lo lograron. Tal era su situación cuando se dio la Decena Trágica, en la que perdieron la vida Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. Pascual Orozco dio su apoyo al General Victoriano Huerta, a quien reconoció como Presidente de la República, y con sus tropas irregulares lo defendió contra el Ejército Constitucionalista.³³

Huerta comisionó a Pascual Orozco para que combatiera la rebelión que había estallado en San Luis Potosí. Una vez que logró pacificar el estado de San Luis Potosí, fue llamado a la Ciudad de México, donde fue aclamado por los partidarios de la estabilidad política y social del país. Orozco asistió a varias reuniones, en las que se encontraba el gabinete huertista.

El General Pascual Orozco fue nombrado General de Brigada, y se le confirieron dos misiones más; por un lado, acabar con el movimiento constitucionalista en el norte y convencer a Emiliano Zapata de aceptar la amnistía, toda vez que, en principio, reconocían en el Plan de Ayala a Orozco como su líder. Es importante mencionar que el encargado de negociar con los zapatistas fue Pascual Orozco (padre), quien fue apresado y fusilado por el simple hecho de ser enviado de Huerta.³⁴

El General Pascual Orozco con su tropa, fue enviado al norte a reforzar a las fuerzas federales, ocupando Zacatecas, Torreón y posteriormente Chihuahua, en donde ofreció más resistencia a los embates de la División del Norte de Francisco Villa, que el propio Ejército Federal. En julio de 1913, impidió que Villa tomara la Plaza de Chihuahua, y se dio el lujo de derrotar al “Centauro del Norte”, cerca de Santa Rosalía. Villa logró reorganizarse, y a mediados de noviembre, tomó Ciudad Juárez, por lo que las fuerzas de Orozco y los federales se atrincheraron en Chihuahua, de la que fueron desalojados, sobre todo por los conflictos entre ambos defensores, ya que los federales recelaban de los orozquistas, a pesar de que eran los verdaderos defensores de la plaza. A finales del mismo mes, finalmente Villa y su División de Norte tomaron la capital del estado, por lo que tanto orozquistas como federales se trasladaron a Ojinaga, en donde nuevamente fueron derrotados. Por su parte el General Pascual Orozco en reconocimiento a sus capacidades fue ascendido a Divisionario.³⁵

CONSECUENCIAS

Orozco y su gente siguieron combatiendo en el norte del país y después de la renuncia del General Victoriano Huerta a la Presidencia de la República, el 15 de julio de 1914, el caudillo de Chihuahua se exilió a El Paso, Texas E.U.A., donde se encontró nuevamente con el General Huerta y planearon organizar una rebelión contra Carranza, pero fueron aprehendidos y encarcelados en Fort Bliss. Orozco logró su libertad bajo fianza y trató de robar unos caballos, para pasar a territorio mexicano, por lo

que fue asesinado por un grupo de rangers, el 30 de agosto de 1915, con lo que se acabó una leyenda de la Revolución, un hombre popular que buscó en un principio reivindicaciones sociales para el pueblo y que, paulatinamente, se fue pasando al bando contrario, a tal grado que apoyó sin reservas al régimen del General Victoriano Huerta.³⁶

A manera de conclusión, vamos a recordar un corrido popular sobre la rebelión de Pascual Orozco; lógicamente se aprecia la visión parcial sobre este personaje.

Cuando el Señor Madero ocupó la Presidencia,
muchos quisieron a su amparo bien medrar,
y al encontrarlo que era recto y justiciero,
tornáronse enemigos, lo cual no fue legal.
Segundo de Madero fue Don Pascual Orozco
y todos engañados creyeron ver en él,
al hombre a quien Madero debiera de dejarle
el puesto que ocupara, pues le creyeron fiel.

Se hicieron elecciones en toda la Nación
y Madero no quiso contrariar sus ideales,
pues cambiando planilla les dijo a sus amigos,
que Orozco era ignorante, mejor a Pino Suárez.

Quedó Pascual Orozco herido en su amor propio,
se fue para Chihuahua pensando en la venganza;
trabajó con cautela y en el año siguiente,
con cinco mil rancheros a la guerra se lanza.
Se hizo de elementos que eran del Gobierno
y desafió a Madero en lucha fratricida,
y la Nación confiada en que no habría más guerra,
miró aquellas revueltas de miedo estremecida.
Existe un gran misterio que no ha sido aclarado
¿Por qué cambió planilla el héroe popular?
debió ser informando que Orozco se excedía,
y nunca podría a su Patria atento gobernar.

Cuando el Gobierno supo la rebelión de Orozco
dispuso enviar las tropas que fueran necesarias,

y el mando de las fuerzas le dio a Gonzáles Salas
Ministro de la Guerra con tres columnas varias.

El valiente Ministro confiaba en su fortuna,
y al despedirse efusivo del ilustre Presidente,
con voz que fue profética gozoso le decía,
que si no obtenía el triunfo, vivo no tornarí.

Llegó hasta Torreón con ánimo esforzado
y comenzó su avance sin grande precaución,
dándole tiempo a Orozco de esperarle en Rellano,
donde quedó desecho y en triste situación.
Causó a González Salas mortal abatimiento
el ver así deshecho su Ejército brillante,
que sacando del cinto un arma disparase,
cayendo muerto al punto junto de su ayudante.

Recibió el Presidente muy triste la noticia,
y nombró para jefe al nombre más nefasto,
a Victoriano Huerta que aunque era muy
valiente, tenía el alma negra, era de mala casta.

Huerta reunió en Jiménez los restos de las tropas,
forzó la disciplina, y el recibir refuerzos
rumbo a Conejos fuese con grande contingente,
haciendo huir a Orozco con sus bisoños tercios.

Sagaz le siguió Huerta, con paso cauteloso,
buscando punto bueno donde irlo a atacar,
y en Bachimba se encuentran por fin los dos rivales,
y se da una batalla con grande mortandad.

La táctica de Huerta triunfó de la ignorancia,
las huestes oroquistas desbándanse por fin,
pues son aniquiladas y huyen en fracciones,
que fueron perseguidas por árido confín.

Tomaron a Chihuahua, Ahumada y Ciudad Juárez
y todo aquel estado volvió al orden legal,
y Orozco con su escolta se internó en Arizona,
quedando en paz entonces a poco de llegar.

Cuando pasó algún tiempo Orozco en el destierro,
tuvo deseos vehementes de a la Patria regresar
y reuniendo varios hombres bastante desalmados,
intentó cerca de El Paso la frontera cruzar.
Más quiso su desgracia que una patrulla yanki,
al ver esa partida citóles a la corte,
y como no obedecieran tiráronle balazos
y corriendo a galope internarónse al Norte.
Llegaron a un pueblito y allí se hicieron fuertes
y en esa escaramuza Orozco cayó muerto,
dejándole tirado por no saber quien era,
hasta el día siguiente supieronlo de cierto.

Causó gran sentimiento la muerte tan oscura
del aquel jefe patriota que tanto había subido,
y que perdió la gloria, la fama y aún la vida,
por no haber sido leal a un jefe tan querido.³⁷

Archivos

Archivos fuentes consultadas::
Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (A.H.S.D.N.).
Fondo Revolución Exp. 481.5/68.
Expedientes personales de:
General de División Pascual Orozco Vázquez (Bóveda de Seguridad).
General de División Francisco Villa (Bóveda de Seguridad).
General de División José Inés Salazar (XI/111/1-185).
General de División Marcelo Caraveo (XI/111/1-263).
General de Brigada Benjamín Argumedo (XI/111/2-70).
General de Brigada David de la Fuente (XI/111/2269).
General Brigadier Emilo P. Campa (XI/111/3-329).
General Brigadier Jesús José Campos (XI/111/3-334).

Bibliografía:

Altamirano, Graziella, *Chihuahua, textos de su historia*, Gobierno del estado de Chihuahua, México, 1988.
León Toral, Jesús de, *El Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1979.
Garfías Magaña, Luis, *Breve Historia Militar de la Revolución Mexicana*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1982.
Meyer, Michael C., *El rebelde del norte: Pascual Orozco y la Revolución*, U.N.A.M., México, 1985.

Museo Histórico de la Revolución en el estado de Chihuahua, Coedición Secretaría de Gobernación–Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1982.

Puente, Ramón, *Pascual Orozco y la Revuelta de Chihuahua*, Gómez de la Puente Editor, México, 1912.

Reed, John, *México Insurgente*, Editorial Quinto Sol, México, 1988.

Ruiz D., Ángeles, “El Movimiento Orozquista”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, Consejo Nacional de Fomento Educativo, México, 1985.

Citas:

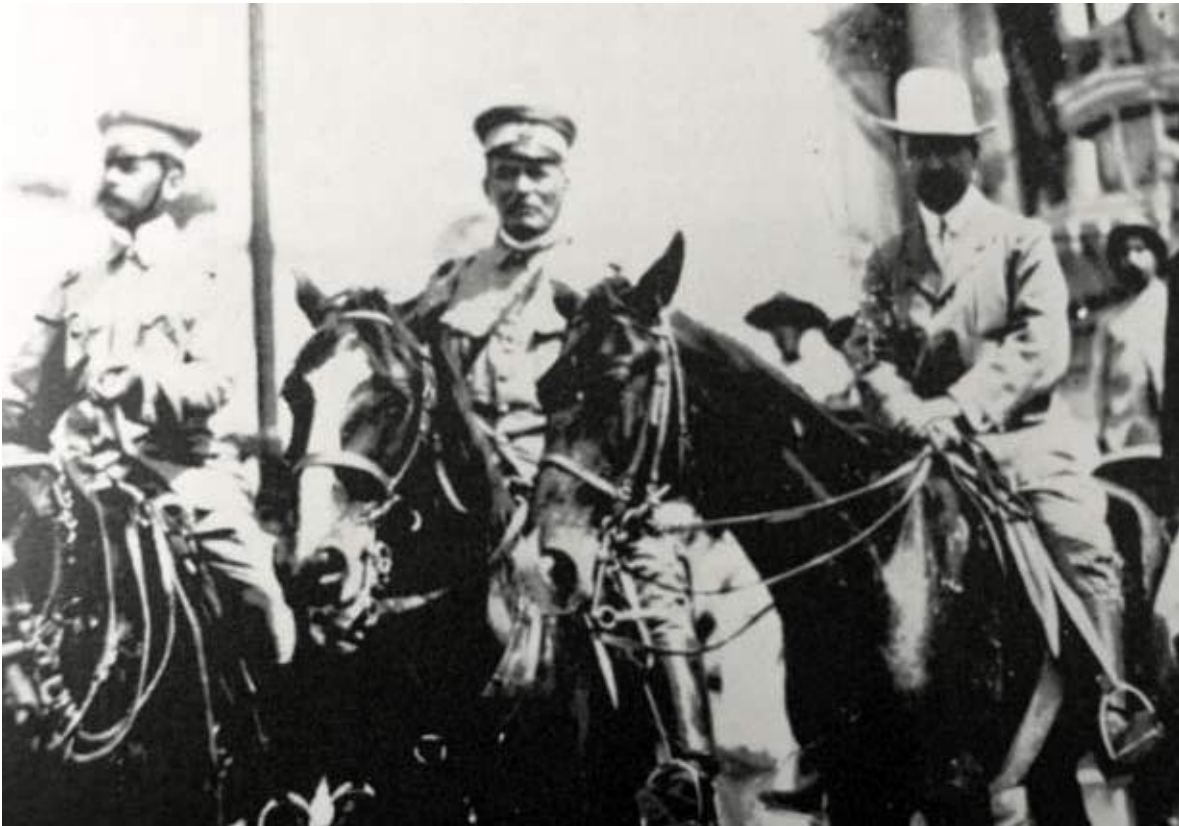
1. Puente, Ramón, *Pascual Orozco y la revuelta de Chihuahua*, en *Así fue la Revolución Mexicana*, Tomo 8, pp. 1662-1663.
2. Meyer, Eugenia y otros autores, Museo Histórico de la Revolución en el estado de Chihuahua, pp.16-19.
3. *Así fue la Revolución ...*, Op. cit., Tomo 8, p. 1662.
4. Meyer Eugenia, Op. cit., pp. 18-19.
5. Ídem, pp. 32-42.
6. Ídem, pp. 42-46
7. Ídem, pp. 46-55.
8. Ídem, pp. 54-55.
9. Ídem, pp. 55-58.
10. Ídem.
11. Altamirano, Graziella y Villa, Guadalupe, *Chihuahua, textos de su historia*, pp. 279-291.
12. Meyer, Eugenia, Op. cit., pp.61-63.
13. Ídem, pp. 61-63.
14. Garfías Magaña, Luis, *Breve Historia de la Revolución Mexicana*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1982, Tomo I, p. 47.
15. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (A.H.S.D.N.), Exp. XI/481.5/68.
16. Garfías Magaña, Luis, Op. cit., p. 53.
17. Ídem, p. 53.
18. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (A.H.S.D.N.), Exp.XI/111/Bóveda de Seguridad.
19. Garfías Magaña, Luis, Op. cit., pp. 56-57.
20. Ídem, pp. 57-58.
21. Ídem, pp. 57-59.
22. León Toral, Jesús de, *El Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1979, p. 344
23. Garfías Magaña, Luis, Op. cit., pp. 63-64.
24. Ídem, pp. 65-66
25. A.H.M.S.D.N. EXP. 481.5/68, F. 71.
26. A.H.M.S.D.N. EXPEDIENTE PERSONAL DEL GENERAL FRANCISCO VILLA, XI/111/1-, BÓVEDA.
27. A.H.M.S.D.N. EXP. 481.5/68,fs.
28. Garfías Magaña, Luis, Op. cit., pp. 68-70.
29. A.H.S.D.N., Exp. 481.5/68, fs.
30. A.H.S.D.N., Exp. 481.5/68, fs. 108-109.
31. A.H.S.D.N. 481.5/68, f. 150.
32. A.H.S.D.N. 481.5/68, fs. 217-218.
33. Así fue la Revolución... Op. cit., Tomo 8, pp.1662-1663.
34. Ídem, Tomo 8, p.1663.
35. A.H.S.D.N., EXPEDIENTE PERSONAL DEL GENERAL PASCUAL OROZCO VÁZQUEZ, XI/111/1-, Bóveda.
36. Así fue la Revolución...Op. cit.,Tomo 8, pp. 1662-1663.
37. Ruiz, Ángeles, “El movimiento Orozquista”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, Op. cit., Tomo 3, pp. 366-379.

La Decena Trágica y el Sentido Constitucional

1913-1920

INTRODUCCIÓN

El proceso histórico de México, denota la herencia bélica de nuestro pueblo, pero es en el siglo XIX donde surge con fuerza indiscutible, la presencia del militarismo, que se manifestó primero en las luchas armadas y después en los gobiernos que se establecieron bajo el dominio de los caudillos triunfantes, quienes consideraban el poder como la recompensa obligada por su participación guerrera, su dirigencia y su liderazgo. Esta recompensa es el factor que impulsó a los individuos de



El Presidente Francisco I. Madero en su recorrido a Palacio Nacional, para demostrar la fuerza y unidad de su gobierno.

finales del siglo XIX y principios del siglo XX, a unirse a la lucha armada en contra del autoritarismo reinante, porque si bien la historia, como medio de enseñanza, exponía que en los siglos anteriores y en años no muy lejanos, el uso y dominio de las armas garantizaba la permanencia y el control del poder en México, un poder que se ejercía desde los niveles más altos de los puestos públicos del Estado Mexicano, en especial el de la Presidencia de Francisco I. Madero.

Un levantamiento armado, con un objetivo poco claro, pero con la firme idea de derrocar al tirano, encarnado en la figura del héroe del 2 de abril de 1867, General Porfirio Díaz Mori, fue el que encabezó Francisco I. Madero; este movimiento buscaba imponer una nueva forma de ejercer el gobierno, pero sin la visión suficiente para determinar, que el cambio no podía ejercerse con rapidez, sino que tenía que darse paulatinamente, sin dejar de lado el uso de la violencia como sistema, ya que en México no se conocía otra fórmula; hablamos de la década de los años 1910-1920, esta actividad mantenía permanentemente la incertidumbre de un levantamiento armado en el Gobierno de Francisco I. Madero; las consecuencias serían graves, pues se regresaría a una dictadura; la imposición de un régimen opresivo y el aumento de la miseria al pueblo, dará paso a un nuevo enfrentamiento armado, que vendrá con más fuerza y más sanguinario que nunca; una revolución¹ que iniciaría por enarbolar la Constitución Política de 1857, y terminará por crear y sostener un proyecto constitucional, que se plasmará en la Carta Magna de 1917, cuando por el hecho de ser triunfantes, tienen el pleno derecho (la Presidencia de Francisco I. Madero), de ejercer el mando desde arriba y por qué no, desde la Presidencia de la República.

Un caso sin duda, que marcará el inicio de una continuidad, en la forma de hacer la política, en el México de los años 1910-1920, es en la que Francisco I. Madero asciende al cargo del Ejecutivo Federal, hasta que en aquella mañana del 23 de febrero de 1913, la población de la Ciudad de México despertaría con un augurio de paz y prosperidad, pero para otros, será una lamentable noticia:

*“El señor Presidente de la República (Victoriano Huerta) ha reunido su gabinete hoy (22-febrero-1913) a las doce y media de la noche, para darle cuenta de que los señores (Francisco I. Madero y José María Pino Suárez), que se encontraban detenidos en Palacio (Nacional), a la disposición de la Secretaría de Guerra, fueron conducidos a la Penitenciaría, según estaba acordado cuyo establecimiento se había puesto bajo la dirección de un jefe del Ejército esta misma tarde, para mayores y mutuas garantías; que al llegar los automóviles en que iban los prisioneros al tramo final del camino de la Penitenciaría, fueron atacados por un grupo armado y habiendo bajado la escolta para defenderse, al mismo tiempo que el grupo se aumentaba, pretendieron huir los prisioneros; que entonces tuvo lugar un tiroteo, del que resultaron heridos dos de los agresores y muerto otro de ellos, destrozados los autos y muertos también los dos prisioneros. [...] El gobierno asegura que la sociedad quedará satisfecha. Están ya detenidos los jefes de la escolta y recogidos todos los datos previos; así quedará aclarado este desgraciado evento por lo demás muy explicable en las actuales dolorosas circunstancias”.*²



El General de División Porfirio Díaz Mori.

Por los hechos criminales, el ciudadano Heriberto Barrón presentó una acusación ante la Cámara de Diputados, contra el General Victoriano Huerta:

*“Heriberto Barrón, ciudadano mexicano, en uso de mis derechos civiles, políticos, [...] respetuosamente expongo: Que por el honor de la República Mexicana, nuestra Patria, y por la justa reivindicación de su buen nombre, ultrajado y envilecido mientras gobierna en México un reo convicto ante todo el mundo civilizado de graves delitos que merecen la pena de muerte, como a continuación lo demuestra, me constituyo ante esta honorable Cámara de Diputados, acusador del llamado Presidente de la República Mexicana, General de División Victoriano Huerta, por los delitos de rebelión, traición, usurpación de funciones y violencias contra prisioneros o presos”.*³

Desde aquel día, en que el Presidente de la República Mexicana, General Porfirio

Díaz Mori, declarara al periodista James Creelman, sobre la oportunidad de que el país ya era lo suficientemente maduro para gobernarse sin su autoridad, dueño del destino y del progreso de nuestra nación, no reparó que en sus palabras estaba la chispa que detonaba el gran barril de pólvora, que destruiría la compuerta de la presa, que llena de descontento, se lanzaba sobre el héroe de mil batallas; la bestia con muchas cabezas y miles de cuerpos despertaba, atraída por una promesa de cambio, pero existía en el fondo de esa estructura de poder, disciplina y lealtades sangrientas del período conocido como el porfiriato, hombres que no querían perder sus privilegios.

Bajo la premisa del cambio, los hermanos Ricardo y Jesús Flores Magón, desde 1909, iniciaron en el norte del país, la organización de los obreros, jornaleros, mineros y algunos pequeños propietarios; su estructura fue limitada por la falta de recursos económicos; su pensamiento liberal se oponía a los principios del gobierno de Díaz, *“Orden, Paz, y Progreso”*,⁴ acciones que explotaban a los trabajadores y al pueblo en general; por ello, los sectores y grupos que formaron los Flores Magón, se desarrollaban en la clandestinidad; su lucha era la organización dentro de los principios anarquistas; con el lema: *“Tierra y Libertad”*, rechazaban la rebelión armada como principio, pues la veían *“como una hidra horrisona que lleva desolación y luto a los hogares”*.⁵

El principio liberal con el que se gobernaba en la administración del Presidente Díaz, determinaba una sociedad dividida en dos sectores, perfectamente definidos; uno era el grupo élite y el otro el pueblo, o dicho en otra forma, la clase alta (dirigente) y la clase baja (obediente). Así es como se definía esta sociedad del siglo XIX y principios del XX, en México; el sector militar estaba totalmente limitado y en obediencia ciega al caudillo del 2 de abril; en la parte de la política, las organizaciones estaban perfectamente definidas... todas con el aparato del Estado; no hay partidos políticos permanentes, que definan una corriente, sino que se hacen conforme a los intereses momentáneos de las elecciones a nivel nacional, estatal o municipal, y por orden del sector dirigente; el ejemplo más claro, fueron las elecciones para la presidencia en 1910, elecciones que saldrían de su control, como aparato de Estado; esto es, que en su afán por tener todo vigilado y bajo su tutela, no comprendió que estos hombres y mujeres tenían una nueva formación ideológica, fija en su mente; un principio básico, que en Europa y Estados Unidos de América estaba ya en total operación. Hablamos de la democracia y sus prácticas políticas, sociales, económicas y, por ende, también influyente en la vida del cuartel.

Francisco I. Madero tuvo contactos con el Partido Liberal Mexicano, actividad que le permitió estructurar una idea fundamental en su mente: *“sentar las bases de un sistema democrático”*,⁶ en nuestro país. Idea que no todos deseaban, mucho menos el grupo en el poder, los “científicos”, llamados *“así por unas palabras escritas por Justo Sierra, relativas a que el Gobierno debía ejercerse por hombres de ciencia”*,⁷ personajes que movían los hilos de la política mexicana, pero sobre todo ejercían influencias firmes sobre el Presidente Díaz, para mantener una continuidad en el poder. Madero, hombre tenaz en su pensamiento y determinado en su acción, llevó a la emancipación al pueblo de México, dirigiéndolo contra su propia costumbre, costumbre de ser tratados como hombres y mujeres de segundo orden, sumisos ante la autoridad que ellos obedecían, sin capacidad para decidir, frágiles de mentalidad y pensamiento, con carácter dócil por ser conformistas, hombres y mujeres que no entendían el principio democrático, pero si deseaban el cambio en sus vidas.

Desafortunadamente, los hombres y mujeres no cambian de la noche a la mañana; en la noche del día 8 y madrugada del 9 de febrero de 1913, en el Cuartel de San Diego (Tacubaya, D.F.), se llevaba a cabo una entrevista entre un delegado del General Manuel Mondragón y el Teniente Coronel de Artillería Gabriel Aguillón, Comandante del 2/o. Batallón de Artillería del Ejército Federal; en ella se discutía la locura de Madero: gobernar a México con el principio de democracia, ni pensarlo, concluía aquella plática. La realidad era otra; personajes educados en un nivel de obediencia ciega al héroe, al caudillo, al salvador de la patria, ejemplo personificado en Díaz, difícilmente se podrían cambiar de algo que fue real y que desde su juventud observaron ¿Por qué en aquel momento, quién no quería ser como él? Una realidad era y no una idea, la democracia, decía el Teniente Coronel Aguillón: “¿Qué es?”; pero así como él, muchos de los hombres y mujeres de nuestro país, veían en la figura de Madero y su grupo, la fractura de sus intereses y la pérdida



El Presidente de México Francisco I. Madero, mantuvo viva la esperanza de un buen gobierno que sentara las bases para un futuro mejor de todos los mexicanos.

de sus privilegios, un gobierno maderista lleno de “valores de legalidad y libertad”,⁸ tenía los días contados. Apenas quince meses de actividades administrativas (6 de noviembre de 1911 al 19 de febrero de 1913). Ese febrero de 1913, marcaba segundo a segundo, el fin de aquella empresa, que justificaba su levantamiento con el Plan de San Luis y que, sin la necesidad de llevar a cabo elecciones para ocupar la Presidencia de la República, Madero pudo tomar el poder y sentarse en la Silla Presidencial, porque le asistía el derecho directo, por ser el caudillo triunfante, y omitir la convocatoria de

elecciones libres, para la presidencia; pero, como ya se mencionó, Díaz era un ejemplo para estas generaciones, que buscaban ascender en la escala política y lo mismo que él, repiten sus pasos. En 1876, Díaz es el caudillo triunfante, enarbolando el Plan de Tuxtepec y también convoca a elecciones presidenciales, donde surgió como ganador; es ahí donde el sentido constitucionalista hace su aparición. Estos dos personajes, caudillos triunfantes de un movimiento revolucionario, buscan que su actitud tenga tintes jurídicos sustentados en la Carta Magna, al crear un Plan o Manifiesto para lanzarse a la lucha reivindicadora de las causas sociales en que creían, y con ello, evitar el juicio político, pero sobre todo el histórico.

Nuestro pueblo no estaba acostumbrado a ser gobernado con mano frágil, si no por el contrario, con mano dura, una mano de hierro, que Madero no tenía, ni pretendía, ni quería ejercer. Por ello, los hombres de su tiempo, veían en él a un hombrecillo sin carácter. Cuando lo comparaban con Díaz, No existían puntos de comparación. Al no entender la forma de gobernar, y creyéndose los salvadores de la Patria, dan comienzo a una conspiración que tenía por meta derrocar a Madero y su grupo. El rumor era grande en las calles de la Ciudad de México; la incapacidad de Madero para gobernar quedaba de manifiesto, porque:

“México era un país con “un tigre” en las entrañas, una colectividad naturalmente anárquica, incapaz de convivir en la legalidad y la libertad, un rebaño encrespado en permanente necesidad de un Tlatoani-Virrey-Caudillo-Cacique-Señor Presidente que guíe su destino hasta que crezca, hasta que madure [...] en medio de un río revuelto de ambiciones políticas, pasiones vengativas y confusiones intelectuales, sin variar un ápice la pureza de su credo, Madero se propuso ensayar un camino distinto: el cumplimiento cabal de la Constitución [...].

[...] no me preocupo por la consolidación del gobierno que tengo la honra de presidir [...] yo me preocupo del prestigio de las instituciones democráticas, me preocupo de afirmar para siempre, de un modo sólido, en nuestra República, los gobiernos democráticos, a fin de que terminado este período el pueblo se convenza de los beneficios que le trae un gobierno libre”.⁹

Se trataba de dar un giro a las prácticas sociales, políticas y militares del gobierno porfirista, que ya tenían desgastada a la sociedad mexicana; en suma, se buscaba quitar el poder absoluto de un individuo y devolver el poder al pueblo, representado por el Congreso de la Unión y por sus instituciones legalmente constituidas. Sin embargo, la sombra del descontento tomaba fuerza; los reaccionarios hablaban al oído a intachables personajes militares, mas no eran escuchados. Entonces, recurrieron al único poder que tenían: el dinero. Su canto de sirenas fue escuchado por



Los sublevados llegando a la Plaza de Armas, encabezados por los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes.



Fuerzas Federales tendidas pecho a tierra, antes de la llegada del General Bernardo Reyes a Palacio Nacional.

muchos, y Madero no entendió en ese momento, que en: *“la política, arte de gobernar y dirigir a los hombres salvándolos de sí mismos, exige un grado de perversidad, que en Madero no existía ni podía existir. Madero sólo creía en la eficiencia del bien”*.¹⁰ Prueba de ello fue la firma de los Convenios de Ciudad Juárez, donde estipulaba: *“Tercero. Que por ministerio de la ley, el Señor Licenciado don Francisco L. (León) de la Barra, actual Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno del señor general Díaz, se encargará interinamente del Poder Ejecutivo de la Nación y convocará a elecciones generales, dentro de los términos de la Constitución [...]”*.¹¹ No tenía por qué aceptar este apartado, ya que eran los revolucionarios los que debieron imponer sus condiciones, pero nuevamente la carga emocional del subconsciente legal del personaje, manifestó su apego a la Constitución; aunado a ello, el rechazo de las fuerzas federales, a las tropas Revolucionarias, era evidente; nunca se produciría una amalgama entre ellos; existía un gran abismo entre estos dos grupos; el golpe lo llevaron a cabo los reaccionarios, representados en el general Manuel Mondragón y el General Félix Díaz, sobrino del expresidente. Persistía la idea en algunos sectores del Ejército Federal, que la democracia y la forma de gobierno de Madero, llevaban a la nación a la deriva. Al no entender el principio democrático de cambio y al estar acostumbrados a otras formas de convivencia, vitoreaban la caída y muerte de Madero, ganaba *“la actitud colectiva de la élite mexicana en ese momento: su reverencia al poder absoluto, su miedo a la libertad”*¹² y al cambio.

Un grupo de civiles y militares tomaron las armas para levantarse en contra del gobierno constituido de Francisco I. Madero. El mando de este grupo lo ostentaba el General Manuel Mondragón, quien había persuadido a una parte de las fuerzas que conformaban la Guarnición



Los contingentes armados luchan por imponer sus condiciones de ataque y defensa sin importarles las afectaciones que provocan a los habitantes de la ciudad de México.

Militar de la Ciudad de México, y con ellos a un grupo de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan, alcanzando un efectivo aproximado de 2,000 hombres. Pero le faltaba un jefe con presencia y carisma, a este movimiento, por lo que se tomó la decisión de liberar a los Generales Bernardo Reyes y Félix Díaz (quienes se habían rebelado en contra del Gobierno de Francisco. I. Madero), de las prisiones de Santiago Tlatelolco y Penitenciaría, donde se encontraban purgando penas por rebelión. Estos dos personajes le darían al movimiento golpista fuerza y cohesión entre las tropas, pero sobre todo, un acercamiento con los grupos porfiristas; los objetivos eran claros y el tiempo poco, así que, una vez en libertad estos jefes, el mando se otorgó al General Reyes, quien decidió marchar a Palacio Nacional.

Las acciones se desarrollaron con prontitud; mientras se liberaba a los generales, otro grupo rebelde tomó Palacio Nacional; el General Lauro del Villar, Comandante de la Plaza de la Ciudad de México, con un grupo de soldados a sus órdenes, recuperó el edificio y detuvo a los sublevados, en su mayoría alumnos de la Escuela de Aspirantes; éstos son interrogados y confesaron los planes. Por ello, cuando el General Reyes apareció en su brioso caballo y solicitó la rendición del punto, una descarga de fusilería hizo eco en su cuerpo; caía muerto de un certero proyectil, y con ello se produjo la desbandada del grupo que le seguía; Félix Díaz se reorganizó y se retiró a un lugar más seguro: la Ciudadela (depósito de armamento del Ejército Federal, en 1913).

Cuando se están llevando a cabo estos acontecimientos, en el Zócalo, el Presidente Madero fue informado de ello. En su residencia oficial (Castillo de Chapultepec, edificio que albergaba al Colegio Militar), ordenó que los Cadetes del Colegio Militar lo escoltaran a Palacio Nacional,

para demostrarle al pueblo de la Capital, que su gobierno era sólido y que los acontecimientos no afectaban su determinación. Los cadetes, en formación de vigilancia, escoltaron al Presidente Madero hasta Palacio Nacional, donde se le dio parte de las acciones realizadas; es en este momento, en que el Presidente se percató que el General Lauro Villar había sido herido por las balas del enemigo, por lo que fue relevado del mando por el General de División Victoriano Huerta, a cuya lealtad confiaba el Presidente, la supervivencia del gobierno constituido, el honor de las armas nacionales y la defensa de su propia vida.

Las fuerzas del gobierno constitucional, bajo el mando del General Victoriano Huerta, estuvieron desde el 9 de febrero hasta el 18 del mismo mes, a medio día, combatiendo a los rebeldes refugiados en la Ciudadela, sin llegar a obtener una victoria decisiva. El día 17 de febrero, las tropas leales de la guardia en Palacio Nacional, fueron sustituidas por las del General Aureliano Blanquet, y después de una o varias conferencias del General Huerta con el embajador americano Henry Lane Wilson, aquél decidió traicionar al gobierno constituido, lo que hizo al día siguiente. El día 18 de febrero, entre la una y las dos de la tarde, el General Victoriano Huerta, secundado por el de igual clase Aureliano Blanquet, se declaró en rebeldía con las tropas que tenía bajo su mando, y ordenó la aprehensión del Presidente Constitucional Francisco I. Madero, del Vicepresidente José María Pino Suárez, de los miembros del Gabinete, del Gobernador del Distrito Federal, y del Diputado al Congreso de la Unión, Gustavo A. Madero, quien poco después fue cruel y cobardemente asesinado, reteniendo a los demás en Palacio Nacional.

“[...] los buenos oficios del embajador americano Henry Lane Wilson, que en toda esta horrible tragedia de nuestra historia nacional, ha desempeñado un papel odioso, el General Victoriano Huerta tuvo un arreglo con el General rebelde Félix Díaz, que fue firmado o apalabrado en la Embajada Americana.

En virtud de ese arreglo, estipuló que Victoriano Huerta asumiera la Presidencia Provisional de la República, aceptando un gabinete nombrado en parte por él y en parte por el General Díaz y que convocaría a elecciones ayudando a Félix Díaz a obtener mediante una elección, la presidencia definitiva”.¹³

Mediante amenazas contra la vida del Presidente y del Vicepresidente de la República, se obtuvo que estos funcionarios firmaran su renuncia a los cargos públicos que ostentaban, bajo la condición de que tal renuncia sería depositada en manos de dos de los embajadores residentes en la Ciudad de México, y no sería presentada al Congreso, hasta que el Presidente y el Vicepresidente estuvieran a bordo de un vapor de guerra cubano, anclado en el Puerto de Veracruz, para conducirlos al extranjero, donde quedarían en libertad. Las renunciaciones fueron puestas en manos del Secretario de Relaciones Exteriores, Licenciado Pedro Lascuráin, quien se encontraba libre bajo palabra, en la Ciudad de México.

Sin cumplir lo pactado y siempre valiéndose de las amenazas, de la presión y del terror infundido por el asesinato del diputado Gustavo A. Madero, cometido con lujo de crueldad en La Ciudadela, el miércoles 19 de febrero, el Congreso de la Unión fue obligado a reunirse, en el edificio de la Cámara de

Diputados, rodeado por las fuerzas comandadas por Huerta. El Secretario de Relaciones Exteriores fue obligado, con amenazas, a presentar las renuncias del Presidente y del Vicepresidente, que se hallaban en su poder, las que fueron inmediatamente aceptadas por un Congreso acobardado;¹⁴ conforme a lo estipulado en la Constitución,¹⁵ el Secretario de Relaciones Exteriores, que se hallaba presente en el edificio, asumió la Presidencia Provisional, nombró Secretario de Gobernación a Huerta y renunció a la presidencia provisional. Una vez que esto se llevó a cabo, el Secretario de Gobernación, el General Victoriano Huerta, después de que se aceptó la renuncia de Pedro Lascuráin por el Congreso, quedó al frente de los destinos de nuestra Patria, con el carácter de Presidente Provisional.

“He aquí como El Noticioso Mexicano, periódico notoriamente amigo del gobierno usurpador, da cuenta el 20 de febrero, de estos acontecimientos realizados la víspera:

*La Cámara en su totalidad, aceptó la renuncia de Madero y Pino Suárez y prestó la protesta de ley como Presidente Interino al Licenciado Lascuráin, sin derecho a salir de la Cámara de Diputados hasta que a su vez presentara la renuncia de su alto puesto, después de firmar el nombramiento de Secretario de Gobernación en favor del General Huerta para que este militar asumiera el cargo de Presidente de la República (con el carácter de) interino”.*¹⁶

En toda esta comedia, tratando de dar un barniz de legalidad a la traición y al crimen, sólo se ve la mano de la violencia armada, como medio de asaltar el poder, y resurge el sentido constitucionalista. Todo se dirige a conformar un tinte de legalidad.

Al concluir la Decena Trágica de febrero de 1913, los habitantes de la capital se lanzaron jubilosos a las calles, adornaron las fachadas de sus casas y, en unión de la prensa, se dedicaron a proclamar las glorias de los vencedores y en condenar a los caídos. La alta burguesía, integrada por terratenientes, banqueros, comerciantes e industriales, no sólo vio el fin de aquellos días de horror como la mayoría de la gente, sino el término de dos años de zozobra, pues confiaban en que el nuevo gobierno iba a restablecer las condiciones políticas, sociales y económicas, en las que había prosperado.

LA PRESIDENCIA DE VICTORIANO HUERTA.

Victoriano Huerta se instaló en Palacio Nacional el 20 de febrero de 1913. Integró su gabinete con una mayoría felicista, la cual ingenuamente pretendió dirigir a Huerta, para después sustituirlo con Félix Díaz; pero Huerta permaneció en la presidencia 17 meses, y su gobierno fue totalmente dictatorial, a partir del 10 de octubre de 1913, fecha en que disolvió el Congreso de la Unión.

“El pacto de la Embajada, sólo le sirvió para encumbrarse en el poder y con disimulo e intrigas fue debilitando progresivamente al felicismo y engendrando al huertismo. Entre las primeras medidas que tomó, estuvo la de sustituir con sus incondicionales a los miembros del gabinete que surgieron del Pacto de la Embajada; el puesto clave de Secretario de Gobernación se lo encomendó a Aureliano Urrutia el 24 de abril de 1913. De los demás secretarios de Estado, basta decir que entre junio y octubre del mismo año se sucedieron varios hombres. Sólo

Aureliano Blanquet permaneció en la de Guerra desde junio de 1913 hasta la caída de Huerta, pues ni Urrutia se salvó en aquel torbellino, ya que a mediados de septiembre de 1913 fue sustituido por Garza Aldape, que obviamente era el comodín para cualquiera de las Secretarías”.¹⁷

El nuevo gabinete, tal como lo estipulaba el Pacto de la Ciudadela, rindió protesta a su cargo, en la tarde del 20 de febrero. Sólo uno de los secretarios designados se negó a aceptar el nombramiento. Díaz y Huerta habían acordado que David de la Fuente sería Secretario de Comunicaciones. De la Fuente era oficial orozquista, de modo que Huerta y Díaz creyeron que su nombramiento en el gabinete, ayudaría a garantizar la sumisión de Orozco al nuevo gobierno. Aunque Orozco envió un telegrama de felicitación al nuevo Presidente, todavía no estaba dispuesto a brindarle su apoyo,



Lic. José María Pino Suárez, víctima de los acontecimientos de la Decena Trágica.

por lo que De la Fuente declinó la cartera que se le ofrecía. Huerta decidió por el momento, dejar este cargo vacante, y tras consultarlo con Díaz, llamó a Rafael Vázquez a la Subsecretaría de Comunicaciones. Significativamente, el Congreso aceptó al gabinete en masa, sin mayores averiguaciones o debates en serio.

En el Pacto de la Embajada no se había determinado la fecha en que se efectuarían las elecciones, pero muy pronto empezaron a presionar los felicistas para que se llevaran a cabo. Huerta osciló entre promesas y retrasos, mientras no se consideró suficientemente fuerte. Primero prometió que tendrían lugar el 27 de julio, luego que el 26 de octubre de 1913. De modo que todavía los diputados de la XXVI Legislatura lanzaron la convocatoria para ellas, en los últimos días de mayo, y el Senado aprobó la ley electoral que, entre otros puntos, estableció que sólo se requería la participación del 51% de los distritos electorales, para no tomar en cuenta a los que estaban en el poder de los revolucionarios. Algunos partidos políticos creyeron que sería posible la contienda electoral y postularon candidatos a la Presidencia: el Democrático a Félix Díaz, el Católico a Federico Gamboa, y el Liberal Republicano a David de la Fuente. Otros dos partidos cayeron en la trampa, pero se retiraron antes de las elecciones: el Antirreeleccionista y el Liberal Independiente, que postularon a Francisco Vázquez Gómez y a Manuel Calero, respectivamente.

“Huerta eliminó a los dos candidatos presidenciales más peligrosos: a Díaz lo mantuvo indefinidamente en los Estados Unidos de América y como a su regreso a Veracruz intentaron arrestarlo, acabó huyendo a Cuba; a León de la Barra lo mandó a Washington y a Londres en misión diplomática”.¹⁸

En la fecha señalada para las elecciones, Huerta ya no tenía contrincantes de peligro, ni Secretarios de Estado impuestos por el Pacto de la Embajada, había disuelto el Congreso de la Unión, el Poder Judicial era servil, las Gobernaturas de los estados estaban en manos de militares incondicionales y la gente vivía atemorizada. Lo que significaba que la situación era muy adecuada para efectuar una farsa de elecciones generales.

“Para completar la obra, el día 26, las autoridades obligaron a los empleados del gobierno y a los militares a votar por la formula Huerta y Blanquet, para Presidente y Vicepresidente respectivamente; tuvieron a su cargo las casillas, cometieron fraude y ejercieron violencia. El Congreso que resultó “electo”, tuvo una reunión preliminar el 15 de noviembre, y en la del día 20 nulificó la elección presidencial, aduciendo que Huerta había triunfado pero estaba incapacitado legalmente para ser candidato porque ocupaba la Presidencia Provisional; además de que no se había instalado el número reglamentario de casillas. En consecuencia Huerta permaneció en el poder y el nuevo Congreso le confirmó las facultades extraordinarias que por su propia cuenta había asumido unos días antes.”¹⁹

Una vez debidamente constituido el gabinete, Huerta instruyó a dos de sus nuevos Secretarios, a comenzar el trabajo en los asuntos, que a su juicio tenían prioridad. Al Secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, se le pidió redactar de inmediato cartas



Venustiano Carranza en defensa del principio constitucional.

autógrafas, para notificar a los Jefes de Estado Extranjeros, del nuevo gobierno. El Presidente encargó a su Secretario de Gobernación, Alberto García Granados, realizar el anteproyecto de una ley de amnistía, destinada a animar a todos los bandos rebeldes, a deponer las armas, con lo que de esa manera, se contribuiría a la consolidación de la paz en toda la República. El Secretario de Gobernación, García Granados, también se dedicó de inmediato al desempeño de su cargo.

“La ley de amnistía concedía plena inmunidad por delitos políticos a todos aquellos rebeldes que depusieran sus armas en quince días. Los cabecillas de los distintos bandos fueron llamados a presentarse ante el gobernador del estado o jefe político más cercano, a la brevedad posible, para que se acogieran a la ley de amnistía.”²⁰

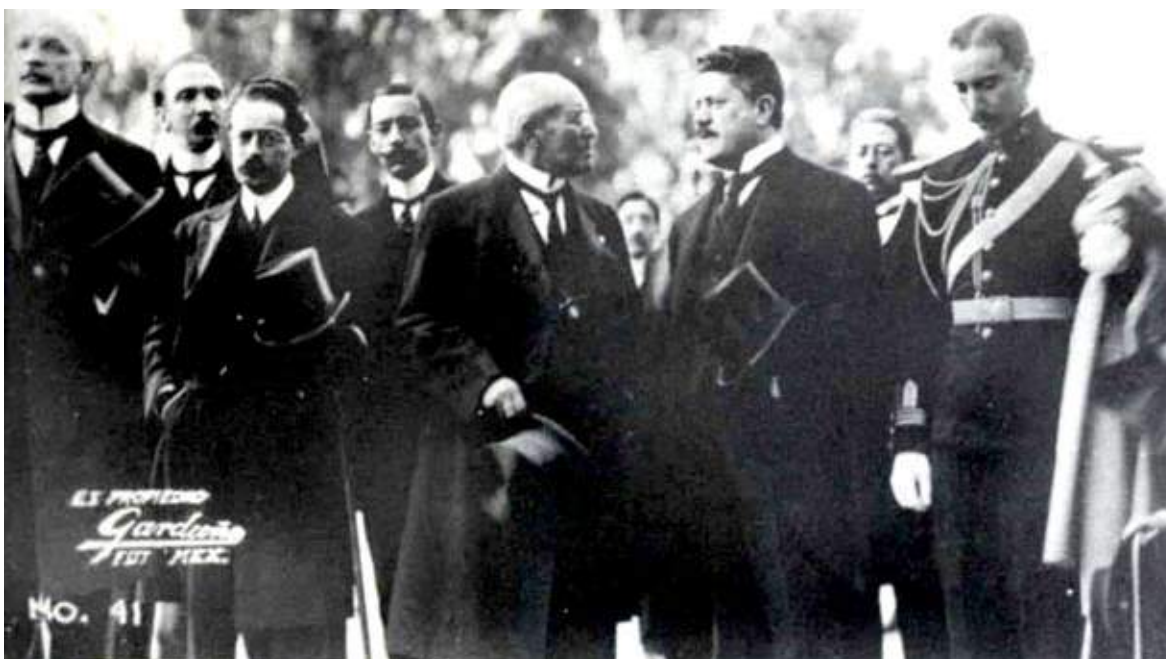
Desde las primeras horas de la noche, ya en su primer día de trabajo, el Presidente Huerta empezó a recibir las manifestaciones de lealtad de algunos Gobernadores de los Estados. Si bien la mayoría de los Gobernadores, durante la Decena Trágica, habían comprometido con Madero su más firme lealtad, uno por uno se fueron alineando con el nuevo régimen.

*“El único motivo de alarma el día 19 de febrero, no fue la actitud que asumieran el Gobernador y la Legislatura del estado de Coahuila. El Gobernador Venustiano Carranza censuró la legitimidad del acceso de Huerta a la Presidencia Interina. El argumento fue que el Senado no tenía las facultades necesarias como para poder designarlo Primer Mandatario, y con apoyo en eso, Carranza exhortó a su propia legislatura a adoptar una resolución apropiada en la que se sostuviesen los “principios legales y los intereses del país”. La legislatura no necesitaba de mayores acicates y fue así como ese mismo día promulgó una resolución en la que le retiraba su reconocimiento al régimen y le otorgaba al gobernador poderes extraordinarios en lo militar. Si bien Carranza les envió una circular telegráfica a todos los Gobernadores en la que les instaba a seguir su ejemplo, entonces no encontró ningún eco”.*²¹

*“Carranza escogió mal el argumento de ataque, y además, tergiversó el problema del ascenso de Huerta a la Presidencia. El Senado no lo había designado Presidente Interino de la Nación. Lo que sucedió fue que la Cámara de Diputados confirmó su nombramiento como Secretario de Gobernación y luego su acceso constitucional a la Presidencia. Sin duda, la maniobra política constituía una escandalosa burla al espíritu de la ley, pero con el tecnicismo cumplido al pie de la letra. Felipe Tena Ramírez, decano de los abogados especialistas en derecho constitucional mexicano, de modo alguno partidario de Victoriano Huerta, llega a la conclusión que “las formalidades constitucionales se observaron impecablemente [...] de aquí que el Gobierno de Huerta no haya sido producto de la usurpación. El jurista que quiera determinar con toda precisión el caso debe poner de relieve los hechos rigurosamente exactos desde el punto de vista formal, aun si a juicio moral e histórico llegase a considerar que este (régimen) es el ejemplo más tristemente célebre de traición que se haya perpetrado en nuestra historia. (Tena Ramírez es cuestionado, aunque no muy convincentemente). (Por una parte Amaya Morán) “[...] sostiene que la Constitución no le otorgó explícitamente al Presidente Interino (Lascuráin) las facultades necesarias para elegir al Secretario de Gobernación y luego dimitir. Así, al dimitir la Presidencia tendría que haber pasado a Manuel Vázquez Tagle, el Secretario de Justicia y siguiente en el orden de sucesión [...]”.*²²

EL MOVIMIENTO CONSTITUCIONALISTA.

Solamente la postura belicosa de Carranza en el norte, echaba a perder la espléndida iniciación de Huerta en la Presidencia; pero aún así, había cierto optimismo. El 21 de febrero, dos días después de haberle retirado su reconocimiento, Carranza resolvió enviar a dos agentes a la Ciudad de México, para iniciar negociaciones; Eliseo Arredondo, Diputado Federal, y Rafael Arizpe y Ramos, ingeniero de profesión, fueron los designados. El Gobernador también expresó su esperanza de que los problemas pendientes pudieran resolverse satisfactoriamente.



El Presidente Interino Victoriano Huerta y su idea de gobierno "porfirista".

A fines de febrero de 1913, apenas una semana después de los asesinatos, Huerta y su gabinete habían llegado a la conclusión, de que la prioridad número uno era la pacificación del país. Casi de inmediato recibió las protestas de lealtad de los Gobernadores, y aunque muchos más los seguirían, Venustiano Carranza, a pesar de lo alentador de los informes de sus dos negociadores que enviara a la Ciudad de México, se resolvió a suspender las pláticas y poner a Coahuila en estado de guerra.

La resolución del Gobernador Carranza de pronunciarse en contra del Gobierno Federal, después de haber enviado a sus agentes personales a la capital, previamente para concertar un acercamiento, no fue simplemente resultado de la indignación moral que le causara la noticia de los asesinatos. En el curso de la primera semana que pasara de haber asumido Huerta el poder, Carranza dejó abiertas sus opciones. Necesitaba tiempo para ver de dónde soplaban los vientos revolucionarios y las comisiones de paz, aunque aparentemente negociaban de buena fe, le estaban comprando tiempo. Con sólo una pequeña fuerza militar a su disposición en su estado natal, y pocos motivos para esperar la defección en masa de los federales a su bando, la revuelta inmediata hubiera sido tan suicida como las de Bernardo Reyes y Félix Díaz en contra de Madero. Carranza sabía que los asesinatos eran de trascendencia, así que pensaba que podría posiblemente inclinar la delicada balanza a su favor. Para el primero de marzo de 1913, se había perdido toda esperanza de reconciliación.

Carranza encontró sus primeros aliados en el estado de Sonora. El Gobernador, José María Maytorena, maderista tibio, no estaba dispuesto a seguir el ejemplo de Carranza, pero los elementos antihuertistas del estado, encabezados por Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Benjamín Hill y Salvador Alvarado, lo presionaron a fondo. A fines del mes, el Gobernador Maytorena, que no deseaba tomar la resolución por sí solo, le pidió a la legislatura del estado un permiso para ausentarse

por seis meses; su sucesor, el General Ignacio L. Pesqueira, accedió a las exigencias de los seguidores de Obregón, y se alió a los carrancistas. El 5 de marzo, la legislatura del estado hizo oficial esta resolución, al aprobar un decreto que le retiraba el reconocimiento al gobierno federal.

Tres semanas después de haber desconocido el estado de Sonora a Huerta, un tercer estado norteño, Chihuahua, siguió su ejemplo. El último Gobernador maderista de Chihuahua, Abraham González, había sido arrestado poco después de que Huerta tomara el poder, y desde ese entonces, el gobierno estaba a cargo del general Antonio Rábago, militar de carrera, completamente leal al nuevo Presidente. Aunque el estado permanecía técnicamente en las filas de los federales, a fines de marzo Francisco Villa había asumido la jefatura militar de una formidable insurrección en Chihuahua. *“La alianza de Villa con Carranza y Obregón fue sellada a mediados del mes, y la proclama de defección fue lanzada formalmente el 28 de marzo de 1913”.*²³

Históricamente, podemos fijar el día 23 de febrero, como la fecha en que las fuerzas coahuilenses efectuaron el primer acto hostil, y en el cual Venustiano Carranza vistió el traje de campaña, que fue cuando al obscurecer salió, por primera vez de Saltillo, Coahuila, rumbo a Ramos Arizpe, por el camino carretero que va paralelo con la línea ferrocarrilera que conduce a Piedras Negras, y en cuyo trayecto dictó su primera orden militar a Jacinto B. Treviño y Miguel M. Acosta, en el sentido de asaltar y detener el tren de pasajeros que se aproximaba a Saltillo, con instrucciones de apoderarse del convoy, haciéndolo regresar a la estación de Ramos Arizpe, a disposición del pequeño ejército, para las primeras operaciones militares de la Revolución.²⁴

Carranza estaba satisfecho con el apoyo logrado en los estados de Sonora y Chihuahua, pero sabía que era insuficiente. El 26 de marzo de 1913, promulgó el Plan de Guadalupe.

“El señor Carranza, al frente de sus guerrilleros, hizo rumbo al norte el día 23, pasando por las haciendas del Saucillo, San Diego, Estación Santa María y La Gamuza, para llegar, el 25, a la Hacienda de Guadalupe, donde se dio un descanso a las tropas. Hasta entonces el movimiento armado que reconoce como origen las



Durante la Decena Trágica, la ciudad de México se convirtió en un campo de batalla.



.El marco constitucionalista, pensamiento fundamental en los hombres del siglo XIX.

resoluciones tomadas por la Legislatura de Coahuila, a raíz de consumarse la traición de Victoriano Huerta, carecía de un estatuto o plan que concretara las causas del movimiento señalando su finalidad inmediata, (como en todo el proceso de la Revolución Mexicana, se ve marcado por esta característica de conformar un plan para tener alguna identidad en especial con el pueblo y que este pueblo se vea representado e identificado con los inconformes, como lo hizo Porfirio Díaz con el Plan de Tuxtepec, Francisco I. Madero con el Plan de San Luis y Victoriano Huerta con el Pacto de la Embajada), y aun cuando no se encontraban reunidos todos los jefes que habían respondido en Coahuila a su llamado, por virtud de las operaciones militares que estaban desarrollando, el señor Carranza estimó necesario proceder a la formulación de dicho plan, reunidos, al efecto, el día 26, a todos los elementos que lo acompañaban, y dictó al señor Alfredo Breceda, su secretario particular, el documento que históricamente se conoce como PLAN DE GUADALUPE, por ser este nombre del lugar en que fue suscrito y que sirvió de bandera al movimiento constitucionalista.

“MANIFIESTO A LA NACION.- Considerando: que el General Victoriano Huerta, a quien el Presidente Constitucional don Francisco I. Madero había confiado la defensa de las Instituciones y Legalidad de su Gobierno, al unirse a los enemigos rebeldes en armas en contra de ese mismo Gobierno, para restaurar la última dictadura, cometió el delito de traición, [...] PLAN: Primero. Se desconoce al General Victoriano Huerta como Presidente de la República. - Segundo. Se desconoce también a los Poderes Legislativo y Judicial de la Federación. - Tercero. Se desconoce a los Gobiernos de los Estados que aún reconozcan a los Poderes Federales que forman la actual administración, treinta días después de la publicación de este Plan. - Cuarto. Para la organización del Ejército encargado de hacer cumplir nuestros propósitos, nombramos como Primer Jefe del Ejército, que se



General Victoriano Huerta, una presencia golpista latente en el gobierno de Francisco I. Madero.

denominará “Constitucionalista” [...] Firmado en la Hacienda de Guadalupe, Coahuila [...]”,²⁵

Con el fin de propagar su movimiento y atraerse más partidarios, a acusar de traición a Huerta,²⁶ pero sin hacer mención de los asesinatos, el Plan les retiraba el reconocimiento, no sólo al Gobierno Federal, sino también a todos los gobiernos de los estados que continuaran apoyando al Presidente, una vez transcurridos treinta días de la fecha del pronunciamiento. Pocas semanas después, Carranza convocó a una conferencia de rebeldes norteros en la ciudad de Monclova. Los representantes de los movimientos de Sonora y Chihuahua (Roberto

Pesqueira V., Adolfo de la Huerta y Samuel Navarro) se reunieron con el Primer Jefe y Alfredo Breceda, para allanar las diferencias y formalizar la alianza. Después de tres días de negociaciones, los delegados acordaron respaldar el Plan de Guadalupe y pelear hasta el final. Roberto Pesqueira sería enviado a Estados Unidos, para obtener el reconocimiento de Washington, a la beligerancia de los constitucionalistas.

La respuesta inicial del gobierno huertista a la revuelta del norte, fue iniciar una purga de gobernadores, cuya lealtad fuera en una u otra forma sospechosa. Aunque a principios de marzo, la mayoría de los gobernadores de la República habían protestado obediencia a Huerta, el caso es que muchos habían sido maderistas, que no tuvieron más remedio que hacerlo. Temerosos de que pudieran aliarse con los constitucionalistas del norte, Huerta empezó, a fines de febrero y principios de marzo, a sustituirlos uno por uno, poniendo en su lugar a militares de fidelidad incuestionable. Los primeros tres en ser reemplazados, todos acusados de ser simpatizantes de los constitucionalistas, fueron Rafael Cepeda, de San Luis Potosí; Alberto Fuentes D., de Aguascalientes, y Felipe Riveros, de Sinaloa. La política resultó contraproducente. Al sustituir bajo cualquier pretexto a los gobernadores, Huerta los arrojaba irremediamente, tanto a ellos como a sus seguidores, a los brazos de la oposición.

A partir de este hecho, muchos triunfos se fueron dando para los constitucionalistas; la caída de Durango puso de manifiesto, sin lugar a dudas, la cruda realidad de las campañas militares en el norte, a las que Huerta respondió aplicando su criterio de *“paz, cueste lo que cueste”*. La famosa declaración se había interpretado, desde que por primera vez la enunciara, como licencia de los atropellos de todo tipo, perpetrados por los federales, tanto en el campo de batalla como fuera de éste. No obstante, sin negar que el ejército huertista fue culpable de sentir escandaloso desprecio por los intereses de los no combatientes, y aun reconociendo que la conducta reprochable de los militares generalmente quedaba impune, *“[...] la expresión se ha mal interpretado por años. Para Huerta, la paz a toda costa significaba que se proponía pacificar el país, aunque para lograrlo fuera necesario hacer de México el estado más militarista del mundo”*.²⁷

Después de las desastrosas derrotas sufridas por los federales en Zacatecas y Orendáin, de la ocupación de Guadalajara y de la concentración del Cuerpo de Ejército del Noreste y de la División del Centro en San Luis Potosí, la situación de Victoriano Huerta era insostenible. De no retirarse inmediatamente de México, no hubiera podido hacerlo más tarde, porque los revolucionarios de Veracruz, alentados por las grandes victorias de los ejércitos del norte, tomaban cada día mayor impulso, y constituían ya una seria amenaza para el único camino por donde podía huir.

Victoriano Huerta tomó la decisión de renunciar el 8 de julio de 1914, pero ya había estado pensando en ello seriamente, durante la semana anterior. Para que se tuviera una sucesión legal, designó Secretario de Relaciones Exteriores a Francisco S. Carbajal; después de las renunciaciones de Huerta y Aureliano Blanquet, Carbajal presidiría el Gobierno, hasta que los constitucionalistas llegaran a la capital.

Las tropas constitucionalistas firmaron los Tratados de Teoloyucan, con lo que ponían fin a las fuerzas federales, y se convertían en el poder armado más fuerte de todos los tiempos en México.

CONSIDERACIONES

Las diferencias entre las facciones revolucionarias, provocaron un rompimiento interno en el Ejército Constitucionalista, dividiéndose en dos grandes grupos; por un lado, defendiendo la causa constitucionalista, se encontraban Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, y por el otro, Francisco Villa y Emiliano Zapata, defendiendo estos últimos, la causa convencionalista. El reconocimiento de facto, en 1916, como gobierno, por parte de los Estados Unidos de América, inclinó la balanza hacia el grupo constitucionalista, y el triunfo no se hizo esperar.

La entrada de Venustiano Carranza a la Ciudad de México puso de manifiesto, nuevamente, la carga del pensamiento liberal de estos hombres, que fueron formados en el siglo XIX; aquéllos que observaron a Porfirio Díaz como el héroe, líder conductor de hombres y quisieron ser como él; prueba de ello fue que, al hacer un balance de las cosas que sucedieron en esta revuelta armada y al no poder sentirse conformes en el marco legal,

pusieron en marcha, una vez más, el juego político de las elecciones, encumbrando el principio jurídico y legal de su ascenso al poder, en especial a la Silla Presidencial; pero esta práctica no fue la última; el mismo Carranza sería, para el año de 1920, objeto de una situación muy similar. Al ver a su gobierno caer por el impulso y sostenimiento de las armas del Plan de Agua Prieta, finalmente, sus líderes, Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón, llevarían a la práctica, una vez más, elecciones que les permitieran llegar a la Silla Presidencial, en un marco legal y con tintes apegados a la Constitución, pero ahora a la de 1917.

Archivos:

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional.
Revolución Mexicana 1910-1920.
Gobierno Constitucionalista de Venustiano Carranza.
Gobiernos y Ejércitos de la Convención.

Bibliografía:

- Alessio Robles, Vito, *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1979.
- Amaya C., Luis Fernando, *La Soberana Convención Revolucionaria*, Trillas, México, 1966.
- Ávila Espinosa, Felipe Arturo, *El Pensamiento Económico, Político y Social de la Convención de Aguascalientes*, México, 1986.
- Barragán Rodríguez, Juan, *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985, Tomo I y II.
- Barrera Fuentes, Florencio, *Crónicas y Debates de las Sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1964, Tomo I, II y III.
- Calvert, Peter, *La Revolución Mexicana 1910-1914*, El Caballito, México, 1978.
- Casasola, Gustavo, *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana*, (Edición Conmemorativa), Trillas, México, 1970, Tomo II.
- Carpizo, Jorge, *Estudios Constitucionales*, Porrúa-UNAM, México, 1994.
- Cervantes, Federico, *La Convención Nacional Revolucionaria. Su origen, su obra y sus fines*, México, 1918.
- Cockcroft, James D., *Precursores Intelectuales de la Revolución Mexicana*, ERA, México, 1980.
- “La Soberana Convención Revolucionaria. La Búsqueda de una Alternativa Política”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, Secretaría de Educación Pública, México, 1986, Tomo V.
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos 1857*, Porrúa, México, 1980.
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos 1917*, Porrúa, México, 1989.
- Convención de Aguascalientes* (Cuaderno Conmemorativo No.45), Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.
- Cosío Villegas, Daniel, *La Constitución de 1857 y Sus Críticos*, El Colegio de México, México, 1957.
- Cumberland, Charles C., *La Revolución Mexicana. Los Años Constitucionalistas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- Díaz, Lilia, “El Liberalismo Militante”, en Daniel Cosío Villegas (Coord.), *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1981, Tomo II, pp.819-897.
- Díaz Soto y Gama, Antonio, *La Revolución Agraria del Sur y su Caudillo Emiliano Zapata*, Editorial Autor, México, 1961.
- Diccionario Universal de Términos Parlamentarios*, México, 1997, Vol. I., Tomo I.
- Madrid Hurtado, Miguel de la, “El Congreso Constituyente de 1916-1917”, en Santiago Oñate, *Los Derechos del Pueblo Mexicano. México a través de sus constituciones*, Porrúa, México, 1978, Tomo II, pp. 593-842.
- Fabela, Isidro y Fabela, Josefina E. de, *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana*, “*Debates de la Soberana Convención Revolucionaria 1914-1916*”, Editorial Jus, México, 1973, Vols. XXIII al XXVII.
- González Ramírez, Manuel, *La Revolución Social de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- Guzmán, Martín Luis, *Memorias de Pancho Villa*, Cía. General de Ediciones, México, 1968.
- H. Congreso de la Unión, *Las Constituciones de México 1814-1991*, Comité de Asuntos Editoriales, México, 1991.
- Katz, Friedric, *La Guerra Secreta en México*, Editorial Era, México, 1982, Vols. XXIII al XXVII.
- Enriquez, Krauze, *Madero Vivo*, Clío, México, 1993.

- Enrique, Krauze y Zenón-Medina, Fausto, *Porfirio, El Poder (1884-1900)*, Clío, México, 1993.
- Labastida, Horacio, "Las Luchas Ideológicas en el siglo XIX y la Constitución de 1857", en Santiago Oñate, *Los Derechos del Pueblo Mexicano. México a Través de sus Constituciones*, Porrúa, México, 1978, Tomo II, pp. 199-398.
- La Soberana Convención de Aguascalientes (1914-1918)*, Instituto Cultural de Aguascalientes, México, 1989.
- Leander de Bekker, Jean, *De Como Vino Huerta y Cómo se Fue... Apuntes para la Historia de un Régimen Militar*, Ediciones "El Caballito", México, 1978.
- Le Goff, Jacques, "Progreso/Reacción", en Jacques Le Goff, *Pensar la Historia. Modernidad, Presente, Progreso*, Paidós, Barcelona, 1991, pp.195-233.
- Lomas Maldonado, Arturo, *¿Qué Representa La Soberana Convención Revolucionaria en los años 1914-1915*, UAM, México, 1998.
- Medina, Hilario, *Diario de los Debates del Congreso Constituyente 1916-1917*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985, Tomo I y II.
- Medellín M., José de Jesús, *Las Ideas Agrarias en la Convención de Aguascalientes*, CEHAM, México, 1986.
- Meyer, Lorenzo, "El Primer Tramo del Camino", en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1981, Tomo II, pp. 1183-1272.
- Meyer, Michel C., *Huerta un Retrato Político*, Domés, México, 1983.
- Nuestra Constitución, Historia de la libertad y soberanía del pueblo Mexicano, Constitución Federal Mexicana de 1857*, (Cuadernillo No.3), Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1990.
- Nuestra Constitución, Historia de la libertad y soberanía del pueblo Mexicano, Introducción, antecedentes y explicación general de la Constitución de 1917*, (Cuadernillo No.1), Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1990.
- Obregón, Álvaro, *Ocho Mil Kilómetros en Campaña*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- Quirk, Robert E., *La Revolución Mexicana. La Convención de Aguascalientes 1914-1915*, Editorial Azteca, México, 1960.
- Palavicini, Felix F., *Historia de la Constitución de 1917*, Gobierno del estado de Tabasco, México, 1980, Tomo I y II.
- Rabasa, Emilio O. y Caballero, Gloria, *Mexicano: ésta es tu constitución*, Cámara de Diputados, México, 1982.
- Reyes Becerra, Guadalupe, *Yunque forjador de hombres de guerra. El Colegio Militar en la Revolución Mexicana 1910-1920*, (Tesina de Licenciatura), UAM-I, Méx, 1999.
- Reyes Heróles, Federico, "De la Junta a la Soberana Convención", en *Así fue la Revolución Mexicana*, Secretaría de Educación Pública, México, 1986, Tomo V.
- El Estado Social de Derecho. Algunos Orígenes: La Convención de Aguascalientes, mecanografiado.*
- La Convención de Aguascalientes (derrota o crisol de las fuerzas revolucionarias), mecanografiado.*
- Rojas, Basilio, *La Soberana Convención de Aguascalientes*, Comaval, México, 1961.
- Roman, Richard, *Ideología y Clase en la Revolución Mexicana. La Convención y el Congreso Constituyente*, Secretaría de Educación Pública, México, 1976.
- Rudé, George, "Ideología y Conciencia de Clase" y "La Ideología de la Protesta Popular", en Rudé, George, *Revolución Popular y Conciencia de Clase*, Crítica, Barcelona, 1981, pp. 15-48.
- Salinas de Gortari, Carlos, *La Convención de Aguascalientes (folleto)*, Gobierno del estado de Aguascalientes, México, 1989.
- Sánchez Lamego, Miguel A., *Historia Militar de la Revolución en la época de la Convención*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1983.
- Sayig Helu, Jorge, *Significación Histórico - Política de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura Federal*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1979.
- Schlarman, Joseph H.L., *México Tierra de Volcanes. De Hernán Cortés a Miguel Alemán*, Porrúa, México, 1955.
- Serra Rojas, Andrés, *Pensamiento Político: Antología*, Porrúa, México, 1988.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve Historia de la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- Thompson, E.P., *Costumbres en Común*, Crítica, Barcelona, 1995.
- Ulloa, Berta, *Historia de la Revolución Mexicana*, El Colegio de México, México, 1979, Volúmenes 4, 5 y 6.
- "La Lucha Armada (1911-1920)", en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1981, Tomo II, pp.1073-1183.
- Vasconcelos, José, *La Tormenta*, JUS, México, 1978.
- William Taylor, "La Rebelión", en William B. Taylor, *Embriaguez, Homicidio y Rebelión en las Poblaciones Coloniales Mexicanas.*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, pp.172-223.
- Womack, John Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, México, 1969.
- Zippelius, Reinhold, *Teoría General del Estado. Ciencia de la Política*, Porrúa-UNAM, México, 1989.

Citas:

1. “El pueblo en marcha arrasando con la opresión, la explotación y la injusticia: ése es el cuadro que nos da la historia de la Revolución Mexicana”. *La Soberana Convención de Aguascalientes 1914-1918*, Instituto Cultural de Aguascalientes, México, 1989, pp. 130.
2. Leander de Bekker, Jean, *De cómo vino Huerta y cómo se fue...*, El Caballito, México, 1978, pp. 189-190.
3. Ídem, pp. 180.
4. Krauze, Enrique y Zerón-Medina, Fausto, *Porfirio, El Poder (1884-1900)*, Clío, México, 1993, pp. 31. “[...]México [...], podía acceder a una etapa “positiva”, a costa de sacrificar el fanatismo religioso y la libertad abstracta por la tríada de valores que, a la postre, serían la divisa de don Porfirio: Orden, Paz, Progreso [...]”.
5. Rubén, Lozano Herrera, *Las Veras y Las Burlas de José Juan Tablada*, Universidad Iberoamericana, México, pp. 163.
6. *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, “Programa del Partido Liberal Mexicano”, Editorial Porrúa, México, pp. 2210.
7. Ídem, “Científicos”, pp. 588.
8. Krauze, Enrique, *Madero Vivo*, Clío, México, 1993, pp. 9.
9. Ídem, pp. 10.
10. Lozano Herrera, R ubén, Op., cit., pp. 172.
11. Jesus Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, pp. 191.
12. Krauze, Enrique, Op., cit., pp. 13.
13. Leander de Bekker, Op., cit., pp. 182.
14. “La Cámara de Diputados, bajo la Presidencia del Diputado Francisco Romero, pone a discusión la renuncia, la que después de largos debates es aceptada por 123 votos. Votaron en contra los Diputados: Luis Manuel Rojas, Perfecto Méndez Padilla, Leopoldo Hurtado Espinoza y Francisco Escudero López Portillo”, en Jorge, Sayig Helu, *Significación Histórico - Política de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura Federal*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1979, pp. 143.
15. Labastida, Horacio, “Las Luchas Ideológicas en el siglo XIX y la Constitución de 1857”, en Santiago Oñate, *Los Derechos del Pueblo Mexicano. México a Través de sus Constituciones*, Porrúa, México, 1978, Tomo II, pp. 325-327.
16. Leander de Bekker, Op cit, pp. 184, “Constitucionalmente en México se han aplicado diversos sistemas para suplir al Presidente de la República [...] El general Porfirio Díaz, ya en edad avanzada y preocupado por los problemas de la sucesión presidencial, hizo reformar nuevamente, el 6 de mayo de 1904, aquel precepto, restableciendo la vicepresidencia. También por enmienda de esa época se preveía en la misma disposición el caso de que faltaran presidente y vicepresidente, y para tal contingencia ordenaba que “[...]se encargará desde luego del Ejecutivo en calidad de Presidente Interino el Secretario del Despacho de Relaciones Exteriores, y si no lo hubiere o estuviere impedido, uno de los demás secretarios, siguiendo el orden de la ley que establezca su número. Esta disposición y la ley de secretarías de estado que regía en 1913, hicieron posible dar cierto aspecto de legalidad al ascenso a la presidencia de Victoriano Huerta [...]”, en Rabasa, Emilio O. y Caballero, Gloria, *Mexicano: esta es tu constitución*, Cámara de Diputados, México, 1982, pp. 169-170.
17. Ulloa, Berta, “La lucha armada (1911-1920)”, en Cosío Villegas, Daniel (coord), *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1981, Tomo II, pp. 1109.
18. Ídem, pp. 1111.
19. Ídem. Cabe destacar que tanto en las elecciones de Díaz (1876), Madero (1911), Carranza (1917) y Obregón (1920), sale triunfante el candidato o líder del movimiento que encabezó.
20. Meyer, Michel C., *Huerta un retrato político*, Domés, México, 1983, pp. 74.
21. Ídem, pp. 74-75.
22. Leander de Bekker, Jean, Op. cit., pp. 166. Aparece el siguiente comunicado: “La Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos (sic), en ejercicio de la facultad que le confieren los artículos 72, inciso A. Fracción II, y 81 y 82 de la Constitución General de la República (1857) y las leyes de 13 de mayo de 1891 y 6 de mayo de 1904, decreta: Artículo I.- Se admite la renuncia que presenta a esta honorable Cámara el ciudadano licenciado Pedro Lascuráin, del cargo de Presidente interino de la República. Artículo 20.- Llámese al ciudadano General Victoriano Huerta, Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, para que preste la protesta de ley como Presidente interino de la República”. Meyer, Michel C., Op. cit., pp. 75.
23. Ídem, pp. 95.

Grandes Batallas

24. Barragán Rodríguez, Juan, *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985, Tomo I, pp. 89.
25. Ídem, pp. 97-98.
26. Leander de Bekker, Jean, Op. cit, pp.180-183.
27. Meyer, Michel C., Op. cit., pp. 106.

Batalla de Torreón

30 de Septiembre al 1/o de Octubre de 1913, marzo y abril de 1914

INTRODUCCIÓN

El régimen porfirista es el resultado de un proceso político, que se justificó en las leyes de Reforma, dirigida por un grupo selecto de liberales y encabezada por el Licenciado Benito Juárez García. Éste último, tuvo una gran influencia en la ideología de la segunda mitad del Siglo XIX, época en la cual, el General de División Porfirio Díaz Mori vivió la primera etapa de su vida.

Durante este periodo, Juárez logró la separación de la Iglesia y el Estado Mexicano, iniciándose la Guerra de Reforma, con la promulgación de la Constitución de 1857. Un año después, las filas conservadoras deciden nombrar Presidente a Miguel Miramón; en dicha acción se observan claramente disidencias internas, las cuales son aprovechadas por los juaristas, culminando esta guerra en agosto de 1860, con la derrota de Miramón en Silao, por el General liberal Jesús González



Material de artillería decomisado a los Federales tras la Primer Toma de Torreón.

Ortega, al cual enfrenta después en Calpulalpan, Méx., triunfando los liberales, lo cual les permite realizar su entrada triunfal a la Ciudad de México, el 1/o. de enero de 1861.

Al final de este periodo, Díaz es ascendido al grado de General de Brigada y es electo Diputado, bajo la tutela de Juárez, con quien años después rompería políticamente. A partir de este rompimiento, y tras derrocar a Sebastián Lerdo de Tejada, continuó con las reformas liberales y anticlericales que iniciara Benito Juárez, y que él tomaría como bandera para ascender al poder.

Sin embargo, su periodo de influencia política comprendió desde el año de 1876 hasta 1911, al cual se le llamo Porfiriato. Este periodo es conocido, porque presentó un gran auge económico, la tecnificación del campo y el desarrollo de la industria del país, sobre todo en el ámbito de las comunicaciones, trayendo a México el ferrocarril que, como veremos más adelante, tendrá una gran importancia estratégica para el desarrollo de las operaciones militares, durante la Revolución Mexicana.

El Gobierno de Díaz, tuvo como ideólogos, a un grupo denominado los “científicos”, quienes consideraban que Díaz era necesario para lograr la modernización y la democracia de la Nación. Sin embargo, durante el porfiriato, se puede apreciar que se mezclaron ideas, tanto conservadoras como progresistas; el mismo lema inicial de Díaz era “sufragio efectivo, no reelección”, siendo que, en cuanto obtuvo el poder, reformó la Constitución para reelegirse siete veces. Por si fuera poco, se olvidó de sus ideales liberales, y se apoyó en la Iglesia y en los terratenientes, con la intención de preservar el status quo.

Aunado a este incremento económico y tecnológico, los movimientos obreros se intensificaron a raíz del abandono que el Gobierno ejerció sobre las clases bajas, aun y cuando ameritaba que en los conflictos laborales, interviniera como mediador. Esto último no sucedió, y el gobierno de Díaz abandonó a los obreros a merced de los empresarios y los hacendados, que les explotaban indiscriminadamente.

En el ámbito agrícola, se registró un crecimiento exponencial, sobre todo en el rubro de henequén, café, cacao, hule y chicle; esto, bajo políticas comerciales que permitían los bajos salarios. Esta situación permitió la explotación de la mano de obra nacional, todo ello para favorecer la inversión extranjera, que de igual modo financiaba la construcción y la expansión de la red de ferrocarriles y el desarrollo de la minería de plata y oro.

Este escenario provocó que, para principios del Siglo XX, el gobierno porfirista se fuera debilitando; sin embargo, estos métodos de manipulación empleados por los ideólogos del estado, ya no contuvieron más la descomposición social, recrudeciéndose la represión contra los movimientos sociales. La violencia durante este periodo, fue ejercida directamente por el Ejército, la Policía Secreta y la Policía Rural, los que, bajo una supuesta legalidad, justificaron la represión del pueblo, ejerciendo el poder sin límites sobre civiles inocentes, que sólo exigían sus derechos elementales.

Ante la negativa del sistema porfirista, de reconocer que estaban siendo agraviados moralmente por empresarios y hacendados, la sociedad da cuenta de ello, rompiéndose la relación jerárquica y, por consecuencia, el compromiso de la sociedad de obediencia civil, al no existir mecanismos de negociación ni protección del Estado, con las bases sociales.

Violencia estructural es el abandono que ejerció el gobierno de Díaz a los trabajadores, permitiendo la concentración del poder en unos cuantos y trayendo, como consecuencia, la negativa del pueblo de participar en los procesos de elección política, así como los demás procesos sociales importantes para la Nación. Una de las razones por las cuales, el régimen político no protegió al pueblo, fue el hecho de que el poder del Estado no solo residió en el Gobierno, sino también en los grupos de élite, ya sea económico y/o político, que conformaban el todo social (Cano 1980: 33).

Esto dio como resultado, que naciera entre los grupos más humillados por el porfiriato, el deseo de venganza, buscando reafirmar la dignidad y el valor humano del pueblo, dando lugar a la respuesta violenta. Ésta surgió en el momento en el que la sociedad observó que el gobierno porfirista no resolvía por los medios legales sus exigencias; entonces se da la Revolución, encausando la violencia en contra del Sistema Social imperante, desafiando el monopolio del poder ejercido por el Gobierno de Díaz, y los grupos políticos y económicos que le apoyaban y que protegía (Cano 1980:9-29).

Sin embargo, todo sistema político busca mantenerse, enfrentando situaciones de inconformidad, que surgen dentro de la estructura social; estas situaciones varían: manifestaciones, huelgas e incluso la violencia. Como primera reacción, el estado porfirista manejó su capacidad de flexibilidad, realizando reformas legales que buscaban aminorar el efecto del agravio moral en el pueblo; sin embargo, esta flexibilidad tiene sus límites, condicionados por la libertad de auto-conservación (Cano 1980: 97).

De este modo, el régimen porfirista no pudo detener la represión que ejerció contra los obreros de Río Blanco, Ver. (1905) y Cananea, Son. (1906); la sociedad mexicana sancionó al gobierno del General Díaz, sentenciándolo a la pérdida legal del derecho a continuar gobernando el país (Moore 1996: 17-55). Las empresas norteamericanas detentaron el monopolio del legítimo empleo de la opresión física, empleando la violencia represiva, en contra de aquéllos que ejercían la respuesta violenta, exigiendo sus derechos (Cano 1980: 101).

Este movimiento lo encabeza el Partido Liberal Mexicano (P.L.M.), bajo el liderazgo de los hermanos Flores Magón, quienes publicaron un manifiesto de 28 puntos, antecedente ideológico de la Revolución Mexicana, en 1906. Dos años después, Francisco I. Madero, publicaría su obra *La sucesión presidencial en 1910*, en donde realizó un ensayo político, económico y social, de la situación del país, el cual fue aplaudido por el Presidente Díaz; sin embargo, las clases privilegiadas por el sistema porfirista, lo vieron como un ataque a sus intereses.

El sentimiento de injusticia que se había desarrollado en la sociedad mexicana, fue tomado por don Francisco I. Madero, al organizar el Partido Antireeleccionista. A Madero se le reconoce su

capacidad política, que le permitió entrevistarse con Díaz, con el objetivo de poner sobre la mesa, las reglas del juego, y evitar se registraran, durante la campaña presidencial, connatos de violencia o fraudes electorales; sin embargo, el dictador vuelve a ganar mediante un fraude anunciado.

Durante la campaña presidencial, Madero fue apresado y encarcelado en Monterrey, N.L., acusado de iniciar una rebelión, para después ser trasladado a San Luis Potosí, S.L.P., y puesto bajo libertad condicional, al triunfo de Díaz. Acto seguido, Madero comprende que la legalidad enarbolada por Díaz, sólo es de palabra, razón por la cual promulgó el Plan de San Luis; en dicho plan planteaba un programa agrarista, incipiente en los campesinos, y el “Sufragio efectivo. No reelección”, que había sido defendido por Díaz.

Sin embargo, llega a oídos de Madero, que va a ser detenido, y huye a Texas, E.U.A., desde donde dirige la Revolución. Regresa a México con la toma de Ciudad Juárez, Chih., en mayo de 1911. El General Díaz se da cuenta de la situación, y el 25 de mayo de 1911, renuncia ante la Cámara de Diputados, exiliándose en el extranjero, sin perder la esperanza de retornar algún día a México y retomar la presidencia, apoyado por los grupos porfiristas.

La Revolución es, pues, una respuesta violenta, al haberse agotado los recursos legales, quedando el estado porfirista debilitado; en ese momento, el único sostén es la violencia, esto es, que a mayor empleo de la violencia, mayor debilidad política denotara, provocando que, entre más se incrementó la represión, más se disminuyeron las simpatías con el régimen, y se convirtieron, los que sólo eran descontentos pasivos, en disidentes activos (Cano 1980: 103).

Después de la caída del régimen de Porfirio Díaz, se inició la aplicación de los ideales de la Revolución Maderista; sin embargo, los enfrentamientos entre revolucionarios y federales continuaron. Como ejemplo, los magonistas y otros grupos, como el Partido Liberal Mexicano, prolongaron la respuesta violenta, pues consideraban que no se satisfacían sus demandas. A esto se sumó el nombramiento del Presidente Interino Francisco León De La Barra, tras la renuncia del Presidente Díaz y del Vicepresidente Ramón Corral, surgiendo la necesidad de una ley de amnistía y la formación de gobiernos estatales de transición, con la búsqueda de mecanismos que permitieran el desarme de los grupos en pie de guerra; estos procesos fueron fuente de grandes conflictos.

El gobierno de transición debería buscar la pacificación del país, además de legalizar las instancias del mismo. Este gobierno federal recayó en el Secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, nombrado después de las renuncias de Díaz y de Corral, designando en la Secretaría de Guerra y Marina, al General Eugenio Rascón, el cual fue reemplazado inmediatamente por el General González Salas, hombre relacionado con el grupo político de Madero.

Por su lado, en la Secretaría de Gobernación se designó al Lic. Emilio Vázquez Gómez; en Hacienda, a Ernesto Madero Farías, tío de Francisco I. Madero y antireeleccionista, pero cercano al Secretario de Hacienda del régimen de Díaz, José Yves Limantour; en la Secretaría de Fomento, a Rafael L. Hernández, igual antireeleccionista y primo de Madero, pero con interés

con el grupo de los “científicos”; en Comunicaciones, al Ing. Manuel Bonilla, revolucionario moderado y Jefe de la Revolución en Coahuila; en Justicia, al “científico” Lic. Manuel Calero, y en Educación, el Doctor Francisco Vázquez.

Otro paso complicado, era el nombramiento de gobernadores, con carácter de transición, en las entidades federativas. De este modo, en Chihuahua se nombró a Abraham González, mientras en Ciudad Juárez y Casas Grandes, el grueso de las fuerzas rebeldes permanecía en espera, junto al General Pascual Orozco. Esto obligó al gobierno a tratar el asunto con cautela, al notar que los cambios no satisfacían a los caudillos, y que preparaban a sus tropas para seguir la lucha, sobre todo en Chihuahua.

Por su parte, en el estado de Coahuila, la Revolución se extendió como reguero de pólvora; el 29 de mayo, ingresaron a Saltillo, de 800 a 1,000 rebeldes, siendo sus jefes Rafael Cepeda, Francisco Coss, Ildefonso Pérez, Eulalio y Luis Gutiérrez, Gertrudis Sánchez, Ernesto Santos Coy, Andrés Saucedo, Jesús Dávila y otros. Éstos bajo la tutela política y militar de Venustiano Carranza, al cual,



Tropas revolucionarias alertas para combatir al régimen huertista.

como pago por sus servicios, el Presidente Madero le había nombrado Encargado del Despacho de Guerra y después Gobernador provisional de Coahuila.

Ahora bien, Emilio Madero llevó a cabo el licenciamiento¹ de las tropas rebeldes, éste a cargo de Orestes Pereyra en Torreón, y de Rafael Cepeda en Saltillo. En los primeros días de junio, se llevó a cabo el despido, con un poco de resistencia por parte de algunos grupos que terminaron como rurales. De este modo, en la Laguna de Coahuila, quedaron 279 hombres a las órdenes de Sixto Ugalde y 336 a las de Agustín Castro; en la Laguna de Durango, 152 hombres comandados por Gertrudis Sánchez; en Nazas y Mapimí, 202 hombres de Orestes Pereyra; en Cuencamé, cerca de 300 de Calixto Contreras y en Santiago Papasquiaro otros tantos, a las órdenes de Domingo Arrieta; un 7º Cuerpo Irregular quedó en Saltillo, bajo el mando de Pablo González (Franco 1985: 283-285).

El problema más grave se presentó, ante la negativa del nuevo gobierno, de hacer efectivo el reparto agrario; este hecho llevó a una serie de confrontaciones, que dieron un giro inesperado a la Revolución. Los grupos más radicales acusaron al Presidente Madero de ser antirrevolucionario, lo cual resultaba ridículo, toda vez que nuestro héroe siempre se caracterizó por su interés en la emancipación de las clases desprotegidas y en la idea clara, de que el Estado de Derecho debía imperar en nuestra Nación.

Sin embargo, la oposición de los grupos conservadores que apoyaban el regreso del General Porfirio Díaz, sumada a las demandas legítimas del pueblo y a lo limitado de su estructura gubernamental, desencadenó una serie de movimientos que se pronunciaron contra el nuevo gobierno. Los antiguos revolucionarios licenciados, consideraban que sus demandas de justicia social no se habían solucionado, y continuaron operando en sus regiones, bajo una estrategia puramente cacical. Se tienen reportes de que protagonizaban escándalos en la vía pública y, en el más grave de los casos, robaban y amedrentaban a la población. En muchas ocasiones, se hace responsable al General Francisco Villa, de alentar dichas actividades, bajo el pretexto de que, como veteranos de la Revolución, tenían derecho a tomar las haciendas, como pago de sus servicios al nuevo gobierno.

En este caso, podemos apreciar que el agravio moral infringido por el sistema porfirista, no había sido resarcido, sobre todo porque mucho se prometió al pueblo, que una vez derrocado Díaz, el reparto agrario sería inmediato. Sin embargo, una vez que Díaz renunció a la Presidencia, se ordenó que el reparto agrario no se llevara a cabo y de igual modo, se realizó el licenciamiento de las tropas excedentes, buscando fortalecer el gobierno de Madero. Madero buscaba la legalización de su gobierno y, por ende, el beneficio del pueblo de México; el nuevo contrato social debía tomar en cuenta las bases sociales que el sistema porfirista tanto tiempo había pisoteado.

Sin embargo, este movimiento buscaba más que la consolidación de su gobierno, aprovechado por algunos sectores tradicionales, que se habían disfrazado de revolucionarios para obtener beneficios. Argumentaron, que Madero no buscaba el bien del pueblo, si no al contrario, algunos

grupos iniciaron una serie de rumores, los cuales decían que buscaba formar un protectorado gringo, llegando inclusive a tachar al gobierno maderista, de continuar con las políticas porfiristas.

El pueblo mexicano, por supuesto que se sintió ofendido; el coraje y la indignación hicieron presa de un número considerable de ex revolucionarios que, deseosos de venganza, hicieron llegar al gobierno una serie de quejas por escrito, alegando condiciones de pobreza, así como la denuncia de persecuciones que sufrían por parte de los reductos porfiristas, que seguían controlando las regiones del norte del país. Solicitaban al gobierno apoyo económico y político, ya que consideraban que la persecución era resultado de haber participado activamente en la Revolución, y que al apoyar el Plan de San Luis, se habían hecho merecedores del desprecio de esos grupos porfiristas.

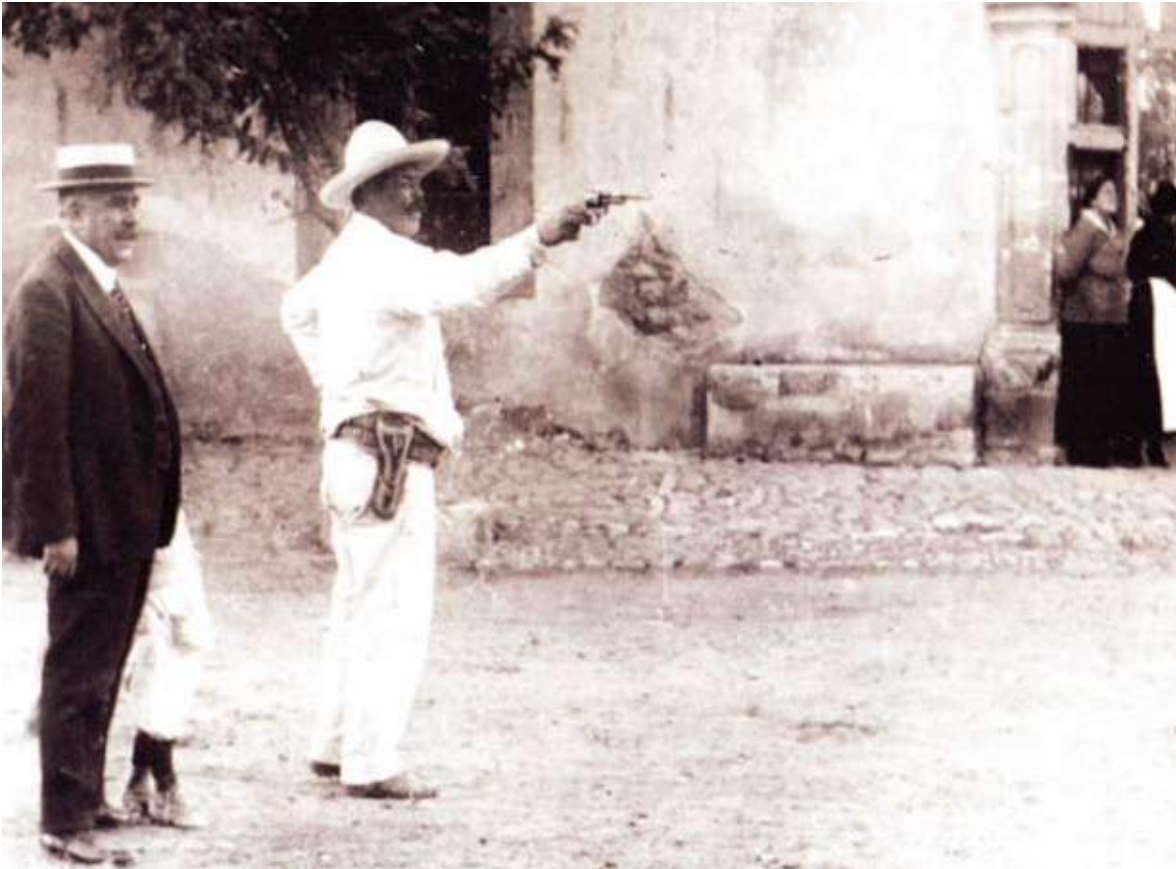
Estos sucesos fueron creando un clima de inestabilidad social, hasta que sobreviene la Decena Trágica, en la que el General de División Victoriano Huerta Márquez, mediante una serie de medios políticos y ardides legales, así como la acción armada, depone al gobierno de Madero y ordena asesinar al Jefe del Ejecutivo Federal. El Gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza se pronuncia, desconociendo el gobierno de Huerta. Carranza visualiza la unión de las fuerzas revolucionarias en un solo ideal; el conflicto planteó la necesidad de satisfacer requerimientos sociales ancestrales (democracia, la tenencia de la tierra, la pobreza y la justicia social, entre otros), además de la imperiosa necesidad del cese de las acciones bélicas, que cada día hundían más al país en la miseria.

Aquí otro punto a favor de Madero; a diferencia del gobierno porfirista, el nuevo gobierno consideraba que era de su incumbencia adoptar medidas, tendentes a contribuir con la seguridad material de los mexicanos. A diferencia del régimen de Díaz, que consideraba que el gobierno no tenía responsabilidad sobre el bienestar de la población, y que resultaba en vano y hasta ofensivo exigir al Jefe del Ejecutivo, que tomara medidas para contrarrestar las amenazas al bienestar popular.

Esto último se ve claramente, cuando el Ejército y la Policía Rural actúan sólo sobre los bandidos que atentaban contra los intereses de la élite política y económica, llámense empresarios o hacendados. No así, cuando estos últimos agraviaron a los trabajadores de las fábricas y minas o cuando trataron al peón indígena, mestizo o al mulato, como esclavo.

LOS CONTENDIENTES

La figura de Francisco Villa se encuentra rodeada de un halo de misterio, que él mismo sembró alrededor de su historia. Mitos que le agradaban, por lo que alentó su creación, tanto como medida política, como para satisfacción personal. De lo que sí tenemos certeza, es que Doroteo Arango nació en el rancho La Coyotada, Municipio de San Juan del Río, Dgo., en 1878, donde se va a desempañar como peón de la hacienda de Agustín López Negrete, quien intentó abusar sexualmente de la hermana de Doroteo Arango; él la defiende hiriendo al hacendado, y como consecuencia, debe abandonar su terruño a la edad de 17 años de edad (Salmerón 2006: 54-61).



El General Francisco Villa se caracterizó por mantener una disciplina férrea entre sus tropas, implicando en ello el liderazgo, y en ocasiones el terror.

Entre los años de 1901 y 1902, es recluta del Ejército Federal, de donde se deserta y toma el nombre de Francisco Villa, el cual, según cuenta la leyenda, lo tomó de un jefe gavillero que falleció muchos años antes de iniciarse la Revolución y que él admiraba. Sin embargo, se puede observar una vez más, que el país sufría un clima de inseguridad, producto de la exigencia del pueblo, de que se llevara a cabo una justicia distributiva, y que se marcara un alto a la explotación inhumana que sufría el pueblo. De este modo, Villa busca dar a conocer siempre, que sentía empatía por las necesidades del pueblo; la exigencia de la seguridad social, si bien no se pedía como tal, se notaba en el sentimiento colectivo de agravio moral (Moore 1996: 48-49).

Si bien la idea de que el bandolerismo, durante la época del porfiriato, se llegó a ver como una protesta a la autoridad, habría que retomar que la situación de inseguridad en el país, requirió que esos mismos bandoleros fueran empleados como defensores de la ley porfirista, mediante el reclutamiento de los mismos, conformando la Policía Rural. ¿En qué momento, esos bandoleros consideran que se termina la injusticia y simpatizan con el estado porfirista, al grado de formar parte de su defensa? Por supuesto, en el momento en que existe de por medio, un salario seguro; esto les permitió ocupar un lugar preponderante en el escalafón social porfirista, además de facilitar el poder en las zonas que estaban bajo su control.

Es cuando toma el nombre de Francisco Villa, desplazándose a Chihuahua, so pretexto de que los hacendados invadían las tierras, solapados por el gobierno porfirista, situación que se fue agravando, entre los años de 1907 a 1910. Sin embargo, se vuelve amigo de Abraham González, quien le habla de Madero, y al conocer el proyecto de éste, de inmediato siente simpatía y se adhiere a su causa (Ídem.).

Es por demás enunciar, que la figura de Villa ha sido vista de variadas formas; entre ellas sobresalen los datos de su vida, además de ciertas cualidades, que le permitirán desarrollarse militar y políticamente en su zona de influencia. Al servir al Ejército Federal, bajo las órdenes del General Huerta, Villa aprende sobre procedimientos militares; sin embargo, la mayoría de sus hazañas las logra gracias a los conocimientos empíricos que tiene del terreno y del clima de la región lagunera. Además de las simpatías que le otorgaban los grupos sociales en los que se movía y la nula confianza que tenían estos últimos en las autoridades, lo que le permitió operar en la región, en completa impunidad.

Sin embargo, tras el asesinato de Claro Reza, un antiguo compadre suyo convertido en agente de la policía secreta del Gobernador Creel, y el asalto a la hacienda de Talamantes, Villa comienza a ser visto como un peligroso delincuente. Para entonces, ya comenzaba a mostrar interés por la lucha armada, con el fin de derrocar al régimen porfirista. Además de tener presencia en la región, era considerado un hombre afable, y simpatizador del valor y de la lealtad, como virtudes fundamentales.

Era de gustos especiales, manteniendo especial agrado por la mujeres; no fumaba ni bebía; era inteligente, pero muy poco culto; de hecho, aún se desconoce si para esas fechas, ya sabía leer o había aprendido estando en prisión; para entonces ya había sido arriero, gallero profesional y se dedicaba al abigeato. Esto le permitió tejer una red de amistades, lealtades y clientelismos por toda la región, igual como lo hizo en Durango, pero fortalecido por la situación social que se vivía. Se hacía acompañar de gente que merecía su confianza, como fueron Eleuterio Soto, Tomás Urbina, José María Rodríguez y su hijo José E. Rodríguez; este último es considerado el mejor jefe de la caballería villista.

De este modo, Villa realizaba el reclutamiento de nuevos adeptos, mediante la formulación de enlaces sociales y políticos, a los cuales había apoyado en algún momento y que se sentían comprometidos; tras trabajar con el reclutamiento de nuevos adeptos y presentándose con una fuerza regular, avanzó hacia Torreón, con la intención de fortalecer su presencia en la región. Las fuerzas bajo su mando, elevaron su nivel de instrucción, al grado de infringir una derrota rotunda al General Félix Terrazas, el 26 de agosto de 1913, en San Andrés, Chih., llevándose un cuantioso botín de guerra, prisioneros y trenes con implementos de guerra, impactando negativamente la moral de los federales. Las tropas villistas se vieron fortalecidas; marcharon rumbo al sur, donde se les unieron otros Jefes revolucionarios procedentes de La Laguna, como eran Toribio Ortega, Fidel Ávila, Maclovio Herrera, Manuel Chao, Tomás Urbina, Rodolfo Fierro, Rueda Quijano, Calixto Contreras, Aguirre Benavides, Orestes Pereyra, José Isabel Robles, Rosalío Hernández, Trinidad Rodríguez y otros más.

Éstos, al llegar a Jiménez, marcharon rumbo a Bermejillo, con la firme decisión de tomar Torreón, la cual estaba defendida por los Generales Eutiquio Munguía, Benjamín Argumedo, Emilio Campa, Felipe Alvarez y otros. Todos ellos, con pertrechos que garantizaban la defensa de la plaza, pero que lo conformaban elementos que no poseían experiencia alguna en la guerra. Ya frente a Torreón, el General Villa se da cuenta de que una fuerza como la que le acompañaba, de nada serviría sin orden, así que era necesario se nombrara un General en Jefe, que organizara, dirigiera y coordinara las operaciones de dichas fuerzas.

En un lugar llamado “La Loma”, el 29 de septiembre de 1913, resultó electo General en Jefe, el General Francisco Villa, Jefe de la División del Norte. Muy a pesar de que, por circunstancias políticas, muchos de los generales y jefes revolucionarios se sentían con derecho a dirigir el naciente ejército. Si embargo, era necesaria la dirección del General Villa, ya que, al pensar en la toma de Torreón, pone en práctica los conocimientos que adquirió mientras permaneció en la División del Norte, en la campaña de Huerta contra el orozquismo. Los jefes que eligieron a Villa como dirigente, se sentían comprometidos, y sabían que le debían el mando que ostentaban, y eran responsables sólo ante él.

LA GEOGRAFÍA DE LA CIUDAD DE TORREÓN, COAH.

Geográficamente, la ciudad de Torreón se encuentra ubicada en la ribera derecha del río Nazas, que la separa, al mismo tiempo, de la ciudad de Gómez Palacio, Dgo., con la que está conurbada por tres puentes (uno por ferrocarril), y tres vados de 250 metros de largo. Esta plaza está situada a 25° 32' de latitud norte, y 103° 27' de longitud oeste, y a 1,130 metros sobre el nivel del mar. Su clima es semidesértico, con temperatura media de 22.2° y con una máxima ocasional de 49.5° y mínima extrema de -9°. Existen vientos dominantes del sureste y lo más intensos del sur-sureste.

En cuanto a las comunicaciones terrestres, podemos mencionar que, a principios del siglo XX llegó el ferrocarril a Torreón. Sus conexiones con el Pacífico, el norte y con el centro de la República, así como el ser una población ubicada en el tramo ferroviario de México a Laredo, Tamps., convirtió a la plaza en el tercer centro ferrocarrilero más importante del país, lo cual motivó a Villa para tomar la Plaza, ya que las características mencionadas, hicieron de Torreón un punto estratégico en el aspecto comercial y militar.

LA TÁCTICA

Por su posición geográfica, Torreón, durante la Revolución, resultaba una plaza difícil de tomar y fácil de defender. Este último punto, se refiere a la topografía que, bien utilizada, permite que los cerros que la rodean funjan como una muralla natural. En dicho cerros, los federales emplazaron su



En la imagen se aprecia al General Villa, rodeado de los Dorados, su escolta personal.

artillería y se prepararon a resistir las fuerzas revolucionarias. La única vía de acceso estaba definida por una serie de llanos, con vegetación conformada por chaparros; esto permitía que, para defender dicho punto, sólo se necesitaba accionar la artillería, repeliendo efectivamente cualquier ataque.

La división que dirigía Villa, fue dividida en tres armas: infantería, caballería y artillería, contando con servicios de sanidad, transporte y alimentación. En el parte que rinde el General Francisco Villa a Venustiano Carranza, Jefe Supremo del Ejército Constitucionalista, declara que, en la plaza de Torreón se tenían alrededor de 4,000 efectivos, incluidos los voluntarios denominados “Defensas Sociales”. Dichos elementos, como ya se ha dicho, fueron comandados por el General de Brigada Eutiquio Munguía y asesorados por el General de División Ignacio A. Bravo.

LOS EJÉRCITOS CONTENDIENTES

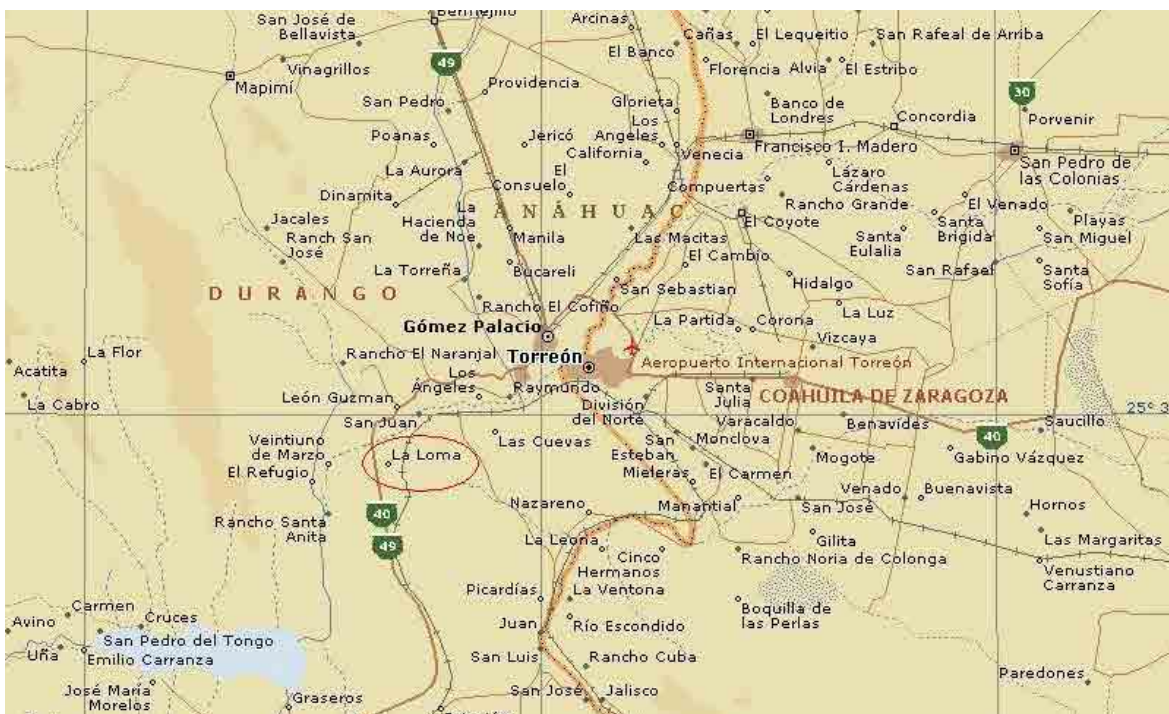
El Ejército Federal

Por un lado, el Ejército Federal había sido desplazado hacia la frontera desde 1884, con pretexto de una posible invasión norteamericana, lo que en realidad buscaba detener la efervescente Revolución desde 1884, aparte de que el grueso del ejército se encontraba concentrado cerca de las ciudades o centros de población. Así mismo, la artillería federal se integraba de baterías de montaña, adaptadas para la guerra interna.

De igual forma, el General Díaz se había preocupado por la profesionalización del ejército, buscando, además, obtener el control total del mismo, razón por la cual eliminó a los caudillos del mismo y ordenó la supresión de los grandes mandos, y disolvió las tropas de caudillos locales. De

este modo, se convirtió en el Jefe Supremo del Ejército y Armada, comunicando sus órdenes a través del Ministerio de Guerra y Marina.

Por su parte, el Ejército Federal se encontraba dividido en 10 Zonas Militares, 3 Comandancias y 9 Jefaturas de Arma, o “pulverizados” en varios mandos pequeños, dependiendo de la región territorial en donde operara. Esta forma de organización, buscaba que el mando no pusiera en peligro al gobierno porfirista, pero en cambio, servía para el control político y militar de la Nación. Sin embargo, no sólo se auxiliaba del Ejército para mantener la paz interna; además, echaba mano de los Cuerpos Rurales dependientes de la Secretaría de Gobernación, los cuales tenían funciones de Policía Federal (Gutiérrez 1955: 15-21).



En cuanto al liderazgo militar, los comandantes eran de edad avanzada, con gran experiencia en las guerras de intervención, y de enfrentar los levantamientos y/o desórdenes internos, hechos en la paz forzada por el régimen porfirista, forjados en los Cuarteles Federales, aparte de los Generales procedentes del Colegio Militar, cuya participación marcó el rumbo de la Revolución (Vega 1991: 341).

En cuestión de disciplina, el Ejército Porfirista aplicó las leyes y reglamentos vigentes, lo cual le dio una sólida disciplina a la institución. No así la instrucción y el entrenamiento, los cuales tenían influencia de la escuela francesa, que daba más importancia a la artillería, lo que motivó que existiera un elevado número de elementos de dicha arma; sin embargo, “esta arma estaba destinada a apoyar el ataque, pero de ninguna manera a prepararlo”. En cuanto a la Doctrina Militar, el Ejército Federal, a pesar de que pregonaba la ofensiva, se limitó a la defensiva de las plazas, limitando la iniciativa, lo que significó un grave error en el Arte de la Guerra, costando la pérdida del conflicto (Gutiérrez 1955: 22).



Rojos federales. Verdes revolucionarios

Ahora bien, en cuanto se refiere al adiestramiento táctico, la infantería combatía como arma central, como base de las combinaciones tácticas. Esta arma iniciaba el ataque en dos líneas; la primera era la vanguardia, que entraba en contacto con el enemigo, y la segunda fungía como reserva o como línea principal de choque. Por su parte, la caballería se empleaba en misiones para obtener información, para confrontar a la caballería enemiga y explotaba el éxito, persiguiendo al enemigo, cuando la suerte le daba la victoria; así mismo, estaba destinada para apoyar a la infantería. Por último, el arma de ingenieros se ocupaba de realizar trabajos del terreno.²

A principios de 1914, Torreón era defendida por la División del Nazas del Ejército Federal, bajo el mando del General de División José Refugio Velasco, con un efectivo aproximado de 10,000 hombres, con 12 piezas de artillería, además de los refuerzos que recibió, que ascendieron a 6,550 hombres, 2 baterías de 80 mm. y una de 75 mm. (12 piezas de artillería más). En total 16,550 elementos y 24 cañones, durante el ataque revolucionario, todos provenientes de distintas unidades y corporaciones del Ejército y Cuerpos Rurales del interior del país. Los abastecimientos eran recibidos por vías férreas procedentes de Monterrey y Saltillo. Además, contó la División del Nazas del Ejército Federal con dos formaciones sanitarias bien conformadas (Gutiérrez 1955: 312).

La División del Norte del Ejército Constitucionalista

Por el lado de la División del Norte del Ejército Constitucionalista, emplearon las jerarquías militares como forma de organización, al carecer de otra forma que les permitiera mantener el orden al interior de las fuerzas revolucionarias; estas jerarquías se empleaban de manera práctica, a criterio del caudillo o del comandante. De igual modo, el empleo de estas jerarquías permitió la implementación de la disciplina, ya que en los primeros años se carecía de éstas, y se obedecían las órdenes, sólo por apoyar a la causa (Lozoya 1984: 46-47).

Las fuerzas a las órdenes de Villa, se caracterizaban por un arraigo más popular, por tener una dirección sin hacendados, además de que la cercanía con los Estados Unidos facilitó la compra de pertrechos (Katz 1981: 146-152).

Por otro lado, en cuanto a las formas de combate, fueron esencialmente elaboradas sobre la práctica; el mayor problema que enfrentaron fue la artillería federal, la cual neutralizaron con diversidad táctica, donde el caballo fue un elemento básico, además de aplicar la guerra convencional y la de guerrillas, combinadas, permitiendo un mayor desempeño sobre el terreno. De este modo, al momento de atacar Torreón, llegó a sumar 18, 000 efectivos, en su mayoría tropas de caballería y en menor proporción de infantería. Además, de 34 piezas de artillería de diversos calibres, de numerosas ametralladoras y suficientes municiones (Canales 1940: 115).

PRIMERA TOMA DE TORREÓN

Después de que las avanzadas tuvieron los primeros encuentros con los defensores de Torreón, se ordenó que la columna se dividiera en varios grupos, con el objetivo de atacar estratégicamente la plaza. Después, el 29 de septiembre de 1913, según el citado parte del General Francisco Villa, se inició la marcha por tres frentes; se ordenó:

*“...que la Brigada Villa marchara por el costado derecho del Río Nazas rumbo a Avilés y la Brigada Juárez, por el costado izquierdo del mismo Río, para proteger el flanco de la anterior y con destino a efectuar el ataque de Lerdo y Gómez Palacio, y la Brigada Morelos cubriendo el flanco derecho y con órdenes de reconcentración en la citada plaza de Avilés”.*³

El primer escalón de las Fuerzas Federales se encontraba en plaza, pero sus avanzadas estaban posesionadas en los cerros de Monterrey, ubicado a dos kilómetros del punto anterior. De este modo, las fuerzas revolucionarias fueron enfrentando al enemigo, para ir poco a poco ganando terreno, hasta llegar a Avilés a la una de la tarde, donde el combate se recrudeció, culminando con la toma de este punto, siendo Avilés defendida por el General Felipe Alviéz, el cual no pudo repeler el embate de las tropas revolucionarias, perdiendo la vida en dicho trance. Casi simultáneamente, la Brigada Juárez vencía a las fuerzas de Emilio Campa, sobre el camino a Lerdo.

El 30 de septiembre:

“...a las 3 p.m. se levantó el campo, marchándose sobre la plaza de Torreón. Para este ataque, reforzaron con sus Brigadas los Generales Contreras, Aguirre Benavides y Yurjar, concurriendo también las fuerzas del valiente Coronel Juan E. García”⁴

Se inició la marcha contra las avanzadas federales, dándose el combate una hora después, logrando replegar a los federales hasta el Cañón del Huarache y Calabazas; otros se refugiaron en el Cerro de la Pila, que está del lado izquierdo del río.

El 1º de octubre, las fuerzas permanecieron en los anteriores puntos hasta las 3 de la mañana, cuando las fuerzas de Villa los obligaron nuevamente a replegarse al Cerro de la Cruz. Todo ese día se sostuvo el combate, evitando que los federales recuperaran los puntos perdidos. Villa no ordenó el avance, al considerar que no se tenían claros los puntos débiles del enemigo, sus dispositivos de combate, y colocación y emplazamiento de sus piezas.

De este modo, una vez que el General Villa tuvo en su poder los datos necesarios para el ataque, se ordenó la marcha a las 9 de la noche; bajo la protección de la oscuridad y en un movimiento envolvente, derrotaron al enemigo tan sólo media hora después, quedando en poder de la plaza.

El embate de las tres armas combinadas, fue suficiente para que los federales abandonaran la plaza, desde el día 1º de octubre. Todo culminó con la derrota y dispersión de los federales, el 2 de octubre de 1913, fecha en la que realizó su entrada triunfal a la Comarca Lagunera y que sería el inicio de la leyenda, que daría a la Revolución un tinte especial.

Al final de la batalla, el botín de guerra consistió en pertrechos para la artillería y un gran número de prisioneros de guerra, la mayoría de ellos orozquistas, los cuales fueron pasados por las armas según la Ley del 25 de enero de 1862, puesta en vigor por el Primer Jefe. De igual modo, el General Villa declaró que, una vez ocupados Torreón, Lerdo y Gómez Palacio, se reiniciara el comercio.

SIMBOLOGÍA.

- 1 Plaza del 2 de abril
- 2 Palacio Municipal
- 3 Alameda
- 4 Cárcel
- 5 Cuartel Federal
- 6 Mercado
- 7 Telégrafos
- 8 Planta Eléctrica
- 9 Plaza de Toros

Posiciones Federales.

Desplazamiento Revolucionario.

Ferrocarril.

TORREÓN ES RECUPERADA POR LOS FEDERALES Y VILLA LA RETOMA (MARZO Y ABRIL DE 1914)

Dos meses después, Torreón es recuperada por los federales bajo el mando del General José Refugio Velasco, el 9 de diciembre de 1913. Esto, para Villa, significó un retroceso, en vista de que Torreón representaba el centro ferrocarrilero de la región. Con dicho afán, nuestro personaje va a apostar todo, iniciando los preparativos para recuperar Torreón.

Al inicio de 1914, el Ejército Federal había sufrido varias derrotas, sobre todo en el estado de Chihuahua; sin embargo, en un movimiento político que buscaba levantar la moral de las fuerzas federales, el General Huerta realizó declaraciones, afirmando que había consolidado su gobierno y que la Revolución había sido derrotada. Sin embargo, los norteamericanos habían tenido conocimiento de las batallas de Cananea, Naco, Nogales, Ciudad Juárez, Ojinaga, etc., por lo que deciden retirar la prohibición de comprar armas en su territorio y pasarlas a suelo mexicano; dicha resolución se firmó con fecha 4 de febrero.

Con esta disposición, los beneficiados directamente fueron los constitucionalistas, que controlaban los puertos fronterizos de Nogales, Ojinaga, Ciudad Juárez, Reynosa y Matamoros, mientras que los federales sólo controlaban Piedras Negras y Nuevo Laredo, y que sin embargo, no controlaban las vías férreas que comunicaban la región. Como era de esperarse, Huerta expidió un decreto aumentando el efectivo del Ejército Federal, hasta la cantidad de 200,000, además de solicitar armamento y municiones, en Europa y Japón, incrementando de modo exorbitante la “leva”.

Los revolucionarios aprovecharon el retiro de la prohibición y adquirieron grandes cantidades de pertrechos bélicos, lo que les permitió organizar e incrementar sus grandes unidades. Esto permitió que la División del Norte incrementara su potencia de fuego, y por consecuencia, la efectividad en las misiones que el Alto Mando Revolucionario le encomendó.



Coronel Francisco Villa a caballo. Se caracterizó por emplear estrategias innovadoras para su época, a pesar de su poca instrucción académica, lo que lo convirtió en un mito.

EL ARTE DE LA GUERRA ENTRE LOS CONTENDIENTES

Villa primero incomunicó a la región; para tal efecto, dinamitó las vías del ferrocarril que comunicaban con las ciudades de Saltillo y Zacatecas, para después iniciar el avance con más de 8,000 hombres y 29 cañones, sobre la guarnición federal de Bermejillo, que fue arrasada por las tropas constitucionalistas. El 20 de marzo de 1914, el General villista Eugenio Aguirre Benavides arrebató a los federales Tlahualillo, mientras Tomás Urbina atacó Mapimí. Por su parte, Gómez Palacio y Lerdo caen ante los villistas (González 1985: 679).

Al final podemos mencionar la toma de Torreón y las dificultades que tuvo que sortear Villa, tales como las condiciones del terreno, y la ciudad rodeada de cerros y lomeríos, que le dan un aspecto de estar amurallada, y que permitieron un emplazamiento perfecto de la artillería. Estos cerros, sólo permitían acercarse a la ciudad por los claros que quedaban, los cuales no tenían mayor vegetación que arbustos pequeños llamados “chaparros”, de modo que sólo había que activar la artillería y terminar con los agresores.⁵

De igual modo, Villa tenía en su contra, que no dirigía una fuerza armada, disciplinada y entrenada, como lo era el Ejército Federal, aparte de las diferencias significativas de las cargas ideológicas que manejaban ambos mandos. Por un lado, el Ejército Federal, con conceptos como el “espíritu de cuerpo”, “honor militar” y sobre todo la disciplina a la que estaban adoctrinados los federales, y por otra parte, en la División del Norte la ideología estaba determinada por las necesidades básicas que les habían hecho levantarse en armas.

Es decir, ante la carga ideológica heredada del constitucionalismo, Villa se enorgullece de pedir “Libertad y Constitución”, máxima con la cual firma el parte oficial que dirigió a Venustiano Carranza, de la toma de Zacatecas, el 23 junio 1914; pero, a pesar de no referir elementos ideológicos, que busquen aglutinar a las tropas villistas, se percibe un Villa que es seguido por la gente del pueblo, en base al carisma que le caracteriza, así como por el miedo infundido en su gente.⁶

Una cultura del terror⁷, infundida a través de prácticas de intimidación y de relaciones basadas en la identificación de Villa, como un líder que surge del mismo pueblo. En un principio, se podría percibir que estas características, en su momento, pudiesen haber retardado la toma de Torreón, o en el peor de los casos, impedir su conquista; sin embargo, los villistas enarbolaban como bandera, la reivindicación de los derechos del pueblo mexicano, que cansado del despotismo del régimen porfirista, se había levantado en armas.

Para esta fecha, los efectivos de la División del Norte eran 8,200 hombres con 200 artilleros, comandados por los generales Felipe Ángeles, José Rodríguez, Tomás Urbina, Maclovio Herrera, Toribio Ortega, José Isabel Robles, Eugenio Aguirre Benavides, Rosalío Hernández, Orestes Pereyra, Calixto Contreras y Severino Ceniceros. Además de los Coroneles, Trinidad Rodríguez, Miguel González, Manuel Medinaveytia, Raúl Madero, Martiniano Servín, Manuel García Santibáñez y

Máximo García, y los Tenientes Coroneles Martín y Pablo López, y Rodolfo Fierro. Por su parte, la artillería se conformaba de 29 cañones, entre los que se pueden mencionar los nombrados como “El Niño” y “El Rorro”, además de una sección de ametralladoras, mil granadas y demás artefactos.⁸

Al inicio de los combates, en Tlahualillo, el Ejército Federal fue derrotado y se repliega a Gómez Palacio, en donde Villa se acerca por el Sur, con sus trenes. Por otro lado, a pesar de que envían al Teniente Coronel Enrique Ovalle a reforzar la posición, que el Ejército Federal resguarda en Sacramento, comandando a 1,000 hombres, Aguirre Benavides y Raúl Madero tomaron dicha plaza. Envían entonces al Coronel Meraz a reforzarlos, pero Villa, a su vez, envía dos batallones a apoyar a Aguirre Benavides; sin embargo, la resistencia de los federales fue tenaz y no tardaron en llegar rumores a Villa, que Sacramento caía, pero era falso; sólo por dos puentes que ardían, se vislumbraba que la plaza caería pronto.⁹

De pronto se dio una tregua y los revolucionarios amenazaron con retirarse, cuando llegó el General Ricardo Peña con 800 hombres y el objetivo de defender la plaza. Sin embargo, el 22 de marzo los villistas atacaron con decisión, bajo el mando del Coronel Martiniano Servín, que logra emplazar su artillería de modo certero. Al siguiente día, los federales continuaron con una fuerte defensa, en la cual destacaron las fuerzas apostadas en el Cerro de la Pila, donde se ubicaba la artillería federal, La Jabonera, La Casa Redonda, La Trinchera, etc.

Por su parte, el General Felipe Ángeles colocó las baterías revolucionarias en la parte sur del Cerro de San Ignacio y otras en la izquierda de la estación Vergel. A las 7 de la mañana iniciaron los fuegos villistas. Ante la férrea defensa de los federales, el General Villa convocó a una junta de Comandantes, en la cual se decidió atacar a Gómez Palacio, para las primeras horas de la tarde.

Al medio día, la artillería federal atacó con insistencia El Vergel, que se encontraba en manos de los villistas. Pudo la gente de Villa observar, que los federales preparaban un contraataque; entonces, Villa reforzó su centro con 500 hombres y su escolta. Esto intimidó a los federales, quienes cesaron en su intento, mientras las fuerzas revolucionarias atacan Gómez Palacio y se combatía con intensidad en Ciudad Lerdo y Sacramento.

Al General Maclovio Herrera se le designó para tomar Ciudad Lerdo; al ejecutar su misión y alargar la línea de combate, fue atacado por la caballería de los federales, comandada esta última por el General Ricardo Peña, que buscaba realizar un movimiento envolvente por un flanco, con el fin de apoderarse de la artillería revolucionaria. Sin embargo, el General Herrera no desistió, y Villa, al frente de su escolta de Dorados, cargó con furia contra los federales. Al terminar dicha acción, ordenó a las tropas replegarse a El Vergel, en vista de que en Sacramento, Ciudad Lerdo y Gómez Palacio, fueron rechazados.

El 24 de marzo, a las 09:00 horas, el General Aguirre Benavides toma Sacramento, quedando en manos de los villistas 3 convoyes de ferrocarril con abastecimientos y 12, 000 cartuchos; en esa misma fecha cayó Ciudad Lerdo, en una acción dirigida por el General Herrera, con un movimiento

envolvente. Es decir, Villa dispuso que ese mismo día, en punto de las 3 de la tarde, se iniciara el avance; por el ala derecha, el General Maclovio Herrera con las Brigadas Villa y Juárez, atacando el frente, con el objetivo de apoderarse del Cerro de la Pila; por la izquierda, el General Rosalío Hernández a Gómez Palacio, por el oriente, para apoderarse de la ciudad; y la artillería bajo el mando del General Felipe Ángeles, avanzando por el centro, con el objetivo de asegurar cada tiro y destruir el frente de los federales.

El ataque se inició como se había previsto, y para las 21 horas, se inició el asalto al Cerro de la Pila, bajo las órdenes de Villa; esta maniobra fracasó, en vista de que las unidades que atacaron por el ala izquierda, se movieron con lentitud, por lo que no llegaron a tiempo al combate. En dicha acción, perdió la vida el General Ricardo Peña, Comandante de la caballería federal. Los federales tuvieron 360 bajas y los villistas 420.

El 26 de marzo, se movilizó la artillería pesada de 101 mm., por la vía del tren, montada en plataformas. Al mismo tiempo, los federales lanzaron un contraataque en el Cerro de la Pila, lo que les permitió recuperar sus posiciones defensivas. Acto seguido, los federales cargaron contra el frente revolucionario y, gracias a la artillería, por poco logran la captura de las baterías revolucionarias, por lo cual, Villa ordena el repliegue de las mismas hacia El Vergel, y que la infantería conservara la posición a toda costa.

De igual modo, a las 4 de la tarde se ordenó un contraataque, con refuerzos que habían llegado bajo el mando de los Generales Joaquín Mass y Javier Moure, ambos con 1,800 hombres y dos baterías. Ante los movimientos de los federales, Villa acuerda con sus Generales atacar Gómez Palacio al anochecer; para ello dispuso, que en el centro atacara el General Urbina, al mando de las Brigadas Villa, González Ortega, Morelos y Guadalupe Victoria, acompañado de tres baterías; a la derecha, el General Maclovio Herrera, con las Brigadas Juárez, Cuauhtémoc y Juárez de Durango, con tres baterías, y a la izquierda el General José Isabel Robles, con las Brigadas Robles, Zaragoza y Hernández, con una sección de artillería de montaña.

Al caer la noche, los villistas cargaron con todo, para encontrarse con la sorpresa de que los federales habían abandonado Gómez Palacio; esto, en vista de que el General Velasco consideró que sería costoso defender su posición, por lo cual había realizado movimientos de tropas creando una distracción, mientras se retiraba a plena luz de día.

El día 27, Villa acercó su artillería y demás equipo a Gómez Palacio, y fue descubierto un croquis de la defensa de Torreón, que Villa entregó al General Ángeles, para que se lo interpretara, a lo cual el General Felipe Ángeles instó al General Velasco, para que se rindiera. La negativa fue rotunda.

El 28 de marzo, Villa realizó una vez más una junta de Generales, donde decidieron atacar Torreón en la noche, para lo cual ordenó el siguiente dispositivo:

1. Por la izquierda las Brigadas Zaragoza, Juárez y Robles.
2. En el Centro el resto de la División del Norte.

3. Por la derecha la Brigada Contreras y algunas fuerzas del estado de Durango.
4. Reserva las Brigadas Villa, Morelos, Cuauhtémoc y González Ortega.

Por su parte, la defensa de los federales consistía en puntos fuertes:

1. En el centro el cerro de Santa Rosa.
2. En el oeste los cerros de la Polvareda y las Calabazas.
3. Al este la ciudad de Torreón.

Durante el día 28, los federales hostigaron las posiciones villistas, sin que estos respondieran, más que con algunos tiros de artillería preparativos; sin embargo, para la media noche el combate se generalizó. Los villistas comenzaron cosechando triunfos por el centro y por la izquierda, y la reserva entró a reforzar el centro; sin embargo, por el lado derecho encontraron una fuerte resistencia, por lo que fueron apoyados por la artillería.

Ante esta situación, los revolucionarios marcharon contra las posiciones de los Cerros Las Calabazas y La Polvareda, alturas que dominan el cañón del Huarache, las cuales presentaron obstáculos fabricados por los federales; barricadas, trincheras, nidos de ametralladoras, etc. Sin embargo, a las 8 de la noche fueron tomadas por los revolucionarios, para después caer el cerro de Santa Rosa.

A las 7 de la mañana del día 29, se registró un contraataque federal, logrando momentáneamente capturar las alturas mencionadas, pero fueron replegados a sus posiciones una vez más. Una hora más tarde, los revolucionarios atacaron con gran ímpetu, por la derecha, la ciudad de Torreón, logrando posesionarse de la Alameda. Al mismo tiempo, por el lado de Sacramento, el Coronel Toribio de los Santos informó que, procedentes de Monterrey, se acercaban refuerzos para los federales, a bordo de cuatro trenes militares, y que ya habían llegado a la Estación Benavides.

Entonces Villa ordenó al General Toribio Ortega, marchar a San Pedro de las Colonias, con 2,500 hombres de las Brigadas Ortega y Hernández, con el objetivo de bloquear el paso a los refuerzos, y comprendió que debía tomar la Plaza, ya que era evidente que el Ejército seguiría mandando refuerzos a Torreón. Por lo tanto, ordenó al General Urbina que con las Brigadas Villa y Morelos, atacara por el centro a las posiciones federales, apoyado con la artillería.

Acto seguido, se ordenó un ataque en masa; los federales fueron perdiendo terreno, con grandes bajas humanas y de equipo; primero el cerro de las Calabazas, después el cerro de Santa Rosa, hasta el día 30, que los federales se replegaron en el cerro de la Cruz.

El día 31 de marzo, ante la conquista del margen derecho del río Nazas, se conservaron las posiciones. Al observar esto, los federales atacaron con todo lo que poseían el cerro de Santa Rosa y a las 3 de la tarde, realizaron un ataque contra la Brigada Robles, a la que no le causaron mucho daño; esta Brigada se rehizo y conservó la posición, teniendo como respuesta el bombardeo del cerro por parte de los federales.



El General Villa rayando el caballo, durante la filmación de la película "Vamonos con Pancho Villa".

El 1/o. de abril, los federales buscaron salir por la cuesta de la Fortuna, intento que fue rechazado, y que era signo inequívoco de desesperación; de hecho, la artillería federal intensificó sus ataques a las filas constitucionalistas, pero Villa no contestó estas agresiones, ya que esperaba que el enemigo agotara sus municiones. Aparte de que, por la tarde, se dotó a los villistas de bombas de dinamita, y durante la noche se registró el arribo de 800 revolucionarios, bajo el mando del General Luis Gutiérrez; así mismo, llegó un batallón de zapadores y la Brigada Carrillo, con 1,400 hombres procedentes de Durango.

Estando en tales condiciones, a las 9 de la noche del 1/o. de abril de 1914, el General Villa ordenó el ataque general, desplazando la artillería en los cerros de las Calabazas y Santa Rosa, lo cual permitió tomar la estación del ferrocarril, que era el objetivo principal como punto neurálgico. Al mismo tiempo, las fuerzas villistas tomaron el cañón del Huarache, mientras el centro irrumpió en las calles de la ciudad, desde la Alameda hasta la zona comercial.

En punto de las 11 de la noche, se registró una interrupción de energía eléctrica, lo cual marcó el clímax de la batalla, y aunque el ataque disminuyó durante la madrugada del 2 de abril, se continuó combatiendo, hasta que los revolucionarios se apoderaron de la presa del Coyote y del cerro de La Polvareda (Aguilar 2006: 28-29).

Como ya mencionamos, Torreón era más fácil de defender que de tomar, y ante esta situación, los federales confiaron la defensa de la plaza en la artillería; sin embargo, la estrategia falló, al no ubicar positivamente el blanco. Esto último, en vista de que atacaron Gómez Palacio, ya que creían que en esa plaza se encontraban las reservas villistas. Ante esto, Villa ordenó un descanso para

sus tropas, bajo la consigna de no abandonar las posiciones, y que el General Rosalío Hernández amedrentara San Pedro de las Colonias.

Por la tarde, los federales intentaron apoderarse del cerro de las Calabazas, pero fueron rechazados, además de que el día 2 se desató una tolvanera, lo cual no permitió que los federales lanzaran un contraataque por el cañón del Huarache, y se iniciaran algunos incendios en la ciudad. Esa misma noche, el General José Refugio Velasco ordenó la evacuación de Torreón y tomó el camino a Saltillo, como resultado de que se quedaron sin municiones.

El 3 de abril, las fuerzas villistas ocuparon la ciudad; Villa procedió a nombrar autoridades civiles y militares, de acuerdo a las instrucciones giradas por Venustiano Carranza, quien fungía como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

CONSECUENCIAS DE LAS BATALLAS

Con la toma de Torreón, del 2 de octubre de 1913, la División del Norte se consolidó como unos de los ejércitos más importantes de la Revolución, ya que con esta acción, se convirtió en el destacamento que más había avanzado hacia el sur.

Con este golpe formidable, los federales y sus cómplices han recibido el tiro de gracia, dejando en manos del Ejército Constitucionalista, la importante Comarca Lagunera, estratégico punto en el orden militar.

La Batalla de Torreón proyectó el nombre del General Villa, de la División del Norte y de la Revolución Mexicana, en el ámbito nacional e internacional.

En la segunda toma de Torreón, el General Villa aplicó tácticas que ya había aprendido, primeramente del General Felipe Ángeles; sin embargo, el mismo General Ángeles siempre consideró que a Villa se le daba la táctica de forma natural, como sigue:

1. Movilizó a las tropas de Chihuahua con mucho sigilo, lo cual le permitió mantener en secreto sus operaciones, en vista de que el General Velasco pudo darse cuenta, cuando ya había caído Bermejillo.

2. El asedio que efectuó sobre los federales que defendían la plaza, provocó un desgaste irreversible sobre las tropas de Huerta, quienes se empeñaron en defender la plaza, mermando el efectivo, al grado de que la resistencia al sitio resultó insostenible y tuvieron que abandonarla.

Los constitucionalistas consumieron millón y medio de cartuchos de fusil, 3,000 bombas de dinamita y 1,700 granadas de artillería, costándole más de 550 muertos y más de 1,500 heridos. Por su lado, los federales consumieron 5,971 granadas de artillería, y más de millón y medio de cartuchos de 7 mm. y 30-30.

El principal error del General Velasco fue la defensa férrea de Gómez Palacio, pues perdió gran número de hombres, que mermaron el efectivo necesario para la defensa de Torreón, además del gasto de municiones y pertrechos que tuvo que realizar.

Por su parte, Villa tuvo que atacar Torreón por varios flancos, buscando determinar la parte débil de las posiciones enemigas, permitiendo que, de este modo, se alargara la batalla, la cual se resolvió cuando se decidió atacar por la presa del Coyote.

Sin embargo, como se menciona anteriormente, los federales habían gastado gran cantidad de pertrechos, lo cual repercutió en la defensa de Torreón, en vista de que se quedaron con sólo pocos cartuchos, además de las bajas sufridas, lo que afectó irreversiblemente la moral de las tropas federales.

Cabe destacar, que no se destruyó a la División de Nazas, ya que logró escapar rumbo a Saltillo, gracias a los errores revolucionarios y a la hábil dirección del General Velasco. Sin embargo, la toma de Torreón fue de suma importancia para las operaciones militares que le siguieron, permitiendo el avance rumbo al centro del país. De igual forma, se favoreció el aislamiento de las tropas federales destacadas en el norte, y se facilitó su destrucción, quedando el norte en manos de los constitucionalistas.

A pesar del equipo que ostentaron los federales, se ve claramente que los ideales de la Revolución fueron el aliciente de una tropa que no se detuvo, hasta conseguir aniquilar a aquel ejército que no fue más el defensor de los derechos del pueblo mexicano, y quien le pasó la factura. Por la traición cometida contra el Presidente Madero, el pueblo jamás reconoció a Victoriano Huerta como Presidente de México y, por lo tanto, carecía de bases sociales y morales.

Bibliografía:

- Berumen, Miguel Ángel, *Pancho Villa; la construcción del mito*, Editorial Océano, México, 2007.
- Blanquet, Eduardo, Una sociedad se agita, en *Historia de México. Revolución*, Salvat Mexicana de Ediciones, S. A. de C. V. México, 1986.
- Campuzano Rosales, Antonio, “La Batalla de Torreón; el Centauro del Norte conquista la perla lagunera”, en *Revista del Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos*, Época III, año 100, Abril del 2006.
- Cano Gordon, Carmen y Cisneros Gudiño, María Teresa, *La dinámica de la violencia en México*, Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1980.
- Casasola, Gustavo, *Historia Gráfica de la Revolución*, Editorial Casasola, México, Cuaderno 7.
- ESPASA-CALPE. Enciclopedia Universal Ilustrada. Europeo americana. Editorial Espasa-Calpe, S.A. , Barcelona, España, Tomos XI y XXV.
- Franco, Teresa, “Licenciamiento y escisión de las fuerzas revolucionarias.”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, Senado de la República/SEP/INAHCNFE, México, 1985.
- González, Carlos, “Villa controla su región”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, Senado de la República/SEP/INAHCNFE, México, 1985.
- Hoggv, Ian y Weeks, John, *Military small arms of the 20th century*. Editorial Dbi Books, Inc. Northfield, Illinois, USA., 1981.
- Moore, Barrington Jr. (traducción de Sara Sefchovich), *La injusticia, bases sociales de la obediencia y la rebelión*. Instituto de Investigaciones Sociales: Colección de Pensamiento Social de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.
- Portilla, Santiago, *Una sociedad en armas*, El Colegio de México, México, 1995.
- Salmerón, Pedro, *La División del Norte; La tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo*, Editorial Planeta, México, 1986.
- UTEHA, S.A. de C.V. “¡Viva Villa!”, en *Las grandes batallas del Siglo veinte*, Editorial UTEHA, S.A. de C.V., México, 1982.
- Wahl, Paul, *Gun trader's guide*, Editorial Stoeger Publishing Company, New Jersey, 1953.

Documentales:

Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Bóveda, Expediente personal del General de División Francisco Villa.
Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Bóveda, Expediente personal del General Brigadier Tomás Urbina, Archivo de Cancelados.

Citas:

1. Licenciamiento y escisión de las fuerzas revolucionarias. En: *Así fue la Revolución mexicana*, 1985.
2. León Toral, Jesús de, *El Ejército Mexicano y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1979.
3. González, Carlos, "Villa controla su región", en *Así fue la Revolución mexicana*, Senado de la República/SEP/INAH/CNFE, México, 1985, pp. 549-550.
4. Ídem.
5. Nellie Campobello, Nellie, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, citado por González 1985: 680.
6. Ídem.
7. Referida por Michael Tausing, como aquellas prácticas que un líder o grupo de personas que ostentan el poder, las desarrollan y aplican con la cultura del terror, espacio de la muerte; el infome casement del Putomayo. Official Edition Colombia 1986. Objetivo de conservar o legitimar el control político, casi siempre obtenido a base de la violencia y de modo ilícito, C.F. Michale Tousing.
8. Ídem.
9. Ídem.

Batalla de Zacatecas

24 de junio de 1914

INTRODUCCIÓN

Hablar de la toma de Zacatecas, es hablar de una acción militar, con características que la hacen particular y única en toda la Revolución Mexicana.

Fue el hecho más sangriento de toda la campaña militar de la Revolución contra el régimen del General Victoriano Huerta; al mismo tiempo, es la victoria más brillante e importante del General Francisco Villa y su famosa División del Norte; destaca en ella la participación del arma de artillería, la cual en pocas ocasiones en la historia militar mexicana, ha sido usada y aprovechada con tanta maestría e inteligencia, al grado de que a ella se debe la victoria.

A pesar de las características antes señaladas, existe una más que hace de la Batalla de Zacatecas, una digna obra de arte, desde la aplicación de los principios del arte de la guerra. La victoria obtenida, es el resultado de toda una acción considerada por los expertos y analistas del arte e historia militar,



Francisco Villa y la División del Norte en la toma de Zacatecas.

como “perfecta” en todos sus aspectos, desde la planeación, pasando por las distintas fases del combate en su ejecución, hasta llegar a su conclusión y la obtención de la victoria.

Esta batalla se realizó con los más puros principios del arte militar, en la que el General Felipe Ángeles, estratega y artifice de la victoria, por órdenes de Villa la planeó y ejecutó de una manera magistral, donde ningún detalle escapa a su capacidad y frío análisis como militar profesional. Se ha convertido en un caso clásico para el estudio y comprensión, de los principios del arte y ciencia de la guerra.

El General Felipe Ángeles, egresado del Colegio Militar y artillero de profesión, es considerado uno de los militares más distinguidos y el mejor artillero que ha existido en México. Es interesante conocer la forma en que se verificó esta batalla, quizá la más famosa y clásica de toda la Revolución Mexicana.

LA CIUDAD DE ZACATECAS

La ciudad de Zacatecas tenía una amplia importancia estratégica para el Ejército Federal y para el Ejército Constitucionalista. *“Era un cruce de ferrocarriles, que cualquier atacante del norte tenía que capturar, antes de avanzar sobre la Ciudad de México”.*¹

La ciudad de Zacatecas (del náhuatl zacatl, zacate, y con, locativo: lugar donde abunda el zacate), es la capital del estado de Zacatecas y cabecera del municipio del mismo nombre. Los cerros de la Bufa, La Araña, La Virgen, Clérigos, El Padre y El Grillo, limitan y forman la cañada de Zacatecas, donde se divide la cuenca del Río Juchipila.

ANTECEDENTES

En 1910, Francisco I. Madero reunió su fuerza revolucionaria, después de haber sido el iniciador del movimiento armado y de representar a todos aquéllos que querían derrocar a Porfirio Díaz. Sin embargo, para 1913, una vez depuesto el General Porfirio Díaz, Madero perdió buena parte del enorme apoyo que alguna vez tuvo, debido a la posición moderada y conciliadora que adoptó con los porfiristas. Esto desalentó a quienes esperaban que la Revolución trajera consigo transformaciones radicales. Muchos revolucionarios se sintieron defraudados y traicionados por Madero, y le declararon su oposición. Durante los quince meses que duró su gobierno, Madero enfrentó múltiples problemas, rebeliones armadas, huelgas, conspiraciones e intrigas contrarrevolucionarias.

El 9 de febrero de 1913, nuestro país se encontraba envuelto en un episodio histórico conocido como “La Decena Trágica”, ocurrido del 9 al 19 de febrero de 1913,² en el que un grupo de militares inconformes, se levantaron en armas en contra del Gobierno de Francisco I. Madero; este episodio culminó con el

asesinato del Presidente Madero y del Vicepresidente José María Pino Suárez, así como la ascensión a la Presidencia del General Victoriano Huerta.

ZACATECAS EN LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA

A pesar de los propósitos democráticos de Madero, en febrero de 1913, fue derrocado por el General Victoriano Huerta, con lo que se puso fin a un proyecto institucional. La traición de Huerta y su grupo, provocó el repudio de la mayoría de los mexicanos.

En el estado de Zacatecas, el breve periodo de paz en que se encontraba, fue roto bruscamente en febrero de 1913, por la noticia de la muerte de Madero y Pino Suárez; como volcán en erupción, brotaba el odio hacia el asesino y usurpador; día a día se presentaban los levantamientos en distintas partes del estado.

“El General Victoriano Huerta ocupó la Presidencia de la República conforme lo establecía el artículo 81 de la Constitución de 1857, que estaba en vigencia al registrarse la Decena Trágica. Francisco I. Madero, Presidente Constitucional había presentado su renuncia”.³

En marzo de 1913, la Jefatura Política de Zacatecas ordenó a la Presidencia Municipal que organizara medios de defensa, para garantizar la seguridad de la población; en respuesta a esa orden, se informó que la mayor parte de los vecinos eran sumamente pobres y carecían de armas, por lo que se solicitaba el aumento del destacamento que existía (que se componía de 5 soldados, en su mayor parte inútiles) y unos 25 rifles con dotación de parque, para repartirlos entre los vecinos mejor preparados para el servicio de las armas.

El 4 de marzo del mismo año, estuvo en la estación de Calera, el Batallón de Benjamín Argumedo; algunos soldados forzaron la cerradura de un tendajón de la localidad y sacaron víveres de poco valor. Días después, acampó allí Pánfilo Natera; al retirarse sus hombres, se llevaron unos



Tropas villistas defendiendo las posiciones ganadas.

cuantos caballos del municipio y de un particular, e incendiaron el puente del ferrocarril llamado “La Joya”. Calera fue por esos días lugar de enfrentamientos entre federales y revolucionarios; en la población estaba acampado un batallón de huertistas; a fines de marzo llegó otro, bajo el mando del Capitán Evaristo Morales, quien por equivocación atacó a los primeros, pues ambos batallones eran soldados federales.

Mientras tanto, el Gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, con el Plan de Guadalupe, proclamado el 29 de marzo de 1913, se puso al frente del Constitucionalismo, recibiendo todo el apoyo del Congreso de Coahuila y de los Generales Francisco Villa, Álvaro Obregón, Pablo González y de otros de igual prestigio militar. En el sur se pronunció en contra de Huerta, el General Emiliano Zapata, y en Zacatecas, el General Pánfilo Natera y otros connotados militares, se declararan partidarios de dicho Plan; tras estos hechos comenzó la llamada Revolución Constitucionalista.

Con el Plan de Guadalupe, Carranza se oponía a la Presidencia de Huerta, y pretendía continuar con la política de Madero y formar el Ejército Constitucionalista.

El 10 de abril, Pánfilo Natera, con 400 revolucionarios, había tomado la ciudad de Jérez. El Ejército Federal ahí acantonado, junto con otros 100 soldados llegados apresuradamente para reforzar la defensa, se desertaron para pasarse al bando de Natera, convencidos del deber de luchar contra el régimen entronizado por la traición y el crimen.

Zacatecas, punto clave de las comunicaciones entre el norte y el sur de la República, comienza a causar alarma al centro del país. Pánfilo Natera toma el 8 de mayo la ciudad minera de Fresnillo, cercana a la capital del estado. Las tomas de Jérez y de Fresnillo, ciudades principales del estado, inquietaron al gobierno del centro, que de inmediato dispuso medidas para defender la ciudad de Zacatecas, considerando que era el próximo objetivo de los revolucionarios que comandaba Natera.

Mientras todo esto ocurría, Carranza y los generales constitucionalistas organizaban la estrategia definitiva para vencer al huertismo. El Ejército Constitucionalista se integró en tres grandes ejércitos, el del Oriente, comandado por el General Pablo González, el del Este por el General Álvaro Obregón y el del Norte por el General Francisco Villa. Desde Sonora y Tamaulipas, hasta Chihuahua, comenzaron a desplazarse, buscando un punto común y decisivo: la Ciudad de México. Los estrategas del huertismo centraron su atención y su fuerza militar en atacar a la División del Norte; Francisco Villa arrolló al Ejército Federal en Ciudad Juárez, Ojinaga y Torreón, y lo acabó en Zacatecas.

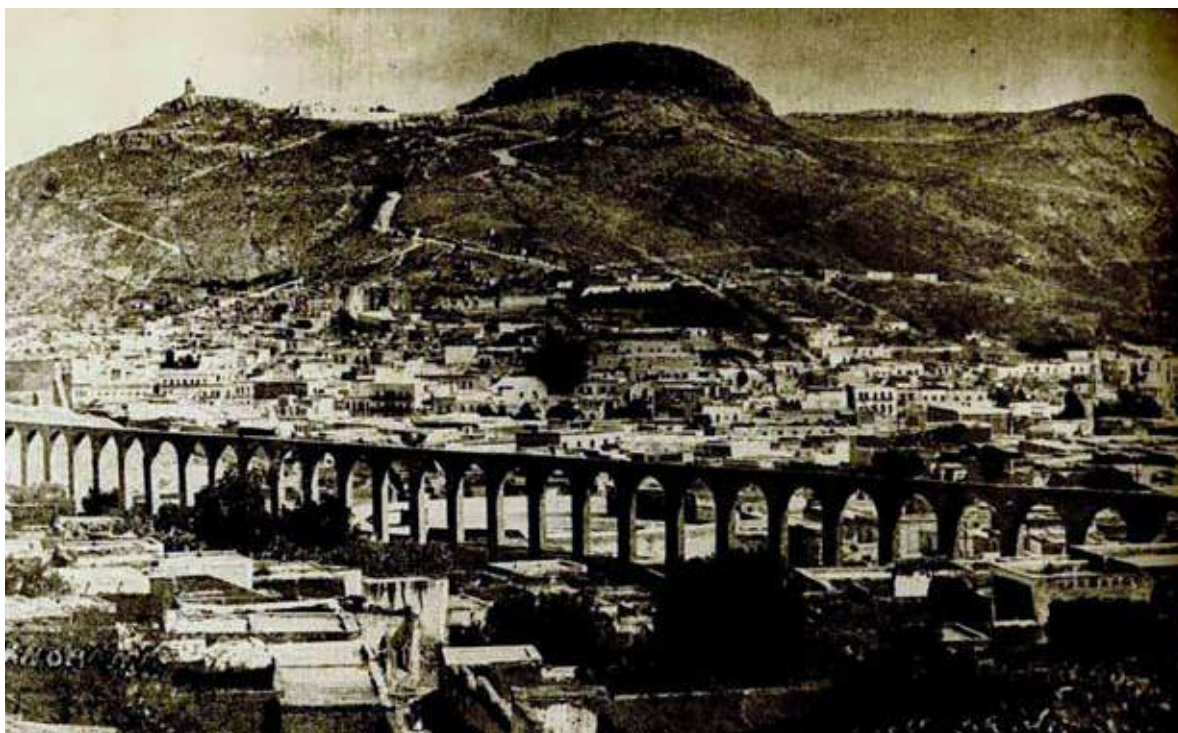
Los combates que se dieron en los estados de Zacatecas, Chihuahua y Coahuila, como las tomas de Torreón, Ciudad Lerdo y Gómez Palacio, fueron los que más minaron el poder huertista, ya que causaron daños muy graves a trenes y líneas ferroviarias, dificultaron el movimiento de las tropas federales, y permitieron que las fuerzas rebeldes extendieran el control hacia el centro del país.

El 5 de junio de 1913, el General Pánfilo Natera ataca Zacatecas con su acostumbrado arrojo, y aún cuando la artillería no era suficiente en ambos bandos, se produjeron numerosas bajas en los mismos. El viernes 6 se reanudó el ataque; a los federales no les fue posible contener por más tiempo el avance de los revolucionarios. El Coronel Rivera observó desde el cerro de La Bufa, cómo el enemigo iba avanzando y apoderándose de la ciudad; ese día, Zacatecas cae en poder de la tropa del General Natera. Este hecho significó un rotundo triunfo para Natera y sus hombres, que trascendía más allá del marco de la euforia que se vivía en esos momentos. Al hacerse público en todo el país lo sucedido en Zacatecas, se elevó la moral de los sublevados y se incrementaron los simpatizantes de la Revolución.

En septiembre fue incendiado el puente del ferrocarril y la oficina de telégrafos, y se destruyeron los cables; en el parte rendido se dice desconocer qué facción cometió estos ilícitos. A principios de octubre, se estableció en Calera un batallón más de soldados federales; en diciembre hubo un tiroteo entre el Batallón Guerrero y gente de los constitucionalistas de Santos Bañuelos y Rito Espinoza; después hubo saqueos en los comercios.

En diferentes poblados y rancherías del país, se daban estos lamentables hechos y encuentros, que si bien eran alteraciones dramáticas en la cotidianidad de los pueblos, no determinaban el triunfo para ninguna de las corrientes en beligerancia.

El régimen de Huerta se resquebrajaba; desde un principio, no pudo ocultar a la opinión pública, que la caída de Zacatecas representaba en sí la verdadera Revolución; este golpe afectó a Victoriano



Zacatecas en 1914.



Desplazamiento de tropas Federales.

Huerta, ya que no pudo presentar un gobierno estable, negándosele credibilidad a nivel nacional e internacional. En respuesta a estos acontecimientos, Huerta destituye al General Manuel Mondragón como Ministro de Guerra y Marina, nombrando en su lugar al General Aureliano Blanquet, quien mediante el sistema de leva, formaría las nuevas unidades federales, para intentar detener a las huestes revolucionarias.

Antes de abandonar Zacatecas, y para organizar el mando de las ya numerosas fuerzas el Coronel José Trinidad Cervantes, de común acuerdo con el Coronel Pedro Caloca Larios, y ante el consenso de las tropas, reconocen el rango de General de Brigada a Pánfilo Natera y le designan General en Jefe, por lo que, a partir de ese momento, se conoce como la División del Centro. *“El nombramiento dado a Natera será ratificado por el Primer Jefe Venustiano Carranza el 2 de agosto de 1913”*.⁴

Durante la primavera de 1914, la situación en la ciudad de Zacatecas era de relativa calma, mientras los soldados federales combatían a las guerrillas de la región. A principios de junio de 1914, la ciudad de Zacatecas era defendida por el General de División Luis Medina Barrón, con un efectivo de 6,000 hombres del Ejército Federal.

Del 10 al 13 de junio, el General de Brigada Pánfilo Natera, con 5,000 hombres aproximadamente, que integraban la División del Centro, atacó la plaza por los cerros vecinos, pero fue derrotado con grandes pérdidas. El 14, el General Benjamín Argumedo del Ejército Federal derrotó a Natera en el poblado de Guadalupe. El 15, el General Natera nuevamente intentó tomar la capital zacatecana, pero fracasó.

Esta situación preocupó a Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, quien decidió enviarle tropas de refuerzo de la División del Norte a Natera.

Esta decisión aparentemente acertada, que analizada fue tomada en forma absurda, toda vez que desencadenó una grave crisis de desertión de los generales que integraban la División del Norte, lo que estuvo a punto de motivar la desintegración del mayor ejército revolucionario del momento: el villista. Esto hubiera precipitado el enfrentamiento entre Carranza y Villa, que ya se vislumbraba, y de esta forma, alargar la campaña militar del constitucionalismo contra el régimen de Victoriano Huerta. Afortunadamente, se solucionó la crisis y la División del Norte con Pancho Villa al frente, marchó a Zacatecas. Estaba apunto de escribirse una de las páginas más dramáticas de la historia militar del país y de la Revolución Mexicana.

CARRANZA VISLUMBRABA UN POSIBLE ENFRENTAMIENTO CON VILLA

A principios de 1914, las relaciones de Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, con el General Francisco Villa, General en Jefe de la División del Norte, eran tensas, pero se fueron complicando aún más con el paso del tiempo. En este ambiente, Carranza visitó Durango, región dominada por los hermanos Domingo, Eduardo y Mariano Arrieta. Allí aceptó la invitación que le hizo el General Pánfilo Natera, en la población de Sombrerete, Zac. Los hermanos Arrieta y Natera, conociendo el claro interés de Carranza de apoderarse de la capital de Zacatecas, le propusieron que si él les apoyaba con pertrechos de guerra y dinero, para los 4,000 hombres de Natera y los 2,000 de los Arrieta, ellos tomarían Zacatecas.

Venustiano Carranza les hizo ver las dificultades para tomar la plaza; era exponerse demasiado, ya que si bien era cierto que el Ejército Federal contaba con igual número de tropas, éstas se integraban de soldados profesionales, con magníficas fortificaciones, pertrechos y artillería.

La insistencia de Natera y los Arrieta, así como la posibilidad de obtener refuerzos de diversos contingentes revolucionarios, motivó a Carranza a ordenar que se preparara el ataque. De inmediato proporcionó recursos y vislumbró la caída de la ciudad a favor de la Revolución.

Con la toma de Zacatecas, Carranza pretendía demostrar al mundo y a México, que al tomar la ciudad, no sólo Villa podía obtener importantes victorias para la Revolución, sino que también había otros caudillos capaces de aportar importantes logros, al mismo tiempo que buscaba restarle elementos a la División del Norte.

En el fondo Carranza vislumbraba un posible enfrentamiento con Villa, por la actitud del General, a quien consideraba un simple bandolero, que ganaba, popularidad día a día, gracias a la intensa propaganda que se hacía en los Estados Unidos a favor del “Centaurio del Norte”, quienes para este tiempo, consideraban a Villa como el único capaz de imponer la paz y el orden en México.

“Con estas ideas el 25 de mayo, el Primer Jefe envió instrucciones al General Natera, para que preparara el ataque a la plaza”.⁵ A estas absurdas reflexiones sometió Carranza su decisión, sin importarle el éxito de la Revolución. “Por ello empujó a Villa a renunciar a la División del Norte, lo que provocó la llamada crisis de insubordinación y desobediencia de los generales villistas”.⁶ El ataque de los hermanos Arrieta y Natera inició el 10 de junio y duró hasta el día 12, en que las tropas del Ejército Federal los pudo rechazar con éxito. Parecía que Huerta se anotaba una importante victoria en Zacatecas.

Carranza, ante la solicitud de refuerzos pedidos por Natera, ordenó a Villa que enviara un refuerzo de 3,000 hombres; más tarde modificó la cifra y la elevó a 5,000 efectivos de la División del Norte, a fin de que se reforzara a Natera. Villa se opuso a la orden del Primer Jefe de Ejército Constitucionalista, no sólo por ser una intriga política para restar tropas a la División del Norte, debilitarla y quitarle prestigio al propio Villa, sino por llevar implícitamente una grave falta militar imperdonable.

Villa intuía que el ataque a Zacatecas que realizaban Natera y los hermanos Arrieta, estaba condenado al fracaso por la falta de elementos, recursos y material de guerra, además de estar bien guarnecida la plaza. El Comandante de la División del Norte consideraba que había que concentrar mayor cantidad de hombres, material de guerra y recursos, en dicha operación.

La idea anterior se la confirmó a Villa el propio General Felipe Ángeles, al explicarle el principio de guerra que decía: para una acción de guerra, deberán de emplearse todas las fuerzas disponibles. Lo que se considera como la “Concentración de medios”. Villa estaba compenetrado de ese principio militar, aun sin conciencia, pero su intuición de guerrillero lo llevó a aplicarlo a lo largo de toda su campaña revolucionaria. Villa y Ángeles sabían, que nunca se tienen suficientes ni demasiadas fuerzas para librar una batalla. El fracaso de Natera en Zacatecas les dio la razón.

El General Ángeles sabía, y así se lo explicó a Villa con el que coincidió en puntos de vista, que en Zacatecas había que emplear todas las fuerzas disponibles, ya que se corría el riesgo de sufrir una derrota o cuando menos una pérdida considerable de vidas de soldados. A la par de estos razonamientos de Villa, lo que le tenía seriamente enojado, eran las intrigas políticas de Carranza, y que el General Natera se hubiera prestado a ellas. Una prueba del aprecio y respeto de Villa por Natera, fue el hecho de haberle encomendado la toma de Ojinaga, con las tropas de la División del Norte.

Ante la negativa de Carranza de autorizar la toma de Zacatecas a la División del Norte, y a su actitud de soberbia y cerrazón, se dio un intercambio de telegramas. El resultado de esos mensajes fue la renuncia de Villa al mando de la División del Norte, a lo que se opusieron sus Generales. Algunos hablaron de irse a las montañas, otros de atacar a Carranza. Lo anterior significaba la disolución de la División del Norte. Esto provocaría, sin duda alguna, que el huertismo se recobraría, lo que pondría en peligro a la Revolución.

El riesgo que corría la Revolución no pasó desapercibido para el General Felipe Ángeles, quien se opuso terminantemente a esta situación; su prestigio militar, su reconocida capacidad profesional y



General Francisco Villa, Comandante de la División del Norte.

científica, así como su amplia calidad moral, fueron factores fundamentales para influir en los generales villistas y mantener la unidad en las filas de la División del Norte.

Sólo había tres caminos para los villistas: el primero era obedecer a Carranza, desmoralizar a la División del Norte y aceptar la posible derrota de Natera; el segundo consistía en insubordinarse, romper con el constitucionalismo, atacar a Carranza y dispersarse, lo que equivalía a disolver el mayor ejército revolucionario; el tercero, era desobedecer a Carranza sin romper con el constitucionalismo y tomar Zacatecas. El General Ángeles no iba a subordinarse y a repetir la experiencia de la Decena Trágica, por lo que convenció a los generales villistas a tomar la tercera opción. Todos acordaron desobedecer a Carranza y tomar Zacatecas.

Esta decisión aumentó el rencor de Carranza contra los Generales Villa y Ángeles. Ese rencor crecía hasta convertirse en odio. Esta afrenta nunca la olvidaría, y haría que la pagara con su vida el General Ángeles, años después, frente a un pelotón de fusilamiento.

VILLA ORDENÓ LA MOVILIZACIÓN RUMBO A ZACATECAS

Después de lo que se ha conocido como la insubordinación de los generales de la División del Norte, el General Francisco Villa ordenó la movilización rumbo a Zacatecas, a pesar de los obstáculos que dificultaban el avance, como la vía de ferrocarril, que se encontraba destruida en varias partes del recorrido. Por lo anterior, se ordenó al General Tomás Urbina que se adelantara con 5,000 hombres.

Prácticamente, la capital zacatecana quedó rodeada por 16,000 hombres de Urbina, Natera y los hermanos Arrieta. Estas fuerzas estaban bien municionadas y equipadas. Además de estos elementos, se contó con cinco trenes que conducían artillería de la División del Norte, bajo el mando del mismo General Felipe Ángeles, quien ya gozaba en ese tiempo de un amplio prestigio como militar y experto artillero. Éste había salido de Torreón el 17 de junio.

La moral de las tropas defensoras de Zacatecas era alta, ya que habían podido defender la plaza, sin mayor problema, de las fuerzas de Natera y de los Arrieta, con relativo éxito. Esta situación cambió cuando se supo la llegada de las fuerzas villistas y del propio Francisco Villa, *“el pánico comenzó a apoderarse de todos ellos; la fama que traía Villa de invencible, hizo que las tropas que integraban el Ejército Federal defensor de Zacatecas, comenzaran a vislumbrar su derrota”*.⁷

El General Francisco Villa estaba consciente de que, tomar Zacatecas sería difícil, y que tendría que utilizar una táctica diferente a Torreón, por lo que comisionó al General Felipe Ángeles para que trazara el plan de ataque.

El General Ángeles propuso el plan, que en esencia consistía en emplear a fondo su superioridad en hombres y piezas de artillería.

Las tropas atacantes rodearían la ciudad y la tomarían simultáneamente, por todas partes. La artillería de la División del Norte se concentraría cerca de las baterías federales emplazadas en La Bufa y El Grillo, para destruirlas o para revertir su fuego contra los federales, mientras la infantería tomaba los cerros contiguos. Las tropas revolucionarias se concentrarían en todas las salidas de la ciudad, especialmente cerca del pueblo de Guadalupe, situado en un camino que unía a Zacatecas con la ciudad de Aguascalientes.

Con este dispositivo o plan de ataque, se buscaba impedir que llegaran refuerzos a la ciudad; además, impedir que el Ejército Federal la evacuara, como sucedió en Torreón. *“El General Villa aprobó el plan de Ángeles, que resultó brillantemente eficaz”*.⁸

Desde el 19 por la mañana, el General Felipe Ángeles inició sus exploraciones por el rumbo de Morelos, para comenzar la distribución de las tropas y el plan de batalla. En San Vicente libró una escaramuza contra fuerzas federales, pero el pronto auxilio que recibió del General Urbina hizo retroceder al enemigo.

El día 20 de ese junio, el General Urbina ordenó que las Brigadas de Natera, Contreras, Bañuelos, Triana, Caloca y Domínguez se acercaran a Zacatecas, por el rumbo de Guadalupe, población situada a 7 kilómetros al oriente de la plaza. Al mismo tiempo, ordenó que parte de su brigada, junto con la Brigada Ceniceros, Villa avanzara más adelante de Veta Grande, con el objetivo de dar apoyo a la artillería. A Chao y a Herrera les remitió 10 cañones, a fin de que los emplazaran en sus posiciones y no los usaran hasta que estuviera el combate en su punto más intenso. Todos estos movimientos se realizaron bajo fuego de los cañones federales, que disparaban desde los cerros de La Bufa y El Grillo.

“El día 21 se terminó la colocación de las 7 baterías y los 10 cañones de Chao y Herrera. Todos los artilleros recibieron órdenes para no contestar el fuego, sino hasta lo más difícil de la batalla”.⁹ Finalmente, las posiciones villistas quedaron de la siguiente manera:

Las Brigadas Morelos, Robles, Zaragoza, Ceniceros y la infantería del Coronel González, partirían desde la Plata de Venta Grande, y atacarían por el norte y el noroeste

de la ciudad. Su objetivo serían los cerros de Tierra Negra y Tierra Colorada (Loreto). En total avanzarían 5,000 hombres.

Las Brigadas Villa, Hernández y la escolta del General Villa, en total 5,000 elementos, partirían de las Pilas y la Hacienda Nueva por el noroeste, rumbo al flanco del cerro de Tierra Colorada.

Las unidades de los Generales Martiniano Servín y Mateo Almanza avanzarían por el oeste, rumbo al cerro de la Sierpe, bajo el mando del General Maclovio Herrera. Las Brigadas González Ortega, Juárez y Chao, en número de 3,200 hombres, avanzarían partiendo de San Antonio, por el suroeste y sur, rumbo a la estación de ferrocarril, las estribaciones del cerro de El Grillo y el cerro de los Clérigos.

El General Pánfilo Natera, con la Primera División del Centro atacaría por el sur y suroeste, en la forma siguiente:

Las Brigadas Natera, Bañuelos, Domínguez, Cervantes y Caloca, en total 5,000 hombres. Tendrían como objetivo los cerros del Refugio y los Clérigos, así como las estribaciones de La Bufa.

Por el oeste atacarían las Brigadas Triana, Arrieta y Carrillo, con el objetivo de apoderarse de la Villa de Guadalupe y las alturas de Crestón Chino.

El General Natera debería dejar además una reserva, por los posibles refuerzos que se aproximaban.

“En total eran 23,000 hombres, 28 cañones por el norte y 10 por el sur, así como 12 cañones más al norte, emplazados atrás de los primeros”.¹⁰

Una vez que llegó a Zacatecas, el General Villa habló con el General Urbina, quien le explicó el dispositivo de ataque, pero quiso Villa recorrer el terreno que sería el futuro campo de batalla. En el punto minero llamado la Plata de Venta Grande, encontró al General Ángeles, a quien felicitó por el movimiento de tropas y el plan de batalla, elaborado conjuntamente con Urbina. Le pidió Villa que le mostrara el terreno, y Ángeles no sólo le enseñó el campo, sino que le explicó la importancia de los puntos ocupados por los revolucionarios.

PLAN OPERATIVO DE DEFENSA DEL EJÉRCITO FEDERAL

En la defensa de Zacatecas, el Ejército Federal concibió un plan operativo con el objetivo de la destrucción total de la División del Norte. Consideraban los autores de dicho plan, que era factible agotar a las tropas villistas, durante varios días de ataques inútiles, y cuando éstas estuvieran agotadas y desmoralizadas, pasarían los federales a la contra-ofensiva. La División del Bravo, colocada en el noroeste del camino a Méxicol le cortaría su retirada y su retaguardia a los villistas. *“Al mismo tiempo, 15,000 soldados federales la atacarían en un movimiento de pinza entre dos divisiones del Ejército Huertista”.¹¹*

Por otra parte, el General de División Medina Barrón tenía plena confianza en defender la ciudad con éxito, ya que contaba con los grandes obstáculos naturales que se presentaban

a los atacantes. La Plaza estaba rodeada de cerros que debían tomar los revolucionarios antes de entrar a la zona urbana. Era lógico que Villa no pudiera tomar la iniciativa con sus clásicas cargas de caballería.

Las tropas del Ejército Federal que resguardaban la ciudad de Zacatecas, se componían de 12,000 hombres con 13 cañones, todos bajo el mando del General Luis Medina Barrón. Estos efectivos estaban distribuidos equitativamente en los cerros de La Bufa, Tierra Negra, Loreto, La Sierpe, El Grillo, La Estación, El Padre, Guadalupe y Crestón Chino. Los cañones estaban repartidos sobre la vía del tren, entre La Estación y Guadalupe.

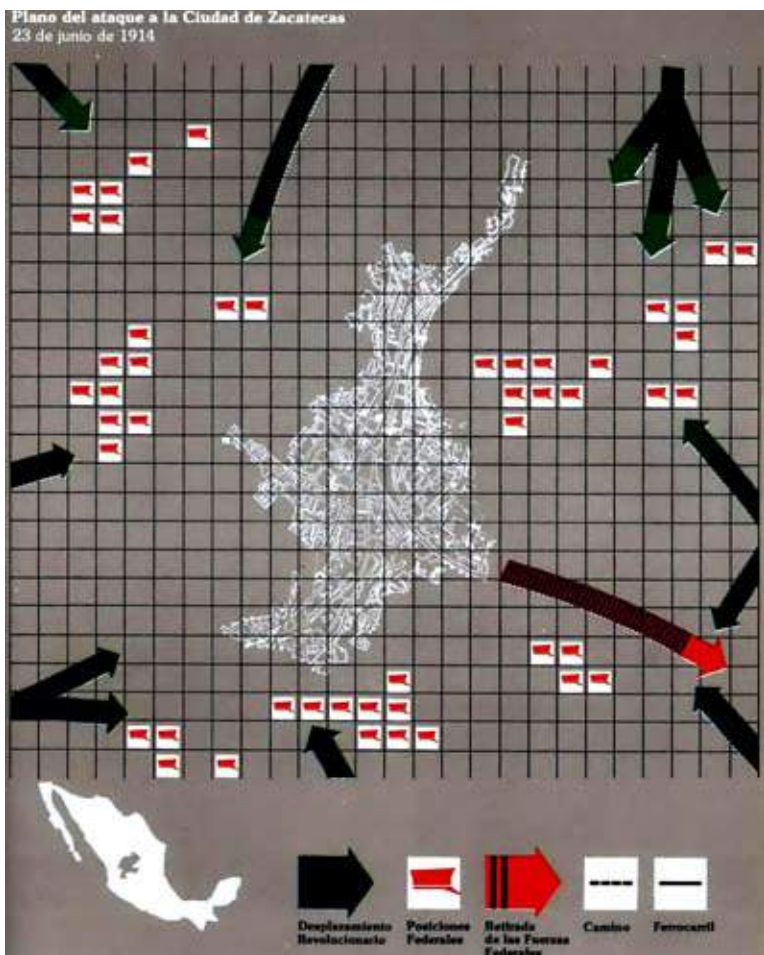
Los otros generales que apoyaban a Medina Barrón eran Juan Vásquez, José Soberanes, Antonio Olea, Manuel Altamirano, Jacinto Guerrero, Antonio Rojas, Benjamín Argumedo, Jacobo Herotia Santos y otros.

Los federales esperaban un refuerzo de 2,000 hombres; 1,000 provenían del sur, bajo el mando del Coronel Tello, y 1,000 que ya se encontraban por el rumbo de Soledad, a las órdenes de Pascual Orozco.

El dispositivo de defensa consistió en el cierre de los puntos en las alturas del terreno, alrededor de la plaza. *“La artillería federal se encontraba ubicada en las posiciones del Grillo,*

*La Bufa, El Refugio, así como una pieza montada en plataforma blindada del ferrocarril, entre la estación y Guadalupe”.*¹²

A fin de desarmar a los revolucionarios, que tendrían que ascender lentamente esas cumbres, por medio de los fuegos de la artillería y la fusilería de los infantes federales, que esperaban en apretadas filas el ataque. Unido a lo anterior, llegaron tropas de refuerzo para el Ejército Federal, hasta alcanzar a los 12,000 efectivos como ya se mencionó, y se esperaban más de un momento a otro. Por lo anterior, era muy buena la moral de los defensores.



DESARROLLO DE LA BATALLA

Al día siguiente, 24 de junio de 1914, a las 10:00 horas, el General Francisco Villa ordenó que iniciara el ataque a Zacatecas; de inmediato entraron a combatir las fuerzas revolucionarias.

Por el norte y noroeste avanzaban tropas de Tomás Urbina, Ceniceros, Eugenio Aguirre Benavides, Raúl Madero y el Coronel González, a fin de atacar desde los puntos de La Plata, los cerros de Tierra Negra y Tierra Colorada. Éstos eran 5,000 hombres bajo el mando de Urbina y Ángeles.

Por el norte avanzaron también las tropas de José Trinidad Rodríguez y las de Rosalío Hernández, que ocuparon el cerro de Tierra Colorada, las Pilas y Hacienda Nueva. Éstos eran 5,000 hombres bajo el mando del propio Villa, acompañado de su Estado Mayor y de su escolta de Dorados.

Por el poniente avanzaban las fuerzas de Martiniano Servín y Mateo Almanza, con 2,500 hombres, por el Cerro de La Sierpe.

Por el sur y sureste avanzarían las Brigadas de Toribio Ortega, Maclovio Herrera y Manuel Chao rumbo a los fortines de La Estación, y sobre la falda que hacia allá corre, desde lo largo de los cerros del Grillo y de los Clérigos, era un total de 3,000 hombres.

Provenientes del sur y sureste, avanzaron las fuerzas de Natera, Bañuelos, Domínguez, Cervantes y Caloca, que hacían un total de 5,000 hombres, todos rumbo a los cerros del Refugio y de los Clérigos.

Del oriente y rumbo a las alturas del Crestón Chino avanzarían las tropas de Arrieta, Triana, Carrillo y otros jefes, dejando una reserva de estas fuerzas.

En la batalla, el General Felipe Ángeles tuvo tiempo de aplicarse a fondo con su artillería, en total 28 cañones, la cual en las últimas semanas, no pudo acabar de organizarla. En el ataque puso por el norte 7 baterías de 75 mm; por el sur situó una sección de 80 mm, tipo ligero; una batería de montaña de 70 mm, también de tipo, sin contar con el cañón montado en plataforma, llamado “El Niño”, de 80 mm.¹³

Al inicio de la acción, el fuego de fusilería estalló a lo largo de todas las líneas villistas, y lo mismo sucedió con los cañones que se emplazaron por el norte y noroeste.

El General Ángeles había colocado varios cañones a la vista de los federales, desde un lado del cerro de Loreto. El fuego de estas piezas de artillería, junto con las colocadas en el extremo de la línea izquierda del cerro de La Bufa, desconcentraron las fuerzas huertistas.

Los cañones de los federales contestaban el fuego de los revolucionarios, pero sus tiros caían siempre a la retaguardia de los constitucionalistas, debido a lo alto de sus posiciones.

El fuego de los cañones de los revolucionarios mermaba considerablemente las posiciones federales, lo que facilitaba el avance de los revolucionarios.

Con la caída del cerro de La Sierpe en manos revolucionarias, el General Ángeles consideró que la toma de El Grillo era fundamental, ya que representaba prácticamente la victoria, por su ubicación

estratégica. Al mismo tiempo, Villa se dio cuenta de que, si lograba hacer que los federales cedieran sus posiciones en El Grillo, podría desbaratar las defensas de la ciudad de Zacatecas.

La defensa de los federales en el cerro de El Grillo duró toda la tarde, mientras Villa y Ángeles concentraban piezas de artillería e infantes para conquistar esa posición. Lo intenso del fuego de la artillería revolucionaria y el avance de las infanterías de la División del Norte, obligaron a los soldados huertistas a ir cediendo poco a poco sus posiciones.

Finalmente, pasadas las 17:00 horas, el cerro de El Grillo, después de un asalto general, quedó en manos de las fuerzas revolucionarias. La victoria prácticamente estaba al alcance de la mano del General Villa.

Aún con la captura del Cerro de El Grillo, continuó la resistencia federal en el Crestón Chino, en el cerro de La Bufa y otros puntos ya debilitados. Esta resistencia empezó a debilitarse considerablemente, al inicio de la noche, ante el poderoso avance de la infantería y el fuego de artillería de la División del Norte. Ya entrada la noche, se dio la desbandada de federales que huían despavoridos. Ante la desbandada de los soldados federales, una vez terminadas las acciones más importantes de la batalla, el General Ángeles comprendió que la Revolución había alcanzado el triunfo en Zacatecas, por lo que mandó decir al General Villa el siguiente mensaje: “ya ganamos, mi General”. Efectivamente, la Batalla de Zacatecas ya estaba ganada; sólo faltaban unos pocos tiros de dispararse.

Mientras sucedía lo anterior, en la Casa de Gobierno de la ciudad ocurrió una explosión que mató, por lo menos, a 300 personas, en su mayoría mujeres y niños. Al poco tiempo, otro edificio minado explotó, como si el huertismo antes de perecer, hubiera decidido terminar con todo.



La artillería fue utilizada ampliamente por los revolucionarios..

Después de resistir el ataque revolucionario bajo el mando de Villa, el 24 de junio se consumó la derrota federal. Quedó en poder de Villa la plaza de Zacatecas. Un total 12,000 rifles máuser, 12 cañones, 300 ametralladoras y 6,000 prisioneros, fue el botín obtenido por Villa.

Las bajas ascendieron a 4,837 soldados huertistas. Sean cuales sean las cifras exactas de las bajas ocurridas en Zacatecas, ellas confirman que la toma de la plaza fue la más sangrienta de todas las batallas de la Revolución contra Huerta. Muchas de las bajas federales se dieron al concluir la batalla, cuando cientos de prisioneros fueron asesinados de un tiro en la cabeza por algunos jefes villistas. Estos asesinatos fueron detenidos por el General Ángeles.

Ante este desastre, el General Medina Barrón, con Benjamín Argumedo y otros Generales con una escolta de 300 hombres de caballería, escaparon. El triunfo obtenido en Zacatecas fue un duro golpe, que contribuyó en gran medida a derrotar al Gobierno de Victoriano Huerta.

EL SIGNIFICADO DE LA BATALLA DE ZACATECAS EN LA HISTORIA

Son dos los principales hechos históricos que derivan de la toma de Zacatecas y ambos de vital importancia para México; uno, el triunfo definitivo de los constitucionalistas, y el segundo, el rompimiento de Venustiano Carranza y Francisco Villa.

Es imprescindible analizar este acontecimiento, desde el punto de vista representativo para la División del Norte; es innegable que esta fuerza, considerada por algunos (Carranza entre ellos) como una masa informe de revolucionarios, llegara a actuar en la captura de Zacatecas como un cuerpo disciplinado, instruido e imbuido de espíritu de cuerpo, valor y coraje, que confirmaba lo que de él se decía: el más temible cuerpo militar de todo el constitucionalismo. Quien intente restarle méritos militares a la División del Norte, que confronte las campañas de cada uno de los revolucionarios, y que analice efectivos, armamento y comandantes enemigos; este método podría ser el más convincente y pondría en claro la actuación de la fuerza villista dentro de la Revolución.

El comandante de la División del Norte y el Primer Jefe, cruzaron varios telegramas, sin que lograran ponerse de acuerdo, siendo notorio que Carranza trataba de evitar a toda costa que Villa siguiera hacia el sur. Había que detener sus éxitos militares, ya que para estas fechas el guerrillero gozaba de mayor popularidad que el mismo Carranza.

Conforme avanzaban las conferencias telegráficas, se hacía más tensa la situación, hasta que llegó al máximo con la renuncia de Villa, que por supuesto fue aceptada de inmediato. Carranza había logrado su objetivo; sin embargo, no contaba con que los demás jefes villistas reaccionarían de una manera totalmente contraria a la que él esperaba. Era de suponerse que encabezados por el General Felipe Ángeles, acordarían desconocer al Primer Jefe Constitucionalista, por la misma vía telegráfica; en uno de los mensajes se llegó hasta la insubordinación.

Villa, con el apoyo de sus segundos y haciendo caso omiso de la Primera Jefatura, se lanzó sobre Zacatecas, hasta lograr lo que sería, no sólo el triunfo de una batalla, sino el triunfo de la Revolución Constitucionalista. Todavía con la euforia de la victoria, Francisco Villa notificó el resultado militar a Venustiano Carranza, lo que quiere decir, que otra vez se disciplinaba a la Primera Jefatura. Villa reafirmaba el poder que tenía.

A pesar del triunfo y de la sumisión de Villa, la semilla de la discordia y el encono estaban sembrados, y pronto sus consecuencias llenarían de sangre nuevamente los campos de batalla.

La División del Norte nació ante la necesidad de unificación de las fuerzas revolucionarias que actuaban en los estados de Chihuahua y Coahuila, principalmente; se fueron uniendo numerosos jefes con sus tropas, y ello obligó a designar a un comandante en jefe, cargo que recayó en el General Francisco Villa.

La primera gran victoria se sucedió el 30 de septiembre de 1913, con la ocupación de Torreón, y el 10 de enero de 1914, tomaba la población de Ojinaga; dichas acciones acontecieron en los últimos días del mes de marzo del mismo año; para la segunda toma de Torreón, Villa ya contaba con los servicios del General Felipe Ángeles, quien se hizo cargo de la artillería del cuerpo, aumentando en esa forma su poderío. Se lograban fusionar el tecnicismo, la organización y los conocimientos de artillería de Felipe Ángeles, con la temeridad, audacia y bravura de Francisco Villa.

El siguiente objetivo fue la ciudad de Zacatecas, que era el camino lógico y natural. Sin embargo, la Primera Jefatura no estaba de acuerdo en permitir que los principales honores de la campaña constitucionalista se los llevara la División del Norte y su comandante, máxime que en estas fechas, su fama había trascendido al extranjero y, por lo tanto, percibía un posible enemigo. Y así lo fue, ya que surgieron múltiples obstáculos, pero el caso es que el grueso de la División del Norte culminó gloriosamente su campaña con la toma de Zacatecas, y así cerraba con sello de oro su actuación en el constitucionalismo.

Nunca había existido una fuerza que lograra, en tan poco tiempo, tan admirable e impresionante campaña, como la memorable Batalla de Zacatecas.

Cuando se habla de la Revolución Mexicana, casi de inmediato salen a relucir los nombres que han quedado plasmados con mayor frecuencia en los libros de historia, Francisco I. Madero, Emiliano Zapata, Francisco Villa y Venustiano Carranza. Todos ellos tuvieron méritos militares; sin embargo, cuando nos acercamos un poco más a lo que fue la actividad revolucionaria, descubrimos a otros hombres con talento militar o preparación intelectual, que colaboraron para lograr el triunfo del movimiento armado. El General Felipe Ángeles es uno de esos personajes, que le ha tocado permanecer a la sombra, al menos para la mayoría de las personas que no han escudriñado en la historia militar mexicana de este periodo.

Al General Ángeles le interesaba que el Ejército Federal se convirtiera en una institución honorable, cuyos integrantes fueran aceptados en cualquier población, como los encargados de mantener la paz,



General Felipe Ángeles, valioso colaborador de las fuerzas villistas

Victoriano Huerta, que culminó con la muerte de Madero y del Vicepresidente Pino Suárez. La democracia había sufrido un duro revés.

Por su adhesión y obediencia a la institución presidencial, Ángeles cayó prisionero, pero, gracias a su prestigio dentro del Ejército, en lugar de ser fusilado, fue enviado a Francia con el pretexto de que debía cumplir una comisión del Gobierno. Un exilio que le permitiría, más adelante, luchar contra las tropas del usurpador.

El General Victoriano Huerta, autor intelectual del asesinato de Madero, ocupó la Presidencia de México; algunos mandatarios estatales lo desconocieron y organizaron tropas para combatirlo. Venustiano Carranza invitó al General Ángeles para que se integrara a las filas revolucionarias. Aceptó y regresó de Francia, con su consiguiente baja del Ejército Federal.

Llegó a Sonora en noviembre de 1913, donde Carranza estableció su gobierno. Formó parte del gabinete como Subsecretario de Guerra encargado del Despacho. Un puesto burocrático que no satisfacía al General, pues consideraba que sería más útil colaborando en el campo de batalla. En ese mismo año, Francisco Villa, General en Jefe de la División del Norte, había logrado derrotar al Ejército Federal en diversas ocasiones. Luego de las batallas, los vencidos huían abandonando armas y municiones, por lo que la fuerza villista había logrado apoderarse de varios cañones, pero carecía de un profesional que los utilizara con eficiencia. El jefe de los Dorados, conocedor de la trayectoria de Ángeles, le pidió a Carranza que se lo asignara para

y no como un sector al que habría que temer. Soldados con el único interés de servir a la Patria. Él fue uno de los Generales de carrera que abandonó el Ejército Federal, para incorporarse al movimiento revolucionario.

Al dar inicio el movimiento revolucionario, Ángeles se encontraba en Francia; regresó en 1912, cuando Francisco I. Madero era ya Presidente Constitucional de México. De él recibió el nombramiento como Director del Colegio Militar. El 9 de febrero de 1913, en la Ciudad de México, un grupo de militares hizo de lado el principio de obediencia al Presidente de la República, y apoyó un golpe militar, organizado por

que dirigiera la artillería. Fue así que el General Ángeles se trasladó de Sonora a Chihuahua, en marzo de 1914, incorporándose a este cuerpo militar.

Al lado del “Centaurio del Norte”, participó en varias batallas, siendo la toma de Zacatecas una de las más importantes para Felipe Ángeles, quien diseñó la estrategia de la batalla, que además de dar el triunfo a los villistas y la derrota de los federales, propició que Huerta saliera del país un mes después.

El General colaboró con Villa hasta septiembre de 1915, tiempo durante el cual, además de apoyar militarmente, buscaba influir en él, intentando evitar abusos y excesos contra la población civil. Poco a poco, el Jefe de la División del Norte dejó de ser receptivo, y Ángeles consideró inadecuado permanecer a su lado; durante su permanencia en la División del Norte surgieron serias diferencias; Villa y Ángeles por un lado, y Carranza por el otro. El movimiento revolucionario había puesto a Carranza y a Ángeles en bandos contrarios; éste último representaba, por su adhesión a las causas sociales y los ideales democráticos maderistas, un personaje tan influyente como incómodo. Así, fue sometido a un Consejo de Guerra, que lo acusó de insubordinación y rebelión. Tras el proceso, quedó condenado a la pena capital y fue fusilado en noviembre de 1919.

CONSECUENCIAS

Tratados de Teoloyucan

Los Tratados de Teoloyucan fueron los documentos firmados en la localidad del mismo nombre, en el estado de México, el 14 de agosto de 1914; entre los representantes del Cuerpo de Ejército del Noroeste estaban, Álvaro Obregón, Lucio Blanco y Othón P. Blanco, que formaba parte de los ejércitos revolucionarios que se enfrentaron al gobierno usurpador de Victoriano Huerta, comandado por Lauro del Villar y representado por él mismo; establecieron las condiciones en que se verificaría la evacuación de la plaza de la ciudad de México por el Ejército Federal y la disolución definitiva del mismo.

Sucedió a la caída del Gobierno del Presidente Victoriano Huerta, ante el triunfo del Ejército Constitucionalista cuando, a mediados de julio, el General Lauro del Villar, representante del Gobierno del Presidente Interino Francisco S. Carvajal, ya no pudo ofrecer resistencia para negociar, capitulando sin condiciones.

El 9 de agosto, Alfredo Robles Domínguez, representante del Ejército Constitucionalista, se entrevistó con el General José Refugio Velasco, Secretario de Guerra y Marina del Presidente Carbajal; luego de una larga plática, Robles Domínguez dio a Velasco como razones para la rendición incondicional del Ejército Federal, la invasión estadounidense de Veracruz y Tampico, y la urgencia de evitar nuevos combates. El 11 de agosto, el gobernador huertista de la Ciudad de México, Eduardo Iturbide, acompañado de los

ministros plenipotenciarios de Brasil, Gran Bretaña y Guatemala, así como el encargado de negocios de los Estados Unidos de Norte América y el secretario de la delegación francesa, se trasladó al campamento de Obregón en Teoloyucan, donde acordaron las bases y procedimiento, para la rendición y disolución del Ejército Federal. Dos días después se firmaron los Tratados de Teoloyucan, que establecían:

Las fuerzas federales dejarían la plaza de México, distribuyéndose en las poblaciones a lo largo del ferrocarril de México a Puebla, y ahí esperarían a los enviados del Ejército Constitucionalista, a los que entregarían las armas.

El resto de las guarniciones federales sobrevivientes de Manzanillo, Córdoba y Jalapa, así como las Jefaturas Militares de Chiapas, Tabasco, Campeche y Yucatán, se disolverían en esos lugares, y los barcos de la Armada Nacional deberían concentrarse en Manzanillo y Puerto México (hoy Coatzacoalcos).

Los oficiales y jefes quedarían a disposición del Primer Jefe de los Constitucionalistas, mientras que a los soldados se les ofrecerían medios para volver a sus hogares.

Las tropas federales que combatieron contra el Ejército Libertador del Sur del General Emiliano Zapata, se retirarían de sus posiciones, cuando las fuerzas constitucionalistas ocuparan sus lugares.

Una vez disuelto el Ejército Federal, Carranza emitió un decreto suprimiendo el Colegio Militar, que no volvió a abrir sus puertas hasta 1920. El Ejército Constitucionalista evolucionaría para convertirse en el actual Ejército Mexicano.

CONSIDERACIONES DE LA BATALLA

La toma de Zacatecas es considerada como la acción que se acerca más al concepto clásico de batalla, no sólo del constitucionalismo, sino de toda la historia militar de la Revolución Mexicana. Con esta victoria militar, el General Francisco Villa, aparte de alcanzar el grado de divisionario, obtuvo fama mundial, al grado de ocupar las primeras planas de los periódicos de Europa.

El plan de defensa de Zacatecas implementado por el Ejército Federal, fracasó por diversas razones, ya que fue imposible su realización y los defensores tuvieron que mantener una actitud defensiva, sin probabilidades de pasar a la contraofensiva. Aunque la concepción del plan fuera viable aparentemente en papel, en la realidad nunca pudieron las tropas federales maniobrar en toda la Revolución, ni siquiera para ganar una batalla. Por lo regular, siempre adoptaron una actitud de “defensa pasiva”, en sus operaciones y batallas, lo cual es un claro error por ser la peor de las defensas, ya que siempre conduce a la derrota.

El Ejército Federal tuvo varias desventajas durante la defensa de la plaza. El General Pascual Orozco no alcanzó a llegar con los hombres que traía de refuerzo. Lo mismo aconteció con el General Miguel Ruelas y parte de la guarnición de Aguascalientes; tampoco llegó un millón de cartuchos de



Tropas Federales que combatieron a los constitucionalistas.

7 mm. y 500 granadas de 80 mm. enviadas por el Ministerio de Guerra y Marina, desde la Ciudad de México. Lo anterior hace suponer que los federales resistieron el ataque con falta de municiones, lo que necesariamente afectó el ánimo de los defensores.

Otro grave problema fue la división de mandos que enfrentó el Ejército Federal. Existían dos Generales de División, Medina Barrón y Antonio Olea. La lógica indicaba que Olea, por ser más antiguo, fuera el General en Jefe, lo cual es sumamente importante en el ejército; sin embargo, el mando lo tuvo Medina Barrón, por órdenes superiores, a pesar de haber sido derrotado por fuerzas revolucionarias de Álvaro Obregón en Santa Rosa. La rivalidad entre estos dos generales rompió el principio de unidad de mando o mando único, aspecto que influyó negativamente el desarrollo de las operaciones y defensa de la Plaza.

Las ventajas que tuvieron los revolucionarios contrastaban con las desventajas de los federales. La superioridad de piezas de artillería fue factor determinante para que los villistas obtuvieran la victoria. No sólo eran más cañones los que tenían los revolucionarios, sino que la oficialidad que las manejaba, eran expertos artilleros.

Otras claras ventajas fueron la superioridad numérica de los revolucionarios y su alta moral, consecuencia de las victorias obtenidas en la campaña del norte, en Chihuahua.

Algunos autores consideran que la batalla de Zacatecas, fue muy sangrienta y que esta acción de guerra, vino a dar el golpe de muerte al régimen de la usurpación. Fue

una batalla decisiva, que orilló a Huerta a considerar su renuncia. Pero, realmente, la trascendencia de la acción y el éxito militar obtenido, fue que el camino a la Ciudad de México quedaba abierto, y que las tropas de la División del Norte podrían entrar con facilidad en la capital de la República.

La batalla la podemos resumir en palabras del General Ángeles así: *“la batalla comenzaba en un ataque de frente de las dos armas en concierto armónico, la salida al sur tapada y la reserva al este, para dar el golpe de masa al enemigo en derrota”*.¹⁴ Esta sincronía entre las armas de infantería y artillería, combinada con una lógica y coordinada acción de mando, fueron los aciertos principales en la obtención de la victoria.

CONCLUSIONES

El ataque de la División del Norte a la plaza de Zacatecas, inició el 24 de junio de 1914, por la mañana; nueve horas después los villistas entraron victoriosos a la ciudad.

La Batalla de Zacatecas ha sido considerada la más sangrienta de toda la campaña revolucionaria contra el Gobierno de Victoriano Huerta y de toda la Revolución Mexicana. El alto número de bajas así lo confirman.

El General Villa sabía que en Zacatecas había que aplicar todo el esfuerzo posible de la Revolución, y en este punto de vista coincidió con el General Felipe Ángeles, quien se lo confirmó. Había que emplear, según el principio fundamental del arte de la guerra de la concentración de fuerzas, todos los recursos humanos y materiales disponibles; el desprecio a este principio conduce a la derrota, o cuando menos, a un despilfarro de vidas de soldados, que todo comandante tiene la obligación de evitar.

La Batalla de Zacatecas se considera que se desarrolló con los más puros principios de la técnica militar; quedó bien definido de antemano, el movimiento de reserva que aniquilaría al enemigo y lograrse el triunfo. En esta acción y en su preparación, todo lo tenían previsto, desde el asalto a las posiciones federales en forma metódica, hasta la persecución rápida y aplastante de las fuerzas enemigas derrotadas.

Fue sorprendente el grado de eficiencia que se alcanzó en esta Batalla, en un enlace perfecto de las armas de infantería y artillería, donde se realizó una convergencia de esfuerzos. De esta acción podemos decir, que fue en ella, donde el arma de artillería, poco explotada durante las luchas de la Revolución, la que prestó un gran servicio a los revolucionarios. Al General Ángeles se debió lo anterior.

Además de las anteriores consideraciones, la mayoría de historiadores y analistas militares de la Revolución, coinciden en que la Batalla de Zacatecas es de Francisco Villa y del Villismo. Su más significativo triunfo.

La Revolución de 1910, donde la Batalla de Zacatecas se encuadra, desemboca en la Constitución de 1917 y en los procesos económicos, políticos y sociales introductores de cambios fundamentales en la vida del país, que le ha dado a la nación, vida institucional y perspectivas para su desarrollo democrático.

El triunfo de la Revolución permitió el florecimiento de las instituciones a través de la educación y la cultura sin exclusivismos; la salud y el bienestar o las acciones para la integración, el respeto a la identidad y el desarrollo, impulsando una sociedad democrática y libre, como consecuencia de la liberación de las fuerzas productivas de la nación.

El México de hoy es otro, caracterizado por la dinámica de su evolución, merced a la liberación de las fuerzas productivas, propiciado por el movimiento social revolucionario de 1910. En efecto, en un clima de paz social, que muchos menosprecian y que ha sido el de más larga duración de nuestra historia, hemos podido auspiciar cambios sustanciales, impulsores de la modernidad.

La Revolución Mexicana propició que nuestro país entrara a la modernidad, con pleno conocimiento de objetivos bien definidos, como son democracia, soberanía e independencia, así como la búsqueda de justicia social, que son fundamentales para lograr un desarrollo sostenido.

Bibliografía:

- Aguirre Benavides, Luis y Adrián, *Las grandes Batallas de la División del Norte*, México.
Así fue la Revolución Mexicana, Senado de la República/SEP, México, 1985.
Álvarez, José Rogelio (Director), *Enciclopedia de México*, México.
Gilly, Adolfo, "Prólogo", en Guilpain Pueliard, Odile, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
Gutiérrez Santos, Daniel, *Historia Militar de México, 1876-1914*, Ed. Ateneo, México, 1955.
Historia de México, Salvat Editores de México, 1986.
Katz, Friedrich, *Pancho Villa*, Editorial Era, México, 1998.
Richkarday, Ignacio, *60 años en la vida de México*, Ed. Ares, México, 1962.

Citas:

1. Katz, Licenciamiento Friedrich. Pancho Villa. México, Era, 1998. Tomo 1. p. 398.
2. Álvarez. José Rogelio (Director), Enciclopedia de México, México. Tomo 14, p. 8219.
3. Historia de México, Salvat Editores de México S.A. México 1986. p. 2238.
4. Ibidem. p. 2238.
5. Ibidem. p. 2244.
6. Historia de Zacatecas. p. 49.
7. Richkarday Ignacio. A 60 años en la vida de México. México. Ed. Ares 1962. pp. 244-245.
8. Gill Adolfo. Prologo. En Guilpain Pueliard Odile. Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución, México, FCE 1996. pp. 14-15.
9. Ibidem. p. 258.
10. Katz. Op. Cit, tomo 1. p. 399-400.
11. Aguirre Benavides Luis y Adrian. Las grandes Batallas de la División del Norte. México, Diana, 1964., p. 157.
12. Ibidem, pp. 157-158.
13. Katz, Op. Cit., p. 399.
14. Gilly, Adolfo, "Prólogo", en Guilpain Pueliard, Odile, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Batalla de Orendáin

6 al 8 de julio de 1914.

INTRODUCCIÓN

La frase del historiador inglés James Harrington: “La disolución de este gobierno causó la guerra, y no ésta, la disolución del gobierno”, es apropiada para describir lo que ocurrió en México, en febrero de 1913. El golpe de Estado dado por el General Victoriano Huerta, el día 13, fue el reflejo de la inestabilidad política que se vivía en el país. El entonces Presidente de la República, Francisco I. Madero, no había sido capaz de conciliar los intereses de los diversos grupos políticos y armados operantes en el país, ni de consolidar su gobierno, la autoridad política y militar.

La desaparición de la autoridad presidencial creó las circunstancias propicias, para que se creara una crisis política; el asesinato de Madero perpetrado por Huerta, encendió nuevamente la mecha de la Revolución. En la medida en que la autoridad de Madero disminuyó, el poder se deslizó continuamente hacia los estados y hacia las localidades, donde las tropas creadas para combatir a Díaz, todavía conservaban sus armas. “*El eco de la guerra reciente, mantenía en tensión la estructura de autodefensa, y el tono enérgico de prefectos y jefes*”.¹ Fueron precisamente de los estados del norte del país, de donde se dio la mayor oposición al gobierno del General Huerta. Los gobiernos estatales



General Victoriano Huerta.

de Sonora, Coahuila, Chihuahua, San Luis Potosí, Nuevo León, Tamaulipas, la parte norte de Durango y Zacatecas, se opusieron al gobierno instaurado por Huerta. Así mismo, diversas localidades municipales desconocieron a Huerta, posicionándose en franca rebeldía en contra de éste.

La lucha armada durante este periodo, es conocida como la etapa constitucionalista, por estar a favor del restablecimiento del orden constitucional, misma que fue dominada por hombres de la región del norte del país, los cuales se hicieron del poder político y militar.

Algunos de los jefes más importantes de

estas regiones, fueron, de Coahuila, Venustiano Carranza, acérrimo defensor de la soberanía de México; de Sonora, Álvaro Obregón, uno de los más destacados estrategas militares; Plutarco Elías Calles, uno de los estadistas más completos de México, y otro numeroso grupo de generales, que destacaron en la vida política de México, como Benjamín Hill, Arnulfo R. Gómez, Juan Carbajal, Francisco Serrano, Ignacio Pesqueira, Abelardo L. Rodríguez y muchos otros, cuya actuación posterior en la vida nacional fue destacada.

Durante la etapa revolucionaria constitucionalista se libraron importantes batallas; dentro de éstas, se encuentra la Batalla de Orendáin, que fue un momento clave para los constitucionalistas, pues gracias a ésta, se logró tomar la ciudad de Guadalajara, y con ello el control de una de las rutas más importantes hacia el centro político del país: la Ciudad de México. Así mismo, durante la etapa constitucionalista, se dio la renuncia de Huerta a la Presidencia de la República y con ello su derrota, misma que tuvo como consecuencia, una reforma política, que implicó la destrucción del Ejército Federal y la renovación completa de la burocracia porfirista.

El gobierno del estado fronterizo de Coahuila, bajo el mando de Venustiano Carranza, desconoció el gobierno de Huerta; igualmente la Legislatura de Sonora, viniendo la oposición más fuerte por parte de los grupos maderistas. Con anterioridad, Carranza había declarado en un discurso, que *“la política de transacción y la debilidad del gobierno de Madero, comprometían los ideales de la Revolución”*.² *“Los gobernadores de origen revolucionario, debían estar unidos y alertas, para enfrentar tiempos difíciles”*.³

El 26 de marzo de 1913, Carranza proclamó el Plan de Guadalupe, en el que desconoció a los tres poderes federales, así como a los gobernadores de los estados, que en un plazo de 30 días no siguieran el mismo proceder; se designó a Carranza Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo, y éste convocaría a elecciones, tan pronto como se tomara la Ciudad de México y le entregara el poder al presidente que resultara electo. *“El plan decía fielmente, que los jefes del Ejército Constitucionalista asumirían el gobierno provisional de los estados”*.⁴ Los revolucionarios de los estados de Coahuila, Sonora y Chihuahua reconocieron el Plan de Guadalupe, firmaron el Acta de Monclova el 18 de abril de 1913 y organizaron el Ejército Constitucionalista en siete Cuerpos.

Para darnos una idea del ambiente que prevaleció en la época, diremos que *“el espíritu preventivo de nuevos conflictos, dominó el ánimo de los estados. Los gobiernos tomaron diversas medidas, con el fin de estar preparados para posibles conflictos armados, como el de vender armas y pertrechos a bajo precio, a los hacendados que lo solicitaron, para pelear por sí mismos, en principio contra posibles ataques de indios o forajidos, pero detrás de esto, se temía un conflicto civil, viviéndose en la incertidumbre; se daban órdenes a las tropas, de cuidar las líneas de defensa que protegieran las haciendas y propiedades. Los pueblos que no gozaron de protección directa por parte de sus gobiernos, formaron con mayor o menor medida, guerrillas”*.⁵ *“la guerra formal y en gran escala había terminado, pero un aire de violencia, desacomodo e incertidumbre, seguía peinando la vida diaria de muchos pueblos y muchos hombres”*.⁶ En ese ambiente hostil, de frecuente reclutamiento municipal, de pueblos lanzados a la aventura de la autodefensa, llegaron a los estados



Fuerzas maderistas que enfrentaron al Ejército Federal.

de Coahuila, Sonora y Chihuahua, las primeras noticias de la “Decena Trágica”.⁷ Esta noticia causó gran indignación, ya que en estas regiones, el maderismo había sido una esperanza; los pueblos pequeños y los hombres comunes habían luchado por éste; no obstante de no haber visto cambios favorables, los ideales maderistas seguían siendo los más justos.

Uno de los opositores más radicales al régimen huertista, fue el entonces Teniente Coronel Álvaro Obregón, Jefe de la Sección de Guerra del estado de Sonora, cargo que le otorgó Ignacio Pesqueira, gobernador sustituto del estado, por su prestigio ganado en la lucha contra el orozquismo, pues Obregón, quien de todos los jefes militares de Sonora era, pese a su corta trayectoria militar, el único que



General Álvaro Obregón comandante del Cuerpo de Ejército del Noroeste.

había participado con éxito, en una campaña militar formal. “*El prestigio de Obregón, aunque no sedimentado en la trayectoria maderista, estaba fresco en el estado; y el prestigio era un factor básico en la crisis: facilitaría el reclutamiento, estimularía la moral de los combatientes, e inyectaría confianza en el triunfo y en la dirección militar*”.⁸ Obregón comandó fracciones de los grupos rurales de Sonora, encabezando la ofensiva contra el Ejército Federal, liderado por los Generales José María Mier y Miguel Bernard. Gracias a sus dotes estratégicas militares, Obregón pudo realizar una exitosa campaña militar, que le permitió el control de Sonora, Sinaloa y Nayarit.

El estado de Sonora tenía una fuerte guarnición federal, compuesta por tropas regulares e irregulares; recordemos que la guerra contra los

indios mayos y yaquis habían sido intensa, haciendo necesaria una fuerte presencia militar, lo que había dado a las tropas federales, experiencia militar. De la lucha tenaz contra los indios rebeldes, también los jefes revolucionarios habían adquirido gran destreza, no sólo en el manejo de las armas, sino en el conocimiento del territorio y de los recursos naturales, lo que los llevó a ser superiores a los jefes federales.

Álvaro Obregón, ya Coronel, se enfrentó a las fuerzas federales en Nogales, Cananea y Naco, derrotándolas y obligándolas a cruzar la frontera con Estados Unidos, esto a pesar de que los federales contaban con alrededor de 2,000 hombres, en esta zona. De esta manera, Obregón controló todo el norte de Sonora y la zona minera más productiva del estado, además de que abrió la frontera a los revolucionarios, los cuales pudieron comprar toda clase de abastecimientos, municiones y armamento. Por la campaña desarrollada en Sonora, Obregón se hizo acreedor al grado de General Brigadier, el 21 de mayo de 1913.

Después de Sonora, Obregón continuó su campaña militar por el litoral del pacífico, Guaymas, Mazatlán y Manzanillo, estrategia valiosa, por ser la ruta de los puertos marítimos más importantes



de la región. Las fuerzas constitucionalistas y las federales libraron duros combates durante el trayecto de dicha ruta, como el de Santa Rosa, en el Valle de San José Guaymas o el combate de Estación Ortiz de Santa María, donde las fuerzas federales fueron derrotadas.

El Primer Jefe constitucionalista, Venustiano Carranza, estableció su gobierno en Hermosillo y desde ahí organizó las fuerzas, que en diversos frentes, combatían al régimen de Huerta. El General Obregón fue nombrado Comandante del Cuerpo de Ejército del Noroeste, en septiembre de 1913, cuya jurisdicción operativa y territorial abarcaba los estados de Sonora y Sinaloa, y el territorio de Baja California. Con este carácter, Obregón continuó su avance rumbo al sur; la siguiente etapa fue la ciudad de Culiacán, capital del estado de Sinaloa, la que tomó en noviembre de 1913, obligando a los federales a replegarse al puerto de Mazatlán, en donde, lo mismo que en Guaymas, se dejaron bloquear, en tanto que las fuerzas constitucionalistas continuaron su avance hacia el sur, con su objetivo bien definido: tomar Guadalajara.

El General Obregón, llevando bajo su mando 4,000 soldados de caballería, 5,000 de infantería, 10 cañones de grueso calibre, 10 ametralladoras y 1 biplano pilotado por Gustavo Salinas,⁹ continuó su campaña victoriosa hacia el sur, adentrándose en el territorio de Tepic, donde operaban varios jefes revolucionarios, entre ellos el General Rafael Buena. En Tepic se reorganizaron las unidades del Cuerpo de Ejército del Noroeste, quedando el General Lucio Blanco como Comandante de la División de Caballería, que a partir de esta fecha agrupó a todas las unidades y fracciones de esa

arma, en tanto que la infantería se reorganizó en 3 divisiones, que quedaron, respectivamente, a las órdenes de los Generales Diéguez, Hill y Cabral. Los núcleos de las brigadas lo formaron las milicias estatales, financiadas con los impuestos locales, con la expropiación de las propiedades del enemigo, en especial las haciendas, y con las aduanas federales situadas en la frontera norteamericana.¹⁰ *Así mismo, Obregón obligó a la gente acaudalada a entregarle dinero, en calidad de préstamos forzosos, “la que no cumpliera sería castigada”;*¹¹ *con esto, Obregón obtuvo dinero de manera fácil, para su empresa guerrera.*

El 16 de mayo de 1914, cayó Tepic, con lo que toda la franja del noroeste del país quedó en manos de los constitucionalistas. En Tepic, el General Obregón estableció su Cuartel General, el día 19 del mismo mes, tomando un lapso para continuar el avance de las tropas constitucionalistas, con todas las medidas tendentes a la eliminación de huertistas del estado de Jalisco, en cuya capital se encontraba el máximo núcleo federal, calculado en alrededor de 12,000 hombres, con la posibilidad de que pudiera ser aumentado con la incorporación de las guarniciones de Guaymas y de Mazatlán, que lógicamente, al ser amenazada su base de abastecimientos, constituida por la región occidental del país, tenían forzosamente que incorporarse al núcleo de Guadalajara.

Obregón, para remediar los apuros económicos por los que estaba pasando el financiamiento de su campaña militar, mandó ocupar las propiedades de la gente acomodada y de los huertistas de Tepic. Así mismo, confiscó los bienes del clero, pues acrecentado su ejército, requirió de fuertes cantidades de dinero, para poder continuar su marcha a Guadalajara.



El General Alvaro Obregón con las tropas a su mando.

MARCHA A GUADALAJARA

Previendo Obregón que el enemigo de las guarniciones de los puertos de Guaymas y Mazatlán, se unieran a los efectivos de Guadalajara, ordenó que el Coronel Jesús Trujillo, con su regimiento de caballería de 300 plazas aproximadamente, se desplazara con la comisión de destruir la vía del ferrocarril y las comunicaciones telegráficas entre Manzanillo y Guadalajara, precisamente entre la Estación Quemada y el límite del estado de Colima; una vez cumplida la misión, avanzaría hasta Zoacalco, Jal., donde realizaría igual operación con las comunicaciones de este lugar a Guadalajara, para posteriormente, de acuerdo con su criterio, incorporarse al grueso del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Además, la misión encomendada al Coronel Trujillo, distraería la atención del mando huertista, que se encontraba en Guadalajara sobre la vía de Manzanillo.



El ferrocarril constituyó un importante medio de comunicación para los combatientes.

Mientras tanto, los constitucionalistas continuaron a gran prisa la reparación de la vía del ferrocarril del Subpacífico, que para la época estaba terminada hasta las cercanías de Tepic, con el objeto de tener un transporte adecuado, para hacerse llegar todos los abastecimientos que fueran necesarios, para la reparación que se preveía. En tanto quedaba reparada la vía férrea, las fuerzas constitucionalistas se dieron a la tarea de recolectar mulas y carros, para el transporte de pertrechos.

Las filas del Cuerpo de Ejército del Noroeste se fueron engrosando con diferentes partidas de rebeldes que combatían en el estado de Jalisco, y que fueron incorporándose poco a poco, entre irregulares, rurales y voluntarios, ya a pie, ya a caballo.

El Cuerpo de Ejército del Noroeste hizo su siguiente avance hasta Ixtlán del Río, Nay., avanzando a la vanguardia la División del General Diéguez, el cual, en un primer tiempo desplazó hacia dicho lugar, como punta de su vanguardia, al 5/o. Batallón de Sonora. A la División Diéguez siguió la de Caballería, bajo las órdenes del General Blanco; después el Cuartel General y la Artillería, y por último las Divisiones de los Generales Hill y Cabral. El grueso del Cuerpo de Ejército del Noroeste permaneció algunos días en Ixtlán del Río, donde se incorporó el General Julián Medina, que con sus tropas, había realizado operaciones activas de cierta importancia, en el estado de Jalisco, en tanto que la División del General Diéguez continuaba la marcha sobre Etzatlán, Jal.

Por parte de las tropas federales, el General José María Mier, comandante huertista en el occidente del país, aún cuando carecía por completo de información sobre el desplazamiento constitucionalista, procedió a reunir sus fuerzas con las de las guarniciones de Mazatlán y Guaymas, la primera al mando del General Téllez, con 7,000 hombres, y la segunda a cargo del General Rasgado, con 5,000 hombres, ya que, según informes en poder del General Mier, éstos buscaban la forma de incorporársele, por lo que dispuso enviar de Guadalajara al General Zozaya, con 5,000 hombres, con la misión de mantener expeditas las comunicaciones alámbricas y férreas de Guadalajara a Manzanillo, con objeto de que se facilitaran los movimientos de las guarniciones embotelladas, una vez que hubiesen desembarcado en Manzanillo.

El General Zozaya, en cumplimiento de su misión, llegó por ferrocarril a Sayula, Jal.; durante el trayecto, destacó personal en los puntos que le parecieron de importancia, entre ese lugar y Guadalajara; continuó la marcha, pie a tierra, hasta llegar a Zacoalco, donde chocó con el regimiento de caballería constitucionalista que, bajo el mando del Coronel Trujillo, había salido por Amatlán, Jal., hasta llegar a Zacoalco. El Coronel Trujillo derrotó a los huertistas al replegarse y sorprender completamente al enemigo, aprovechando la movilidad de sus tropas, no obstante de la superioridad numérica de los huertistas. El General Zozaya fue herido, muriendo días después, reconcentrándose como consecuencia, toda la columna federal, sobre Guadalajara, movimiento que permitió cumplir con su misión al Coronel Trujillo, de destruir la vía del ferrocarril en Zacoalco, incorporándose posteriormente al grueso de su división, cerca de Etzatlán.



Artillería del Cuerpo del Noroeste.

El General Obregón llegó a Etzatlán el 23 de junio, precisamente el día que Villa se apoderó de Zacatecas. En la plaza ya se encontraba el General Diéguez, conocedor del terreno, ya que era originario del estado de Jalisco; desde ahí, las fuerzas constitucionalistas se movilizaron hacia Ahualulco, Jal., donde se encontraba la División de Caballería; en esa plaza se les incorporó el Coronel Trujillo. El General Obregón fue informado que las tropas federales habían salido de Guadalajara y se movilizaban rumbo al norte, en busca del enemigo.

El General Obregón estableció su Cuartel General en Ahualulco, con el propósito de no descuidar el avance federal hacia Colima y el puerto de Manzanillo, y destacó fuerzas para bloquear cualquier posible movimiento de los federales. Los partidarios de Obregón en Guadalajara, le informaron que la guarnición de esta ciudad contaba con 16,000 hombres. Pero, según los cálculos del General Obregón, en base a sus conocimientos, las fuerzas federales estaban compuestas de alrededor de 8,000 hombres. Para mantenerlas vigiladas, ordenó que oficiales de su Estado Mayor, con una línea telegráfica, se hicieran cargo de vigilar al enemigo.

El 23 de junio salió de Guadalajara una columna federal, bajo el mando del General Miguel Bernard, avanzando lentamente, por tener que ir reparando las vías férreas que estaban muy dañadas, destacando pequeñas fracciones; una de éstas trabó contacto con los constitucionalistas, en La hacienda del Refugio, el 26 de junio; este enfrentamiento fue ganado por los federales, obligando a sus oponentes a retirarse.

El 29 de junio de 1914, Carranza ascendió a Obregón a General de División, y ya con este grado, Obregón dispuso que los jefes revolucionarios que operaban independientemente en Jalisco, se unieran a su columna. Así lo hicieron Enrique Estrada, Eugenio Zúñiga, Eugenio Aviña, J. Cortina, Francisco Aceves y Julián Real; a estos jefes se les encargó hostilizar la retaguardia de los federales y neutralizar el punto de apoyo del General Bernard ubicado en La Venta, Jal. Respecto a la relación que mantuvo Obregón con Carranza, es importante destacar que, estando Obregón subordinado a la Primera Jefatura, los asuntos políticos siempre los turnó al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista; además, fue muy cuidadoso de sus relaciones con la prensa, especialmente con la extranjera, evitando declaraciones que pudieran crear conflictos con el Primer Jefe.

Mientras que continuaba la lucha armada entre constitucionalistas y federales, un conflicto comenzó a gestarse entre las fuerzas revolucionarias; el gobernador del estado de Sonora, José María Maytorena, estaba formando una alianza con los Generales Villa y Felipe Ángeles, para oponerse al gobierno de Carranza. En junio, Villa mandó un mensaje a Obregón, en el que le relataba las dificultades que tenía con el Primer Jefe y los obstáculos que según él le presentaba Carranza, con objeto de entorpecer la marcha de la División del Norte hacia el centro del país, insinuando que Obregón y él tuvieran un encuentro, para continuar las operaciones sobre el centro, proposición que Obregón no aceptó. Cuando el General Villa declaró su ruptura con Venustiano Carranza, Obregón se dio cuenta de lo vulnerable que era su línea de abastecimientos y que emprendía una carrera contra reloj, en la que, de ganarla, se haría de la Ciudad de México, y con esto, del control político y económico del país.

Ese mismo día, la División de Caballería, bajo el mando del General Blanco, informó que una fuerte columna federal salía de La Venta, Jal., en ferrocarril, reparando la vía hacia La Vega, Jal., manifestando mucha lentitud en su desplazamiento, pero con probables intenciones de continuar su marcha, por lo que el General Obregón rápidamente avanzó con su Estado Mayor, para hacer los reconocimientos que el caso requería, dándose perfecta cuenta de que el terreno se desarrollaba como un amplio valle, y que los efectivos del enemigo eran de alrededor de 8,000 hombres, a base de tropas de infantería, por lo que ordenó una estrecha vigilancia de esa columna enemiga y una alerta general para las fuerzas constitucionalistas.

La guarnición de los federales en La Venta estaba a cargo del Coronel Miguel Lizama, Jefe de Estado Mayor del General Bernard, la cual constaba de aproximadamente 100 jinetes y 400 infantes, bajo el mando del Coronel Pedro Vázquez. La posición cubría el flanco derecho de la columna principal. Éstos seguían la ruta hacia el norte, punto donde los esperaba Obregón.

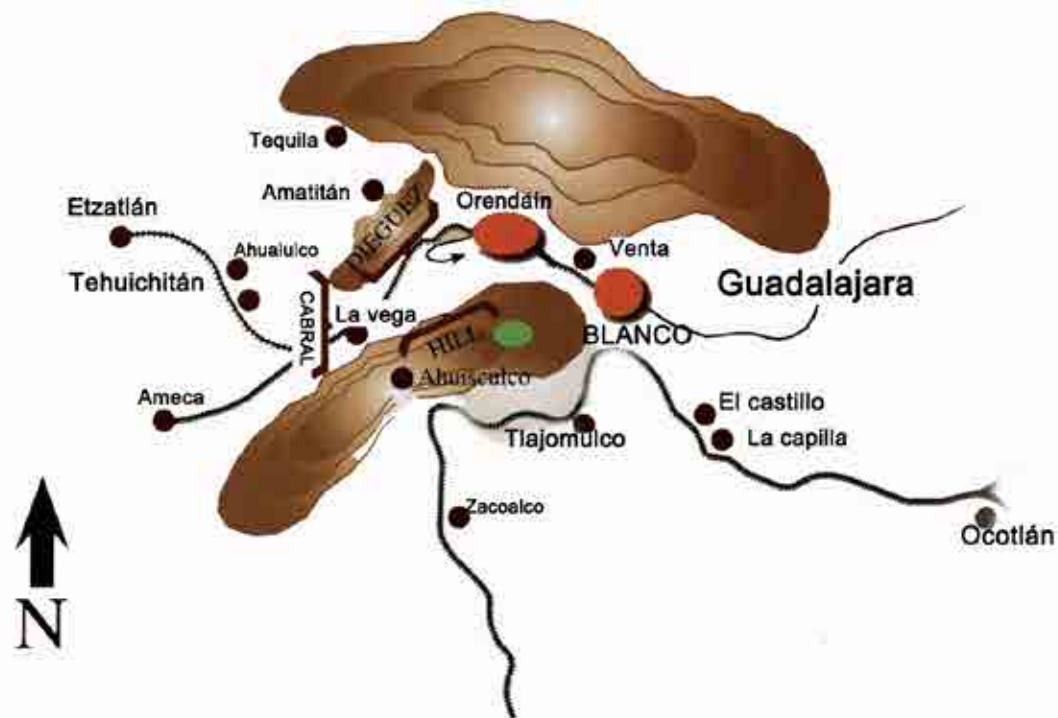
TÁCTICA DE OBREGÓN

El 30 de junio, los federales se encontraban inactivos, por lo cual el General Obregón comenzó a planear su estrategia, de acuerdo con el siguiente plan:

- Se colocaría toda la infantería en una línea de trincheras, aprovechando para el efecto los recorrales (bardas de piedra) que existían en la región, apoyando sus flancos en la Sierra de Ameca y Tequila, de tal manera que las alas quedarán en forma penetrante, en dirección hacia el adversario. Se atraería al enemigo con pequeños elementos de caballería, hasta que chocasen con la línea de infantería, la cual rebatiría sus alas sobre el centro del depósito, en tanto que la División de Caballería pasaría a colocarse a la retaguardia del enemigo, para complementar el cerco, girándose para el efecto las siguientes órdenes, a las unidades subordinadas del Cuerpo de Ejército del Noroeste.
- División de Caballería, se desplazaría por Santa Ana-Agua Blanca-Barranca del Arco-Ojo de Agua, colocándose oculta en la Sierra de Ameca, hasta que los efectivos huertistas penetraran el Valle de Ahualulco y chocaran con la infantería constitucionalista, momento en el cual el General Blanco, con su División, se colocaría a retaguardia de los huertistas, cortándoles sus comunicaciones y tomando parte en la acción general.
- División Cabral constituyendo el ala izquierda del dispositivo, se establecería protegida por las cercas de piedra, apoyando su flanco izquierdo en Teuchitlán, al norte de la Hacienda de la Labor de Rivera, y por el derecho se uniría con la División Hill, en la Mesa Grande.
- División Hill, entre la vía del ferrocarril (punto de unión con la División Diéguez) y la Mesa Grande.
- División Diéguez, constituyendo el ala derecha del dispositivo, apoyaría su flanco derecho en las faldas del cerro de Santa Cruz y cubrir hasta la vía del ferrocarril.
- El Regimiento de Caballería del Coronel Trujillo, con alguna artillería, sería el encargado de atraerse al enemigo, a la trampa preparada por el Mando Constitucionalista.

El plan hábilmente concebido por el General Obregón, no se llevó a cabo, debido a un grave error del General Julián C. Medina, el cual, con sus fuerzas, el día 28 de junio destruyó la línea del ferrocarril, en las cercanías de la población de Tequila, precisamente en la retaguardia de la Columna del General Bernard, quien sin esperar más, ante la amenaza en su retaguardia, rápidamente se replegó sobre Orendáin, evitando con ello ser cortado de Guadalajara, su base de operaciones.

Con esto, la situación evolucionó en forma comprometedora para los constitucionalistas, ya que la distancia tan corta que existe entre Orendáin y Guadalajara, hacía lógico suponer que la batalla que se gestaba, forzosamente se tendría que librar con todo el núcleo huertista reunido, pues era muy probable la reunión de las fuerzas de Guadalajara con las que se encontraban en Orendáin. Obregón se vio obligado a cambiar sus planes de ataque, ordenando al General Diéguez que con



Plan de la Batalla.

su brigada, atacara a los federales que estaban en La Venta, de tal manera que Diéguez y su gente, se colocaron a retaguardia de su columna, cortándole su retirada; así también, Obregón ordenó a la Brigada de Caballería, a las órdenes del General Lucio Blanco, que rodearan Guadalajara y se colocaran al sur de la ciudad, cortando así una posible retirada de la guarnición. La posición frente a los federales, que ocupaba el General Blanco, fue cubierta por el General Rafael Buelna.

Los federales habían salido de La Venta, efectuando un avance muy lento, y reparando los desperfectos de la vía del ferrocarril, pasando por Orendáin hasta cerca de La Vega, posiblemente hasta llegar a atacar la plaza de Ahualulco que ocupaban los constitucionalistas. El General Diéguez, de acuerdo con la orden recibida el día 3, preparó sus tropas con provisiones para cuatro días, dejando toda la impedimenta posible; así mismo, preparó a sus hombres para una marcha por terrenos accidentados.

El día 3 de julio a las 12:00 hrs., el General Diéguez salió de Ahualulco con su columna, guiándola por Teuchitlán, para llegar a pernoctar en El Pando, lugar formado por una depresión del cerro de Tequila. Después de esa noche, a las 6:00 hrs. del día 4, junto con su tropa siguió la marcha hacia Amatitlán, a donde llegó más o menos a medio día, uniéndoseles allí por la tarde, el General Julián C. Medina con 1,100 hombres, entre jefes, oficiales y tropa, tomando a la Brigada de Trujillo para cubrir el camino a El Arenal, pueblo que quedó incomunicado; al día siguiente se continuó la marcha a las 6:00 hrs., con la Brigada Trujillo de vanguardia, pasando por los ranchos de San José, El Tizat, La Quitería y Los Laureles, ocultando a las tropas en su marcha, el

contrafuerte del cerro de La Venta, llamado cerro de Los Morelos. En el rancho de Los Laureles, se repartió alimento a la tropa, y cuando los soldados comían, se desató un fuerte aguacero que abarcó desde atrás del cerro del Coll, hasta más allá de Orendáin, suceso que protegió a las tropas constitucionalistas, para que efectuaran sus posteriores movimientos sin ser advertidos por los federales, marchando enseguida a Nextipac, pueblo que se localizaba a 4 kilómetros al norte de La Venta, procediendo inmediatamente a instalar su Cuartel General.

Los puntos guarnecidos por los federales a lo largo de la vía férrea y que tenían que atacar los constitucionalistas, se extendían de Orendáin al oriente rumbo a Guadalajara, a 9 kilómetros de la hacienda de La Primavera y 5 kilómetros más al oriente de Estación La Venta.

SE INICIAN LAS ACCIONES

Una vez instalado el Cuartel General y conociendo por los informes, la situación de Orendáin y La Venta, comenzó el General Diéguez por mandar al Coronel Jesús Trujillo a cortar las comunicaciones férreas y telegráficas con Guadalajara, en un lugar llamado El Reventón o La Ratonera, después de lo cual debería seguir más adelante hasta el cerro de La Venta, efectuando una desviación, para llegar desde ese rumbo nuevamente a la vía del ferrocarril y del telégrafo, para efectuar otra destrucción de las vías de comunicación de ese lugar. Además, se destacaron patrullas de reconocimiento a Estación La Venta, a la hacienda de la Primavera y a Orendáin.

Se destacó a la Columna Medina, para que formara una línea con sus tropas, que partieran desde el pueblo de Nextipac, donde estaba el Cuartel General, y siguiera por la loma baja y larga que se extendía desde las estribaciones del cerro de esa localidad y que iba directamente a



General Rafael Buelna

terminar casi en la vía del ferrocarril, lugar en el que se tenía que interrumpir la comunicación y sobre todo, detener la retirada de los federales, en caso de que lo intentaran, quedando tendida así la Columna Medina, en lo que llamaban el Callejón de Nextipac a la vía del ferrocarril.

Los preparativos de la destrucción de las comunicaciones quedaron terminados el día 6. Los federales, al escuchar las explosiones de la dinamita con que los constitucionalistas habían destruido las vías férreas, mandaron patrullas a averiguar lo sucedido. Los revolucionarios quedaron bien posesionados de la vía del ferrocarril, a 2 kilómetros de la Estación La Venta, en El Reventón y de la estación eléctrica La Trinidad, en cuyos puntos quedaron algunas tropas de Trujillo, que fueron engrosadas por las fuerzas de Medina, que llegaron en número considerable a tomar posesión del terreno, para esperar el intento federal de retirarse rumbo a Guadalajara.

Las avanzadas del Coronel Trujillo llegaron desde el rumbo del cerro de La Venta, a atacar los puestos avanzados, uno el cerro del Ocote y el otro el cerro del Tepopote, situados al este y un poco al sur de la vía del ferrocarril de La Venta, rumbo a la hacienda de la Primavera. Las tropas revolucionarias que llegaron a atacar los puestos federales, eran solamente patrullas, por lo que pudieron retener sus puestos sin grandes esfuerzos.

Las tropas del Coronel Trujillo fueron atacadas por una patrulla federal, pero pudieron escaparse al sur, en dirección al cerro de La Venta. El General Diéguez dictó algunas órdenes para la reposición del parque y otros elementos. En virtud de que los diferentes batallones habían tomado distintas posiciones, Diéguez ordenó a Medina que se reconcentrara a Nextipac con sus fuerzas, a fin de repeler un posible ataque por parte del General Mier y las fuerzas bajo su mando, cosa que no sucedió.

Constitucionalistas y federales libraron una aguerrida batalla en el cerro de La Venta. Los primeros no contaban con un solo cañón para batir a los federales; en cambio, estos últimos descargaban nutrido fuego de artillería, no pudiendo hacerles mucho daño a los constitucionalistas, por estar estos bien atrincherados en loberas.

Los federales que se encontraban en Orendáin atacaron con todo lo que tenían, infantería, caballería y artillería, tratándose de abrir paso rumbo a La Primavera y La Venta. Según el Plan de Obregón, se sabía que comenzaría su ataque sobre Orendáin, a las 10:00 hrs. del día 6. Como las comunicaciones fueron cortadas al este de la hacienda de la Primavera, rumbo a Orendáin, los federales de este punto no esperaban el ataque de una fuerza constitucionalista. Las avanzadas de Trujillo ya habían llegado cerca de Orendáin.

El General Bernard, Jefe de la Columna Federal en Orendáin, no quiso exponerse, y avanzó pie a tierra, ya que en La Venta había suficientes tropas con artillería, para repeler cualquier ataque de los grupos que merodeaban por el estado; pero lo que no se imaginó, era que, quien los atacaba, era el grueso del Segundo Cuerpo de Ejército del Noroeste.

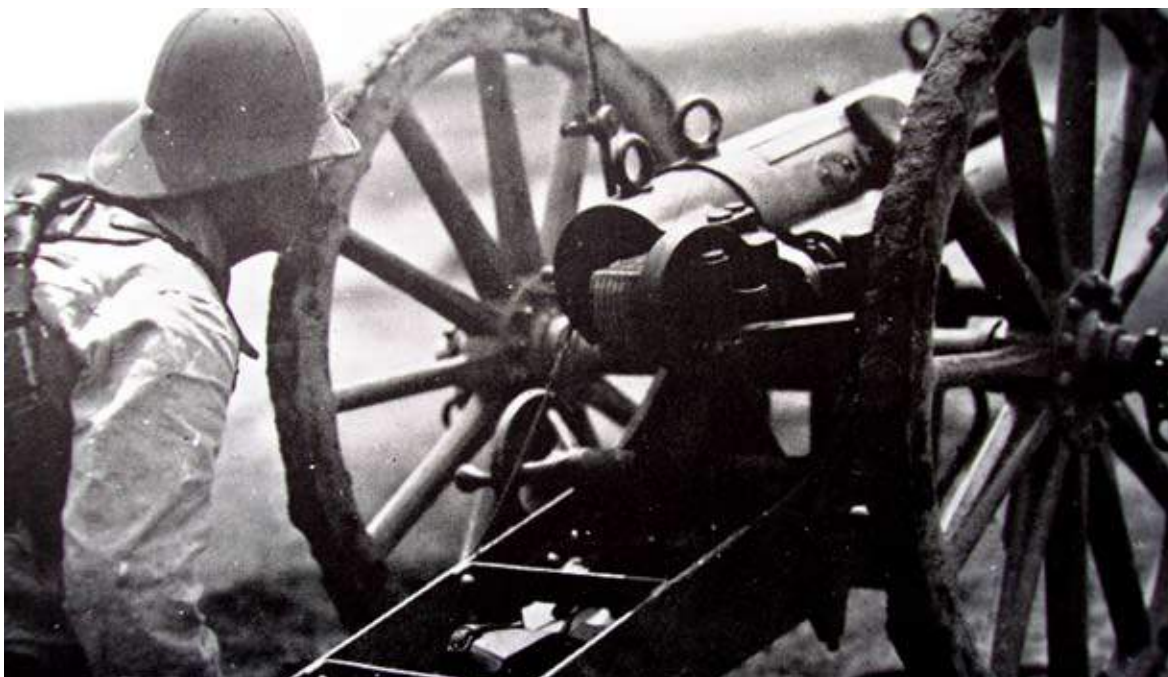
Las apreciaciones del General Bernard lo llevaron a tomar una actitud casi pasiva en la contienda, lo que se tradujo en ventaja para los constitucionalistas. El General Bernard hizo adelantar su infantería y artillería, para atacar a los rebeldes con todo lo que tenían, pero los constitucionalistas acostumbrados al combate y con pericia del veterano, se repartieron las compañías, fraccionando el frente de combate, con lo que desconcentraron a los federales, que trataron de batir a esos pequeños grupos y se aventuraron en el terreno accidentado, también en pequeños grupos. Aunque más numerosos, eran de tropas inexpertas.

Para el medio día del 6, las tropas federales de Orendáin atacaban tratando de abrirse paso hasta La Primavera, pero la infantería, en su mayor parte, no quiso pelear, prefiriendo rendirse a los revolucionarios y el resto de la tropa, con mala dirección, no dio el suficiente rendimiento para obtener los resultados que se esperaban; sin embargo, iban avanzado poco a poco, rumbo a la hacienda de La Primavera. Así mismo, una fuerza federal atravesó las líneas revolucionarias y progresó hasta cerca de la hacienda de La Primavera, pero antes de llegar a ésta, chocaron contra las fuerzas revolucionarias que mantenían el sitiado ese lugar, y que estaban constituidas por fracciones de las fuerzas del Coronel Trujillo. Al no poder atravesar a esa fuerza revolucionaria, los federales se retiraron con la misma dirección que traían, es decir hacia Orendáin, y a una distancia conveniente efectuaron un rodeo en semicírculo, para llegar a la hacienda por el lado norte, a donde el semicírculo de los revolucionarios no llegaba, haciendo su entrada a ese lugar.

El Coronel Lizama, en La Venta, recibió aviso de que una columna de infantería y caballería destacada en Orendáin por el General Bernard, con el objeto de prestarle auxilio a las fuerzas auxiliares federales, habían entrado en La Primavera; eran 400 hombres aproximadamente, a las órdenes del General Martín Gutiérrez; este General dejó un refuerzo en la hacienda, pues había tan



Cuerpos rurales constituyeron un importante apoyo para el Ejército Federal en su lucha contra los revolucionarios.



La artillería fue ampliamente utilizada por los cuerpos profesionales del Ejército Federal, en la lucha contra los revolucionarios.

poca gente, que hubieran bastado unos cuantos minutos, para que el reducto cayera en poder de los revolucionarios en un asalto, pero como éstos no querían estropear las propiedades, se abstuvieron de hacerlo. Con el resto de la tropa, el General Gutiérrez salió de La Primavera rumbo a Estación La Venta, tratando de seguir por la vía del ferrocarril, pero al poco andar, se vieron afectados por las lluvias de proyectiles que les llegaban de todos los puestos dominantes que ocupaban los revolucionarios, en las lomas del cerro de La Venta.

El General Gutiérrez ordenó la retirada, en vista de la derrota eminente de las fuerzas federales. El movimiento se haría tratando de incorporarse a Guadalajara. Sin embargo, los constitucionalistas lanzaron una tenaz persecución, para dispersar a las tropas federales. Solamente 175 hombres, de los 700 que formaban la guarnición, pudieron incorporarse a México, donde llegaron el 10 de julio. Aquí, como en otras acciones, en que los federales fueron derrotados, se puede apreciar su valor y su disciplina, pues los soldados veteranos permanecían cerca de sus oficiales, dando ejemplo de lo que puede hacer una tropa que ha desarrollado el espíritu de cuerpo.

Una vez derrotados los federales en La Venta, el General Diéguez, auxiliado con los jefes revolucionarios jaliscienses, inició el ataque sobre la retaguardia de la columna de Bernard, saliendo éste de Orendáin hasta llegar a La Venta. Las fuerzas del General Bernard, al sentir la presencia del enemigo en su retaguardia, retrocedieron a Orendáin, donde se dispuso la defensa. Obregón, por su parte, al observar la inmovilidad de las tropas federales, decidió iniciar el combate. Por la izquierda colocó la Brigada del General Buelna y al centro la Brigada del General Juan C. Cabral; en ella estaba la artillería (8 piezas), a las órdenes del Mayor Juan Meringo; en el ala derecha colocó al General

Benjamín Hill. La posición de los constitucionalistas era dominante; ocupaban las alturas, desde donde podían batir a los federales; sin dejar de combatir, consideró que era apremiante marchar sobre la capital jalisciense. Las tropas constitucionalistas se situaban el 7 de julio en Zapopan, donde combatieron contra grupos dispersos de federales que trataban de incorporarse a Guadalajara.

El avance constitucionalista fue rápido, arrollando las primeras trincheras federales; éstas resistían con valor, pero al sentir a su retaguardia las tropas del General Diéguez, que habían derrotado al destacamento de La Venta, se sintieron acorralados, por lo que la defensa se desbandó. Los federales se retiraron a pie, al verse imposibilitados para usar el tren, por haberse quedado sin agua las locomotoras. El General Obregón, ante la dispersión de las tropas federales, dispuso que su columna avanzara lo más pronto posible rumbo a Guadalajara, sin dejar de perseguir al resto de la columna del General Bernard.

La orden del General Obregón de asaltar la plaza, no fue necesario que se cumpliera, ya que los federales habían evacuado ésta por el lado de San Pedro Tlaquepaque. La evacuación la encabezó el General Mier, siendo su idea marchar por ferrocarril, con el objeto de llegar a la zona de Lagos de Moreno, Jal., debido a la posibilidad de poderse reunir, en dicho lugar, con las tropas que se encontraban en San Luis Potosí. En su marcha, el General Mier resintió fuertes bajas en sus tropas, debido a la desertión calculada en unos 1,500 hombres.

La División de Blanco alcanzó con su grueso, durante el día 7 de julio de 1914, la región de Atequipan, mientras que, con su Segunda Brigada bajo el mando del General Ramón V. Sosa, había alcanzado Arroyo de en Medio, para el amanecer del día 8.

Las fuerzas del General Mier chocaron, en la mañana del día 8, con la Segunda Brigada, rechazándola hasta la margen izquierda del río Puente Grande, por lo que se posicionaron de esa ribera y organizaron la defensa, sin que los huertistas continuaran su ataque, sino que, por el contrario siguieron su marcha por la vía del ferrocarril, hasta la hacienda del El Castillo, a unos 25 kilómetros de Guadalajara, donde procedieron a acampar y establecer su cuartel en la finca de la hacienda, descuidando casi por completo todas las medidas de seguridad, tan necesarias en esos casos.

Las tropas del General Lucio Blanco, que siguiendo las disposiciones de Obregón, salieron de Ahualulco, a cortar la retirada de los federales, se encontraron a las del General Mier en la hacienda del El Castillo; con este hecho, frustró los planes de este último, trabándose el primer combate en la citada hacienda, en el cual los federales pudieron sostener su posición.

El General Blanco, al darse cuenta de esta situación, rápidamente emprendió la marcha, acelerándola de tal manera, que para las dos de la tarde de ese día 8, alcanzó la hacienda de El Castillo, sin ser interferido por patrullas o algunos otros elementos huertistas. La División Blanco se lanzó al ataque, reaccionando el General Mier, con intento de flanqueo por el ala izquierda constitucionalista, utilizando para el efecto, las tropas de caballería con que contaba. La maniobra anterior fue repetida tres veces consecutivas, sin resultados positivos.

Los constitucionalistas se disponían a lanzar otro ataque, movimiento que era observado por el jefe federal, y ahí, según ciertas versiones, se presentó el Coronel Manuel Herrera, comandante de un cuerpo irregular; este jefe trataba de obtener la orden de retirada, pero el General Mier se negó, tratando de imponer su autoridad; entonces, Herrera ordenó a uno de sus subordinados, que disparase sobre el General Mier. De ser esto cierto, la muerte del General Mier fue causada por un acto de insubordinación.¹² Al tenerse conocimiento de la muerte de su comandante, las tropas federales se desbandaron, terminando con esto la División de Occidente y el dominio del gobierno huertista sobre la importante plaza de Guadalajara.

El General Obregón, que en Guadalajara tomaba disposiciones para acudir al auxilio del General Blanco, recibió el parte de la victoria que había alcanzado éste, razón por la cual no se desplazó.

Las bajas de estas dos acciones, sufridas por los huertistas, fueron 2,000 muertos y 5,000 prisioneros. El botín capturado por los constitucionalistas, alcanzó a sumar 16 cañones, 5,000 fusiles, 18 convoyes y otros pertrechos de guerra.¹³

CONSIDERACIONES

El Ejército Constitucionalista libró sus más importantes batallas contra la División de Occidente Federal, bajo el mando del General José María Mier. Estas batallas son las que mejor corresponden a la concepción de una batalla clásica, donde intervino destacadamente la maniobra militar. Es indiscutible que la Batalla de Orendáin obedece al talento del General Obregón, y quizá sea una de sus concepciones más destacadas, por obedecer a los siguientes requisitos: demostración frontal para atraer al adversario; reunión de un núcleo de maniobra, en forma secreta, que se desplace hacia la retaguardia enemiga; el desplazamiento debería hacerse hacia una posición a retaguardia y a caballo, sobre las comunicaciones enemigas, generalmente apoyándose en un obstáculo natural; por lógica, al tener cortada la retaguardia, el enemigo se rebatiría sobre su posición, tratando de restablecer sus comunicaciones y, por lo tanto, se obligaba a presentar batalla en tiempo y espacio.

Esto quedó demostrado, en como la División Diéguez cumplió a satisfacción los requisitos, al desplazarse ocultamente al adversario, llegando a colocarse a caballo sobre las comunicaciones con Guadalajara, aprovechando para el efecto las alturas del cerro de La Venta, el punto último de la reacción lógica del General Bernard, al atacar a la División Diéguez. Esta acción de armas es un modelo clásico de nuestra historia militar, que deben ser apreciadas en su verdadero valor y sus enseñanzas.

Las acciones de La venta-Orendáin-El Castillo (6 al 8 de julio), deben verse como parte de las operaciones militares sobre la plaza de Guadalajara, en donde fueron eliminadas las fuerzas huertistas. Con estas importantes victorias, todo el occidente quedó libre, por lo que pudo avanzar el Ejército del Noroeste hacia la capital de la República.¹⁴

Respecto a las fuerzas federales, sus debilidades fueron que, a pesar de que contaban con alrededor de 31,000 elementos, según Vera Estañol, a la hora de los hechos se vio que estaban “incompletas, mal equipadas, inconvenientemente formadas de tropa forzada, desarticuladas, sin jefes militares de experiencia teórico-práctica, parcialmente corroídas por el peculado y sin un centro director que conociera a fondo la distribución de las fuerzas, su número, sus factores de movilización, el terreno en el que deberían operar, la forma de la campaña y las demás condiciones tácticas y estratégicas necesarias.

CONCLUSIONES

La etapa revolucionaria que va de 1913 a 1914, fue una guerra en la que lucharon el Ejército Federal contra las fuerzas revolucionarias de los estados del norte. Para vencer a Huerta y a los elementos porfiristas que lo apoyaban, los norteños forjaron una alianza con una coalición heterogénea de caudillos rurales, jefes campesinos y ex bandidos. Sólo después de la caída de la Ciudad de México, con la derrota de Huerta, el Estado mexicano se disolvió, y las bandas armadas y sus caudillos controlaron el orden político; la destrucción de la autoridad central les permitió a los jefes populares, determinar el curso de la política nacional.¹⁵

Fueron los hombres del norte, los vencedores de la Revolución, no sólo en el ámbito militar, sino en el político. ¿Por qué fueron los de la región norte y no los del centro o sur del país? La respuesta es compleja; no obstante, podemos señalar algunos aspectos que nos ayudan a responder de manera general la pregunta. En primer lugar, diremos que los norteños estaban contagiados del espíritu democrático de Estados Unidos, país al que iban y venían continuamente; muchos habían sufrido en carne propia la rudeza de los gobernantes civiles y militares del régimen porfirista, “bajo el peso de los sufrimientos y desconsuelos que habrían causado los monopolios otorgados a los extranjeros; esto los hizo especialmente sensibles a la injusticia social y a la disparidad económica. Se entiende entonces, por qué se lanzan a la lucha armada, primero apoyando a Madero y luego a Venustiano Carranza.

Los norteños, especialmente los del Grupo de Sonora, que tomaron las armas contra los huertistas, eran individuos desconocidos en la guerra y en la política, Álvaro Obregón, Salvador Alvarado, Juan G. Cabral, Plutarco Elías Calles, Benjamín Hill y Manuel M. Diéguez, y gracias a su talento y visión, se convirtieron en militares y políticos de renombre.

Bibliografía:

- Aguilar, Camín, Héctor, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Ediciones, México, 1981.
 Brading, David A. (Compilador), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.
 Cosío Villegas, Daniel, *Historia general de México, Versión 2000*, Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, México, 2007.
 León Toral, Jesús de, *El Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1979.

Luna Cárdenas, Jerónimo, *Biografía del General de División Manuel M. Diéguez Lara*, Dirección General de Archivo e Historia, México.

Ramírez Pérez, Heliodoro, *Historia Militar de México y América*, Escuela Superior de Guerra, México, 1968.

Secretaría de la Defensa Nacional, *Lecciones de Historia Militar*, México, 2006.

Valdés, José C., *Historia General de la Revolución Mexicana*, Editorial del Valle de México, S.A. de C.V., México, Edición 2000, Tomo 2, p. 74.

Citas:

- 1 Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Ediciones, México, 1981, p. 269.
- 2 Ídem, 265.
- 3 Ídem.
- 4 Cosío Villegas, Daniel, Op. cit., 786.
- 5 Aguilar Camín, Héctor, Op. cit., p. 269.
- 6 Ídem.
- 7 Ídem, pp. 269-270.
- 8 Ídem, p. 288.
- 9 Valdés, José C., Op. cit., Tomo 2, p. 260.
- 10 Aguilar, Camín, Op. cit., p. 265.
- 11 Valdés, José C., Op. cit., p. 74.
- 12 Secretaría de la Defensa Nacional, *Lecciones de Historia Militar*, México, 2006, p. 227.
- 13 Ramírez Pérez, Heliodoro, *Historia Militar de México y América*, Escuela Superior de Guerra, México, 1968, p. 8
- 14 León Toral, Jesús de, *El Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1987, p.342.
- 15 Brading, David A. (Compilador), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.

Batalla de Celaya

6 al 15 de abril de 1915

INTRODUCCIÓN

La Revolución Mexicana fue el escenario, donde los caudillos mexicanos volvieron a la escena nacional y resurgieron en el momento en que se daban las señales de su extinción durante el porfiriato. Al estilo del siglo XIX, organizaron sus fuerzas, se alinearon a partidos y grupos, definieron sus posturas políticas y, en el momento más oportuno, cambiaron de bando o murieron. Lucharon por su gente, por sus regiones y sus intereses más inmediatos, y los que se perfilaban como los más destacados, se manejaron con destreza, todavía no superada en las regiones donde su figura fue la esencia y causa de la movilización que se gestó.

Muchos de ellos no dejaron de lado el aparato militar que los llevó al triunfo, a la fama, y a que se les considerara como figuras nacionales; pocos trascendieron y el nombre de sus fuerzas fue imitado hasta en China,¹ en otra revolución social y cultural. Muchos de los caudillos no perdieron la identificación y las metas que los llevaron a la escena nacional y para lograrlo, varios de ellos optaron



General Álvaro Obregón durante las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes.



El grupo constitucionalista fortalece sus principios revolucionarios al mando de Venustiano Carranza.

por el principio de la vía armada, para solucionar las diferencias y dificultades que surgieron durante el proceso revolucionario, y con ello perfilar la conformación de la nueva administración nacional.

En ese marco, los combates que se desarrollaron entre los revolucionarios, específicamente, por las dos facciones que resultaron después del triunfo sobre el antiguo régimen de Porfirio Díaz y de Victoriano Huerta y en la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, en el invierno de 1914. Convencionistas y carrancistas (también llamados como constitucionalistas), fueron los dos grupos en pugna, cada uno matizado por sus aspiraciones, objetivos y proyectos nacionales.

Si bien tenían mucho en común, no lograron armonizar los objetivos, y los ejércitos de los caudillos comenzaron a alistarse para los combates; el resultado de ellos dependería de la dirección y de la

capacidad de liderazgo, de la cohesión que le imprimieran a sus fuerzas y de las inversiones en material y hombres. El futuro de la nación y su consolidación era parte fundamental de la Revolución Mexicana, donde los ajustes eran necesarios para asegurarla. En la primavera de 1915, los ejércitos ya identificados y sus caudillos, iniciaron la lucha.

Los combates desarrollados en Guanajuato, fueron acciones bélicas de la Revolución, que definieron el curso de la historia nacional y de los antagonismos que surgieron, una vez que se declaró el triunfo del constitucionalismo en contra del gobierno del General Victoriano Huerta. Demuestra el inicio de las grandes confrontaciones entre caudillos, y de cómo resolvieron parte de esas diferencias en el campo de batalla.

El Bajío, como escenario de batallas, representó la inclinación de la balanza respecto a la adopción de un sistema de gobierno y la hegemonía de una élite política sobre otra.

En concreto, los combates de Celaya sucedieron en dos fases; el primero entre los días 6 y 7 de abril y un segundo del 13 al 15 del mismo mes, de 1915. Fue el primer encuentro de dos generales revolucionarios, que llegaban triunfantes después de haber derrotado al Ejército Federal, en batallas no menos significativas para la causa revolucionaria.

Cada facción revolucionaria era dignamente representada; por los carrancistas figuró Álvaro Obregón, en contra de la División del Norte, que se alineó en la facción de la Soberana Convención Revolucionaria, comandada por Francisco Villa.

El presente trabajo ofrece al lector un breve análisis de la batalla de Celaya, según el contexto militar; para ello se retoman algunos de los aspectos fundamentales, para esclarecer los aciertos de los comandantes y la manera en que éstos determinaron la derrota de uno de ellos y de la fuerza que comandaba.

EL ESCENARIO

Celaya se ubica en el contexto de batallas que definieron la Revolución, entre el torrente de caudillos provenientes de Chihuahua, Sonora, Coahuila y Durango, y los grupos al sur de esos estados. En la primavera de 1915, Celaya fue el escenario



El General Manuel M. Diéguez al mando de su caballería jugó un papel importante en la batalla de Celaya.

bélico, en el que se delinearon el orden y sentido revolucionario, que sentaría las bases para el proyecto nacionalista, que definió la política mexicana, hasta el último cuarto del siglo XX.

Guanajuato se localiza en la meseta central de la altiplanicie mexicana. En especial, Celaya y sus alrededores gozan de una humedad aceptable; el terreno es básicamente una planicie, lo que hasta el presente permite extensos cultivos. El estado de Guanajuato goza de tierras fértiles bien aprovechadas desde tiempos de la Colonia, que sin muchas dificultades proveen de alimento a cualquier fuerza que se sitúe en la región.

Durante el desarrollo de los combates en Celaya, el clima de la región no provocó ninguna complicación que pudiera mermar las condiciones físicas o de salud a los ejércitos revolucionarios.

En este escenario, los villistas y los carrancistas no conocían plenamente el terreno, ambos ejércitos provenían de lugares distintos, y sus comandantes también eran ajenos a la región. En ese sentido, las dos fuerzas se encontraban en igualdad de circunstancias.

Básicamente, las fuerzas de ambos ejércitos se componían de soldados con experiencia en combate, salvo en los casos de reclutamiento posterior a la derrota del Ejército Federal. La División del Norte se nutría con gente de las regiones de los estados donde nació: Chihuahua, Coahuila, Durango y de algunas zonas de Zacatecas; por su parte, el Ejército de Operaciones de Obregón estaba integrado por personas de Sonora y Sinaloa; sus mejores tropas estaban integradas por indios yaquis.

ESCISIÓN

Las diferencias en las posturas de los revolucionarios, durante las sesiones en la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes (noviembre 1914), llevaron a la escisión revolucionaria y el inicio de la lucha de facciones. Dos bandos se identificaron: los convencionistas y los carrancistas; los primeros dirigidos políticamente por el General Eulalio Gutiérrez, en su cargo de Presidente Interino de la Convención, apoyado por las fuerzas zapatistas y de la División del Norte, con Francisco Villa a la cabeza; en el lado contrario figuraba Venustiano Carranza, quien cedió el mando militar al



General Roque González Garza último Presidente de la Convención.

General Álvaro Obregón. Al iniciar el año de 1915, los diferentes caudillos revolucionarios tomaron partido, y se organizaron militar y económicamente, para disponer de todos sus recursos y vencer en el campo de batalla, y en el medio político y diplomático.

Durante este lapso, el estado de Guanajuato era ocupado por diversos contingentes, que se alinearon con la facción convencionista; específicamente, en la ciudad de Celaya, el General Francisco Carrera había instalado un gobierno municipal que simpatizaba con los convencionistas, quien al enterarse de la avanzada carrancista, desalojó la ciudad.

Los contingentes más próximos al Bajío se encontraban, en ese año de 1915, en el estado de Jalisco, donde operaban las fuerzas villistas de Calixto Contreras, Julián Medina y Melitón Ortega; por parte de los carrancistas, se encontraban las fuerzas de Manuel M. Diéguez y Francisco Murguía.

ARMAMENTO Y ORGANIZACIÓN

Los efectivos de ambos ejércitos se regían por la organización básica de las unidades del Ejército Federal: batallones y regimientos, que componían brigadas, las cuales, a su vez, constituían los cuerpos de ejército o divisiones. El número de cada unidad variaba según las bajas sufridas y las fusiones con otras, pero se mantenía en significativo número de cada regimiento o batallón de 200 a 400 elementos en promedio; en todo caso, la Brigada de Caballería de Diéguez, al momento previo de los combates de Celaya, contaba con más de 1,500 elementos, incluido su Estado Mayor, y sus servicios de intendencia y transporte.

El armamento individual más común de los revolucionarios era el sistema Máuser calibre 7 milímetros, en sus presentaciones de carabina y fusil; los modelos correspondían a los de 1895 y los de 1907, procedentes de fábricas europeas. Muchos de ellos fueron adquiridos o arrebatados al Ejército Federal, y posteriormente por compra a intermediarios. Entre la amplia gama de armas seguían los fusiles y carabinas de las marcas Winchester y Remington, de origen estadounidense; de ellas se conocieron las



La artillería constitucionalista se prepara para defender sus posiciones.



Francisco Villa, Eulalio Gutiérrez y Emiliano Zapata, principales representantes del bando convencionista.

carabinas 30-30, por ser ése su calibre. Este tipo de armas aseguraba un blanco hasta 400 metros, además de un mayor volumen de fuego, por su sistema de cerrojo.

La ametralladora fue introducida en México en el último decenio del siglo XIX. Las más utilizadas eran la Colt, de origen norteamericano, y las marcas Vickers y Madsen, procedentes de Francia, todas del mismo calibre que los fusiles; en esa época, eran consideradas armas muy especiales, que podían contener el avance de un regimiento completo, si eran bien ubicadas; el alcance promedio oscilaba entre los 1,000 y 1,200 metros, suficiente para cubrir una amplia zona.

La artillería era representada por los modelos Saint-Chamond, Vickers y Schneidert Canet, de origen francés, y de calibres 75 y 80 mm., muy aptos para campaña y combates en montaña, por su ligereza, poco mantenimiento, excelente volumen de fuego y un alcance promedio de sus granadas, de hasta 8 kilómetros; por ello, resultaron muy eficaces para las acciones de todo el periodo revolucionario. Estos cañones fueron adquiridos por el Ejército Federal, apenas unos cuantos años antes de la Revolución, en número suficiente, además de otros sistemas de menor calibre y de modelos anteriores, pero igualmente eficaces.

Los servicios de intendencia de los ejércitos revolucionarios obtenían sus provisiones, de las haciendas y los ranchos, durante su paso por diversos lugares, y de las regiones que dominaban. Ejemplo de ello fue la División del Norte, que trasladó por medio del ferrocarril, todos los pertrechos que requirió durante su existencia como fuerza armada revolucionaria.

El reclutamiento fuera de sus zonas de origen, era un inconveniente a superar, y por ello permanecieron sus cuadros casi intactos. Como ejemplo, se tiene la columna expedicionaria del General

sonorense Arnulfo R. Gómez, que incursionó en 1916, en Veracruz y Tamaulipas, con fuerzas de ese estado. Cuando admitieron hombres ajenos a sus lugares de origen, en la mayoría de los casos eran tropas con experiencia y bajo el mando de sus caudillos; ejemplo de ello fueron las fuerzas del General Joaquín Amaro, quien dirigía a michoacanos rebeldes, al igual que el General Lázaro Cárdenas.

LOS CONTENDIENTES

Celaya fue el encuentro de los dos generales revolucionarios más destacados hasta ese momento: Álvaro Obregón y Francisco Villa, ya que ambos, en sus respectivos frentes, minaron la capacidad de los federales en serias derrotas y contribuyeron a la caída del régimen del Presidente Victoriano Huerta.

Los caudillos revolucionarios, Obregón y Villa, tuvieron poco contacto previo a los eventos de la lucha de facciones. Obregón conoció a Villa durante la campaña de 1912, en contra de la rebelión orozquista en Chihuahua, donde Obregón también participó. No es hasta abril de 1914, en su calidad de comandantes de grandes corporaciones, y debido a las disputas políticas, que ambos líderes militares se entrevistaron para tratar de allanar las diferencias entre los grupos revolucionarios. En cuestiones militares, siempre se ocuparon en escenarios distintos; Obregón realizó la campaña por la vía del Pacífico, desde Sonora hasta la capital mexicana, y Villa por los estados centrales, es decir entre las Sierras Madres Oriental y Occidental. En eventos anteriores a los combates en el Bajío, nunca se habían enfrentado militarmente.

Obregón inició su carrera militar en los batallones auxiliares de Sonora, que fueron organizados ante la amenaza de incursión del rebelde Pascual Orozco; dichos batallones eran una fuerza pagada por ese estado, para mantener su nivel de autonomía en 1912. Sus primeras acciones de armas se dieron al estallar la Revolución Constitucionalista en 1913. Obregón fue designado Jefe de las Operaciones Militares de su estado, y aseguró la frontera y el tráfico de material bélico, indispensable para la lucha revolucionaria. Fue el encargado de proseguir las operaciones por el occidente, hasta llegar a la Ciudad de México; después de varias batallas, derrotó a importantes contingentes del Ejército Federal. Logró el licenciamiento de esta fuerza armada, en agosto de 1914.

Durante esos primeros años, obtuvo la experiencia en el campo de batalla y desarrolló su capacidad de mando, pues entre más se acercaba a la capital mexicana, un mayor número de unidades se ponían a sus órdenes.

Por su parte, Villa inició su carrera militar en 1910, al incorporarse a la Revolución Maderista, con un pequeño contingente de hombres, que pronto adquirieron fama, y ganaban la simpatía y la adhesión de otros jefes revolucionarios. Su reputación cobró amplio reconocimiento por la toma de Ciudad Juárez en 1911, que provocó el fin del gobierno de Porfirio Díaz. Se integró a la División del Norte del Ejército Federal, que combatió a la rebelión de Pascual Orozco, en 1912, quien antes era un

afamado maderista, y defecionó debido a que consideraba débil la actuación del líder revolucionario. Villa estaba bajo las órdenes del General Victoriano Huerta; durante esa campaña se destacó en los combates de Rellano y Bachimba, los cuales le sirvieron de experiencia para la organización de la División del Norte, al siguiente año, en la lucha constitucionalista.

Desde el inicio de sus actividades militares, Álvaro Obregón siempre buscó la iniciativa en los enfrentamientos. Prefería atacar a los federales en plazas ocupadas por ellos, utilizando para el efecto fuerzas de infantería, reforzadas en sus flancos con una parte de su caballería, mientras que la otra la destinaba a disuadir cualquier apoyo que pudieran recibir del exterior, y en todo caso, retrasarlos mientras apresuraba la toma o la rendición. Si la plaza era tenazmente defendida, establecía un cerco, mientras con el resto de las fuerzas continuaba su avance, como lo realizó en el sitio de Mazatlán. En la batalla de Orendáin, en el estado de Jalisco, aprovechó los accidentes geográficos y la pasividad de los federales para derrotarlos, sin perder nunca de vista la posibilidad de que pudieran ser reforzados; para ello explotaba al máximo la movilidad, rapidez y ligereza de la caballería, mientras la infantería llevaba el peso del combate directo.³

Villa, en las batallas que dirigió, una vez que fue nombrado Jefe de la División del Norte, atacaba con toda la fuerza disponible, las plazas donde se hacían fuertes los federales, pero les ofrecía una salida, de tal modo que, ante los abrumadores ataques, optaran por la retirada en las peores condiciones posibles.

La caballería representó una de sus mejores armas en los ataques directos contra las fuerzas contrarias, a la cual lanzaba en forma de carga, una táctica ya fuera de uso, porque representaba una acción suicida si el oponente contaba con ametralladoras y artillería bien ubicadas, además de líneas de infantería disciplinadas y bien situadas. Las cargas de caballería estaban fuera de uso en los conflictos bélicos mundiales; Villa las retomó debido al impacto y pánico provocando entre los federales; por su velocidad al asaltar las líneas de infantería, pese a las bajas sufridas, provocaron su huida; otro de sus elementos fue que contó con la potencia de fuego de una artillería moderna, potente y bien servida, lo cual le proveyó del apoyo necesario, tanto a las cargas de caballería como al avance de la infantería.

Durante sus campañas previas, poco se preocupó de que las plazas donde atacó fueran reforzadas, ya que una vez conformada la famosa División del Norte, no presentó ese problema. Los contingentes de Federales eran tan numerosos y bien organizados, que su fuerza se consideraba más que suficiente para derrotar a los revolucionarios. Villa, al igual que Obregón, siempre tomó la iniciativa en los combates, y aprovechó al máximo la sorpresa y la movilidad de sus tropas, como fue el caso de la segunda toma de Torreón, donde la locomoción le permitió sorprender las defensas avanzadas de los federales, quienes al darse cuenta del ataque, ya estaban rodeados y confundidos, con la única solución de huir lo más organizados posibles; de esta derrota, la División del Norte se dotó de una gran cantidad de armas.



Artillería, arma utilizada por ambos bandos.

En comparación, ambos comandantes mantenían un nivel óptimo de experiencia militar; estaban acostumbrados a que ellos hacían las sorpresas y dirigían la batalla, al atraerse a los federales a sitios que consideraron más idóneos para las batallas; explotaban al máximo las capacidades de sus ejércitos para dirigirlos al triunfo, como era el cerco o sitio a las plazas, emboscando y aprovechando cualquier descuido en la conducción del enemigo, para inflingirles la derrota. Cabe aclarar, que la última ofensiva exitosa del Ejército Federal, fue en la campaña orozquista de 1912; después de ella, y hasta el licenciamiento, perdieron esa capacidad y se dedicaron casi en su totalidad a fortificarse en plazas, lo que aprovecharon de sobremana los revolucionarios.

Una de las características que también sobresale de ambos caudillos, fue que nunca dejaron desguarnecida su retaguardia y su base de provisiones. Para ambos, la frontera con los Estados Unidos de América significó la fuente de casi todos sus recursos materiales, en lo que se refiere a pertrechos de guerra desde municiones, uniformes, combustibles y refacciones de las locomotoras y aviones; Obregón desde la frontera de Sonora y al momento de la escisión revolucionaria del puerto de Veracruz, y Villa desde Chihuahua.

Cada uno dejó en manos de administradores muy confiables y competentes, los tratos comerciales que hicieron posible la exitosa campaña militar contra el Ejército Federal, y lograron mantener el total control de todas sus líneas de abastecimientos y comunicación, que en muchos aspectos nunca se vieron amenazadas por una fuerza contraria; ejemplo de ello es que ambos caudillos organizaron autoridades locales y estatales, en los territorios que ganaron para la causa revolucionaria, incluso,

Villa fue Gobernador del estado de Chihuahua. De esta manera, lograron hacer que sus colaboradores, y ellos mismos, mantuvieran estrechas ligas con los hacendados y empresarios de sus respectivas áreas de influencia, con el fin de que no se entendieran como fuerzas opresoras, sino como garantes de la reconstrucción revolucionaria que iniciaba.

En aspectos disciplinarios, ambas fuerzas mantenían los elementales rasgos que cohesionan a un ejército triunfante: buena moral, buena paga, capacidad de liderazgo de sus comandantes e identificación con la causa que perseguían.

Las condiciones físicas de los soldados de ambos bandos fueron propias de los hombres del norte de México, de principios del siglo XX, es decir, acostumbrados a largas faenas en el campo, el sol, el frío, pocas raciones de comida al día, muchos de ellos con previo conocimiento de armas, las cuales utilizaban para cazar o defenderse de bandas de delincuentes, en poblados y caminos aislados, y sobre todo, acostumbrados a la figura del caudillo, elemento imprescindible de todas las acciones militares que se dieron en la Revolución.

Las fuerzas de Obregón se nutrieron de yaquis, que durante la última década del siglo XIX y la primera del XX, entablaron una guerra contra el gobierno. El mejor vínculo del villismo fueron las colonias militares, que se establecieron a mediados del siglo XIX en los estados de Chihuahua, Durango y Coahuila, para detener las incursiones de apaches, y como elementos colonizadores con gran capacidad para defenderse.

Como ya se ha señalado, en los combates de Celaya, las fuerzas contendientes tenían similitudes en armas y contingentes, en experiencia por parte de los comandantes y las condiciones de origen de ambas fuerzas. En este sentido, la experiencia de ambas fuerzas en triunfos sobre el Ejército Federal no tenía duda.

INICIA LA LUCHA

Las circunstancias que prevalecían en la primavera de abril de 1915, eran las siguientes: después de la identificación de los bandos en pugna, que se gestó durante la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes, Obregón salió de la Ciudad de México y se dirigió con parte de sus



Tropas convencionistas.



Tiradores villistas.

fuerzas al puerto de Veracruz, donde Venustiano Carranza estableció su gobierno. Muchas de las fuerzas que eran parte del Cuerpo de Ejército de Occidente, permanecieron en los estados de Sonora, Sinaloa, Nayarit, Jalisco y en las poblaciones que desde este último estado se localizaban en el camino a la capital mexicana, además que mantenía importantes adeptos en zonas que comprendían los estados de Michoacán, Guerrero y la Península de Yucatán, además de territorios entre Tamaulipas y Veracruz, ya que Nuevo León y el este de San Luis Potosí, estaban en disputa con los villistas.

Los convencionistas, representados por la División del Norte, dominaban los estados de Chihuahua, Durango, Coahuila, Zacatecas y Aguascalientes; por parte de la facción zapatista, los estados de México, Puebla, Morelos y parte del estado de Guerrero, tenían también adeptos en las mismas zonas que los constitucionalistas, como era el caso de Michoacán. La capital mexicana estaba en sus manos, donde se instaló el gobierno de la Soberana Convención Revolucionaria, entonces presidido por el General Francisco Lagos Cházaro.

Al momento de la escisión revolucionaria, la División del Norte dividió sus fuerzas y las destinó a varios frentes, uno en dirección al estado de Jalisco, que tenía como objetivo inicial el control de Guadalajara. En el oriente, se dirigieron sus esfuerzos por controlar la zona petrolera de Tamaulipas y Veracruz. En la altiplanicie mexicana, las fuerzas zapatistas se esmeraron en controlar los caminos de Veracruz a Puebla, y las zonas circundantes a los estados de Morelos y de México.

Una vez que se definieron los protagonistas, las fuerzas de ambos ejércitos revolucionarios iniciaron sus operaciones. Obregón, una vez reorganizado en Veracruz, preparó su campaña; al estar

listo, se comunicó con las distintas fuerzas que seguían la causa constitucionalista, como eran las que operaban en Puebla, Guadalajara, Sonora, y de esa manera asegurar los territorios donde lograba simpatías.⁴ Inició su trayecto de Veracruz hasta Puebla, cuya tarea no fue fácil, debido a la constante y tenaz resistencia de los grupos de zapatistas, que acosaron constantemente al Ejército de Operaciones durante su marcha. En la ciudad de Puebla derrotó a la fuerza zapatista que la guarnecía, pese a que se calculaban en cerca de 10 mil a 15 mil hombres, que no obstante su crecido número, no contaban con los suministros de municiones necesarios para enfrentar a los bien pertrechados carrancistas.⁵

Una vez tomada Puebla y con el fin de proteger su retaguardia, destinó una importante fuerza de caballería para asegurar las provisiones de guerra, que desde Veracruz le enviaba Venustiano Carranza. Después de la toma de Puebla, no existían contingentes de importancia que opusieran resistencia al avance del carrancismo hasta el Bajío, ya que el estado de Querétaro fue controlado por el Coronel sonorense Eugenio Martínez.

En marzo de 1915, Carranza ordenó a Obregón concentrar sus fuerzas en Ometuzco, Puebla. Las vías de ferrocarril entre Puebla y Veracruz, Pachuca y Ometuzco hasta Apizaco, y desde Querétaro hasta Tula, fueron reparadas, con el fin de que recibiera, desde el Puerto, los pertrechos y refuerzos necesarios para la lucha.

Cuando Obregón inició su campaña desde Veracruz, protegió su línea desde Pachuca, donde el General Fortunato Maycotte dominaba los valles de Hidalgo y protegía parte del camino a Veracruz y Puebla. El camino a Querétaro era protegido por el Coronel Eugenio Martínez, quien al ser atacado por los convencionistas en Estación Peón, fue auxiliado por Obregón, lo que hizo retroceder a los atacantes, y de esa manera controlar ese camino.

En marzo salió Obregón hacia el norte; una vez que se protegió en Pachuca, Puebla y Veracruz, se dirigió con toda su infantería hasta Tlalnepantla, donde por tren se desplazó hasta Tula, Hgo.

En el lado opuesto, la caballería de Cesáreo Castro se dirigió rumbo a Toluca, para cortar la línea de ferrocarril, entre esta última ciudad e Ixtlahuaca. Con esta acción se protegió la retaguardia, mientras el mayor contingente de sus fuerzas se dirigía al Bajío, para enfrentar a Francisco Villa.

El 11 de marzo, Obregón se encuentra en Tula y el día 13 logró concentrar toda la caballería, artillería e infantería de que disponía. El 21 de marzo, en Estación Cazadero se le incorporó el General Elizondo, procedente de Michoacán. Al frente, a la vanguardia de esta fuerza estaba la Brigada de Caballería de Maycotte.

El 29 de marzo, el General Benjamín Hill fue designado por Obregón, Segundo Comandante del Cuerpo de Ejército de Operaciones y Comandante de la Infantería. El 1/o. de abril se reunieron más tropas en Querétaro, las cuales tenían la opción de replegarse a la Ciudad de México, ya que tropas zapatistas renovaron su ofensiva y ocuparon momentáneamente el Distrito Federal, en la línea de operaciones del sur de Pachuca, lo que amenazó la retaguardia de Obregón y puso en peligro sus líneas de comunicaciones de Veracruz, y por ello destinó parte de sus fuerzas a combatir a los pequeños grupos de zapatistas que asolaban los caminos.

Por su parte, los convencionistas realizaban operaciones en Michoacán y San Luis Potosí, y desde esas regiones recibieron la orden de concentrarse en Irapuato y Salamanca, a donde acudiría el mismo Villa, para dirigir las operaciones contra los constitucionalistas.

La División del Norte se había desplegado en varios frentes; uno de ellos era el occidental, en Jalisco; otro fue el oriental, dirigido a controlar Nuevo León, norte de Veracruz y Tamaulipas, y un tercero, que mantenía su presencia en Chihuahua, Coahuila, Durango, Zacatecas, es decir, operaba en frentes muy amplios. La base de aprovisionamiento de esta fuerza era la frontera norte, específicamente Chihuahua. En las condiciones en que se encontraba la División del Norte, su capacidad de concentrar sus fuerzas, en apariencia parecía más difícil o tardada, en comparación con las fuerzas comandadas por Obregón, pero tenían, al igual que sus contrincantes, la movilidad locomotora.

La organización y concentración de la División del Norte, así como el mantenimiento de sus líneas de abastecimiento, no eran acciones muy complicadas. En las regiones del norte que dominaba, eran muy pocas las posibilidades que sus líneas fueran cortadas; en todo caso, si existiera una fuerza desde Sonora, ésta tardaría en cruzar la Sierra Madre Occidental, lo suficiente para organizar de la manera más conveniente la defensa.⁶

El desplazamiento de la División del Norte se realizó por ferrocarril; el mismo Villa, procedente de Torreón, Coahuila, donde tenía instalado su Cuartel General, no tardó más de tres días en llegar a Irapuato, y procedentes de otras regiones se incorporaron más fuerzas en las ciudades de Silao y Salamanca. Desde estas ciudades interconectadas por ferrocarril, el encuentro con las fuerzas de Obregón fue cuestión de poco tiempo.

En los días previos a los combates en Celaya, no existió una reorganización de ambas fuerzas; básicamente conservaron los cuadros y el número de fuerzas con el que venían combatiendo al momento de la escisión revolucionaria, ya que pocos fueron los incrementos de efectivos por reclutamiento; únicamente lo que se logró, fue una mayor concentración de diferentes corporaciones, especialmente en el caso del Ejército de Operaciones comandado por Obregón, los cuales estaban más diseminados que los de Villa. Aunque ocupaban menor extensión territorial, las comunicaciones de la División del Norte eran mejores que la de sus oponentes.

En el momento de despliegue de los combates de Celaya, ninguna corporación presentaba problemas de dirección; es decir, en ambas fuerzas que se enfrentaron, en los combates tenían la posibilidad de persecución y aniquilamiento de sus contrincantes, ya que la experiencia de cada una de ellas, y de los comandantes y caudillos, era suficiente para lograr el éxito y asegurar el triunfo.

Cabe anotar, que dentro de los refuerzos que recibió Obregón se encontraban los importantes pertrechos de guerra, que las fuerzas de los Generales Francisco Murguía y Manuel M. Diéguez,

capturaron al derrotar en Guadalajara a las fuerzas villistas de Calixto Contreras, Melitón Ortega, Rodolfo Fierro y Julián Medina. Después de estas acciones, los obregonistas lograron, a decir de Diéguez, provocar de 400 a 500 bajas, quitaron 12 cañones, con su dotación de pertrechos y parque, de los calibres de 75 y 80 mm. de los sistemas Schneider Canet y Saint Chamond, además de ametralladoras, diverso armamento, caballos y varios trenes, con más de 300 carros y 10 locomotoras. Las bajas de Diéguez fueron alrededor de 200, lo que se consideró como un notable triunfo sobre los convencionistas.⁷



El ferrocarril fue un factor indispensable para los desplazamientos de las tropas revolucionarias.

Por su parte Murguía, en la misma toma de Guadalajara, en el parte que rindió sobre el parque y armas capturadas, incluyó: 8 ametralladoras con su dotación, 3 trenes con vestuario, municiones de guerra y de boca en abundancia [comida], 10 cañones de 75 mm, 3 cofres de parque y 2 carros de transporte.

De esta manera, el occidente fue controlado por los obregonistas, con las fuerzas de Murguía, Diéguez y Estrada. Los derrotados Calixto Contreras y Rodolfo Fierro, se dirigieron a Irapuato siguiendo las órdenes de Villa, con el fin de concentrarse para iniciar una nueva ofensiva.⁸

La División del Norte, bajo el mando directo de Villa, controlaba Piedras Negras, Nuevo Laredo y Matamoros; debido a sus acciones, el General carrancista Pablo González no pudo resistir en Tamaulipas y huyó al sur, rumbo a Veracruz. Mientras en El Ébano, Treviño resistió a Tomás Urbina y a Manuel Chao.

Villa, que mantenía su Cuartel General en Torreón, al tener noticias del avance de Obregón, concentró sus dispersas fuerzas, excepto las que operaban en El Ébano, para dirigirse a Irapuato. Las causas que propiciaron el desplazamiento de Villa al sur, obedecían a diversas circunstancias, como eran los asuntos internacionales, que debido a la muerte del inglés William Benton y el ultraje de una dama francesa en los territorios dominados por los villistas, ocasionaron el descontento en el exterior, por la falta de seguridad que manifestara Villa hacia las personas y posesiones extranjeras, lo que dio por resultado la emisión de disposiciones para controlar la venta de armas y municiones a esta facción revolucionaria, y el peligro de inclinar la balanza a favor del reconocimiento del gobierno de Carranza.

Por otro lado, estaba la disuasión de fuerzas que operaban en las zonas petroleras de Tamaulipas, que una vez disminuidas las fuerzas de Obregón en el centro, provocaría inevitablemente el repliegue de Carranza a Veracruz, y de ese modo, la Convención y Villa tomarían el control de esa importante fuente de recursos económicos. Otro aspecto radicó en que Villa no podía permitir que Obregón avanzara al norte, donde podía hacerse más fuerte y conjuntar sus esfuerzos con tropas provenientes de Sonora, lo que dificultaría derrotarle.

Las fuerzas villistas que operaban en Michoacán y San Luis Potosí, y las que procedían de Jalisco, se concentraron en Salamanca e Irapuato; en esta última ciudad fue donde llegó el famoso general revolucionario.

Hasta este momento, ambos comandantes se buscaron para enfrentarse. El sonorenses decía que perseguía y el Centauro del Norte que iba a encontrarlo.

Obregón decía que no conocía los planes de Villa, y por ello buscaba enfrentarlo en Irapuato; de esta manera, creía que Villa se defendería en esa plaza y lo atacaría como lo había hecho contra los federales, y en ese año, contra los zapatistas en Puebla. Por su parte, Villa lo enfrentaría en campo cerrado, donde se alinearían ambos ejércitos, de la misma manera en que



Fuerzas constitucionalistas al mando del General Álvaro Obregón.

derrotó a los generales porfiristas o, en su defecto, en campo abierto, donde podría maniobrar con superioridad su caballería.

PREPARATIVOS DE COMBATE EN CELAYA

El 4 de abril, los villistas se concentraron en Irapuato y avanzaron hacia Salamanca, donde esperarían más refuerzos. El día 5, se pasó revista en Salamanca. Al siguiente día, en 3 columnas salieron al encuentro de la fuerza carrancista: la primera columna compuesta de caballería, avanzó por el norte, desde Cerro Gordo, e iba al mando de Agustín Estrada. La segunda columna, con infantería, avanzó por el centro, por el camino de la vía férrea, en dirección a Celaya, al mando se encontraban los Generales José Herón González, Dionisio Triana, Pedro Bracamontes y San Román. La tercera columna con tropas de caballería, al mando de Abel Serratos, se desplazó por el sur, desde La Cal. La artillería, con un número de 22 piezas, seguía a la infantería. El aproximado de las fuerzas villistas se calculó en 20 mil hombres de infantería, artillería, caballería e intendencia.

En Celaya, Obregón logró concentrar 86 ametralladoras, 13 piezas de artillería (la mayoría procedía de las quitadas a los villistas en Jalisco), 5 mil infantes y 6 mil caballos.

En esa época, a Celaya se le consideraba la puerta del Bajío, específicamente la puerta del sureste guanajuatense, y sigue siendo la primera ciudad importante desde Querétaro. Era parte

de la red de trenes nacionales que conectaban desde el puerto de Veracruz hasta Ciudad Juárez y en el medio local, era el entronque entre Irapuato y Querétaro, San Luis Potosí, Dolores Hidalgo y Acámbaro, además de la confluencia de las vías de Torreón y Morelia. A esta red de ferrocarril se debió la pronta llegada de Villa desde el norte, y el notorio avance de Obregón desde el centro. Por otro lado, Celaya gozaba de importantes siembras de granos, cosa que al mismo Obregón impresionó, por ser un centro, donde los ejércitos podían reabastecerse con pocos problemas y de manera muy segura.

EL COMBATE

Los contendientes ordenaron sus fuerzas creyendo, ambos, que la batalla sería en Irapuato y confiaban en la ventaja de la movilidad de la caballería.

El 4 de abril, los movimientos de los carrancistas, todavía en forma de reconocimiento, iniciaron desde Apaseo el Alto, poblado situado en el rumbo entre Celaya y Querétaro, y en las faldas de un cerro. A la retaguardia del contingente principal de infantería, 2 columnas de caballería se desplazaron hacia el sur, la primera sobre Acámbaro, al mando de Alejo González y Alfredo Elizondo con 2 mil hombres; otra hacia el norte, sobre Dolores Hidalgo de 1,500 hombres, al mando de Porfirio G. González y Jesús S. Novoa, con la misión de destruir las vías. El objetivo era la seguridad en los flancos y contar con diversas unidades, para disuasión de fuerzas enemigas.

La vanguardia de Obregón se componía de la Brigada de Caballería del General Fortunato Maycotte, la cual avanzó desde el día cuatro hasta el punto conocido como El Guaje, 18 kilómetros al oeste de Celaya, y sobre la vía del ferrocarril hacia Irapuato. Ese mismo día, Obregón realizó un reconocimiento de la ciudad de Celaya, donde se emplazaron las ametralladoras y se destinaron los lugares más idóneos para una posible defensa, aunque su plan era combatir en Irapuato.

El día 5 de abril, ante el avistamiento de fuerzas de la Convención, se le ordenó a Maycotte informar cada cuatro horas de su situación, además de no empeñar combate, y en todo caso se replegara a Celaya.

El día 6 de abril, las fuerzas de Maycotte se encontraron con las avanzadas de infantería de los villistas, en la estación de El Guaje (hoy Villagrán), a 30 kilómetros de Celaya; ante la abrumadora mayoría de la columna villista, no tardó en solicitar refuerzos a Celaya. Obregón en tren, con cerca de 1,500 hombres, salió en su auxilio, mientras en la ciudad, al General Benjamín Hill se le designó Segundo Comandante, para que organizara la defensa de la ciudad, ante la posibilidad de un asalto.

Tras varias maniobras de la locomotora de Obregón, logró que las avanzadas se dieran cuenta de que en ese tren viajaba (el sonorenses), y con el fin de distraer la atención de las fuerzas de Maycotte y éste, reorganizado, regresara a salvo a Celaya. La maniobra resultó. El tren perseguido de cerca,

atrajo sin precauciones a la infantería de la Convención a las defensas, y el combate se generalizó en varios frentes, cuya duración fue de dos días. Las bajas de la caballería de Maycotte, por el contacto, se contaron en cerca de 500, entre dispersos, muertos y heridos.⁹

Las defensas de Celaya se situaron básicamente sobre el lado oriente, en el camino y la vía hacia Irapuato, y desde esas posiciones enfrentaron a la División del Norte. Aprovecharon al máximo el terreno de cultivo que circundaba la ciudad, y los canales de riego se convirtieron en trincheras y nichos para las ametralladoras.¹⁰

Básicamente, el inicio de la batalla fue el encuentro de vanguardias, al grado de que la artillería convencionista no se situó de manera adecuada, hasta las seis de la tarde de ese día, cuando el combate ya era general.

Una vez que llegó la mayoría de la División del Norte y se reorganizaron nuevamente en columnas, no tardaron en realizar las famosas cargas de caballería. En una de ellas, los Cazadores de la Sierra, al mando del Coronel Pablo López, y de las tropas de los Generales García Silva y Cíntora penetraron las líneas de defensa y entraron a la ciudad, pero un toque de retirada del lado carrancista provocó la confusión y salieron de la ciudad, perdiendo una gran oportunidad.¹¹

En uno de los impetuosos asaltos de la infantería, perdió la vida el General villista Agustín Estrada y otros importante jefes, cosa que desmoralizó en mucho a los convencionistas.¹²

A media tarde del día 7 de abril, en el momento en que las líneas se enfrascaban en pleno combate, sin dejar o ganar terreno, Obregón ordenó que las columnas de Cesáreo Castro y Maycotte se montaran y entraran en acción, por los flancos de los villistas, en plena carga, los cuales abrumados por lo intenso del combate y ante la sorpresa, no tuvieron la capacidad para responder y detenerlos. En plena retirada y perseguidos hasta el crepúsculo de ese día, la fuga era completa, la cual no culminó hasta entrada la noche. De esta manera, los villistas fueron derrotados y se volvieron a concentrar en Irapuato, mientras que los carrancistas permanecieron en Celaya.

El General Francisco Villa, posteriormente argumentó, que la batalla de los días 6 y 7 no fue una derrota, sino un rechazo a un asalto a Celaya, y que las bajas de los carrancistas fueron mayores a la de las tropas que él dirigía, aunque lamentaba la muerte de importantes jefes de gran estima y de indudable valor militar, además de ser importantes caudillos para la causa, como eran el General Agustín Estrada y Francisco Natera, y que algunos de los argumentos de Obregón sobre la persecución, no eran más que alabanzas, ya que la retirada se debía al cansancio. Las bajas, según Villa, causadas a los carrancistas, oscilaban entre los 2,500 y las villistas en 2,000, ambas cifras entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos.¹⁴

A decir del Centauro del Norte, uno de los aspectos que impidieron la toma de la ciudad, fue que la infantería de la columna de Agustín Estrada, al momento de que habían deteriorado las líneas carrancistas y en el instante preciso del asalto, empezaron a anegarse, es decir, perdieron de pronto la iniciativa de la ofensiva y no explotaron sus logros, y debilitaron el asalto, lo que permitió a los

defensores de Celaya reagruparse y rehacerse para mantener sus posiciones, y hacer retroceder a los atacantes; esta situación involucró a más de una corporación que los seguía. Esta actitud impresionó al Centauro del Norte *“[...] todos aquellos hombres en el mayor arrebató de la furia, los campos por donde ellos iban empezaron a anegarse, o tal vez ya estaban anegados, si saberlo nosotros [...] con lo que nos malogró en mucha parte de las conquistas que ya hacíamos nosotros en su centro”*.¹³

Obregón, a este mismo punto, refiere que las bajas que provocaron a los villistas fueron de 1,800 muertos, contados en el campo, 500 prisioneros y una estimación de 3,000 heridos.¹⁵

En esta primera fase del combate de Celaya, la ofensiva se dio en ambos bandos; aunque sin desearlo, las condiciones de la batalla fueron impuestas por las fuerzas de Obregón, al atraer y provocar la falta de sincronía de los villistas. El riesgo también conducía a un desastre mayor, si las defensas no estaban del todo organizadas, como lo previó el General Hill, y si no resistían a los convencionistas, toda la campaña carrancista tendría que iniciar de nuevo, con la consecuente desmoralización de tropas, y la tan temida desertión de unidades y su adhesión al bando enemigo.

La preparación del campo de batalla no fue posible entre las filas de la División de Norte, ya que, en principio, las columnas que salieron de Irapuato, no se desplazaban en actitud de combate, al igual que los obregonistas, y fueron sus vanguardias las que determinaron el inicio del enfrentamiento, arrastrando con gran frenesí a las demás tropas, hasta la tarde de ese día 6, en que más organizados, pero sin abandonar sus posiciones, se coordinaron; pero era demasiado tarde, el resultado fue nefasto. En el campo obregonista, la situación fue algo similar; aunque ya se habían tomado precauciones para un posible asalto, al momento de llegar las primeras noticias de la proximidad de los villistas, organizaron apresuradamente, pero todavía con suficiente tiempo, la defensa, y se prepararon para resistir las embestidas de la División del Norte.

Obregón no dudó en aplicar su táctica de utilizar la caballería, en el momento más oportuno o en el más urgente, con un resultado exitoso, lo que equivale a que, ante la enorme presión de los asaltos, volvió a tomar la iniciativa.

INTERLUDIO DE LA BATALLA

Una vez que Villa se reconcentró en Irapuato, se dirigió a los Cónsules de Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos de América (los cuales se encontraban en Cortazar, población cercana a Celaya, en dirección a Irapuato), para que verificaran su actuación y sus intenciones de adecuarse a las leyes de la guerra, con el respeto por los civiles y en preservar los intereses de sus connacionales. El 8 de abril se comunicó con Obregón, para invitarlo a escoger otro sitio para la batalla, y de esa forma excluir a la ciudad y sus habitantes de sus cañones; de esta manera, buscó el beneficio de las relaciones internacionales.¹⁶

Obregón contestó que no creía en las intenciones humanitarias o de justicia de Villa. En respuesta, argumentó el carácter bandolero del Centauro del Norte, recordando los casos del inglés William Benton y de la dama francesa.

El día 9 de abril, la lucha de propaganda se extendió y el gobierno de la Convención informó en el Distrito Federal, que el ejército de Obregón había sido derrotado.

En Celaya, Obregón, con la intención de atraerse más adeptos a su causa, decretó la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, con el aumento del salario mínimo de 75 centavos por día y el aumento del 25% de la ración de cereales de los peones de las haciendas del Bajío.¹⁷

Durante este periodo y ante la concentración de villistas en Irapuato, por el camino opuesto llegaron los refuerzos de Obregón, integrados por las tropas de caballería de los Generales Joaquín Amaro y Alfredo Elizondo, provenientes de Michoacán. Cabe anotar que Amaro estaba señalado como posible aliado de Villa, ya que había recibido de él importantes suministros de guerra, con la cual procuraba su adhesión, la cual finalmente no sucedió.¹⁸

Otros contingentes llegaron de Orizaba, Veracruz: de los Batallones Rojos, integrados por obreros organizados por la Casa del Obrero Mundial, que se alineó al carrancismo por las promesas de mejora de las condiciones laborales de ese sector, se incorporaron los Batallones 3/o. y 4/o. de Infantería; además de la 1/a. División de Oriente, con las fuerzas de los Generales Porfirio González y Jesús Novoa. En total, los efectivos carrancistas en Celaya ascendían a unos quince mil hombres, de los cuales ocho mil eran de caballería y siete mil de infantería. De este total, cerca de tres mil apenas habían sido reclutados y no tenían experiencia en combate.¹⁹

Los refuerzos de Villa no tardaron en llegar: acudieron las Brigadas de José I. Prieto, José Ruiz y César Felipe Moya, los cuales procedían de Michoacán, con cerca de dos mil hombres. De Jalisco llegaron más refuerzos de las tres armas. Se incorporaron Abel Serratos, Francisco Carrera Torres y Pánfilo Natera, entre otros Jefes. Las remesas de cartuchos las proporcionó su hermano Hipólito Villa, desde Ciudad Juárez. Estos recursos se organizaban y se despachaban a Salamanca, desde donde se iniciaría el nuevo avance a Celaya.²⁰

Los suministros de municiones que recibieron no eran de la mejor calidad, como el caso de las granadas de artillería, que fueron fabricadas en talleres en Chihuahua, las cuales no detonaban o explotaban al momento de impactar en el campo obregonista y muchas sólo se enterraron en las milpas. Otra importante cuestión fue la llegada de cerca de cuatro millones de cartuchos de salva en vaina normal, es decir, contenían ojiva o bala y cápsula detonante, pero no carga impulsora en el casquillo o vaina, lo que equivalía a no tener nada de municiones.

DEFENSA DE CELAYA: LA SEGUNDA BATALLA

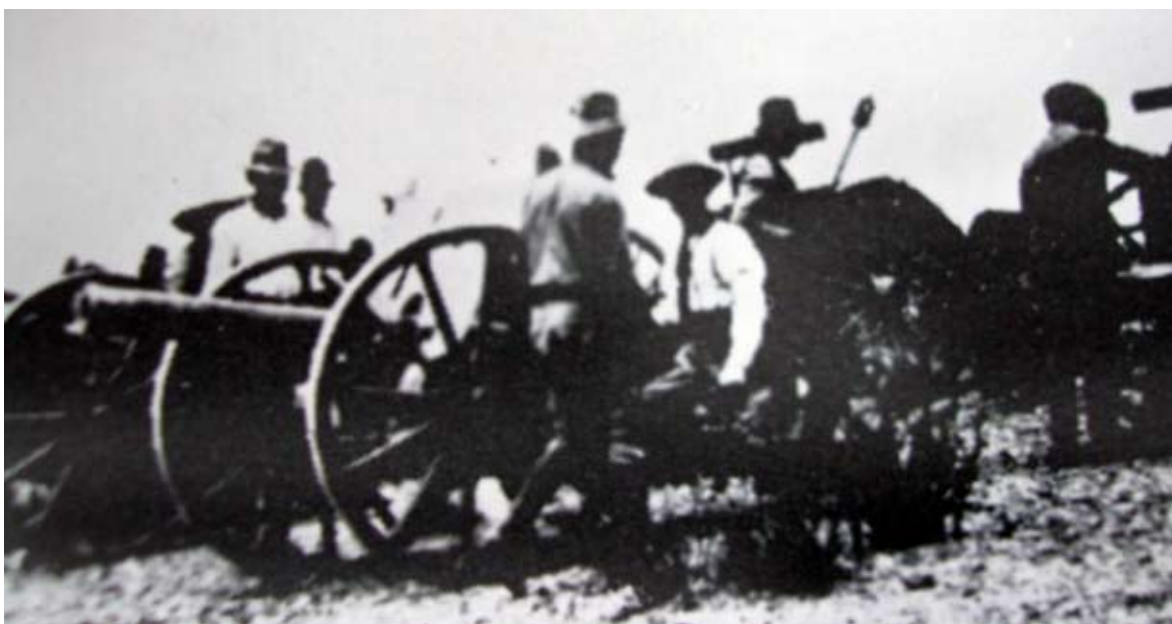
Esta vez, convenido que en la ciudad se enfrentarían nuevamente los dos caudillos, Obregón dispuso sus fuerzas en forma de anillo periférico, con la intención de provocar a los villistas y ampliar el frente de ataque; como medida de prevención, envió una parte de la caballería a Apaseo el Alto, para que, en el momento más oportuno, entraran por la izquierda de los villistas. Desde ese lugar, la caballería podía ocultarse si los villistas no realizaban un recorrido más allá de sus líneas y frente de combate, en el sentido de que ese sitio, desde la vista de Celaya, se oculta tras la loma, lugar ideal para esconder tropas y realizar un ataque sorpresivo.

La infantería por el sur, sería apoyada por la caballería de Amaro, Elizondo y otros jefes, los cuales tenían la orden de atacar el flanco derecho de los villistas. De esta manera, se dice que Obregón utilizaría la mejor arma de Villa, la carga de caballería, para mermar al máximo y en la mejor oportunidad, a la infantería enemiga.

La propaganda de Obregón no cesó y recorrió las líneas de defensa, para que sus tropas no desistieran en el último momento, y las impregnó de optimismo, al decir que su causa era de lo más justa y necesaria.



Tropas convencionistas.



Artillería de las fuerzas villistas.

Obregón situó un mirador desde lo alto de la fábrica La Internacional, donde tenía la mejor de las vistas de los movimientos de los villistas, lo que le facilitó tomar las acertadas decisiones, durante el desarrollo de los asaltos.

Para tener un mejor dominio del terreno y poder observar los movimientos villistas, limpió el terreno; como ejemplo, se quitaron vagones y furgones sobre las vías de ferrocarril, en todo el camino a Irapuato. De esta manera, las aproximaciones de villistas serían rápidas, y ofrecía un mejor panorama a las líneas de tiradores. Desde ese observatorio tenía: *“una dilatada área de la llanura abajeña, en donde había poco más de treinta haciendas. Podía observar también las estribaciones de la Sierra de los Agustinos, que se presentaba propia para una batalla”*.²¹

La circunferencia de Celaya fue convenientemente fortificada, con extensas trincheras de la época, básicamente muros de mampostería y trincheras, aprovechando los canales de riego y siembra, que rodeaban las afueras de la ciudad.

En el oriente de la ciudad se situaron las unidades más veteranas y con mayor experiencia, la mayoría de ellas procedentes de Sinaloa y de Sonora. Al norte se colocaron los novatos Batallones Rojos, compuestos de obreros bien armados, y las tropas del General Juan Torres. En las inmediaciones del Río de la Laja, al sur de la ciudad, se situaron las tropas del General Amaro, que al igual que las de Sonora y de Sinaloa, contaban con buena experiencia de combate; el resto de las unidades cubrieron el camino a Irapuato.

Cubriendo los extremos del norte y del sur, Obregón dispuso otras unidades de Sonora y de Sinaloa, a las órdenes de los Generales Miguel V. Laveaga, Francisco Noriega, Guillermo Chávez, Severiano Talamante y Alejandro Mange. La mayoría eran tropas de caballería y de infantería ligera.²²

Esta vez, Obregón nuevamente se circunscribió a sus viejas tácticas de alejar a la caballería a una distancia prudente, pero fuera del alcance del enemigo, la cual tenía por misión, entrar en el momento más oportuno, y eso precisamente lo volvió a salvar, además de estar en descanso.

EL ATAQUE DE LA DIVISIÓN DEL NORTE

Los villistas establecieron su cuartel en la hacienda de Trojes, al sur de la ciudad, y esta vez dejaron de lado el ímpetu que caracterizó a la primera batalla, en la que básicamente corretearon a los obregonistas, hasta encontrar sus defensas en la ciudad. Establecieron adecuadamente los dispositivos de batalla, emplazaron sus baterías a distancia conveniente, y las líneas de infantería y caballería actuaron en coordinación.

Los primeros contingentes iniciaron sus movimientos por tren, desde Irapuato, y se establecieron frente a las líneas defensivas, mientras la caballería de José Rodríguez se situó en Salvatierra, en el flanco derecho, por pretender y creer que sería la ruta de fuga de Obregón, y con la caballería lo impediría, o en su momento lo perseguiría en la fuga o salida.

Rodeando la ciudad, el plan era el siguiente: *“por la derecha, es decir, por el lado del Río de la Laja, atacaría la Brigada Guerrero, al mando de Cruz Domínguez y Fernando Reyes, y con ella la Brigada Querétaro, dirigida por el General Joaquín de la Peña, más otras fuerzas. Por el centro, corridas sus líneas hacia la derecha y la izquierda, irían al ataque las cuatro Brigadas de infantería, más la gente de César Felipe Moya. Por la izquierda harían su avance las demás fuerzas de caballería. Apoyarían allí el movimiento las baterías de Fraire y Perdomo, y el de la derecha, las de Gustavo Durón González, con la de Licono, y el del centro mis otros cañones”.*²³

DESARROLLO DEL SEGUNDO COMBATE DE CELAYA

El 13, a las seis de la mañana, las polvaredas anunciaron la aproximación de las columnas villistas, desde la estación Crespo, a ocho kilómetros de Celaya. Cerca de las tres de la tarde, los villistas desplegaron sus líneas frente a los carrancistas, y a las cuatro de la tarde, con un disparo de artillería del lado obregonista, se inició el combate, con un débil fuego de fusilería. Alrededor de las seis de la tarde se inició el asalto contra las posiciones defensivas, y el combate se generalizó en casi todos los frentes. A las ocho de la noche, ambas artillerías y las ametralladoras no cesaban en sus fuegos; después de una hora, el combate alcanzaba poco más de 12 kilómetros de extensión; entre las diez y la media noche, los villistas lograron adelantar sus posiciones, hasta unos 500 metros de las trincheras de Celaya.

Durante la madrugada del día 14 de abril y hasta el amanecer, el asalto no cesó, al igual que las cargas de caballería. En los puntos donde consideraba que se romperían las líneas defensivas, son rápidamente auxiliadas y reforzadas. A las seis de la mañana, los villistas parecían cruzar el río de la Laja y cerca de las ocho se recrudecen los combates en todas las líneas, con énfasis en el frente, en el camino a Irapuato. Al medio día, Obregón ordenó que todos los comandantes informaran de su situación y de la moral de las tropas, a lo cual respondieron que están en condiciones de luchar por muchas horas más, y dispuso que se alistara la caballería para realizar una carga sobre los atacantes. Cerca de la una de la tarde le ordenó a Maycotte, que se encontraba dentro de la ciudad, que al caer la noche iniciara su marcha y se situara en dirección al camino a Irapuato; al mismo tiempo dictó órdenes, para que la caballería localizada en Apaseo, se alistara para atacar los flancos de los villistas.

Cerca de las cuatro de la tarde, el “Centauro del Norte” no logró localizar en las cercanías, y tampoco la distinguió en el interior de Celaya, a la caballería de Obregón, y concluyó que se encontraba en las líneas de defensa, como infantería, recordando la vieja usanza de los dragones del siglo XIX. La apreciación no estaba mal infundada, pero hasta ese momento, no visualizó la reserva de caballería en Apaseo.

OFENSIVA CARRANCISTA

Durante el resto del día 14 de abril, los combates continuaron, sin que se gestaran movimientos importantes de ambas partes. En la madrugada del día 15, a las cuatro de la mañana, la lucha se recrudeció y los villistas atacaron la retaguardia de los carrancistas. Ante el peligro, Obregón ordenó a la caballería de Amaro y otros jefes, que con las primeras luces del amanecer se moviera sobre la derecha de los villistas, mientras que sus posiciones serían cubiertas por otras unidades, para seguir rechazando los ataques. A las seis de la mañana, los constitucionalistas iniciaron movimientos para romper el cerco. De esta manera, la infantería, posicionada sobre el camino a Irapuato, se movió sobre su derecha, para apoyar a las columnas de caballería; el objetivo era debilitar las posiciones de la infantería convencionista; de este modo, se inició la ofensiva de Obregón.

Cerca de las nueve de la mañana, la caballería escondida en Apaseo, realizó la sorpresiva entrada por la retaguardia villista, con una carga tan vigorosa, que hizo muy difícil el rechazarla. El efecto fue, que la extrema derecha de la División del Norte, ante las acometidas de la caballería y el fuego de las trincheras, comenzó a replegarse; la misma situación se creó en los flancos y en el centro del dispositivo, al grado que la artillería se vio en peligro de caer en manos constitucionalistas.

El ataque a la retaguardia villista dio sus frutos, al alcanzar las posiciones de la hacienda de Crespo, al sur de la ciudad. A las diez de la mañana, la ofensiva carrancista se dirigió sobre la derecha

de la División del Norte, con cerca de nueve mil hombres, con el objetivo de desalojar las posiciones villistas del río de la Laja y la hacienda de Trojes.

Al medio día, ante la posibilidad de que los villistas se recuperaran y reorganizaran, Obregón ordenó una nueva ofensiva con todas las unidades, en un último esfuerzo. Después de una hora de contraofensiva, las posiciones del río de la Laja fueron tomadas por los michoacanos de Amaro; a las dos de la tarde, los villistas iniciaron una desbandada hacia Irapuato, perseguidos por la caballería, y el campo de batalla quedó en poder de los constitucionalistas.

A las 13:00 hrs., en plena retirada en la hacienda de Trojes, nuevamente fueron alcanzados los villistas, los cuales, al ofrecer cierta resistencia, no pudieron detener el embate constitucionalista y los dispersaron en ese punto, al caer la noche.

Cerca de las cuatro de la tarde, Villa en persona logró organizar la retirada de las tropas del centro y de su izquierda, no pudiendo salvar la derecha, donde inició la ofensiva del bando contrario y que provocó su descalabro. La persecución no terminó hasta las 18:00 hrs., en las cercanías de la estación de El Guaje, curiosamente, donde días antes inició el combate de Celaya. Después de esto, la División del Norte se volvió a concentrar en Irapuato.

A las siete de la noche del 15 de abril de 1915, Obregón se comunicó con Carranza para informarle el triunfo.

El material capturado a los convencionistas fue de 32 cañones, aproximadamente 5,000 fusiles y carabinas, 1,000 caballos ensillados, además de 6,000 prisioneros. Se contabilizaron, según la opinión de los carrancistas, 4,000 muertos y cerca de 5,000 heridos, y sus bajas reportadas fueron mínimas; entre muertos y heridos, Obregón reportó 414.

CONSIDERACIONES

En el desarrollo de los combates de Celaya, ambos caudillos se apegaron a las tácticas que les habían funcionado para derrotar al Ejército Federal. Si bien la primera fase, entre los días 6 y 7 de abril, fue una batalla que se inició con el choque de vanguardias y con el posterior resultado del enfrentamiento de ambas fuerzas, y que culminó con la defensa de la ciudad y la derrota de los convencionistas, la segunda batalla se desarrolló con más cuidado, donde cada caudillo explotó al máximo las cualidades, capacidades y destrezas de sus respectivas fuerzas; pero cabe apuntar algunas consideraciones de índole técnico, que influyeron en los resultados, y que a la postre definieron al bando ganador.

Ambas fuerzas, nunca perdieron el enlace con su centro de aprovisionamiento y de comunicaciones; caso especial fue el de Obregón, en sus comunicaciones con Carranza, al grado de informarle oportunamente el resultado de los combates.

Otro aspecto fue el aprovisionamiento de armas y municiones, ya que Guanajuato fue un campo en medio de los territorios dominados por cada bando; pero las noticias del bando villista, reportaron algunas anomalías en las municiones que les hicieron llegar, como el caso de que se les dotó de 4'000,000 de cartuchos de salva, en vainas normales, y de las municiones de artillería fabricadas en las fundiciones de Chihuahua, las cuales no detonaban al llegar a su objetivo y no provocaban los efectos para las que fueron creadas, con el sólo hecho de convertirse en proyectiles, lo que básicamente neutralizó la artillería villista; caso similar pudo ocurrir en el lado obregonista, pero a diferencia de las granadas villistas, la totalidad de éstas fueron adquiridas en el extranjero, al igual que las municiones para fusiles y carabinas.

Otro aspecto radicó en la posición de los comandantes de las fuerzas. Obregón, claramente mantuvo la ventaja, al instalar su puesto de mando en la azotea de la fábrica, lo que le funcionó como mirador y centro de mando, además de utilizar una de las torres de la ciudad como enlace telegráfico, lo que le permitió un mejor control del desarrollo de los combates.

En el campo villista, la situación no fue mejor, en las primeras horas de combate de los días 6 y 7 de abril, casi se pierde el control de las fuerzas, al no poder dirigir las adecuadamente en la persecución del tren de Obregón, hasta entrada la tarde; en la segunda batalla, aunque la dirección fue eficaz y el cerco que impedía la salida de los constitucionalistas, fue de tal magnitud, que la búsqueda de una salida o romper el cerco no era la mejor opción, no tuvieron la opción de un observatorio panorámico, para ver adecuadamente el campo de batalla.

La propaganda no fue ajena a las tácticas de ambos caudillos; no podía faltar, si lo que se ponía en juego eran los preceptos revolucionarios, donde lo único que diferenciaba a las facciones, era el modelo de las propuestas o, en su defecto, el énfasis de algunas de ellas en un territorio específico. La justificación de cada una de las causas, era algo que los caudillos no podían obviar para poder cumplir la promesa a sus seguidores, en sus aspiraciones si lograban derrotar al oponente.

Al final, cada caudillo impuso la iniciativa a sus tropas y trató, en la medida de lo posible, de tomar las riendas de la batalla, imponiéndose al bando contrario. Los resultados fueron catastróficos para uno de ellos, pero Celaya apenas era el principio, y tardarían varios años en que los sonorenses, dirigidos por Carranza, alcanzaran plenamente la pacificación del país, aunque no con ello el caudillismo. Nuevos actores harían su aparición, cada uno con la idea en mente, de lograr los fines y objetivos de la Revolución.

Fuentes consultadas:

Aguayo Quezada, Sergio y Bruce Michael Bagley, *En busca de la seguridad perdida. Aproximaciones a la seguridad nacional mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1990.

Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, Cal y Arena, México, 1989.

Aguirre Benavides, Luis y Adrián, *Las grandes batallas de la División del Norte*, Diana, México, 1964.

- Álvaro, Obregón, *Ocho mil kilómetros de campaña*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, Tomos I-IV.
- Bassols Batalla, Narciso, *El pensamiento político de Álvaro Obregón*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1967.
- Beltrán, Enrique, "Fantasía y realidad de Pancho Villa", en *Historia Mexicana*, Vol. XVI, No. 1, julio –septiembre, 1966, El Colegio de México.
- Curzio, Leonardo, *La Seguridad Nacional en México y la relación con Estados Unidos*, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Investigaciones sobre América del Norte, México, 2007.
- Gómez, Marte R., *Villa, un intento de semblanza*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
- Hall, Linda B., *Álvaro Obregón. Poder y revolución en México 1911-1920*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1995.
- Katz, Friedrich, *Imágenes de Pancho Villa*, Era/CONACULTA/INAH, México, 1999.
- La guerra secreta en México*, Era, México, 1988.
- Katz, Friedrich, *Pancho Villa*, Era, México, 1998.
- Krauze, Enrique, *Francisco Villa. Entre el ángel y el fierro*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Martínez Álvarez, José Antonio, *Los combates de Celaya, crónicas y testimonios*, H. Ayuntamiento Constitucional 2006-2009, Cámara de Diputados, H. Congreso de la Unión, Consejo Editorial del Bajío A.C., Celaya, México, 2008.
- Muñoz, Rafael F., "Vámonos con Pancho Villa", en *La Novela de la Revolución Mexicana*, Editorial Aguilar, México, 1960, Tomo IV.
- Muro, Luis y Berta Ulloa, *Guía del Ramo Revolución Mexicana, 1910-1920*, del Archivo Histórico de la Defensa Nacional, y de otros repositorios del gabinete de manuscritos de la Biblioteca Nacional de México, del Centro de Documentación e Investigación y del Estado Mayor, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, México, 1997.
- Orozco Ríos, Ricardo, *Francisco Villa*, Editorial Planeta DeAgostini, México, 2002.
- Puente, Ramón, *Villa, en tres revolucionarios: tres testimonios*, México, 1986 (Primera edición de 1936).
- Richkarday, Ignacio, *60 años en la vida de México*, Editorial Aries, México, MCMLXII.
- Sánchez, Miguel Ángel, *Los combates de Celaya a través de los corridos*, México, H. Ayuntamiento de Celaya Administración 2006-2009, Celaya, México, 2008.
- Taracena, Alfonso, *Historia ilustrada de la Revolución Mexicana*, Editorial Jus, México, 1988.
- La verdadera Revolución Mexicana*, Editorial Jus, México, 1975.
- Terrazas, Silvestre, *El verdadero Pancho Villa*, Ediciones Era, México, 1985.
- Torres, Elías, *Hazañas y muerte de Francisco Villa*, Editorial Época, México, 1975.
- Vida y acciones de Pancho Villa*, Gómez Hermanos Editores, México, S. F.
- Toussaint Aragón, Eugenio, *Quién y cómo fue Pancho Villa*, Editorial Universo, México, 1979.
- Ulloa, Berta, *La Revolución Escindida. Historia de la Revolución Mexicana (Periodo 1914-1917)*, El Colegio de México, México, 1979.
- La Revolución Intervenida*, El Colegio de México/Gobierno de Coahuila, Edición de Homenaje, México, 1997.
- Valadés, José C., *Historia General de la Revolución Mexicana. Alto en la Guerra Civil*, Ediciones Gernika/Consejo Nacional de Fomento Educativo, México, 1985, Tomo IV.
- Vargas Arreola, Juan Bautista, *A sangre y fuego con Pancho Villa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

Citas:

1. Katz, Friedrich, *Pancho Villa*, Ediciones ERA, México, 1999. Durante la Revolución Cultural China, la División del Norte de Pancho Villa fue un referente de la lucha social y por ello, una de las Divisiones del Ejército Revolucionario de ese país oriental, retomó el nombre y la causa por la que habían peleado.
2. Curzio, Leonardo, *La Seguridad Nacional en México y la relación con Estados Unidos*, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Investigaciones sobre América del Norte, México, 2007; Aguayo Quezada, Sergio y Bruce Michael Bagley (Comp.), *En busca de la seguridad perdida. Aproximaciones a la seguridad nacional mexicana*, Siglo XXI Editores, México, 1990.
3. Obregón, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1985, Tomos I-IV (Biblioteca del Oficial Mexicano). El estudio preliminar de Francisco L. Urquiza y Francisco J. Grajales, ofrece un panorama general de la vida y las operaciones militares de Obregón.
4. Ídem, pp. 434-443.
5. Ídem, pp. 446-458.
6. Ídem, pp. 86-87.
7. Ídem, pp. 89-90.
8. Ídem, pp. 85, 510.
9. Ídem, pp. 513-514.

10. Martínez Álvarez, José Antonio, *Los combates de Celaya, crónicas y testimonios*, H. Ayuntamiento Constitucional 2006-2009/ Cámara de Diputados H. Congreso de la Unión/Consejo Editorial del Bajío A.C., Celaya, México, 2008, pp. 30-31.
11. Ídem, p. 40.
12. Obregón, Álvaro, Op. cit., p. 517.
13. Martínez Álvarez, José Antonio, Op. cit., p. 41.
14. Ídem, p. 41-42.
15. Obregón, Álvaro, Op. cit., p. 517.
16. Ídem, p. 521-522.
17. Martínez Álvarez, José Antonio, Op. cit., p. 45.
18. Ídem.
19. Hall, Linda B., *Álvaro Obregón. Poder y revolución en México. 1911-1920*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
20. Guzmán Martín, Luis, *Memorias de Pancho Villa*, Editorial Porrúa, México, 1984.
21. Martínez Álvarez, José Antonio, Op. cit., p. 49.
22. Ídem, p. 50; Obregón, Álvaro, Op. cit., pp. 522-527.
23. Guzmán, Martín Luis, Op. cit., p. 584; Martínez Álvarez, José Antonio, Op., cit., pp. 48-49.

La Consolidación de las Instituciones

1917-1950

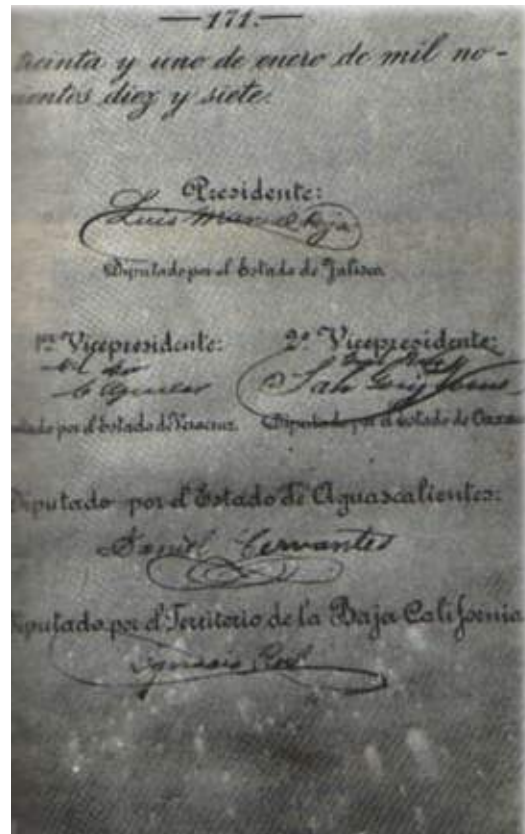
INTRODUCCIÓN

Una vez iniciada la Revolución Mexicana, el país se vio envuelto en una serie de conflictos entre los diversos grupos armados, como constitucionalistas, villistas y zapatistas, los que, con su lucha de facciones, dieron inestabilidad a las instituciones; de ahí que el Gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, se propusiera reunir un Congreso, para realizar algunas modificaciones a la Constitución vigente, que era la de 1857, la cual, al ser modificada, resultó en una nueva, que es nuestra actual Constitución promulgada en 1917.

En nuestra Carta Magna, se plasmaron las necesidades de igualdad social del pueblo de México, reflejados los intereses de las diferentes facciones en pugna, como fue la legitimidad sobre la propiedad de la tierra, las garantías laborales y sociales para los obreros, y se ratifica la separación de la Iglesia y el Estado, ya que estaba contemplada desde 1857, aunque no se habían implantado, como lo estipulaba la Carta Magna.

Con la aplicación de la Constitución, se dio legalidad a las diferentes instituciones emanadas de la lucha revolucionaria, que también tuvieron que enfrentar a veces serios conflictos, por la aplicación de la misma, en diferentes partes del país.

Durante el periodo revolucionario de 1910 y los años subsiguientes, se tomaron las armas como



La Constitución de 1917 fue uno de los logros más importantes de la Revolución Mexicana, pues refleja los ideales de las diferentes facciones.



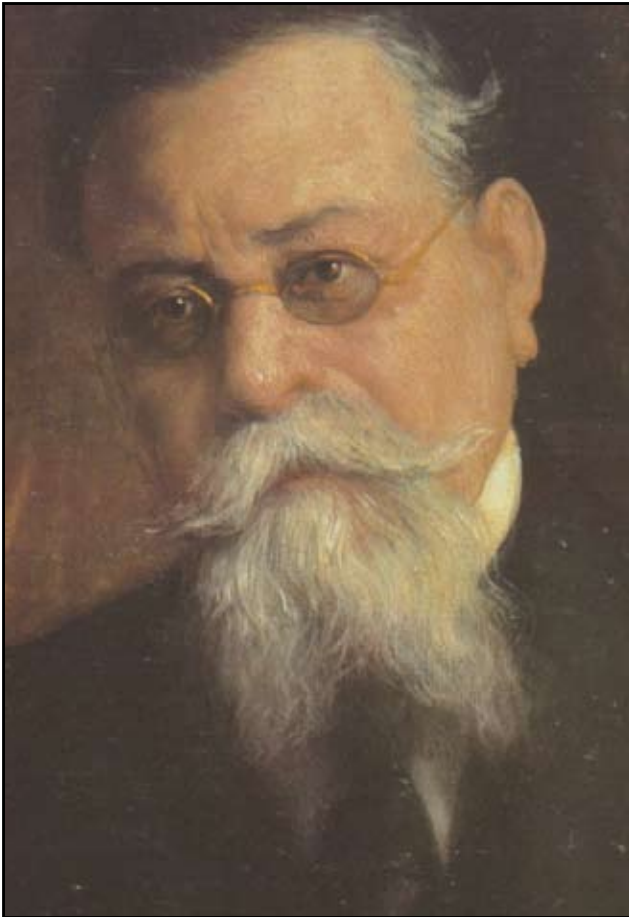
Los Diputados del Congreso Constituyente protestan cumplir la nueva constitucion. 31 de enero de 1917

único medio para gestionar e imponer su propia ideología. Por ello es lógico pensar, que dicha élite política o grupo triunfante de la Revolución, considerara necesario rehacer y organizar el aparato militar, con elementos que habían servido al proceso revolucionario, considerando que el Ejército Federal había sido disuelto mediante los Tratados de Teoloyucan.

TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA

Una vez licenciado el Ejército Federal el 14 de agosto de 1914, el Ejército Constitucionalista procedió a reorganizar el gobierno. En la dirección de éste, se encontraba Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, quien junto con los otros revolucionarios, acordaron llevar a cabo una convención en la Ciudad de México, aunque no todos los revolucionarios estuvieron de acuerdo en que fuera en la ciudad, por lo que los Generales Francisco Villa y Emiliano Zapata, los líderes populares más fuertes, se opusieron a Carranza, y con su gente decidieron realizar la convención en una ciudad neutral, eligiendo a Aguascalientes. Surgieron y se conformaron dos grupos antagónicos: el convencionista y el constitucionalista.

La Convención se declaró soberana, teniendo como presidentes a los Generales Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro, quienes se apegaron a los principios revolucionarios del Plan de Ayala, pero no tuvo la suficiente cohesión política, ya que a citados presidentes no se les dejó actuar con libertad, pues era característico que dependieran de los



Venustiano Carranza, tomó las riendas durante el movimiento revolucionario en contra del General Victoriano Huerta.

caudillos que los encabezaban, es decir Francisco Villa y Emiliano Zapata. Al perder presencia éstos, la convención tuvo que disolverse en abril de 1916, pues contaban solamente con el apoyo de los zapatistas, toda vez que en 1915, la División del Norte, comandada por el General Villa, había sido derrotada por el General Álvaro Obregón en la batalla de Celaya. Con esta derrota, al “Centauro del Norte” no le quedó más que regresar a Chihuahua, y fue puesto fuera de la ley, lo que lo hizo actuar como un guerrillero, quedando el grupo convencionalista, fuera del escenario político- militar.

Por su parte, el grupo constitucionalista se estableció en Veracruz, y fue reconocido por los Estados Unidos de Norteamérica, por lo que se dedicó en 1916, a estabilizar su gobierno y a organizar su proyecto nacional, logrando con esto, la promulgación de la Constitución de 1917,

la cual fue de gran trascendencia para el país, pues contaba con garantías individuales, los derechos de los mexicanos sobre la tierra, y lo que hay en ella y en su subsuelo. Fue la primera en incluir artículos de cuestión laboral, ratificó la separación entre iglesia y estado, negándoles el voto activo o pasivo a los ministros del culto. Finalmente, la Constitución fue publicada el 5 de febrero de 1917.

Una vez que se dio a conocer la Constitución, Carranza convocó a elecciones presidenciales y del Congreso de la Unión, para celebrarse en marzo, en las que salió electo Presidente de la República el propio Carranza, cargo que asumió el 1 de mayo de 1917.

GOBIERNO DE VENUSTIANO CARRANZA

Durante su gestión, Carranza tuvo que enfrentar serios problemas, principalmente de carácter interno, por lo que se dedicó a establecer la paz en la República Mexicana. Con el fin de garantizar los bienes y no dañar los intereses de los extranjeros, principalmente de los E.U.A., Carranza logra

aislar a los diferentes caudillos. Algunos son muertos por tropas constitucionalistas y otros son pasados por las armas. Finalmente, su gobierno toma fuerza a nivel internacional, mientras que al interior lleva a cabo negociaciones con líderes regionales, lo que tiempo después se fracturaría con el llamado a las armas del grupo de Sonora.

Al darse la sucesión presidencial en mayo de 1920, el constitucionalismo sufrió una nueva división. En esta ocasión, se trató de varios militares, que se sentían con derecho a ocupar la silla presidencial, pues en un momento dado, todos ellos habían arriesgado su vida por la causa. Pero el Presidente consideraba que la presidencia no debería quedar en manos de los militares, por lo que propuso como su sucesor, al Ingeniero Ignacio Bonillas, quien se había desempeñado como Embajador en los E.U.A.; este conflicto de ideas traería como consecuencia, una rebelión en contra del gobierno.

Dicha revuelta estuvo sustentada en el Plan de Agua Prieta, el cual fue promulgado por el gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, quien en unión de los Generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, entre otros, se levantaban en armas, para impedir una imposición a los derechos del pueblo de México, para elegir a sus gobernantes. Esta rebelión culminó con el asesinato del Presidente Venustiano Carranza en Tlaxcalantongo, Pue., el 20 de mayo de 1920. Es necesario aclarar, que ésta fue la última rebelión, en contra del gobierno, que tuvo éxito.¹

Después de la muerte del Presidente Carranza, asumió la presidencia, de forma interina, el gobernador de Sonora Adolfo de la Huerta, considerado por muchos como un hombre de principios, honesto y cabal, y quien durante sus seis meses de administración, logró la pacificación del Centauro del Norte, Francisco Villa y la del General Félix Díaz, quien salió del país en octubre de 1920, así como calmar a casi 40,000 carrancistas que se habían levantado en armas. Se prepararon las elecciones, en las cuales contendieron por la presidencia el General Álvaro Obregón y el Ingeniero Alfredo Robles Domínguez, obteniendo el triunfo el primero.



El General Álvaro Obregón durante su gobierno (1920-1924) creó instituciones que permitieron el inicio de la pacificación del país.

GOBIERNO DEL GENERAL ÁLVARO OBREGÓN

Durante su gobierno (1920 a 1924), el General Álvaro Obregón pretendió llevar a cabo la formación de un nuevo Estado, por lo que se dio a la tarea de calmar y controlar el país. A fin de reducir el número de levantamientos, principalmente por parte de los militares, que de alguna manera se sentían con derecho a algún cargo político o bien no estaban de acuerdo con el sistema, se inició con la desmovilización del ejército, para lo cual se hizo necesario reducirlo a 50,000 hombres, profesionalizándolo y volviéndolo apolítico.

El General Francisco R. Serrano fue designado Subsecretario de la Secretaría de Guerra y Marina, y para 1922, promovido a Secretario, siendo uno de sus principales colaboradores. Para mantener la estabilidad del gobierno, Obregón logró pacificar y rendir al General Manuel Peláez, en Veracruz, en junio de 1921, quien era el brazo armado de los petroleros norteamericanos, actuando en ocasiones en contra del gobierno y de los trabajadores.

En 1922, el General Juan Carrasco se levantó en armas en Sinaloa. Fueron varios generales los que se unieron a la rebelión, la cual se diseminó por todo el país; el motivo fue que no estaban de acuerdo con la política del gobierno, pero como no tuvo la cohesión necesaria, ni una propuesta política que lograra mover a las masas, fue rápidamente sofocado, y la mayor parte de sus integrantes fusilados o asesinados.



General Álvaro Obregón, en las sesiones extraordinarias del Congreso, 7 de febrero de 1921



Manuel Avila Camacho tomando protesta como Presidente de la República.

Para 1923, a pesar de esta situación tan tensa, el General Villa se llegó a declarar en oposición al General Calles, quien se perfilaba como un posible candidato a la Presidencia, para el periodo 1924-1928; que él, en poco tiempo, podría levantar un ejército de 40,000 hombres. Con este tipo de declaraciones, lo único que provocó fue, que el 20 de julio de 1923, fuera asesinado en Hidalgo del Parral, Chih., sin repercusión alguna para los asesinos.

En cuestión internacional, el gobierno de Obregón buscó obtener el reconocimiento por parte de E.U.A., mismo que logró en 1923, con la firma de los Tratados de Bucareli, y de hacer algunas concesiones a los norteamericanos, en cuanto a sus inversiones en el país. Esto significó un triunfo para su gobierno, ya que la situación, tanto interna como externa, fue más sólida. Posteriormente, el vecino del norte brindaría apoyo diplomático y logístico, sobre todo ante la situación electoral.

A principios de 1923, se comenzó a dar la problemática por la sucesión presidencial para el año siguiente, conteniendo para ésta, el General Plutarco Elías Calles, quien contaba con el apoyo del Presidente y de los partidos Laborista y Nacional Agrarista, mientras su principal opositor Adolfo de la Huerta, recibía el apoyo del Partido Nacional Cooperativista, así como el de algunos generales como Raúl Madero, Salvador Alvarado y Antonio Villarreal.

Calles inició su campaña presidencial en agosto de 1923, y De la Huerta lo hizo un mes después, a pesar de la oposición y del hostigamiento que recibió por parte de Obregón, sufriendo una serie de atentados y amenazas en contra de su persona. También se trató de desprestigiarlo, acusándolo de fraude durante su gestión como Secretario de Hacienda.

De la Huerta, conocedor de la forma en que se llevaba a cabo la política, se levantó en armas en diciembre de 1923, antes de las elecciones, para lo cual se dirigió hacia Veracruz, en donde fue acogido por el General Guadalupe Sánchez, quien le brindó apoyo con sus tropas. La rebelión delahuertista se expandió por todo el país, logrando convocar a casi dos terceras partes del Ejército, pues fueron varios los generales que lo apoyaron, como Enrique Estrada, Manuel García Vigil, Fortunato Maycotte, Manuel M. Diéguez, Salvador Alvarado, Manuel Chao y Rafael Buelna, entre otros. El gobierno obregonista, al haber sido reconocido por el de los E.U.A., contó con el apoyo de éste, como la venta de armas.²

El Congreso otorgó facultades extraordinarias al Presidente, para que dirigiera la campaña en contra de los sublevados. Apoyado por el General Calles, la rebelión delahuertista fue sofocada rápidamente, pues para finales de marzo de 1924, ésta había concluido, por lo que de inmediato se pasaron por las armas a una gran cantidad de generales, jefes y oficiales rebeldes. Respecto a De la Huerta, se embarcó hacia los Estados Unidos de América. Se puede decir, que el movimiento estaba destinado al fracaso, puesto que, a pesar de movilizar a más de la mitad del Ejército, no contaba con un mando cohesionado, ya que cada uno de los generales que estaban con él, hacían lo que mejor les parecía, de ahí que no contaba con una gran fuerza política. Por eso, algunos historiadores llaman a la rebelión Delahuertista, la rebelión sin cabeza, al carecer de “líder”.

La rebelión delahuertista permitió al entonces Presidente Obregón, reducir al mínimo a los caudillos y jefes militares que se oponían al gobierno, al mismo tiempo que eliminó a muchos personajes que podían contender por la Presidencia. Los militares que permanecieron leales al gobierno, recibieron el voto de confianza, que fue el embrión del futuro concepto de lealtad institucional, y fue inculcando a las siguientes generaciones de militares de carrera, en donde el interés personal no encajaba en la idea de un ejército profesional.

Una vez lograda la estabilidad, se reanuda la campaña electoral, teniendo el General Calles como único contendiente al General Ángel Flores, al cual venció en las urnas, por una amplia ventaja, asumiendo la Presidencia el 30 de noviembre de 1924.³

GOBIERNO DEL GENERAL PLUTARCO ELÍAS CALLES

Durante el gobierno del General Plutarco Elías Calles, de 1924-1928, se dio continuidad a la administración anterior, impulsando las propuestas revolucionarias, como lo fue el reparto de tierras y la cuestión laboral, además de poner las bases para llevar a cabo la institucionalización en todos los sectores de la vida nacional.

Calles aplicó la Constitución de 1917, por lo que tuvo problemas con los católicos, pues durante su gestión enfrentó la rebelión cristera, la cual no puso en riesgo su gobierno, pero sí fue el conflicto

más fuerte que afrontó su administración. La experiencia militar del callismo estuvo encabezada por el General Joaquín Amaro, quien se encargó de someter a los grupos cristeros en las zonas del centro y del occidente.

Como Secretario de Guerra y Marina, Amaro se propuso una serie de proyectos, los cuales se dieron gracias al apoyo del Presidente Calles. En primer lugar, se llevó a cabo la creación de un Consejo Técnico, para la elaboración de nuevas leyes y reglamentos, con lo que se respondía a la necesidad de suplir las viejas ordenanzas, ya que no cubrían los objetivos de las Fuerzas Armadas, y únicamente exponían el control interno de éstas. Las nuevas leyes reiteraban que el Presidente de la República era el Comandante Supremo, y que el Secretario de Guerra y Marina, al depender del Ejecutivo, no tenía facultades propias, más allá que las estipuladas en las leyes y reglamentos. De este modo, el gobierno realizó la limitación de las nuevas generaciones de militares, que debían someterse al orden militar y hacerse cargo de la seguridad interior.

Propuso la rotación de mandos en las diferentes jefaturas de operaciones, a fin de que los generales no tuvieran demasiada influencia en sus tropas o en las regiones geográficas donde operaban, y la lealtad que profesaran, sólo fuera al Estado.⁴ De igual manera, buscó la forma de educar a las tropas, para lo cual impulsó la alfabetización entre los soldados, por lo que se contrataron profesores civiles, no sólo para esta labor de alfabetización, sino para un mejoramiento académico que tenía planeado para el Colegio Militar.⁵

De esta forma, Amaro trató de inculcar en el soldado las virtudes y deberes militares, a través de la enseñanza de la historia, así como instruirle e infundirle el sentido del deber militar, por medio de varias publicaciones elaboradas por la Secretaría, como eran la Revista del Ejército y la Marina. El Soldado, con temas sobre historia, geografía, anatomía, higiene, biología, aritmética, etc., aunque poco a poco fue cambiando su formato y se fueron incluyendo artículos dedicados a moralizar al personal. También el Heroico Colegio Militar contaba con su revista, en la que escribían artículos de la misma temática.

Se enviaron a algunos jefes y oficiales al extranjero, para prepararlos mejor y pudieran causar alta como agregados militares; esto no era nuevo, pues con anterioridad el General Obregón había hecho lo mismo con los Generales Francisco R. Serrano y Eugenio Martínez. La visión de Amaro iba más lejos en cuanto a los elementos enviados al extranjero, pues tenía en mente la creación de una escuela superior, en donde los jefes y oficiales actualizaran sus conocimientos castrenses, la cual se creó tiempo después.

Para 1926, en el escenario político se encontraban dos figuras, los Generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, por lo que era necesario que ambos se retiraran del poder. Pero, según ellos, no había candidatos que dieran continuidad a las ideas revolucionarias, de ahí que el General Obregón decidiera regresar a la escena política.



General Plutarco Elías Calles, conocido como el Jefe Máximo.

En ese mismo año, el Congreso se dio a la tarea de modificar la Constitución, en sus artículos 82 y 83, para que un ex-presidente pudiera ser reelegido, aunque no de forma inmediata, por lo que se debería dejar pasar un periodo para hacerlo. Con este tipo de reformas, quedaba mancillado el principio revolucionario de “No Reelección”. Sin embargo, hubo algunos revolucionarios, como el Licenciado Aarón Sáenz, y Antonio Díaz Soto y Gama, que apoyaron la decisión, y cuando Obregón llegó a la Ciudad de México para iniciar su campaña electoral, varios grupos lo apoyaron. A pesar de ello, los Generales Arnulfo R. Gómez, allegado del General Calles, y Francisco R. Serrano, cercano a Obregón, lanzaron su candidatura a la Presidencia de la República.

Cada uno de estos personajes se consideraban con derecho para asumir la presidencia, al igual que sus antecesores, debido a los servicios prestados a la causa de la Revolución, enfrentándose así en una lucha sin tregua, en la que los Generales Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano, rompieron con sus antiguos jefes e iniciaron su campaña presidencial,⁶ apoyados por el Partido Antireeleccionista y el Partido Nacional Revolucionario, respectivamente.⁷

Ante el embate que presentaba el General Obregón al recibir apoyo del gobierno, hizo que a finales de 1927, los Generales Gómez y Serrano decidieran unirse para hacer un frente común. Sin embargo, esta unión fue difícil de concretar, y para el 1/o. de octubre se preparó una emboscada para los Generales Calles, Obregón y Amaro, a fin de aniquilarlos, lo cual se realizaría en una maniobra aérea, que tendría lugar en los campos de Balbuena, lo cual no pudo concretarse, ya que los Generales Calles y Obregón no asistieron, solamente Amaro.

Mientras tanto, el General Gómez realizaba una gira por el estado de Veracruz, y Serrano celebraba su cumpleaños en Morelos, esperando el momento propicio para presentarse. Pero ante el fracaso del atentado, se dictaron las órdenes correspondientes para detener a Serrano y a Gómez, siendo el primero asesinado en Huitzilac, Mor., junto con sus seguidores, y para el mes de noviembre, el segundo fue fusilado en Veracruz. De esta manera, el gobierno sofocó de forma violenta la rebelión, quedando el camino libre para que Obregón se reeligiera como Presidente de la República, el 1/o. de junio de 1928. Esta victoria no duraría mucho, ya que el 17 de julio del mismo año, el presidente electo fue asesinado por un joven católico llamado José de León Toral, en un restaurante al sur de la Ciudad de México.

En su último informe de gobierno, el Presidente Calles no dejó de mencionar lo acontecido en julio de 1928. Dijo que con la muerte del General Obregón, finalizaba la era de los caudillos de la Revolución, por lo que planteó la necesidad de encauzar la política, no a los hombres, sino hacia las instituciones, dejando entrever la creación de un partido formado por hombres del poder, con el objetivo de eliminar facciones posteriores.

Es precisamente en esta situación que, al seleccionar a los miembros de las Fuerzas Armadas, ya sea en los cuarteles o en las escuelas de formación, aparte de su especialidad, se les adoctrina en cuanto a sus deberes como militares, así como en historia y, principalmente, en las virtudes militares, para que, de esta manera, se les inculque el amor a la Patria, y puedan cumplir su misión con una actitud positiva.⁸

De esta forma, las nuevas generaciones darán sostenimiento al principio constitucional de la soberanía nacional, y será su obligación enarbolar la lealtad, el honor y el valor, como fin para conservar el orden interno.

El gobierno de Calles significó la transición de los caudillos a las instituciones, tarea que se concretaría más adelante. Antes de dejar la presidencia, nombró como Secretario de Gobernación al Lic. Emilio Portes Gil, de tendencia obregonista, para que posteriormente ocupara la presidencia provisional.

MAXIMATO DE 1929 A 1934

La corta administración de Portes Gil, tenía como misión, aclarar el asesinato de Obregón, por lo que se juzgó y sentenció a los implicados en el hecho, así como el de convocar a las elecciones, por lo que el 1/o. de diciembre de 1929, Calles, junto con otros compañeros, lanzaron un manifiesto a la nación, en donde proponían la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), organización en la que se uniera a toda la “familia revolucionaria”, y en la que se pudieran llevar a cabo las discusiones sobre sus diferencias y se seleccionaran a sus candidatos.



General Lázaro Cárdenas.

A principios de ese mismo año, se celebró en Querétaro la primera convención del nuevo partido, con el fin de establecer “el mejoramiento del ambiente social” y la “reconstrucción social”, eligiéndose como primer candidato a la Presidencia, al Ingeniero Pascual Ortiz Rubio, lo que provocó gran descontento entre algunos generales obregonistas, que calificaban a Calles de “judas de la Revolución”, y lo acusaban de querer perpetuarse en el poder, a través de tal designación.⁹ No estaban muy equivocados en sus apreciaciones.

Sin embargo, antes de que concluyese la convención, estalló en marzo de ese mismo año, la rebelión escobarista, llamada así porque estaba encabezada por el General José Gonzalo Escobar, apoyada en el Plan de Hermosillo, el cual consistía en una serie de ataques en contra del General Calles. Un buen número de miembros del ejército se adhirió a la rebelión, pero al no contar con gran apoyo popular, fueron derrotados en menos de dos meses, por el General Calles, quien fue nombrado Secretario de Guerra y Marina para combatirla. Con este tipo de revueltas continuó la purga de algunos de los generales que no eran leales al gobierno, ganando con ello menos generales y mayor disciplina.¹⁰

En cuanto a la cuestión religiosa, el gobierno de Portes Gil llegó a un acuerdo con los cristeros, acuerdo que ya se había iniciado con Obregón, desde finales de 1927. El compromiso de amnistía a los rebeldes permitió, que 14,000 cristeros depusieran las armas. Finalmente se reanudaron los servicios religiosos, a partir del 26 de junio de 1929.¹¹

Una vez elegido como candidato del PNR, Pascual Ortiz Rubio, contendió por la presidencia con el Lic. José Vasconcelos, quien con anterioridad se había destacado como Ministro de Educación Pública, y ya era para esos momentos, un reconocido filósofo. Pero a pesar de su gran fama, salió triunfador en las urnas el candidato del PNR, aunque Vasconcelos contaba con el apoyo de la clase media e hizo un llamado al pueblo a tomar las armas, pues argumentaba que había existido fraude electoral. Nadie acudió a su llamado, ya que el Ejército respaldaba al gobierno constituido, dando muestras de su institucionalidad.

El presidente electo no fue bien recibido, ya que después de la ceremonia de toma de posesión, sufrió un atentado, del cual salió herido de la mandíbula, situación que le tuvo fuera del gobierno, por lo que por algún tiempo, Calles se encargó del gobierno, en su ausencia. Pero al retornar a la presidencia Pascual Ortiz Rubio, se dio cuenta de que su autoridad sobre su gabinete era mínima, pues la mayoría se encontraba bajo la tutela de Calles, además de que el ex Presidente Portes Gil, por órdenes del Jefe Máximo, ayudó al resquebrajamiento de su gobierno.

Fue así como Calles no permitió gobernar a Ortiz Rubio, debido a las constantes intervenciones de aquél en las decisiones presidenciales, además de aconsejar a sus colaboradores, de no hacer lo que el Presidente les ordenase. Ante esto, el Presidente Ortiz Rubio le presentó su renuncia al Congreso de la Unión, el 2 de septiembre de 1932, la cual fue aceptada, sin objeción alguna. Es en este periodo, cuando el poder de Calles llegó a su clímax.

Por instrucciones del mismo Calles, el Congreso nombró Presidente Interino para concluir el periodo presidencial, hasta 1934, al General Abelardo L. Rodríguez, quien gobernó de común acuerdo con el “Jefe Máximo de la Revolución Mexicana”, y solamente se dedicó a administrar, dejando las cuestiones políticas en manos de Calles. En esta primera etapa se pudo continuar con el proceso de consolidación institucional, que se había visto interrumpido por la administración anterior.

Fue durante la administración del Abelardo L. Rodríguez, que el General Amaro continuó con su tarea de profesionalizar al Ejército, esta vez desde la Dirección de Educación Militar, al crear la Escuela Superior de Guerra, con lo cual dio el paso necesario para moldear a las futuras generaciones de líderes militares en México.¹² Con esto, la primera etapa del proceso de organizar y profesionalizar al Ejército Constitucionalista, llegaba a su fin. Décadas después, se aplicarían nuevas formas para elevar la calidad de la enseñanza-aprendizaje en el sistema Educativo Militar, inculcando en las nuevas generaciones, una ética, una doctrina y unos valores militares, y unificando a sus oficiales en torno a la doctrina de apoyar al gobierno mexicano, en su papel ideológico de la Revolución “Institucionalizada”, tarea en la cual contó con la colaboración del personal militar activo y retirado.

Con la creación de la Escuela Superior de Guerra, se dio un paso crucial para la institucionalización del Ejército, el cual, en vez de amenazar al gobierno legalmente establecido, le sirviera de apoyo, pues una vez llevadas a cabo las purgas respectivas, de aquéllos que aún se creían con derecho a

hacerse del poder, por el simple hecho de haber peleado por el ideal revolucionario, como fueron en su momento zapatistas, villistas, carrancistas, delahuertistas, serrano-gomistas, escobaristas y cedillistas, había terminado.

De este modo, el gobierno pudo unir a la vieja guardia revolucionaria y a los nuevos militares de carrera. La relación poder político y militar, condicionó a los militares que desearan participar en la política, a hacerlo por la vía civil, es decir, únicamente como representantes de un grupo de personas organizadas en una fuerza política o un partido político, sin pretender ser los portavoces del órgano castrense.

Las experiencias de las rebeliones de los años veinte, así como el hastío por la incesante lucha de facciones, no dejaron un recuerdo agradable en la conciencia social, por lo que un nuevo intento por adueñarse del poder por la vía armada, quedaba descartado ante los ojos de la sociedad mexicana.

Para 1934, el gobierno de Abelardo L. Rodríguez comenzó a realizar los preparativos para la sucesión presidencial, por lo que el Partido Nacional Revolucionario, después de una reunión en Querétaro, presentó como su candidato al General Lázaro Cárdenas del Río, quien ocupaba la Secretaría de Guerra y Marina, joven militar que no pertenecía a la primera generación de militares revolucionarios, pero que tenía experiencia política, ya que con anterioridad ocupó la gubernatura del estado de Michoacán. Así mismo, se discutió y aprobó la implantación del Plan Sexenal, el cual abarcaría de 1934 a 1940, y que limitaba la figura presidencial.

LÁZARO CÁRDENAS DEL RÍO

Una vez triunfador en las urnas, el General Lázaro Cárdenas inició su gobierno, bajo la tutela del “Jefe Máximo”, pues casi todo su gabinete era de tendencia callista. Pero, poco a poco, de manera inteligente, el Presidente fue quitándose la tutela de éste, y buscó el apoyo del pueblo, por lo que en 1935, exigió la renuncia de los miembros callistas, y poco después se hizo rodear de gente afín a sus ideales.

El sexenio del Presidente Cárdenas continuó con la tendencia de alejar en lo posible a los revolucionarios (ahora con los grados de generales), de la política, en su calidad de soldados en servicio activo. Por ello, se les permitió ingresar en el PNR, en calidad de civiles, no como representantes de los intereses del Ejército. Esta actitud fue secundada por su Secretario de Guerra y Marina, el General Manuel Ávila Camacho, y apoyada por el líder de los obreros, Vicente Lombardo Toledano.

Con Cárdenas se inició la transformación del PNR, al cambiarle el nombre por el de Partido de la Revolución Mexicana (PRM) el 18 de diciembre de 1937, donde uno de sus propósitos era mejorar la organización política de los revolucionarios, con la intención de acabar el vínculo con el callismo y crear, de este modo, una estructura más identificada con la transición política.



El General Lázaro Cárdenas durante su gobierno buscó el apoyo del pueblo.

En la asamblea constituyente del nuevo partido, se declaró que los militares también constituían una fuerza importante en México, con derechos políticos y civiles. El nuevo partido representante de la Revolución no podía olvidar su figura, y por ello llamaba *“a los elementos armados a participar en la política activa de la nación, reconociéndolos como uno de los sectores más destacados y de mayores méritos, sino que es una necesidad vital de la propia revolución, para vigorizarse y cumplir mejor sus destinos”*.¹³

Por su parte, el Secretario de Guerra y Marina, Manuel Ávila Camacho definió que la posición de los militares, era el ejercicio y la práctica continua de sus elementos, para asegurar la defensa y la soberanía de México, y que los procesos políticos no deben alterarlos o crear en ellos una confrontación directa con el poder político.

Si bien, antes que ser militares, son ciudadanos que prestan un servicio público armado, su condición no los eximía de sus deberes cívicos, como el participar en las elecciones como votantes, pero sí enfatizaba, que esas actividades no debían influir en lo más mínimo, en su desempeño como soldados.

Cárdenas se refirió a la participación de los militares en el nuevo partido (PRM), durante la asamblea constituyente del partido, donde expuso un acercamiento de lo que se puede considerar el inicio de la doctrina militar en México, del Ejército emanado del constitucionalista.

La idea del General Cárdenas era de disciplinar completamente a todos los militares de extracción revolucionaria, y que éstos no influyeran, con viejas tendencias, a las nuevas generaciones. Tal vez la intención radica en que, si a los militares como grupo, les era permitido incursionar en la política, esa autorización debía provenir de sus mandos y no de una decisión personal, rebelándose contra el gobierno.

El nuevo Ejército de los años treinta, era una agrupación de ciudadanos, que voluntariamente decidieron unirse a sus filas, lo que valida la noción de que el Ejército surge del pueblo y sirve a él, y no a los fines de un caudillo, como se intentó en los años veinte.

La disciplina y el patriotismo se conjugan para dar sentido a la base de orden interno de los militares, y fundamentan el origen ético a que se deben apegar. Sin disciplina no se puede organizar una fuerza armada respetable, que pueda dar seguimiento a los planes, estrategias y tácticas militares, que deban llevarse a cabo, y éstas no tendrán sentido, si no se conducen a un bienestar general colectivo, entendido como la Patria.

El discurso se plantea, para que las nuevas generaciones de militares desempeñen sus trabajos comprometidos, desde su ingreso a los planteles militares, con deber patriótico, donde su dedicación personal exija para sí mismos y para sus subordinados, la disciplina y el compromiso con el país.

La referencia donde el Ejército es el garante de la constitucionalidad, simplemente remite al origen de la Revolución, donde los civiles toman las armas e imponen el orden constitucional. La constitucionalidad, entonces, se convierte en parte de la estructura que garantiza el ejercicio de toda ley emanada por un gobierno legítimo, en que es responsabilidad de las fuerzas armadas, mantener ese orden, evitando la violación de los principios revolucionarios.

Si se considera al período cardenista, un momento de transición política de la Revolución, en el que se pretende adoctrinar a las nuevas generaciones de militares, para eliminar cualquier intento por oponerse al gobierno, entonces es innegable que dichas ideas fueron producto de los mismos militares revolucionarios, que formaban parte del gobierno y cumplían funciones políticas.

El Presidente, en calidad de Comandante Supremo, y el Secretario de Guerra, Ávila Camacho, promovieron legislar la actuación de los elementos del Ejército, en donde quedaba asentado el respeto de las leyes militares de 1933, que establecían los deberes de cada uno de los subordinados, por lo que respecta a la reciente oficialidad surgida de la lucha armada.

MANUEL ÁVILA CAMACHO

Por un momento, pareció que las divisiones entre generales revolucionarios habían desaparecido, debido al discurso que convocaba a la unión nacional, que si bien las facciones e intereses personales eran factor dominante en la escena política, éstas también podían ser conscientes y dejar las reticencias para otro momento, sobre todo si se tenía enfrente una amenaza externa de tal envergadura, como la II Guerra Mundial.

Es así como el gobierno del General Manuel Ávila Camacho, enfrentará el conflicto bélico mundial, en el que México participará de manera activa, en la defensa de su territorio, donde se destacó la gran colaboración y unión que se dio entre el pueblo y gobierno, para la protección de nuestra Patria, así como un aliado incondicional de los Estados Unidos de Norteamérica.

El discurso de despolitización del Ejército, al que recurrió durante su campaña y primeros años presidenciales Ávila Camacho, buscaba de alguna manera abrir la brecha a la profesionalización de las nuevas generaciones de militares, aunque también se pretendía dar la imagen al exterior, de un ejército profesional, unido y disciplinado. *“En primer lugar, la II Guerra Mundial había comenzado, y México tendría que definir pronto su posición; en segundo, la definición de un ejército despolitizado se convirtió en un excelente pretexto para eliminar a los generales ‘no despolitizados’, que podrían crear problemas a su gobierno; finalmente, era necesario convencer a los Estados Unidos de que México era capaz de defenderse en caso de un ataque enemigo y que no era necesario establecer bases militares en territorio nacional”*.¹⁴

Ávila Camacho no quería que las fuerzas norteamericanas pusieran un pie en territorio nacional, ya que posteriormente sería imposible deshacerse de los vecinos; por ello, aseguraba no necesitar ayuda, más que en asesoría y apoyo en armamento. Así mantenía a distancia a los norteamericanos, en su afán de implementar bases militares en territorio nacional. El Presidente afirmaba que sus tropas vigilarían las fronteras, con el fin de evitar cualquier ataque externo, aunque no estaba muy seguro de que las fuerzas mexicanas fueran suficientes y eficientes para luchar contra fuerzas extranjeras.

Ávila Camacho colocó al General Lázaro Cárdenas en un puesto clave, primero, y con el fin de hacer frente a las presiones norteamericanas, posteriormente ocupó el cargo de Comandante de la Región Militar del Pacífico, que incluía 12 Zonas Militares y 2 Navales,¹⁵ cargo en el que se impondría la personalidad recia y obstinada de Cárdenas, para evitar la entrada de tropas norteamericanas a territorio mexicano.



El General Lázaro Cárdenas defensor permanente de la soberanía nacional.

Posteriormente, Cárdenas se encargó de la Secretaría de la Defensa Nacional, con el objetivo de tener un mejor control de todo el movimiento de fuerzas, así como el de mantener la unidad y una buena organización del Ejército.

El Presidente tuvo el buen tino de convocar a la unidad por la defensa del territorio nacional, ante los embates de los países del Eje (Alemania, Italia y Japón), así: *“Independientemente de su historia política, todos los revolucionarios fueron invitados a participar en la defensa del país durante la situación de emergencia creada por la guerra en Europa. El ex Presidente Abelardo L. Rodríguez fue nombrado Comandante de la Zona Militar del Golfo de México; el General Francisco J. Mújica fue designado Gobernador y Comandante Militar de Baja California Sur; el General Joaquín Amaro fue nombrado por Cárdenas, Comandante Militar de la Región del Istmo de Tehuantepec”*.¹⁶

Cárdenas aprovechó la situación para mantener tranquilos a los norteamericanos, enviando a algunos oficiales mexicanos a prepararse en Estados Unidos de América, para que aprendieran a operar equipos de radar y evitar que personal especializado del país vecino se hiciese cargo de ello; también estableció el Servicio Militar Nacional; llevó a cabo la creación de 30 cuerpos regionales, que operarían como fuerzas policiales rurales, y estableció la rotación periódica de jefes de divisiones, brigadas y zonas.¹⁷

Como Estados Unidos de América comenzó a tener una actitud reacia e insistir en una participación más activa de nuestro país en la guerra, México decidió que, para no perder su apoyo, enviaría una fuerza representativa, que participara en el escenario bélico mundial. Así, entró en escena la Fuerza Aérea Mexicana Expedicionaria, conocida como el “Escuadrón 201”, que si bien no fue un gran contingente, su actuación fue de lo más destacada en contra de los japoneses.

La II Guerra Mundial en Europa resultó catastrófica; sin embargo, en México permitió que el Ejército recuperara su buena imagen, gracias a la propaganda que se generó a su alrededor, de constituirse en una institución leal, disciplinada y de gran capacidad, imagen que se dio gracias a un proceso acelerado y de eficaz profesionalización. La transición generacional de los viejos revolucionarios, ávidos de poder, a la nueva oficialidad, sin grandes pretensiones políticas, constituyó el pilar de una aceptable reorganización castrense.

MIGUEL ALEMÁN

La presidencia de Miguel Alemán (1946-1952), es el período conocido como el de “Desarrollo Estabilizador”, en el que la entrada de un civil a la política, permitió la tendencia hacia la derecha y el apoyo a los empresarios, en donde se profundizan la dependencia estructural de México. *“México se mantiene en esos años dentro de los programas de “Seguridad Colectiva” que a nivel continental el gobierno de Harry Truman, Presidente de los Estados Unidos de América había diseñado. Entre otros acuerdos multilaterales celebrados*

*durante la posguerra, el gobierno mexicano es signatario del Tratado de Asistencia Recíproca (también conocido como: Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, convenio celebrado en el año de 1947) del año 47^m.*¹⁸

En el ámbito militar, se llevaron a cabo cambios de mayor trascendencia, como el de una nueva política de promociones, es decir, se otorgaban mayores jerarquías a quienes estaban más preparados, aquéllos que estudiaban en el extranjero y que habían egresado de escuelas militares. De manera general, podemos decir que el Ejército gozó de inusitados cambios, surgidos desde la cúpula del poder.

En 1947 se creó el Banco Nacional del Ejército y la Armada, así como el nuevo edificio de la Secretaría de la Defensa Nacional y la Escuela Médico Militar. En 1948 se reorganizó al país en Zonas Militares, aplicándose nuevos criterios técnicos y estratégicos, para su administración. El Servicio Militar, que se había establecido durante la guerra, también fue reorganizado. A partir de 1950, los conscriptos ya no fueron acuartelados por todo un año; ahora sólo se concentraban los sábados o domingos, para recibir instrucción militar elemental.¹⁹

Se mantuvo cierta estabilidad en el presupuesto destinado al rubro castrense, con el objetivo de mejorar la situación económica de los militares, y además no se permitió un crecimiento desaforado en sus filas, debido a que mantenía un reparto equitativo del presupuesto, destinado a este rubro, entre Ejército, Fuerza Aérea y Marina.

En términos generales, dicho organismo se erigió como garante de lealtad a las instituciones, principalmente del Ejecutivo, avalado por su profesionalización y progresiva modernización.

CONSIDERACIONES

De lo anterior podemos decir, que los gobiernos dirigidos por militares, fueron de manera paulatina, transfiriendo la dirección del país, a los gobiernos de carácter civil, como el del Licenciado Miguel Alemán Valdez, en donde los militares quedaron debidamente supeditados al poder del Presidente, el cual representaba a las instituciones legalmente constituidas.

Las características comunes entre estos generales, eran evidentes; la transición del militarismo al civilismo, dada por el último militar en la silla presidencial, General Manuel Ávila Camacho a Miguel Alemán, no sólo fue del total desagrado de dichos generales, sino un golpe certero a sus intereses políticos.

Finalmente, podemos decir que, entre las décadas de 1920 a 1940, se crearon las bases doctrinarias para organizar a los revolucionarios emanados de 1910, como fuerzas civiles que tomaron las armas frente a un sistema político-económico en decadencia, como era el porfirista, por medio de la consolidación de un ejército profesional.

En adelante, las Fuerzas Armadas se regirían por bases legales, que le darían cuerpo y forma, fundamentados en los principios de lealtad, disciplina y subordinación, que darían como

resultado la exclusión de los caudillos revolucionarios y el ascenso, a los principales mandos militares, de una nueva oficialidad profesional, educada y egresada de planteles militares, con una clara idea de sus funciones dentro del Ejército, quienes ya no lo veían como trampolín a los principales cargos públicos en la política nacional, si no como una Institución garante de la seguridad y defensa nacionales.

CONCLUSIÓN

En la década de 1920 a 1930, sólo dos rebeliones han definido al curso político y el reparto del poder: la primera fue la rebelión del Grupo de Sonora contra Carranza, que se impusieron a nivel nacional a los demás grupos revolucionarios regionales; poco después, la derrota de la rebelión Delahuertista, permitió a ese grupo, ya depurado, asegurar su permanencia y supremacía nacional. La primera se tomó como una extensión armada de la misma Revolución, porque fue avalada por el Congreso de Sonora; la segunda, sin el apoyo de ninguna legislatura, digamos, sin el carácter legal que hasta entonces tenían las rebeliones triunfantes, se convirtió en una abierta rebelión en contra del orden constitucional y, por lo tanto, fue sofocada.

La presencia de una oficialidad relativamente joven, aunque educada en la Revolución, con distintas aspiraciones, a los veteranos de la Revolución, contribuyó al progresivo desalojo de los militares en el rubro político. Estos últimos oscilaban entre los 57 y 67 años de edad, hombres cuyas fechas de nacimiento estaban entre los años de 1883 y 1896, contrastando con la primera generación de egresados del Heroico Colegio Militar, quienes ingresaron en 1920, y hacia 1945 habían alcanzado el rango de Coroneles, y cinco años después sustituían, en sus cargos, a generales de la calidad y talla de Joaquín Amaro, Salvador Alvarado Y Francisco L. Urquiza, entre otros.

La organización y la transformación que vivieron las Fuerzas Armadas Mexicanas, proceso que duró casi tres décadas, las convirtieron en el respaldo de los gobiernos elegidos por el pueblo de México, acción que limitó y rige en la actualidad a los miembros del Instituto Armado, siendo el pilar fundamental de su actuar, que es ser institucionales y respetuosos del marco constitucional.

Bibliografía:

- Aguilar Camín, Héctor y Meyer, Lorenzo, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, Ed. Cal y Arena, México, 1991.
- Boils, Guillermo, *Los militares y la política en México*, Ed. El Caballito, México, 1975.
- Carriedo, Robert, *El hombre que domó al tigre de México: General Joaquín Amaro y la Profesionalización del Ejército*, Tesis de doctorado de la Universidad de Nuevo México, E.U.A., 2005.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1984.
- Delgado de Cantú, Gloria M., *Historia de México, formación del Estado moderno*, Ed. Alhambra, México, 1991, (2ª edición).
- Dulles, John W.F., *Ayer en México: una Crónica de la Revolución (1919-1936)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- Lozoya, Jorge, *El Ejército Mexicano*, El Colegio de México.

- Medina, Luis, *Historia de la Revolución Mexicana 1940-1952*, El Colegio de México, México, 1982, Tomo 20.
- Roderic, Ai Camp, *Los líderes políticos de México, su educación y reclutamiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- Salvat Editores, *Otoño del porfiriato. México: Tu Historia*, Ed. Salvat, México, (2a. parte).
- Sánchez Gutiérrez, Arturo, "Los militares en la década de los cincuenta", en *Revista de Sociología*, jul.-sep., 1988, año L, Núm. 3, UNAM, México.
- Semo, Enrique (coord.), *México un Pueblo en la Historia. Los frutos de la Revolución 1921-1938*, Tomo 4.

Citas:

1. Cosío Villegas, Daniel, *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1981, p.1183.
2. Enrique Semo, (coord.), *México un Pueblo en la Historia. Los frutos de la Revolución 1921-1938*, Tomo 4.
3. Sánchez, Andrea y Lafuente, Ramiro, "Carranza y Obregón en el poder", en *México tu historia*, Salvat editores, México, 1974, pp.143-172.
4. Carriedon, Robert, *El Hombre que domó al tigre de México, Joaquín Amaro y la profesionalización del Ejército Revolucionario de México*, Tesis de Doctorado de la Universidad de Nuevo México, E.U. A., 2005, p.140.
5. Ídem, p. 141.
6. Cosío Villegas, Daniel, Op. cit., p .1192.
7. Sánchez, Andrea, Op. cit., p.197.
8. Carriedo, Robert, Op. cit., p.142.
9. Aguilar Camín, Héctor y Meyer, Lorenzo, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, Ed. Cal y Arena, 6ª. edición, México, 1991, pp. 110-111.
10. Delgado de Cantú, Gloria M., *Historia de México, formación del estado moderno*, Ed. Alhambra, México, 1991, (2ª. edición), pp. 285-286.
11. Es necesario aclarar, que en el momento en que estalló la Rebelión Escobarista, el General Amaro, Secretario de Guerra, estaba en el extranjero, ya que había sufrido un accidente, donde perdió el ojo derecho. Por eso es que ocupó la Secretaría el General Calles. Ver Aguilar Camín, Héctor, Op. Cit., p.112.
12. Peña, Sergio de la, "De la Revolución al nuevo Estado", en *México un pueblo en la Historia*, p. 118 -121.
13. Carriedo, Robert, Op. cit., p. 146.
14. Lozoya, Jorge, *El Ejército Mexicano*, El Colegio de México, p. 55.
15. Sánchez Gutiérrez, Arturo, "Los Militares en la década de los cincuenta", en *Revista de Sociología*, jul-sep 1988, Año L, Núm. 3, UNAM, México, p.273.
16. Ídem, p. 275.
17. Ídem, p. 276.
18. Ídem, p. 277.